Pensamiento Diplomático Brasileño

Formuladores y Agentes de la Política Exterior

(1750-1964)

MINISTÉRIO DE RELACIONES EXTERIORES

Ministro de Estado José Serra
Secretario General Embajador Marcos Bezerra Abbott Galvão

FUNDACIÓN ALEXANDRE DE GUSMÃO

Presidente Embajador Sérgio Eduardo Moreira Lima

Instituto de Investigación de Relaciones Internacionales

Director, sustituto Ministro Alessandro Warley Candeas

Centro de Historia y Documentación Diplomática

Directora, sustituta Maria do Carmo Strozzi Coutinho

Comité Editorial de la Fundación Alexandre de Gusmão

Presidente Embajador Sérgio Eduardo Moreira Lima

Miembros Embajador Ronaldo Mota Sardenberg
Embajador Jorio Dauster Magalhães e Silva
Embajador Gonçalo de Barros Carvalho e Mello Mourão
Embajador José Humberto de Brito Cruz
Embajador Julio Glinternick Bitelli
Ministro Luís Felipe Silvério Fortuna
Profesor Francisco Fernando Monteoliva Doratioto
Profesor José Flávio Sombra Saraiva
Profesor Eiiti Sato

La *Fundación Alexandre de Gusmão*, instituida en 1971, es una fundación pública vinculada al Ministerio de Relaciones Exteriores y tiene como finalidad acercar a la sociedad civil información sobre la realidad internacional y sobre aspectos de la diplomática brasileña. Su misión es promover la comprensión de la opinión pública nacional sobre temas de relaciones internacionales y política externa brasileña.

José Vicente de Sá Pimentel
Organizador

Pensamiento Diplomático Brasileño

Formuladores y Agentes de la Política Exterior
(1750-1964)

Volumen II

FUNDAÇÃO ALEXANDRE DE GUSMÃO

Brasília – 2016

Derechos de publicación reservados a la Fundación Alexandre de Gusmão
Ministerio de Relaciones Exteriores
Esplanada dos Ministérios, Bloco H
Anexo II, Planta Baja
70170-900 Brasilia DF
Teléfonos: (61) 2030-6033/ 6034
Fax: (61) 2030-9125
Página web: www.funag.gov.br
E-mail: funag@funag.gov.br

Impreso en Brasil
Título original *Pensamento Diplomático Brasileiro – Formuladores e Agentes da Política Externa (1750-1964)*
©Fundación Alexandre de Gusmão, 2013

Equipo técnico:
Eliane Miranda Paiva
Fernanda Antunes Siqueira
Gabriela Del Río de Rezende
Luiz Antônio Gusmão
André Luiz Ventura Ferreira

Traducción:
Paola Citraro
Especial agradecimiento al profesor Pedro Delgado
por su colaboración en la revisión de este libro.

Proyecto Gráfico:
Daniela Barbosa

Programación Visual y Diagramación:
Ideal Gráfica e Editora

Mapa de tapa:
Elaborado bajo la orientación de Alexandre de Gusmão, el llamado «Mapa de las Cortes», de 1749, sirvió de base para las negociaciones del Tratado de Madrid.

Mapa de contraportada:
Mapamundi confeccionado por el veneciano Jeronimo Marini en 1512, el primer mapa en que aparece el nombre de Brasil. Tiene la curiosidad de mostrar los países emergentes.

Impreso en Brasil 2016

P418 Pensamiento diplomático brasileño : formuladores y agentes de la política exterior (1750-1964) / José Vicente de Sá Pimentel (organizador) ; Paola Citraro (traducción). – Brasília : FUNAG, 2016.

3 v. – (História diplomática)

Título original: Pensamento diplomático brasileiro: formuladores e agentes da política externa (1750-1964)

ISBN 978-85-7631-588-9

1. Diplomata. 2. Diplomacia brasileira. 3. Política externa - história - Brasil. 4. História diplomática - Brasil. I. Pimentel, Vicente de Sá. II. Série.

CDD 327.2

Depósito Legal na Fundação Biblioteca Nacional conforme Lei n° 10.994, de 14/12/2004.

Índice

Parte II

LA POLÍTICA EXTERIOR DE LA PRIMERA REPÚBLICA

La Política Exterior de la Primera República (1889-1930) 335
Rubens Ricupero

Joaquim Nabuco: diplomático americanista 361
Angela Alonso

José Maria da Silva Paranhos Júnior (Barón de Rio Branco): la fundación de la política exterior de la República 405
Rubens Ricupero

La raíz de las cosas – Rui Barbosa: Brasil en el mundo 441
Carlos Henrique Cardim

Euclides da Cunha: el escenario sudamericano.... 483
Kassius Diniz da Silva Pontes

Manoel de Oliveira Lima: la reforma
del servicio diplomático 517
Helder Gordim da Silveira

Domício da Gama: la diplomacia de la altivez..... 557
Tereza Cristina Nascimento França

Afrânio de Melo Franco: la consolidación
de la estrategia de la política externa 603
Stanley Hilton

PARTE II

La política exterior de la Primera República

La Política Exterior de la Primera República (1889-1930)

Rubens Ricupero

El marco inicial del periodo (la Abolición, la República, la Federación) lo separa de la etapa anterior con un corte tal vez más nítido que la Revolución de 1930, su cierre convencional, que lo distingue de lo que viene después. La proclamación de la República y, poco antes, la abolición de la esclavitud, configuran una indiscutible y notable transformación de las condiciones políticas, institucionales y sociales precedentes.

La República presidencialista, con presidentes elegidos por turnos de cuatro años, sin derecho a la reelección, sustituyó una Monarquía de Gobiernos parlamentarios equilibrados por los fuertes poderes del emperador. La constitución de 1891 introduce el régimen federativo, acompañado del fortalecimiento de los liderazgos regionales y de partidos provinciales de hecho. La federación toma el lugar de la centralización monárquica y los gobernadores, que desde la presidencia de Campos Sales se convierten cada vez más en un refuerzo para el poder federal, ocupan el espacio de los fugaces presidentes provinciales elegidos por el emperador, casi siempre residentes fuera de la provincia que gobernaban.

El fin de la esclavitud, que había sido durante 350 años la institución «orgánica» por excelencia del país, coincide con la intensificación, sin precedentes, del ingreso de masas de inmigrantes provenientes de Europa occidental, de Japón y de Medio Oriente. La República Vieja constituye el gran momento de la inmigración en la historia de Brasil: entre 1890 y 1930 desembarcan en el país 3 millones y 800 mil inmigrantes. La inmigración completa la evolución iniciada antes en dirección al régimen de trabajo asalariado y contribuye para la formación de un mercado de consumo interno, ayudado por la expansión demográfica, las migraciones interiores y el crecimiento de las ciudades.

El sector cafetero, cuya expansión caracterizó las últimas décadas del Imperio, alcanza en la Primera República el apogeo de su influencia política y económica dictando la orientación macroeconómica, con peso fuerte en las decisiones sobre cambio y comercio exterior. La acumulación de capital en manos de productores y exportadores de café, aliada al mercado consumidor y a la mano de obra proporcionada por los inmigrantes, crea condiciones propicias para la industrialización, favorecida por las crisis recurrentes de la economía cafetera y por las dificultades para financiar las importaciones. La industria, por otro lado, genera empleos y refuerza la tendencia a la urbanización.

La era de Getúlio Vargas, período que va de 1930 a 1945 da la impresión de una fase de transición al Brasil contemporáneo. Los marcos constitucionales (la Constitución de 1934, la Carta de 1937) parecen predestinados a una duración provisional. El intento ambicioso de instituir un Estado Nuevo no sobrevive a la desaparición del fascismo, cuyo corporativismo le sirvió de parcial inspiración. El aporte innovador se hace sentir menos en la durabilidad de los inventos institucionales y más fuertemente en la acentuación de las transformaciones sociales y económicas que ya habían comenzado: industrialización, urbanización, modernización del Estado. Esos quince años seguramente no pertenecen a la Primera República,

preparando la llegada de la Segunda República, de la Constitución de 1946, que duraría hasta el golpe militar de 1964.

La lógica interna, coherencia y continuidad básicas de los 41 años de la República Vieja no corresponden a nada de semejante en el plano externo, donde este lapso de tiempo cubre tres fases heterogéneas de la historia mundial. Los 25 años iniciales, entre 1889 y 1914, más de la mitad, son sincrónicos con la fase crepuscular de la prolongada Era Victoriana de la hegemonía europea, de la Edad de los Imperios, de la exasperación de las rivalidades imperialistas y nacionalistas que asestarían un golpe mortal en la globalización político-económica de la *Belle Époque*. Los poco más de nueve años del Barón de Rio Branco en el ministerio (1902-1912) se encuentran dentro de este cuarto de siglo.

Siguen los cuatro años de la Primera Guerra Mundial (1914-1918), de su desenlace diplomático en el Tratado de Versalles (1919) y del frustrado intento de reconstrucción del orden internacional destruido por el conflicto y por la disolución de los imperios multinacionales Austrohúngaro, el Ruso zarista y el Turco-otomano.

Por último, la inestable década del cierre de la Primera República se superpone a los turbulentos años 1920, a los orígenes del multilateralismo de la Sociedad de las Naciones, al trauma de las hiperinflaciones, de la consolidación de la Revolución bolchevique, del colapso de la Bolsa de Nueva York en 1929, y de la aproximación de la Gran Depresión y la crisis de la década de 1930.

Las interacciones entre la evolución del contexto externo y los cambios en la diplomacia brasileña se consustanciaron en esta fase mediante la influencia de tres factores estructuradores, es decir, capaces de provocar tendencias profundas, sistémicas y destinadas a durar mucho más allá de 1930 como características diferenciadoras de la orientación de la política exterior brasileña.

El primer factor consistió en la emergencia y afirmación del poder político y de la irradiación económica de Estados Unidos. El segundo tiene que ver con la intensificación de una relación más fuerte y cooperativa entre países de Latinoamérica, ya sea bajo la modalidad del panamericanismo patrocinado por Washington, o por iniciativas latinoamericanas autónomas. Por último, el tercer factor reside en el aprendizaje del nuevo tipo de acción diplomática en las instancias del incipiente multilateralismo de la Liga de las Naciones, etapa inicial de una fuerte tradición de la diplomacia multilateral que se desarrollaría en las etapas siguientes.

En síntesis, las tres transformaciones estructurales de la política exterior en la Primera República se resumen a lo siguinte: 1ª. La «alianza no escrita» con Estados Unidos; 2ª. La sistemática solución de las cuestiones fronterizas y el énfasis en la mayor cooperación con los latinoamericanos, y; 3ª. Las primeras posturas de la diplomacia multilateral, en la versión regional, panamericana, o global, de la Liga de las Naciones.

La «norteamericanización» de la diplomacia brasileña representa, sin dudas, la transformación más evidente y notable de la época. Anteriormente, bajo la Monarquía, las relaciones de Brasil con Estados Unidos habían sido mutuamente periféricas, aunque hubiera habido intento posterior en el sentido de remontar el estrechamiento de los vínculos al reconocimiento de la Independencia (1824). No faltaron episodios más o menos serios de divergencias en relación a la libre navegación del Amazonas, a la postura adoptada por la Corte de Rio de Janeiro durante la Guerra Civil norteamericana o al rechazo de Washington de reconocer el bloqueo de Asunción en la Guerra de la Triple Alianza.

La proclamación de la República inaugura la etapa de identificación con el modelo político norteamericano, cuyas instituciones (la constitución, el federalismo, el nombre del país, y en cierto punto, hasta la bandera) proporcionarían inspiración a los

orígenes del republicanismo entre nosotros. El rápido reconocimiento del régimen de 1889 por el Gobierno de Washington y su actitud favorable a Floriano Peixoto en la *Revolta da Armada*, consolidarían la simpatía nacida de las afinidades político-ideológicas, provocando denuncias de monárquicos como Eduardo Prado en «La Ilusión Americana». Rompiendo la tradición monárquica de no firmar acuerdos de comercio con naciones más poderosas, que venía de la reacción a los «tratados desiguales» con Inglaterra, Brasil firmó con Estados Unidos su primer tratado comercial en 1891.

El acercamiento de los estadounidenses no tuvo inicio en la era Rio Branco, impresión que se creó erróneamente después, exacerbando los celos de Salvador de Mendonça, republicano histórico que, como primer representante diplomático de la República en Washington, había firmado el acuerdo comercial con el secretario de Estado, Blaine. Exasperado porque le habían robado la primacía de la opción preferencial por Estados Unidos, Mendonça ironizó posteriormente que, cuando el Barón envió a Nabuco para descubrir América del Norte, ésta ya había sido descubierta, medida y demarcada, obviamente por él.

Sin embargo, fue función de Rio Branco promover, en sus propias palabras, el traslado del eje diplomático brasileño de Londres a Washington. La creación de la primera embajada brasileña en la capital norteamericana en un momento en el que eran raras las embajadas (había solamente siete a orillas del Potomac y ninguna en Rio de Janeiro) marcó simbólicamente el gesto de que Brasil pasaba a privilegiar las relaciones con EE.UU.

Eso ocurrió sugestivamente en 1905, año que para los historiadores de la diplomacia americana coincide con dos eventos emblemáticos de la emergencia de Estados Unidos como potencia mundial de intereses globales: la mediación del presidente Theodore Roosevelt para poner fin a la guerra ruso-japonesa y la participación

americana en la conferencia de Algeciras sobre el incidente de Agadir, en Marruecos, entre Francia y Alemania.

Viendo la aparición de la primera potencia mundial en el continente americano, Rio Branco concibe la idea de integrar las diversas dimensiones de la política exterior brasileña a partir de una estrecha colaboración con EE.UU. Lo que sería llamado por E. Bradford Buns como «alianza no escrita» consistía en la búsqueda pragmática de la asistencia del poder norteamericano a favor de objetivos diplomáticos brasileños, de defensa en relación al agresivo imperialismo europeo y de afirmación en los problemas de frontera o litigios de poder con los vecinos sudamericanos. En contrapartida, Brasil se disponía a apoyar las políticas de Washington en el Caribe, en Centroamérica, en México, en Panamá, en el naciente panamericanismo patrocinado por los estadounidenses.

Esta diplomacia americanista o monroísta, como se decía, se convertiría en una especia de paradigma abarcador de la totalidad de la visión brasileña del mundo. La alianza virtual o no escrita evolucionaría hacia la alianza militar formal en 1942, durante la Segunda Guerra Mundial. Antes y después, la diplomacia brasileña desempeñaría con frecuencia el papel de coordinadora y estimuladora de solidaridad para con Estados Unidos por parte de otros países del continente en ocasiones como el ataque a Pearl Harbor, la ruptura con los países del Eje, la declaración de guerra, el inicio de la Guerra Fría, la conferencia de Quitandinha para la firma del Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR).

En el inicio del segundo Gobierno Vargas (años 1950), Oswaldo Aranha afirmaría en una conferencia en la Escuela Superior de Guerra que la única política exterior concebible para Brasil era apoyar a Estados Unidos en los foros mundiales (en las cuestiones de la Guerra Fría) y regionales, a cambio de apoyo estadounidense a la supremacía política y militar de Brasil en Sudamérica. Todo eso, vendría mucho más tarde, de la misma forma que la ilusión

de la existencia de una «relación especial», es decir, privilegiada, entre Brasil y Estados Unidos. Sus raíces se sumergen, sin embargo, en la política inaugurada por Rio Branco al trasladar el eje de la diplomacia desde Europa a Norteamérica y anclarlo firmemente en colaboración con EE.UU.

El eje comercial y económico, por su parte, comenzó a ser trasladado desde Europa hacia Estados Unidos a partir de 1870, mucho antes, por lo tanto, de Rio Branco y de la República. A inicios del siglo XX, el mercado norteamericano ya absorbía más de la mitad del café, principal exportación del país, el 60% del caucho y la mayor parte del cacao. En el año del establecimiento de las embajadas, Brasil ocupaba el lugar de 6° socio en el intercambio total de Estados Unidos, siguiendo a Inglaterra, Alemania, Francia, Canadá, y Cuba. Llegó a ser el tercer mayor proveedor del mercado norteamericano. Cuando falleció el Barón (1912), el mercado de EE.UU. representaba el 36% de las ventas externas brasileñas.

Tendencia similar se observa en los flujos de inversión y en los movimientos de capital. Las inversiones estadounidenses comienzan a prevalecer en la industria de manufacturas, de preferencia a los británicos, concentrados en servicios públicos y de infraestructura. Poco a poco, la plaza de Nueva York se convertiría en la fuente de los financiamientos a los planes de valorización del café. Gradualmente, a lo largo del siglo XX, en especial después de la Primera Guerra Mundial, el centro financiero estadounidense asumiría el lugar de Londres en los préstamos, financiamientos, inversiones extranjeras directas, poniendo fin al predominio inglés heredado de la metrópolis portuguesa.

La República descubrió América Latina al mismo tiempo en el que descubriría América del Norte. En la época, era bastante usual hablar de americanismo como incluyendo a todo el hemisferio occidental, base conceptual del panamericanismo. Cuando los positivistas invocaban la «fraternidad de las patrias americanas»

era esto en lo que pensaban. El fin de la excepción monárquica en las Américas debería determinar una política exterior inclinada tanto hacia Estados Unidos como hacia los hispanoamericanos, en contraste con el aislamiento diplomático real o no del régimen imperial, que supuestamente tendría mayores afinidades con las Monarquías del Viejo Continente.

Una de las dimensiones del estreno de América Latina en el escenario mundial se dio bajo la forma multilateral del panamericanismo. En el momento en el que la modalidad parlamentaria de relacionamiento interestatal ensayaba sus pasos iniciales (las convenciones de La Haya, 1889, la de Ginebra, de 1906, y de La Haya nuevamente al año siguiente), Estados Unidos resolvió reservar el área donde disfrutaba de una indiscutible hegemonía (el hemisferio occidental) para allí organizar un sistema independiente de aquel dominado por las grandes potencias del imperialismo europeo.

Nabuco, uno de los colaboradores e intérpretes más inteligentes del proyecto yanqui, creía que América, continente de paz, formaba un «hemisferio neutro», contrapuesto al sistema de Europa y a las rivalidades imperialistas en Asia y África, que se denominaba «hemisferio beligerante». La sede de la Unión Panamericana, construida en la gran avenida de Washington, donde se sitúan el Capitolio, la Corte Suprema, la Reserva Federal, los museos, todos los centros de poder norteamericanos, incluso la Casa Blanca, la corta distancia simbolizaba y anunciaba, en el dominio regional, el impulso para organizar el orden internacional bajo el escudo de Estados Unidos.

A medida que el poder norteamericano domina a los demás, este mismo impulso de organización de un orden hegemónico se encarnaría en la propuesta wilsoniana de la truncada Sociedad de las Naciones de 1919 para plenamente fructificar en 1944/45 en la Organización de las Naciones Unidas en el plano político y

en el Fondo Monetario Internacional y Banco Mundial en el plano económico, todos sólidamente instalados en suelo norteamericano.

La espina dorsal del panamericanismo residía en la Doctrina Monroe, declaración política unilateral estadounidense que Rio Branco y Nabuco se esforzaron en vano por multilateralizar y legitimar por parte de los demás países del hemisferio. La resistencia a los intentos de EE.UU., presente desde la primera conferencia panamericana (1889-1890), localizada principalmente en Argentina y algunos otros países hispánicos, continuaría durante estos años marcados por un sin número de intervenciones norteamericanas en Cuba, Panamá, Centroamérica, Caribe y México.

Brasil, dependía entonces del mercado de Estados Unidos mucho más que hoy. Estaba lejos de mantener con Gran Bretaña la posición de estrecha relación comercial e inversionista que llevó a los delegados argentinos a la conferencia de 1889-1890, Manuel Quintana y Roque Sáenz Peña, a liderar la oposición a la unión aduanera pretendida por el secretario de Estado, James Blaine. Por otro lado, distante de la zona de intervención directa yanqui, Rio de Janeiro no se sentía amenazado por la política del *Big Stick* («Gran Garrote») o *cacetão*, en la gráfica traducción de Oliveira Lima.

Por estas razones y más aún motivada por el cálculo pragmático de Rio Branco de reforzar el débil poder brasileño por medio de una alianza virtual con la potencia hegemónica emergente, la diplomacia brasileña se esforzó en definir una posición propia en el panamericanismo. En 1906, Brasil, recibía la Tercera Conferencia Interamericana, acogiendo al secretario de Estado Elihu Root. En ambos casos, se trataba de primicias: la primera reunión fuera de Washington y la primera visita del jefe de la diplomacia estadounidense. El papel que los brasileños concibieron para sí mismos (el de intermediarios entre EE.UU. y los hispánicos) se expresaría en el intento de acciones multilaterales y, por lo tanto, de someter a un control colectivo las manifestaciones del poder yanqui.

La política interamericana de Brasil buscó mantener relativa distancia de las expresiones más truculentas de este poder, prefiriendo subrayar la moderación de los conflictos entre los países hemisféricos y evitar que se crearan situaciones de antagonismo entre EE.UU. y la América española. Tuvo larga vida tras su estreno en la conferencia de Rio de Janeiro, presidida por Joaquim Nabuco, en 1906.

Fueron desdoblamientos del concepto inicial muchas de las realizaciones posteriores al periodo que examinamos, tales como las vinculadas a la Segunda Guerra Mundial y a la Guerra Fría. Después de pasar por incidentes ingratos como el de la intervención en Guatemala en 1954 y de los conflictos sobre la Revolución Cubana en la transición de los años 50 para 60 del siglo XX, iría a encontrar su ocaso en el papel protagónico que el Gobierno Castelo Branco aceptó desempeñar en la operación militar en República Dominicana, a mediados de la década de 1960, sesenta años después de la conferencia en Rio de Janeiro.

Pero no todo fue consecuencia de la influencia directa o indirecta del poderío norteamericano. La República desencadenó un genuino entusiasmo latinoamericanista en Brasil, correspondido por los hispánicos más cercanos. En la euforia del inmediato reconocimiento por Argentina del nuevo régimen, Quintino Bocaiúva, ministro de Relaciones Exteriores del Gobierno Provisorio, celebraría en Montevideo con su homólogo porteño, el fatídico Estanislao Zeballos, un acuerdo por el cual los dos países dividían salomónicamente el cuestionado territorio de Palmas, a veces llamado Misiones.

Es posible que haya sido esta la primera manifestación de fenómeno recurrente que se repetiría hasta nuestros días, la prematura e ingenua ilusión de cambio definitivo y mejoría en el tenor de las relaciones con Argentina, en consecuencia de algún evento: visitas presidenciales, motes como «todo nos une, nada nos separa», encuentro de los presidentes en la frontera, convergencias como la

del «espíritu de Uruguayana», superación de desentendimientos como el relativo a los aprovechamientos hidroeléctricos en la cuenca del Plata, Mercosur, supuestas afinidades ideológicas. Invariablemente seguidas de decepción, las fases de la luna de miel tuvieron duración variable. La primera de ellas, con la llegada de la República, se disipó debido al intratable rechazo del público brasileño en ceder territorio con una reacción que implicó hasta al viejo emperador en el exilio, ocasionando el rechazo del tratado y el retorno al arbitraje.

La movilización combativa de los remanentes del monarquismo, que se renovaría en el episodio de Acre, pone de relieve la pesada herencia de antagonismos y resentimientos con los vecinos dejada por el Imperio. Una de las constantes de la ideología de la política externa brasileña consiste en la resistencia a admitir rupturas en la tradición diplomática. No hay, sin embargo, cómo negar que la diplomacia platense del Segundo Reinado, dominada por la «política de las intervenciones» introducida por Paulino José Soares de Sousa, Vizconde de Uruguay, a partir de 1849 y 1850, contrasta vivamente con el pacifismo americanista republicano.

Culminando con la mayor guerra de toda la historia de Sudamérica, la de la Triple Alianza, sólo terminada el 1 de marzo de 1870, el espíritu belicoso de la política intervencionista todavía generaría la Cuestión Argentina, en torno a la frontera de Chaco entre argentinos y paraguayos, que en buena parte del decenio de 1870 amenazó con desencadenar un nuevo conflicto entre Brasil y Argentina. De 1880 en adelante, la consolidación de los Estados nacionales en Argentina y en Uruguay, la prosperidad que trajeron los inmigrantes, los frigoríficos, la exportación de carne, lana, trigo, habían suprimido las condiciones de inestabilidad crónica y luchas internas que estuvieron en el origen de las intervenciones brasileñas. El Barón de Rio Branco percibió claramente el cambio en un texto famoso en el cual hacia un balance de la política imperial y consideró para siempre terminado el ciclo de las intervenciones.

La evolución platense coincidió con los últimos años de un Imperio ya en declive. Es bien probable que, si la Monarquía hubiese sobrevivido, no habría sido menos sensible a la necesidad de alterar la relación con los vecinos del sur, ya que el régimen monárquico no era intrínsecamente más agresivo o militarizado que el republicano. Sea como sea, los primeros republicanos brasileños sentían explícitamente la necesidad de diferenciarse del legado imperial. Refleja esta preocupación el dispositivo de la Constitución de 1891 exigiendo recurso previo al arbitraje antes de la eventualidad de la guerra.

La crisis de Acre sometió la determinación pacifista de la República a su prueba más peligrosa. La feliz solución del problema mediante negociaciones y espíritu de compromiso evitó que se configurara un precedente fatal para las futuras relaciones con los vecinos más débiles. La proximidad a la que se llegó del choque armado alertó a Rio Branco para la impostergable prioridad de resolver de modo sistemático todas las cuestiones de límites pendientes.

El Barón había actuado anteriormente como el victorioso abogado de los derechos brasileños en el arbitraje sobre Palmas con Argentina (1895) y en la de los confines de Amapá con Francia –Guyana Francesa (1900). El Tratado de Petrópolis (1903) con Bolivia, su obra magna, abriría camino para una larga serie de negociaciones y arbitrajes: con Ecuador, salvados los eventuales derechos peruanos (1904); con Perú, al principio de forma provisoria (1904), más tarde, de forma definitiva (1909); el laudo arbitral con Gran Bretaña – Guyana Inglesa (1904); el protocolo con Venezuela (1905); el acuerdo con Países Bajos –Surinam (1906); con Colombia (1907); y el de modificación de límites ratificatorio con Uruguay (1909).

Llevó adelante durante 15 años, con once vecinos (tres de los cuales eran potencias europeas), sin guerras, por medios exclusivamente diplomáticos, lo que el embajador Álvaro Teixeira

Soares con razón describió como una de las mayores realizaciones de la historia diplomática de todos los tiempos. La definición consensual del espacio dentro del cual se podría ejercer con legitimidad la soberanía creó las condiciones de posibilidad de una relación constructiva y de cooperación con los países limítrofes y los latinoamericanos en general.

Esta obra tal vez no hubiese encontrado, ni antes ni después, oportunidad de consumación. Antes, porque aún no estaba concluida la etapa de formación nacional de muchos países sudamericanos y los constantes conflictos armados hacían imposible pensar en soluciones consensuales. Después, porque la exacerbación de los nacionalismos originada por la Gran Guerra, los extremismos políticos de la era siguiente y las pasiones de una opinión pública cada vez más radicalizada, dejaban poco o casi nada de espacio para soluciones de trasacción y compromiso.

Murieron con la *Belle Époque* las ilusiones de que fuera posible humanizar la guerra, suprimir los pasaportes, resolver todos los litigios por medio de arbitrajes imparciales. Brasil llegó a firmar más de treinta acuerdos de arbitraje, casi todos predestinados a acumular polvo en Arquivos olvidados. La República supo aprovechar para la solución negociada del conjunto de las fronteras una ventana que luego se cerraría, la primera en surgir en más de 150 años desde el Tratado de Madrid, de 1750.

Finalizar el embate territorial se transformó en tarea más fácil que transformar cualitativamente la relación con Argentina. El espíritu de la época favorecía, de hecho, al apelo al Derecho Internacional, al arbitraje, a las soluciones negociadas, al idealismo que resurgiría después de la Gran Guerra con los 14 Principios de Woodrow Wilson. Mientras tanto, este mismo espíritu coexistía en tensión dialéctica con el realismo de la Balanza del Poder europea, la carrera armamentista, las rivalidades inter-imperiales

que finalmente explotarían en los cañones de agosto de 1914 y al final del largo siglo XIX.

Algo de esto hacía sentir su influencia en Sudamérica, donde Brasil y Argentina jugaban su *great game* de rivalidad estratégica en el contexto del subsistema del Plata. Nada reflejó más dramáticamente la desconfianza visceral que Rio Branco sentía con relación a vecinos clasificados como «rivales permanentes» que el irreconocible *mano a mano* entre el Barón y su rival, Estanislao Zeballos. Era como si la rivalidad entre los Estados se encarnara en un duelo interminable de dos personas, evocativo de *The Duel*, el cuento de Joseph Conrad sobre el que se basó la película *The Duelists*, de Ridley Scott. La larga disputa personal, iniciada en el distante año de 1875, durante el auge de la Cuestión Argentina, terminaría con el incidente del telegrama n° 9, en 1908, pero poco después se extinguiría con la muerte de los dos duelistas, el brasileño en 1912, el argentino, tres veces ministro de Exteriores de su país, en 1923.

Debajo de este pintoresco intercambio de golpes de espada se escondía un fondo real y reticente de viejas sospechas, celos y antipatías. Este fundamento, poco a poco debilitado, sobreviviría, sin embargo, a los dos adversarios, resistiría la euforia de las visitas presidenciales de Roca, Campos Sales, Sáenz Peña. Reaparecería cada tanto para condenar al fracaso ideas ambiciosas de entendimiento y de coordinación como el ABC (Argentina, Brasil, Chile), una de las raras iniciativas sin éxito de Rio Branco. Firmado en 1915, después de la desaparición del Barón, el Pacto sólo fue ratificado por Brasil y no llegó a entrar en vigor.

Sin embargo, las conquistas reales en términos de aproximación y colaboración ente Rio de Janeiro y Buenos Aires, no lograron en este periodo disipar la rivalidad diplomática y la disputa de prestigio entre Argentina y Brasil en el entorno inmediato (Paraguay, Bolivia) o en el mundo. Tampoco consiguieron eliminar el antagonismo militar, intensificado por la carrera de armamentos navales en

las dos primeras décadas del siglo XX y que continuaría por largo tiempo alimentando las hipótesis teóricas de guerra estudiadas por el Estado Mayor de cada lado de la frontera.

Junto con las tendencias de la alianza no escrita con EE.UU. y de la relación más intensa y constructiva con los vecinos latinoamericanos, la tercera de las principales transformaciones a largo plazo introducidas en la política exterior por la Primera República se originó en una innovación, el extraordinario desarrollo de la diplomacia multilateral. La segunda conferencia de La Haya (1907) sirvió de escenario para el gran estreno de Brasil en el proscenio de una modalidad diplomática que se convertiría en elemento inseparable de personalidad externa del país.

Muchos de los trazos que hasta hoy diferencian esta personalidad se vieron anticipados en la actuación de Rui Barbosa: el activismo en la participación y formulación de propuestas; la acción en el sentido de mudar el *statu quo*, con el objetivo de posibilitar el ingreso del país en la «esfera de las grandes amistades internacionales a las que tiene derecho», según palabras de Rio Branco; la disposición de confrontar los opositores a la reforma del orden internacional; la promoción de la igualdad en el tratamiento de todos los Estados.

Doce años más tarde, el factor que había frustrado a Rio Branco en La Haya (la influencia protectora de Estados Unidos) se hacía decisivo en la Conferencia de la Paz tras el fin de la Primera Guerra Mundial. Gracias al apoyo del presidente Wilson, se le reconoció a Brasil el derecho de participar de las deliberaciones con tres delegados y obtuvo satisfacción básica para sus intereses relativos al café depositado en Alemania y a los navíos alemanes capturados durante el conflicto.

El multilateralismo moderno nace, principalmente, de la decisión de crear la Sociedad de las Naciones, primer intento en la historia de establecer una institución política reuniendo en teoría a todos los miembros del sistema internacional. Una vez más, la

asistencia norteamericana pesó para que Brasil fuera elegido como miembro temporario del Consejo de la Liga de las Naciones en su periodo inaugural. Aprovechando la oportunidad con seriedad, el Gobierno abrió en Ginebra su primera misión diplomática multilateral (1924) y luchó por su constante reconducción al Consejo (los mandatos eran sólo de un año). Salvo una vez, siempre tuvo éxito, obteniendo la primera o la segunda mayor votación.

A pesar del comienzo tan prometedor, el país llegaría a ser el primer miembro en abandonar la Liga por motivos políticos, al fracasar el intento de obtener el estatuto de miembro permanente en el momento en que Alemania era elegida en esta categoría (1926). La impecable calidad jurídica y política de los pronunciamientos de Afrânio de Melo Franco a la hora de la ruptura no consigue esconder el error de cálculo cometido por el presidente Artur Bernardes y su canciller, Felix Pacheco. Por cierto, años antes, el propio Melo Franco ya había observado el aislamiento al que llegaría la política exterior brasileña del cuatrienio Bernardes al dirigir a la delegación a la 5ª Conferencia Interamericana, en Santiago de Chile (1923), marcada por discusiones sobre la limitación de armamentos navales.

Además de las tres transformaciones ya destacadas como las más importantes, no se podría esbozar un retrato completo de la evolución diplomática del periodo sin mencionar la creciente importancia que adquieren en la política exterior los temas económicos y de inmigración. Las cuestiones comerciales relacionadas al café, por ejemplo, llegan en algunos momentos a marcar el tono de la relación con EE.UU. Las vicisitudes de la deuda externa atravesarían, frecuentemente con urgencia crítica, las cuatro décadas de la Primera República, del *funding loan* de los tiempos de Campos Sales hasta el impacto devastador del colapso de la Bolsa de Nueva York en 1929.

No sorprende así, que la Reforma Nilo Peçanha del Reglamento de la Secretaría de Estado (1918), creara por primera vez una Sección

de Negocios Económicos y Comerciales (4ª Sección), separada de los temas consulares. El mismo decreto enumera entre las medidas que los cónsules deberían adoptar para promover las exportaciones brasileñas la creación y el apoyo a las Cámaras de Comercio, el mantenimiento en las cancillerías de muestrarios de productos, la promoción de conferencias sobre el potencial económico y comercial, el envío de publicaciones comerciales y la exposición de pizarra con la cotización de los precios de las principales exportaciones.

A lo largo de todo el ciclo de la Primera República, los esfuerzos de modernización del servicio exterior fueron constantes. Para tener una idea de la modestia de este servicio, es bueno recordar que, en 1889, el total de empleados de la Secretaría de estado era de 31, incluyendo el director general (el siempre venerado Cabo Frio, ¡desde el 1869!), hasta un portero, dos ordenanzas y un cartero. Los servicios diplomático y consular, separados de la Secretaría hasta la década de 1930, contaban con 74 personas, mitad en Europa, mitad en las Américas.

Cuando Rio Branco llega a Rio de Janeiro en diciembre de 1902, para asumir en el Ministerio, los empleados de la Secretaría habían bajado a 27, pasando en seguida a ser 38. El Barón llevó adelante una reforma modernizadora del cuadro, complementada por la restauración de la sección de Arquivos, instalación de biblioteca, mapoteca, mejorías materiales. Casi todos sus sucesores añadieron perfeccionamientos y expansiones de equipos, terminando en los grandes trabajos de construcción y restauración realizados en la gestión de Otávio Mangabeira. El edificio de la biblioteca y las reformas de los edificios laterales fueron solemnemente inaugurados por el presidente Washington Luís dos meses, más o menos, antes de la Revolución de 1930.

El servicio exterior crecía junto con la República, de los 14 millones de ciudadanos de 1889, de los cuales más del 80% eran analfabetos, a los 35 millones estimados en 1930. El progreso

material fue indiscutible; los 41 años de la Primera República forman el núcleo de los 110 años, de 1870 a 1980, estudiados por Angus Maddison en «*World Economic Performance since 1870*», en el cual concluía que Brasil tenía, con una tasa promedia anual del 4,4%, el mayor crecimiento entre diez economías representativas (cinco dentro de la OCDE – EE.UU., Alemania, Japón, Francia y el Reino Unido– y cinco fuera de la OCDE –URSS, China, India, México y Brasil). Ya vimos que esta fue la era por excelencia de la inmigración, que, de igual manera, contribuyó decisivamente con la urbanización, la industrialización y la modernización del país.

Complementando el enfoque de las personalidades adoptado en el libro «Pensamiento Diplomático Brasileño», esta introducción privilegió las líneas maestras, los grandes conjuntos, las tendencias que atravesaron y unificaron gestiones ministeriales y mandatos presidenciales. No quiere decir que el ciclo inicial de la República haya sido un periodo homogéneo sin costura, un río de curso plácido y sereno, sin correntadas, remolinos y aguas paradas.

A decir verdad, todo lo contrario. Excluyendo unos pocos años que coincidieron con el cuatrienio Rodrigues Alves y dos años de Afonso Pena, un poco más tal vez, no por casualidad el punto alto de la Primera República y de la diplomacia de Rio Branco, lo que antecedió y siguió a esta edad dorada estuvo lejos de ofrecer condiciones propicias para una política exterior prestigiosa.

Del golpe militar de la proclamación de la República al *funding loan* de 1898, una sucesión de desastres desmoralizó el país. El *Encilhamento,* la *Revolta da Armada*, la Revolución Federalista en el sur, degollaciones y ejecuciones sumarias, la Guerra de Canudos, la permanente agitación de la Escuela Militar y de los cuarteles, daban la impresión de que el Imperio cedía lugar a una nueva e inestable «republiqueta» sudamericana. Curiosamente, los primeros éxitos legitimadores del régimen provinieron del área de la política exterior: las victorias de Rio Branco en los arbitrajes de Palmas

(1895) y Amapá (1900) y, entre estos dos marcos, la satisfacción obtenida con la restitución de los ingleses de la isla de la Trinidad (1896), que habían ocupado abusivamente.

No se distinguieron particularmente los hombres que ocuparon el Ministerio de Relaciones Exteriores en los turbulentos comienzos del régimen republicano. Dijo el Barón en una carta escrita cuando le ofrecieron el puesto, que «casi todos los ministros se hicieron empleados temporarios de la Secretaría, y allí van a diario para conversar y firmar papeles. Todo el trabajo quedó concentrado en las manos del Vizconde de Cabo Frio, que, de hecho, es, hace muchos años, el ministro».

Se exagera un poco en esta opinión: Rio Branco no apreciaba a algunos de los ministros, Dionísio Cerqueira y Olinto de Magalhães, por ejemplo. Más tarde, quitaría a su amigo Carlos de Carvalho de la lista de «los que no les gustaban». Asimismo, es innegable que, entre 1891 y 1894, la jefatura de la diplomacia fue ocupada por siete ministros de los cuales resulta difícil recordar el nombre (¿quién sabe lo que hicieron Leite Pereira, Oliveira Freire, João Filipe Pereira, Alexandre Cassiano do Nascimento?). Hasta Olinto de Magalhães, que permaneció durante el mandato entero de Campos Sales, salió irreversiblemente marcado por los orígenes del conflicto de Acre debido a la incapacidad de percibir la gravedad del desafío y la inepcia de querer darle solución de puro formalismo jurídico.

A Paranhos Júnior le tocó, afortunadamente, un tiempo mucho más favorable, no solamente en términos de duración (de diciembre de 1902 a febrero de 1912), sino también en contenido, en la calidad internacional del crepúsculo de la *Belle Époque*, así como, internamente, en el fugaz paréntesis de prosperidad y paz civil (a pesar de la Revuelta de la Vacuna). Tuvo hasta la suerte de morir cuando la situación se degradaba irremediablemente en Brasil y en el mundo. Según observó Carlos de Laet, la *Revolta da Chibata* y la

amenaza de bombardeo en la Bahía de Guanabara por los navíos sublevados, lo sacudieron profundamente, mostrándole cuán lejos estábamos del ideal de país fuerte y estable capaz de proteger el prestigio en el mundo. Las intervenciones armadas en los Estados, las llamadas «salvaciones provinciales» de la presidencia de Hermes da Fonseca, el bombardeo de la Bahía liquidaron sus últimas ilusiones.

En el escenario externo, el año de su muerte coincidió con las Guerras de los Balcanes, una especie de preanuncio de la Gran Guerra, aproximando el día fatídico en el cual se apagarían, una por una, las luces que le habían iluminado la vida, parafraseando a Lord Grey. La guerra obviamente estrechó aún más el espacio potencial de acción de la diplomacia de un país sin poder y que sólo participó del conflicto en su final y de modo simbólico. Mientras duraron las batallas en Europa, hasta las conferencias del sistema interamericano estuvieron suspendidas. Brasil hizo buenos negocios, exportó mucho, pero como sucedió más de una vez en circunstancias similares, el saldo comercial y la moneda fuerte no tardaron en disolverse en el aire, una vez normalizada la situación.

La crisis política del sistema de la Vieja República, que ya venía desde antes, se acelera y avanza hacia el desenlace fatal. Los cuatro años de Artur Bernardes se cumplen casi en permanente estado de sitio, como ya acontecía en gran parte del Gobierno de Hermes. Los problemas internos absorben todas las energías disponibles, dejando muy poco para la dimensión internacional.

Un ejemplo impresionante es 1922, año del centenario de la Independencia y, al mismo tiempo, de la Semana de Arte Moderno de São Paulo, de la fundación del Partido Comunista, de la introducción del impuesto sobre la renta y de la irrupción en la escena del *Tenentismo* con la Revolución del Fuerte de Copacabana. Dos años después, sería el turno de la Revolución de São Paulo, de movimientos menores en varios Estados, especialmente en Rio

Grande do Sul, en la formación de la Columna Prestes, que recorrió miles de quilómetros en los años siguientes hasta internarse en Bolivia.

Se agravan los problemas del café y, con el colapso de la Bolsa de Nueva York, las dificultades de préstamos para mantener la valorización del producto. El precio se sumerge a un tercio del valor original y las pérdidas de exportación golpean brutalmente al comercio exterior, que dependía del café para más del 70% del total de las ventas externas.

De los seis ministros que sucedieron a Rio Branco, antes de la Revolución de 1930, dos (Nilo Peçanha y Domício da Gama) permanecieron en el puesto durante algunos meses solamente. De los otros cuatro (Lauro Müller, Azevedo Marques, Felix Pacheco y Otávio Mangabeira), nunca se dijo que hayan podido realizar obra comparable a la del gran canciller. No tenían la calidad para esto, y aunque la tuviesen, no contaban con las condiciones externas e internas.

Escribí una vez, un poco como parodia, que los ministros posteriores al Barón (no sólo aquellos nombrados más arriba) daban a veces la impresión de que podían ser comparados al escritor portugués Latino Coelho: «¡un estilo en busca de un asunto!». Dejando de lado la exageración o la injusticia, lo que quise expresar es que Rio Branco prácticamente agotó todo el potencial viable de iniciativas diplomáticas al alcance del poder de Brasil en aquel momento. Después de concluida la definición de las fronteras con todos los vecinos, de la alianza no escrita con Estados Unidos, de la aproximación con los latinoamericanos, ¿qué quedaba por emprender que él no hubiera hecho?

Algunos como Lauro Müller intentaron comenzar por donde él había fallado, el Pacto ABC o la transformación cualitativa de las relaciones con los argentinos, «rivales permanentes». Ya vimos antes que ninguno de los intentos salió bien. Artur Bernardes,

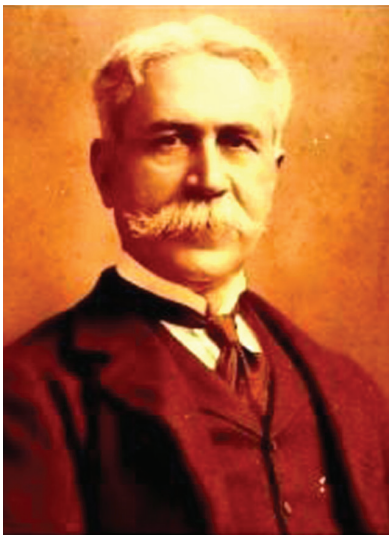
Felix Pacheco y Afrânio de Melo Franco pensaron en poder triunfar donde él había naufragado: en el ingreso en la «esfera de las grandes amistades internacionales», en este caso, el reconocimiento del estatuto de miembro permanente del Consejo de la Liga. Una vez más, no fue posible, y aquí se podría aplicar lo que Joaquim Nabuco escribió en su Diario con respecto a la fracasada campaña de Rui en La Haya: «Uno no se hace grande por dar saltos. No podemos parecer grandes si no lo somos. Japón no precisó pedir que lo reconocieran como gran potencia, ya que demostró serlo» (25 de agosto de 1907).

El argumento de Nabuco equivale a una crítica del voluntarismo diplomático. En términos más explícitos, es lo que muchas veces oí personalmente del nostálgico ministro Ramiro Saraiva Guerreiro: «Brasil es un país de intereses globales, pero sus recursos de poder son limitados». La limitación del poder debe entenderse en sentido lato: el poder no sólo de intervenir decisivamente; también el nivel de avance económico, científico, cultural, tecnológico, de cooperación técnica, capaz de imprimir densidad a relaciones de otro modo meramente formalistas, de cancillería a cancillería.

La conquista de tales condiciones pasa evidentemente por el proceso de desarrollo. En un discurso en el 3º Congreso Científico Latinoamericano realizado en Rio de Janeiro en 1905, el Barón de Rio Branco declaraba: «Es indispensable que, antes de la mitad de siglo, cuatro o cinco, por lo menos, de las mayores naciones de América Latina, por noble estímulo, lleguen, como nuestra gran querida hermana del Norte, a competir en recursos con los más poderosos Estados del mundo».

Pasado el optimista plazo del discurso, Delgado de Carvalho comentaba: «A 50 años de estas palabras, vale la pena citar la frase [...] que lleva a la meditación». La Primera República dejó de existir hace más de 80 años y el pronunciamiento de Rio Branco pasó de un siglo. Las limitaciones pueden ser hoy menos graves que las enfrentadas por la política exterior de aquella época, o mejor dicho,

podrán ser diferentes. Continúa, sin embargo, valiendo la pena estudiar y valorar el legado de los diplomáticos de aquel tiempo y no perder de vista la lección de las advertencias de Joaquim Nabuco y Rio Branco.



Joaquim Nabuco

Hijo del senador y consejero de Estado José Thomaz Nabuco de Araújo y de Ana Benigna de Sá Barreto, nació el 19 de agosto de 1849, en Recife. Estudió en el Colegio Pedro II (1860-1865), en la Facultad de Derecho de São Paulo (1866-1869) y en la de Recife (1869-1870). Fue agregado de la Legación Brasileña en Estados Unidos (1876-1878) y en Inglaterra (1878), corresponsal del *Jornal do Commércio* (1881-1884) en Londres, diputado general en Pernambuco (1879-1880;1885;1887-8) y uno de los líderes de la campaña por la abolición de la esclavitud en Brasil. Se casó en 1889 con Evelina Torres Soares Ribeiro, con quien tuvo cinco hijos. Con la caída del Imperio, escribió panfletos de crítica a la República y se autoexilió en Londres (1890-1892). De vuelta en Brasil, participó de la organización del Partido Monárquico (1896) y de la Academia Brasileña de Letras (1897), de la cual se hizo secretario general. En 1899, retornó a Europa, en misión diplomática. Dirigió la legación brasileña en Londres (1900-1905) y la recién creada Embajada de Brasil en Washington (1905-1910). Presidió la

Tercera Conferencia Panamericana en Rio de Janeiro (1906). Dictó conferencias en Estados Unidos (1906-1909), recibió títulos de doctor *Honoris Causa* en la Universidad de Columbia (1906) e Yale (1908). Escribió artículos de diarios, manifiestos, poesía y libros, entre los cuales cabe resaltar: *O Abolicionismo* (1883), *Balmaceda* (1895); *A Intervenção Estrangeira durante a Revolta de 1893* (1896); *Um Estadista do Império: Nabuco de Araújo, sua vida, suas opiniões, sua época* (1898-1899), *Minha Formação* (1900), *Escritos e Discursos Literários* (1901). Murió en Washington, el día 17 de enero de 1910.

Joaquim Nabuco: diplomático americanista

Angela Alonso[1]

No se puede apartar a Joaquim Nabuco, el diplomático, de Joaquim Nabuco, el aristócrata. Es tan frecuente como peligroso en el análisis de la trayectoria de los individuos que se sobresalen por recurrir al argumento de la «vocación», del «talento», o del «genio». Como muestra Norbert Elias, en su biografía de Mozart, incluso el individuo excepcional surge de un contexto socio-político y de redes de interacción social. Tomando este ángulo para tratar la trayectoria diplomática de Nabuco, es necesario, en primer lugar, entender la configuración social que posibilitó a este individuo ascender a las posiciones a las que llegó. Nabuco no fue un *self-made-man*. Fue, para usar el término querido de Pierre Bourdieu, un «heredero».

Hijo de un político del Imperio, nacido en Pernambuco, en 1849, cursó la carrera de derecho en la tradicional Facultad de Derecho, de donde salió en 1870, para seguir poco después en el igualmente tradicional viaje de formación por Europa. Su primer contacto con

1 Este texto se sirve de materiales y argumentos presentes en mi libro *Joaquim Nabuco: os Salões e as Ruas*, Companhia das Letras, 2007, fundamentalmente del último capítulo, y de mi artículo *L´americaniste depassé* in Cunha, Diogo (Ed). *intelectuels et politique au Brésil – 19ème siècle* (en impresión).

la diplomacia fue en esta condición de miembro de la elite social, por vía de los salones aristocráticos. Lo deslumbró Inglaterra y los modos y relaciones del ministro brasileño en Londres, el Barón de Penedo, en casa de quien conoció la elite política e intelectual local (NABUCO, 1900, p. 121ss).

No fue en esta Inglaterra tan admirada que Nabuco comenzó en las labores diplomáticas. Su posición social, hijo del líder político José Thomaz Nabuco de Araújo, le permitió el acceso a la doble carrera (pues ninguna de las dos era independiente en el Imperio) de diplomático y de político. Había una jerarquía entre las dos, siendo los puestos diplomáticos puntos de espera por puestos políticos. La apreciación social como la apreciación personal de Nabuco era que la posición diplomática sería inferior en prestigio y poder a la política, que fue lo que primero y lo que siempre deseó.

Nabuco era, con todo ello, hijo de un Liberal y alcanzó la mayoría de edad en la época del gobierno del Partido Conservador. Los puestos políticos, ocupados por indicación, estaban a cargo de adversarios. Le quedaba pelear, manejando las relaciones en la sociedad de cortes, por un puesto en la diplomacia. Nabuco buscó, por medio del padre, una posición a la sombra de Penedo. Sin embargo, muchos otros miembros de la elite social, igualmente colocados en cargos políticos, pasaban por cuestiones semejantes, lo que hacía los puestos diplomáticos disputadísimos. Nabuco perdió el puesto en la Legación en Londres, pero se convirtió en agregado de legación en Washington. De 1876 a 1878, vivió allí, durante su primer empleo. Con la tolerancia del ministro de Brasil, Antonio Pedro de Carvalho Borges, terminó por establecer residencia en Nueva York, de donde enviaba sus despachos.

Esta primera experiencia norteamericana no fue de las más marcante. Sus talentos no se distinguieron, vivió sin entusiasmo y con pereza. Su deslumbramiento con la sociedad aristocrática no encontró dónde expandirse en la sociedad burguesa norteamericana.

Vivió en el nuevo mundo ansiando migrar al viejo. La ocasión se dio cuando un colega de Legación le alertó sobre un lugar en Inglaterra, gracias a su propio ascenso al puesto de secretario (Carta de C. A. Viana de Lima a Joaquim Nabuco, 16/8/1877 Ci-Fundaj)[2]. Siempre por medio del padre intentó la transferencia. Pero competía para el puesto nada más y nada menos que con el hijo del Barón de Penedo (Carta del Barón de Penedo a Joaquim Nabuco, 16/5/1877 Ci-Fundaj), que ganó el lugar.

Poco después, con el cambio de Gobierno Conservador a Liberal, en 1878, cuando se dio el «baile de las sillas», la influencia política del padre concretizó el sueño del hijo: Joaquim Nabuco se convirtió en diplomático brasileño en Londres. Experiencia efímera, de la cual guardaría la creencia en la superioridad de la civilización europea.

Nabuco no era diplomático, estaba diplomático. La diplomacia le sonaba como posición provisoria. Tanto su ambición personal, como la expectativa social en torno al hijo de un político del Imperio, era que sucediera al padre en la política. Fue lo que hizo cuando a la muerte de Nabuco de Araújo lo llevó de vuelta a Brasil justo a tiempo para presentarse en las elecciones legislativas y comenzar en el Parlamento en 1879. La política sacó a Nabuco de la diplomacia.

Interregno

En la década de 1880, Nabuco brilló como líder de la campaña por la abolición de la esclavitud. Se sumergió en la política, tocado intelectual y emocionalmente por la causa. La posición oposicionista le facultó una vida llena de idas y venidas. Se vio, a lo largo de la década, varias veces en aprietos políticos y financieros. Su alianza con abolicionistas de la sociedad y su discordia con liderazgos

2 Están referidas como CI las cartas inéditas de Joaquim Nabuco depositadas en el Arquivo de la Fundación Joaquim Nabuco – Fundaj en Recife.

políticos establecidos le costaron también el empleo de agregado. El problema fue que Nabuco se licenció del puesto en Inglaterra, con la esperanza de volver, en un de los frecuentes cambios de partido en control del gobierno del Segundo Reinado. Pero la independencia política impuso su precio, fue obligado a renunciar al puesto, en 1879. La consecuencia fue que, sin conseguir la reelección, en 1881, quedó sin puesto, sin amparo partidario y sin patrimonio propio para seguir en la política.

Fue el Barón de Penedo quien lo ayudó en el apuro. Involucrándose en extensas y poderosas redes de relaciones políticas y financieras, el Barón le consiguió un puesto como corresponsal en el *Jornal do Commércio* en Londres. En esta condición, Nabuco vivió en Inglaterra durante los dos años siguientes. Tiempo de aprendizajes. De gran utilidad fue la socialización en forma de acción y panfletismo de la exitosa *British and Foreign Anti-Slavery Society*, lo que Nabuco utilizaría en la campaña abolicionista al volver a Brasil. Otro aprendizaje reveló sus vantajas plenas apenas a largo plazo. Nabuco observó a Penedo dirigir la legación brasileña en Londres y aprendió con él. Penedo representó para Nabuco el modelo de un tipo de diplomacia basada en el uso del entrenamiento aristocrático –elegancia, etiqueta, erudición y autocontrol– con el agregado de un manierismo –el encanto, el magnetismo personal– para cultivar relaciones en el interior de la elite social. Una diplomacia anclada en la sociabilidad, que se podría llamar *diplomacia social*. Nabuco la pondría en práctica dos décadas más tarde, al alcanzar el mismo y codiciado puesto de ministro de Brasil en Londres, pero en los años 80 ya había comprendido e interiorizado los trazos esenciales del modelo. Su educación refinada de Corte y su porte físico de hombre alto y vistoso pavimentaron el camino para el dominio y uso exhaustivo de las artes de la cortesía –visitas, tarjetas, *soirées*, cenas, etc.– en favor de la diplomacia. Adquirió maestría en establecer, cultivar y mantener múltiples y variadas redes de relaciones

personales durante décadas –con las buenas familias, políticos, periodistas, intelectuales y hombres de negocio–. Este último caso, gracias a las consultorías que consiguió para empresas con negocios en Brasil y a las exigencias de su columna del *Jornal do Commércio*, que incluía la cobertura de economía y política externa.

Así, aunque sin puesto diplomático, la residencia de Nabuco en Londres en los años 80 dió rentabilidad futura para el diplomático. Por un lado, el conocimiento de política externa y de temas económicos, con los cuales Nabuco no estaba antes ni familiarizado, ni interesado. Por el otro, el contacto con Penedo perfeccionó los requisitos de la diplomacia social: hablar bien, recibir bien, vestirse bien, escribir bien, y su habilidad inigualable de cautivar al prójimo.

En poco tiempo, Nabuco usó estas habilidades en la campaña por la abolición de la esclavitud. Entre 1884, cuando retornó a Brasil, y 1888, cuando se aprobó el fin de la esclavitud en Brasil. Nabuco fue político de cuerpo y alma. Escribió obras de campaña, su clásico libro *O Abolicionismo* (1883) –que señala la esclavitud como fundamento de la sociedad, de la economía y de la política brasileñas–, artículos de diarios, panfletos. Hizo campañas electorales inolvidables y discursos memorables en el Parlamento, obteniendo un gran apoyo público. Los éxitos combinados en el espacio público y en el Parlamento le dieron un aura, con el cual Nabuco se adentraría en el imaginario nacional: el caballero errante de la abolición. Que andaba lejos de la diplomacia.

Antiamericanismo

Al fin de la campaña abolicionista, cuando buena parte de sus correligionarios continuó en la campaña-hermana, la republicana, Nabuco se aisló en un pequeño grupo de monárquicos que veía la posibilidad de continuar con las reformas sociales bajo la monarquía.

Cuando la República se impuso, en 1889, muchos monárquicos la aceptaron como hecho consumado. Nabuco estaba entre los que se resistían al nuevo régimen. Esta condición de opositor lo hizo pasar una década alejado del servicio público, tanto de la política de estado como de la diplomacia. Asimismo, en este periodo emitió opiniones sobre política externa en los panfletos y libros que escribió.

En los primeros años del nuevo régimen, Nabuco redactó varios textos de defensa del antiguo régimen y ataque a la República, en los cuales recurría a la comparación con los demás países del continente. Fundamentalmente denunciaba la rivalidad republicana de las instituciones norteamericanas y equiparaba el nuevo régimen brasileño, por sus defectos, a la América española. Este antiamericanismo aparece en *Por que continuo a ser Monarquista,* carta abierta a Fernando Mendes, director del *Diário do Commércio,* de 7 de septiembre de 1890, dirigida en contra la América española, que aparece asociada a un par pernicioso, caudillismo y dictadura militar: «la República, en los países latinoamericanos, es un Gobierno en el cual es esencial desistir de la libertad para obtener el orden» (NABUCO, 1890b, p.14). En *Agradecimento aos Pernambucanos,* del año siguiente, el antiamericanismo queda más general y más abierto, como «plagio americano» (NABUCO, 1891, p. 15), con relación a Estados Unidos y una visión negativa de Sudamérica: «Yo lamento la actitud suicida de la actual generación, arrastrada por una alucinación verbal, la de una palabra –*República*, desacreditada ante el mundo entero cuando acompaña al calificativo –*Sudamericana*» (NABUCO, 1891, p. 4, letra cursiva del autor). Nabuco insistió en esta tecla durante el Gobierno Floriano Peixoto, denunciando que Brasil se había vuelto víctima de los caudillos, a la manera de las «formas de opresión y desGobiernos sudamericanos» (NABUCO, 1895, p. 3), que pasó a nombrar entonces, también, como «América Latina» (NABUCO, 1893, p. 96).

Durante la *Revolta da Armada,* con sus esperanzas de restauración en el tope, Nabuco escribió contra el americanismo en artículos de diarios, compilados en seguida en dos volúmenes: *Balmaceda*, en 1895, y *A Intervenção Estrangeira durante a Revolta*, en 1896[3]. El primer libro tuvo como objetivo hacer una reseña de *José Manuel Balmaceda: Balmaceda, su Gobierno y la Revolución*, de 1891, obra de Julio Bañados Espinosa, que narraba la crisis chilena culminada en el suicidio del presidente de la República. Nabuco trazó ahí una serie de paralelos entre la situación brasileña y la chilena, la segunda movilizada para iluminar la primera, como en «Post-Scriptum – A Questão da América Latina». El libro opera con pares antiéticos: monarquía y república, civilización y barbarie, establecidos y «*parvenus*», para desembocar en el paralelo entre los dos presidentes, Balmaceda en Chile, y Floriano en Brasil, ambos líderes del «asalto del pueblo a las posiciones defendidas por la antigua sociedad» (NABUCO, 1895, p. 126; 127; 15).

En estos escritos, el juicio negativo alcanzó también el modelo de los republicanos brasileños, Estados Unidos. Nabuco veía en los norteamericanos la consustanciación de valores y estilo de vida en contradicción con sus costumbres y valores de aristócrata: Estados Unidos era una sociedad burguesa, capitalista, sin el refinamiento de las cortes europeas, carecía de pulidez, de refinamiento, de alta cultura. Nabuco era contrario al «Monroísmo», del que sería defensor en la década siguiente, pues:

> *En nuestros países, donde la nación se mantiene en minoría permanente, las libertades [...] viven resguardadas por algunos principios, por algunas tradiciones [...]. A estos países [...] donde la ley es frágil, no se adaptan instituciones [...] como la norteamericana (NABUCO, 1895, p. 36-37).*

3 Para un análisis más detallado de ambos libros, véase ALONSO, 2009.

La «América Latina» sería un complejo cultural peculiar, no consiguiendo, pues, imitar con Estados Unidos sin artificialidad. Hacerlo, significaría trasplantar instituciones políticas inadecuadas a la realidad local. En su lugar, defendía la recuperación de la monarquía liberal, con su aristocracia social (NABUCO, 1895, p. 142). Modelo que le recomendaba a los vecinos: «lo que América del Sur precisa es un extenso Poder Moderador, un Poder que ejerza la función arbitral entre partidos intransigentes [...]» (NABUCO, 1895, p. 134-5).

Sus opiniones sobre Estados Unidos sobresalen más en *A Intervenção Estrangeira durante a Revolta de 1893*. Con el título lo dice todo, el libro se sirve del ángulo de la diplomacia para tratar el conflicto entre rebeldes, en parte monárquicos, y los legalistas republicanos, durante la *Revolta da Armada*[4]. Los navíos de bandera alemana, portuguesa, francesa, italiana, holandesa y norteamericana, llegados a la Bahía de Guanabara, terminaron operando como árbitros del conflicto intranacional. Nabuco se refirió a todos los países involucrados, pero su objetivo era distinguir el apoyo de los norteamericanos al Gobierno de Floriano Peixoto como decisivo en el suceso de la «Revolta Restauradora» (NABUCO, 1896, p. 265). Nabuco apareció como crítico feroz de Estados Unidos, promotores de «actos sin precedentes», desde el punto de vista del derecho internacional, de intervención a favor del Gobierno y contra los rebeldes, al enviar navíos de guerra demandados por Floriano (NABUCO, 1896, p. 245)[5]. Así, los norteamericanos terian actuado «en ayuda de un despotismo sudamericano», muy de acuerdo con su Doctrina Monroe, que Nabuco consideraba deletéreo: «[...] la protección, la intervención, la ayuda es siempre en la historia el

4 Sobre la *Revolta*, véase TOPIK, 1996.

5 Y la «[...] actitud hostil de Estados Unidos despertó en la escuadra el recelo de que fuera ésta el comienzo de ejecución de un plan político, fundado en las informaciones suministradas oficialmente a la legación estadounidense de que la revuelta tenía como objetivo la restauración de la Monarquía» (NABUCO, 1896, p. 230-1).

primer modo por el cual la sombra del protectorado se proyecta sobre un Estado independiente [...]» (NABUCO, 1896, p. 258).

En este comienzo de la República, Nabuco se presentaba pues, como anti-americanista. Su asociación de americanismo con caudillismo militar (América Latina) o intervencionismo (Estados Unidos), estaba en sintonía con escritos de otros monárquicos, como Rodolfo Dantas, Eduardo Prado y el Barón de Rio Branco –aunque en el servicio diplomático bajo el Gobierno republicano–. Todos involucrados, directa o indirectamente, en la organización de un Partido Monárquico, para el cual Nabuco escribió el manifiesto, el 12 de enero de 1896.

Así, aunque Nabuco no tuviera cargo en la diplomacia durante casi toda la década de los 1890, emitió sistemáticamente opiniones sobre la política externa. Brasil debía mantenerse en el rumbo propuesto por el Imperio, de amistad sólida con Europa, independencia en relación con Estados Unidos y diferenciación crítica con relación a la América española.

De vuelta a la diplomacia

Durante los años 1890, Nabuco utilizó la política a su alcance, como uno de los articuladores del Partido Monárquico. Pero la muerte de D. Pedro II, en 1891, y el desenlace de la *Revolta da Armada,* sojuzgada por el Gobierno de Floriano Peixoto en 1894, redujo a cenizas, Nabuco reconoció, la posibilidad de regreso a la monarquía. Entonces se dedicó a las letras y la historiografía, publicando dos libros que se tornarían clásicos, *Um Estadista do Império* (1897-9) y *Minha Formação* (1900). El destrozo de sus esperanzas de restauración como de sus finanzas personales, fruto de pésimas decisiones inversionistas, lo estimularon a hacer las paces con el nuevo régimen a final de la década de 1890. En esta

coyuntura, el regreso a la diplomacia otra vez no se presentó como elección, sino como orden de las circunstancias.

La incorporación de un monárquico al servicio público republicano se explica por una peculiaridad de montaje del nuevo régimen, que, carente de equipo, mantuvo hombres de convicción monárquica en sus puestos diplomáticos, como el caso ya mencionado del Barón de Rio Branco. Nabuco fue reincorporado a la carrera diplomática gracias a su formación aristocrática, que le proporcionó los atributos solicitados –la erudición histórica, política y la literatura, el dominio de lenguas extranjeras, la oratoria, la escritura y la etiqueta–. Gracias también a los lazos sociales que, como aristócrata, cultivó como un valor en sí. En 1899, siendo presidente su antiguo compañero de parlamento, Campos Sales, Nabuco recibió de Olinto de Magalhães, ministro de Relaciones Exteriores, una propuesta formal, para fundamentar la posición brasileña en el litigio con Inglaterra en torno a la frontera con la Guayana Inglesa. Respondió que, en una

> *cuestión de carácter completamente nacional, como es la reivindicación de territorio brasileño contra pretensiones extranjeras, sería faltar a la tradición del pasado que hace años procuro recoger y cultivar, que yo invocara una disidencia política [...] (Carta de Joaquim Nabuco a Olinto de Magalhães, 5/3/1899 CI-Funaj).*

Fue nombrado para la misión el día 9 de marzo.

En esta misión, Nabuco trabajó en el interior de su círculo de relaciones personales, que incluía al ministro brasileño en Inglaterra, Arthur Souza Correa, y al Barón de Rio Branco, cuya reputación crecía, gracias a los éxitos en litigios de frontera. Tanto Souza Correa como Rio Branco estaban involucrados en la cuestión de la Guayana Inglesa, que Nabuco asumía. El problema se arrastraba desde la expedición de la *Royal Geographical Society*, en 1838, cuando los

ingleses declararon suya la región de Pirara, que tenía acceso a la cuenca del Amazonas. Brasil contestó y, en 1842, se firmó el tratado de límites. El asunto se enfrió hasta 1888, cuando se formó una comisión bilateral para estudiarlo y, en 1891, Lord Salisbury y Souza Correa entraron en negociaciones. El contencioso diplomático se intensificó, en 1895, cuando Inglaterra invadió la isla Trinidad. En 1897, Rio Branco preparó una memoria defendiendo la línea divisoria de aguas, en las planicies entre los ríos Rupununi y Tacutu. En enero de 1899, se decidió a recurrir al arbitraje. Fue entonces cuando Nabuco entró en la historia, encargado de fundamentar la posición brasileña. Él, que tanto admiraba a Inglaterra, volvió a estar en la escena pública teniendo que rivalizar con los ingleses.

La tarea obligó a Nabuco a una conversión profesional. Sin posibilidad de volver a la política, encaró por primera vez la diplomacia como oficio y carrera. Precisó, entonces, dominar nuevas habilidades, para ascender en el nuevo camino.

En esta área, Nabuco actuó en dos frentes. Uno fue argumentativo. Fundamentar la reivindicación brasileña, a ser presentada al árbitro, el rey italiano, exigió redactar memorias, compilando y comentando toda la documentación, que sirviera de fundamento para el argumento central, el *uti possidetis*. En este frente, Nabuco precisó desarrollar también habilidades de coordinación y comando, para seleccionar y dirigir un equipo de auxiliares, entrenados fundamentalmente en las materias que no dominaba, como era el caso de geografía y topografía, y que reclutó en la generación más joven, que conoció en el circuito de la Academia Brasileña de Letras (su refugio durante los años de Floriano): contrató a Graça Aranha, su secretario, a Caldas Viana y a Domício da Gama[6]. El otro frente fue la construcción de una base de apoyo político para la posición brasileña. Nabuco manejó

6 Trabajarían también con él Raul Rio Branco, Aníbal Veloso Rabelo y el cartógrafo Henri Trope, además de un traductor y taquígrafo, y un digitador.

su capital social, usando la red de relaciones personales que ya tenía en Europa y construyendo nuevas relaciones en la elite italiana, buscando así alianzas de sustentación para los argumentos de su Memoria.

Proceso lleno de incidentes. Después de montar el equipo, se dirigió a Francia, donde dio con Rio Branco, con quien tenía hasta entonces un franco compañerismo. Después siguió para Inglaterra, en busca de documentos, allí, la relación con Souza Correa, otro amigo de la juventud, fue tensa. Aunque no pudiera negociar directamente con los ingleses, Nabuco usó su red social anterior y su carisma renovado, y esta presencia ostensiva en los medios diplomáticos incomodó a Souza Correa. La relación entre ambos se agrietó y Nabuco terminó dejando Inglaterra. Al final en cualquier lugar podría trabajar en la producción de una memoria. Por lo tanto, no pudiendo permanecer en el lugar preferido, Londres, se estableció en Saint-Germain-en-Laye, con la familia.

Pero luego volvería. Souza Correa murió repentinamente. Nabuco estaba por la zona, tenía todas las condiciones para sucederlo. Movilizó sus relaciones. El hilvanado con Tobías Monteiro, Rodrigues Alves, ministro de Hacienda, y Olinto de Magalhães, ministro de Exteriores, dio resultado. En julio de 1900, a los 50 años fue ascendido a jefe provisorio de la legación brasileña en Inglaterra y, después, a titular del cargo.

Ahí sí, en un puesto de gran alcance, Nabuco hizo política diplomática en sentido amplio y estratégico, operando como representante activo de los intereses brasileños. También pudo poner en práctica todo lo que aprendió en los años en el que el Barón de Penedo conducía la Legación. Nabuco orquestó su diplomacia social, atento a la relevancia de la sociabilidad para la obtención y mantenimiento de relaciones políticas, organizaba cenas y banquetes, con figuras prominentes, atrayendo a la prensa, publicado en el *Daily News*, en el *Express* y eventualmente en el

Times. Cuando no era el anfitrión, frecuentaba. Así se aproximó a familias poderosas, como los Rothchilds, banqueros oficiales de Brasil. Nabuco veía como parte indispensable de la diplomacia impresionar y persuadir. Conversaba siempre y con mucha gente.

Este oficio de tejer relaciones, organizar y asistir a ceremonias, era lo que más le gustaba en la carrera diplomática. La rutina burocrática le costaba más: «Administrar es la más complicada de todas las profesiones» (Carta de Joaquim Nabuco a Tobias Monteiro, 25/12/1900. In: NABUCO, org. 1949). También las presiones por tráfico de influencias e intentos de enredarlo en negocios turbios lo irritaban (*Diarios de Joaquim Nabuco*, 1/1902). Tuvo hasta que salir en público, en 1901, a desmentir a un brasileño que ni conocía que intentó hacer negocios con su nombre. Estas menudencias hicieron que se cansara del cargo.

Pero no pensaba en renunciar cuando la elección condujo a Rodrigues Alves a la presidencia de la República en 1902. Como suele acontecer en tales ocasiones, se cambiaban los cargos y las personas. El nuevo presidente era un político del Imperio. Nabuco lo conocía bien, habían sido compañeros en el Colegio Pedro II. Pero Rodrigues Alves era un político formado en el viejo Partido Conservador, que se rodeó de similares, comenzando por Rio Branco, hijo de uno de los grandes líderes Conservadores del Segundo Reinado. Esta similitud de origen, como Nabuco recordó a Rio Branco[7], sumada a sus últimos éxitos diplomáticos, orientó la elección de Rio Branco como ministro de Relaciones Exteriores. Antes de aceptar, el Barón indicó a Nabuco para el cargo (LINS, 1995:246), conociendo las pocas chances de que el amigo fuese invitado al cargo de ministro. Nabuco juzgó que la cortesía escondía un plan del Barón de transferirlo a Roma. Se aborreció: se trataba de un puesto de menor importancia que el

7 «A diferencia de usted, yo no serviría para el trabajo, por ser, como usted ha dicho, *reformador*, (entiéndase político). Mi entrada exigiría mi entera aceptación del actual régimen constitucional, lo que no puedo hacer. No hablo de la República, sino del modo en que está organizada» (Carta de Joaquim Nabuco a Rio Branco, 10/07/1902 CP- Nabuco 1949).

de Londres y «aquí por lo menos no se comprendería que me dieran una posición inferior» (Carta de Joaquim Nabuco a Rio Branco, 2/9/1902. In: NABUCO, org., 1949). Y en condición provisoria, pues Nabuco entendió que Rio Branco quería para él mismo el puesto en Roma, en el caso de que no le gustara el ministerio, de modo que quedó «muy contrariado porque no le guardé el lugar [...]» (Carta de Joaquim Nabuco a Evelina Nabuco, 22/11/1902 CI-Fundaj).

El disenso terminó en pelea, cuando se vieron en París. Nabuco pensó en salir[8]. Pero su única ocupación era la diplomacia, su capital personal, que venera como herencia a Doña Evelina, lo había perdido todo en aplicaciones desastrosas en la bolsa de Buenos Aires, a comienzos de los años 1890. Necesitaba el empleo, pero permaneció incómodo, pues Rio Branco aceptó el ministerio de Relaciones Exteriores, haciéndose así, su jefe.

En este ambiente, Nabuco concluyó su memoria sobre la Guayana Inglesa. Trabajó exhaustiva e incansablemente, con una dedicación y una concentración que sólo iguala al esfuerzo que hizo con la redacción de la biografía del padre. Contó con ayuda de asistentes, pero poca de Rio Branco, a pesar de sus pedidos por carta. En febrero de 1903, el trabajo comenzó a publicarse. *Frontières du Brésil et de la Guyane Anglaise*. *Le droit du Brésil*, la primera memoria, contenía cinco volúmenes entre texto principal y de soporte. La réplica de los argumentos ingleses salió en tres volúmenes en agosto del mismo año, con el título *La Prétention Anglaise; Notes sur la partie historique du Premier Mémorie Anglais; La Preuve Cartographique*. En febrero de 1904, salió la última parte, los cuatro volúmenes de contrarréplica: *La Construction des Mémoires Anglais; Histoire de la Zone constestée selon le Contre-Mémoire Anglais*; *Reproduction des documents anglais suivis de brèves observations; Exposé final*. Todo el trabajo se cimentaba

8 « [...] tuvimos Rio Branco y yo una discusión amarga [...] sobre la cuestión de la Legación de Italia, a la cual él no se resigna a verme renunciar. La actitud de él me oprime extraordinariamente y si pudiese, saldría de todo [...] ». (Carta de Joaquim Nabuco a Evelina Nabuco, 14/9/1902 CI-Fundaj).

en los mismos argumentos, fundamentalmente en la doctrina del *uti possidetis*, ya usada en el Segundo Reinado y movilizada por Rio Branco en conflictos anteriores. Nabuco intentaba demostrar la anterioridad brasileña en el uso del territorio disputado, para lo que se valía de documentos, como de registros de viajantes y de tratados internacionales, como de conjeturas historiográficas. Texto lleno de citas, abundante, que no se asemejaba a su propio estilo ni al de Rio Branco[9].

Las memorias siguieron, con su autor, para Roma, ya que el rey Victor Emanuel, de Italia, era el árbitro en la disputa. Nabuco, allí, puso en práctica «mi campaña»: varios eventos sociales, a lo largo de 1904, por medio de los cuales intentó persuadir a la corte italiana de la supremacía de los argumentos brasileños frente a aquellos de los ingleses. Sin embargo, tanto el argumento del *uti possidetis* como su diplomacia social fracasaron. El 14 de junio recibió el veredicto contrario. El monarca italiano definió la división del territorio en litigio a partir del divisor de aguas, lo que le otorgaba tres quintas partes a los ingleses, que fuera lo que Inglaterra le ofreciera a Brasil en 1891. Además de esto, los ingleses ganaron acceso a la cuenca del Amazonas.

Nabuco quedó deprimido con la derrota, consolado, sin embargo, por la prensa brasileña y por media centena de cartas de apoyo de amigos antiguos. Ninguna firmada por Rio Branco.

La derrota en el conflicto con Inglaterra debilitó a Nabuco políticamente. En contrapartida, el prestigio de Rio Branco se popularizaba, con la resolución del conflicto con Bolivia y la incorporación de Acre al territorio nacional. Relación desigual: un jefe, un subordinado; uno acumulando victorias, el otro llorando el fracaso. La balanza de poder, se inclinaba a favor de Rio Branco, que tenía capacidad de influir sobre la permanencia, o no, de

9 Álvaro Lins (1995) nota que Rio Branco tenía como táctica producir obras más secas, objetivas, privilegiando la claridad y con la idea de no cansar a los jueces.

Nabuco como ministro brasileño en Londres. Si tenía que dejar Inglaterra, Nabuco prefería Roma. No quedó en ninguno de los dos puestos[10]. Rio Branco lo sorprendió nombrándolo para una posición recién creada.

Rio Branco, en este momento, quería solidificar la relación con Estados Unidos y elevó la legación brasileña a embajada. El Barón tomó una decisión pragmática (LINS, 1995, p. 315ss). Un monárquico como Nabuco, admiraba Europa, pero seguía, a modo de control, al desarrollo del primo rico del continente. Los republicanos no sólo miraban a Estados Unidos, sino que hacían cada vez más negocios con ellos. Salvador de Mendonça, el primer republicano en comandar la legación brasileña en Washington, puso en marcha acuerdos de cooperación política y económica entre ambos países[11]. Política de aproximación mantenida por jefes de legación subsiguientes, Assis Brasil y Alfredo Gomes Ferreira. A la hora de indicar un nuevo nombre para el puesto, Rio Branco pensó que Estados Unidos ya era el mayor comprador de café y caucho brasileños, y, por otra parte, México intercambió embajadores con Washington, Argentina tenía este plan y para Brasil sería conveniente no hacer esto. Un mayor acercamiento de EE.UU. facilitaría también la protección del territorio nacional, en caso de que los imperialismos europeos avanzaran hacia Sudamérica. Había desventajas también, ya que con el «corolario Roosevelt», Estados Unidos se colocaba en la posición de guardián del contingente, para intervenir en dominios nacionales si fuera el caso, como lo sabían Venezuela, República Dominicana, Cuba, etc. La superioridad económica y bélica de los norteamericanos, con todo ello, no dejaba muchas alternativas. Una alianza negociada era la mejor de las alternativas disponibles. Este

10 Rio Branco nombró a Régis de Oliveira para Londres.

11 Como es el caso de su acuerdo comercial de liberación del comercio para algunos productos, firmado en 1891 y que duraría hasta 1895. Por otro lado, como vimos, los norteamericanos apoyaron a Floriano Peixoto durante la *Revolta da Armada*.

abanico de razones puso en la mira de Rio Branco la consolidación de lo que Bradford Burns (1966) apodó como «alianza no escrita», en la cual Brasil se abría a una colaboración bilateral preferencial con EE.UU. La indicación era elevar la legación en Washington a la categoría de embajada.

Decisión aplaudida por la prensa nacional - *O País*, *Gazeta de Notícias*, *Jornal do Commércio*. Pero para el titular fue «un terremoto» (Carta de Nabuco a Evelina, 19/6/1904 Ci-Fundaj). En 1905, Nabuco fue nombrado contra su voluntad. No consiguió nada en sus intentos de obtener otro puesto, y partió consolándose con que era sólo provisorio, hasta alcanzar un lugar mejor. Jamás pensó que moriría en Washington.

Embajador panamericanista

Aun cuando servía en Inglaterra, Nabuco fue cambiando de opinión sobre el escenario internacional. Su admiración juvenil sin límites por los ingleses fue declinando, en parte por causa del expansionismo inglés en África y Asia, también por la amargura producida por el embate diplomático acerca de la Guayana Inglesa. Y aún como jefe de la legación en Londres, su arrogancia frente a la América española resurgió, cuando vio a Brasil nivelado con el resto de América del Sur. Justo él, que tanto criticó el americanismo desde un punto de vista aristocrático en los años 90, se vio victimizado por el aristocratismo inglés: notó que los cancilleres sudamericanos no eran invitados a la casa real inglesa, al contrario de lo que ocurría con los europeos. Esta suma de factores desvaneció tanto su europeísmo como su antiamericanismo. Nabuco se desilusionó con el viejo esplendor aristocrático del Imperio Británico y pasó a prestar atención a la estrella ascendente en el cielo de las naciones, Estados Unidos.

Aunque contrariado, y definiéndose siempre como provisorio en el puesto, asumió la embajada en Washington, poniendo en práctica todas sus habilidades. Tuvo, de pronto, en Estados Unidos el reconocimiento de la prensa[12] y de políticos locales, tan difícil de obtener en Inglaterra. La acogida calurosa lo hizo considerar una estadía más larga. «Si yo viera a) que puedo servir y b) si el Gobierno me diera los medios, me quedaré hasta poder renunciar» (*Diários de Joaquim Nabuco, 22/6/1905*). Como en su primera vez en Washington, salió a recorrer, esta vez de costa a costa, para conocer el medio en que actuaría. Y, poco a poco, fue encontrando ventajas en el nuevo puesto.

Como embajador, operó en sus dos frentes ya usuales. Por una parte, usó la diplomacia social. En esta área fue esplendoroso. Sus modos aristocráticos, su cortesía, su elegancia, que lo hicieron, durante toda su vida, un as de las relaciones personales, tuvieron el mejor de los efectos en el medio norteamericano. Abrió un salón, hacía grandes cenas y eventos grandiosos que llamaban la atención (del *Evening Mail* y del *New York Times* por ejemplo). Usó al cien por cien la enseñanza de Penedo: los salones como espacio de hilvanado político. Cultivó amistades con diplomáticos de todas partes y construyó relaciones privilegiadas con el presidente Theodore Roosevelt, y fundamentalmente con el secretario de Estado, Elihu Root (Diários de Nabuco, 12/1905; 11/6/1906ss). Nabuco ganó prestigio por sus modales y nunca se le ocurrió adoptar el estilo de vida burgués local, con el cual nunca simpatizó, pero, para una mejor aceptación en la sociedad estadounidense, perfeccionó su propio estilo, pues «aquí se precisa ser estadounidense como en Roma, romano» (Carta de Joaquim Nabuco a Evelina Nabuco, 22/5/1905 CI – Fundaj). Este «ser americano» para Nabuco significó una revisión completa de su antiamericanismo.

12 Su discurso en la ceremonia de entrega de credenciales, en las instalaciones de la Embajada brasileña, fue cubierto por el *Evening Mail*, por el *New York Times* y el *Tribune* de Chicago.

Su otro frente de acción como embajador fue justamente la difusión de una retórica que él mismo nombró «panamericanismo». Nabuco, el monárquico antiamericano de los años 1890, se convertía en un americanista enfático. Su objetivo ahora era estrechar la relación Brasil-Estados Unidos y hacer que el país ascendiera al liderazgo de los países sudamericanos. Desde su primer discurso en el nuevo cargo, en la apertura oficial de la Embajada brasileña en Washington, el 18 de mayo de 1905, reveló esta nueva postura hasta sorprendente para quien se había criado en la admiración fervorosa por la civilización europea. Ahora, su evaluación del escenario internacional era de la expansión del imperialismo, que apremiaba a Brasil el alineamiento con un aliado fuerte: «Para nosotros, la elección es entre el monroísmo y la recolonización europea». Si como intelectual monárquico prefería la proximidad política con Europa, como embajador de la República eligió la otra opción: «yo hablo el idioma monroísta» (Carta de Nabuco a Graça Aranha, 17/12/1905. In: NABUCO, org., 1949).

Su americanismo apareció en la defensa de acuerdos económicos, fiscales y políticos bilaterales. Hablaba constantemente en «panamericanismo». La palabra estaba en boga desde las conferencias agrupando países del continente, iniciadas en el siglo XIX (Ardao, 1986, p. 157ss). Nabuco la adoptó, pero la usó menos para referirse a la integración continental que para denotar la alianza Brasil –EE.UU. Su «política americana» era «en el sentido de una *inteligencia perfecta* con este país [Estados Unidos]» (Carta de Joaquim Nabuco a Afonso Pena, 2/12/1905, CP – Nabuco, 1949, letra cursiva de Nabuco). Es que además de ver en EE.UU. una superioridad, Nabuco veía en Brasil otra: el Imperio había construido una civilización, en política, economía y costumbres, por encima de los niveles de las excolonias españolas (Cf. Alonso, 2010).

Las habilidades oratorias de los tiempos de la campaña abolicionista se reavivaron: mismo entusiasmo, nueva causa.

Nabuco encaró el panamericanismo como un movimiento de opinión a la manera del abolicionismo. La estrategia fue la misma: viajes de campaña para «formar la opinión». (Carta de Joaquim Nabuco a Graça Aranha 15/02/1906 CP – Nabuco, 1949). La diferencia es que tenía que convencer a los norteamericanos y no a los brasileños, de ahí que trazó simetrías entre ambas campañas, reavivando en la memoria estadounidense su propio ícono en esta área: en un discurso en Michigan comparó el monroísmo del presente con el abolicionismo de Lincoln (NABUCO, 1906c:02).

La repercusión, sin embargo, fue muy diferente a la que encontró durante la campaña abolicionista. En su juventud, cuando buena parte de su generación admiraba fervorosamente a Estados Unidos, Nabuco admiraba la civilización europea. Cuando, finalmente se inclinó por los norteamericanos, varios de sus compañeros generacionales habían cambiado el referente. En el comienzo de la República, era común en Brasil un americanismo enfático, con Estados Unidos como espejo. En el cambio de siglo, el americanismo cambió de tono para apuntar a la comunidad con las excolonias de la América española (Preuss, 2011). Un latinoamericanismo que buscaba una comunidad con vecinos enmarcados en marcos culturales e incluso raciales (anglosajones e ibéricos) y se alejaba de los norteamericanos, considerados imperialistas (Morse, 1988). Este género de alineación era defendido por miembros de la generación inmediatamente posterior a la de Nabuco que también estaba en el servicio diplomático, como en el caso de Manuel de Oliveira Lima[13] y de Manuel Bomfim[14]. Ambos criticaron seria y públicamente el «imperialismo» norteamericano, en la opinión del primero, su «parasitismo», el término del segundo, en relación con la economía, la política y la cultura latinoamericanas. Latino-mericanismo que

13 Oliveira Lima, ministro en Caracas, adoptó una posición latino-americanista extremada, aconsejando en este sentido a su amigo Rio Branco (Oliveira Lima, 1907, 78-9; 44).

14 Manuel Bomfim escribió siguiendo esta línea *América Latina: Males de Origen*, libro de 1905, en el cual trataba sin ceremonia a los norteamericanos como los parásitos de América Latina.

podía comprometer la aproximación que Nabuco intentaba operar entre Estados Unidos y Brasil. Y que podría fortalecer otra vía, la alianza ABC (Argentina, Brasil, Chile).

Por ello, Nabuco le pidió a Rio Branco una manifestación explícita a favor de su posición y en detrimento de la otra[15]. «Nunca en mi opinión, un brasileño tuvo tanta responsabilidad en los destinos de nuestro país como Usted ante los dos caminos que se le presentan: el americanismo y el otro, que no sé cómo llamar, si latinoamericano, si independiente, si solitario» (Carta de Joaquim Nabuco a Rio Branco, 19/12/1905 – CP Nabuco, 1949). Pero Rio Branco no era americanista del mismo modo que Nabuco. Al mismo tiempo en que abrió la embajada en EE.UU, abrió otra, en el Vaticano y representaciones menores en el continente estadounidense casi entero –excluidos Haití y la isla de Santo Domingo–. Tampoco cerró las puertas al latino-americanismo y a la alianza ABC. De modo que no tenía la inclinación exclusiva por EE.UU., como le pedía Nabuco, antes buscaba mantener la línea del segundo reinado, discurso de independencia y alianzas selectivas con EE.UU. (Cf. BUENO, 2003). Eran grados diversos de americanismo, el de Rio Branco más moderado, mientras que el de Nabuco era enfático.

Éste no fue el único punto de tensión entre Nabuco y Rio Branco. En varias cuestiones pequeñas divergían hasta discrepar en una grande. Fue en noviembre de 1905. Una embarcación de bandera alemana, el Panther, fue acusada de haber invadido un puerto brasileño. En tiempos de temor de expansión del imperialismo germánico en Brasil, el episodio generó una reacción fuerte del Gobierno brasileño. Rio Branco le pidió a Nabuco que hablara con los diarios norteamericanos en favor de la posición brasileña, pero no lo orientó a pedir apoyo a Washington. Nabuco lo hizo por cuenta

15 Le pidió que reprehendiera a Manuel Bomfim: «usted puede evaluar el mal que esta desfiguración de todo lo que es nuestro, hecha por un «educador» brasileño, puede causarle a nuestra reputación entre las clases ilustradas del país» (Carta de Joaquim Nabuco al Barón de Rio Branco, 18/01/1908, CP – Nabuco, 1949).

propia, aunque informalmente, al narrar los hechos a Root, que, por su parte, llamó al embajador alemán en EE.UU. La noticia corrió en la prensa brasileña y originó protestos en el Parlamento. El ministro entonces mandó que el embajador se retractase de algún modo. Nabuco quedó ofendido, por «querer que sea un chivo expiatorio» (*Diário de Joaquim Nabuco, 12/1/1906*). El caso murió en seguida, pues Alemania se disculpó con Brasil, pero la ya debilitada relación Nabuco-Rio Branco sufrió con este caso una avería más.

Panamericanismo político

El americanismo enfático de Nabuco encontraba oposición en los medios brasileños. Las dificultades de transformar su proyecto de alineación con Estados Unidos en política se revelaron todas en dos episodios: la conferencia panamericana en Brasil, en 1906, y la de La Haya, en 1907. En dichos eventos se configuró un cuadro con tres posiciones diplomáticas diferenciales: 1) la de Nabuco, que, como embajador en Washington, defendía que el eje de la diplomacia brasileña consistiera en el alineamiento con EE.UU.; 2) la posición de Oliveira Lima, por ejemplo, de alianzas preferenciales en Sudamérica, un latinoamericanismo; y, 3) la posición de Rio Branco, que intentaba equilibrar estos polos y no alejar Brasil de Europa.

En el caso de la Panamericana, el hecho de que Brasil fuera sede de la conferencia implicó una ayuda de Nabuco. Su proximidad con Root, dejó huella en el interior de la Oficina de las Repúblicas Americanas, foro que organizaba Conferencias Panamericanas con el objetivo de avanzar con acuerdos de cooperación y de no agresión, con sede rotativa. Después de Washington (1889) y México (1902), Venezuela se candidató para ser sede de la tercera, de 1906. Pero Nabuco creyó que llevar la Conferencia a Brasil acentuaría la

importancia del país frente a los demás países de América Latina. Consiguió el apoyo de Costa Rica y de Chile. Para Root no era un mal negocio, más aún frente al panamericanismo de Nabuco y a las relaciones mucho menos estrechas con Venezuela. Nabuco quedó alegre cuando llegó a afirmar: «quiero convertir el Congreso en un gran éxito y hacer de la visita del secretario de Estado un gran acontecimiento» (*Diário de Joaquim Nabuco, 12/12/1906*).

La elección de Brasil, sin embargo, no desvaneció a políticos y a diplomáticos brasileños, como esperaba. Era hora de nuevo cambio de presidentes y cada uno se preocupaba en garantizar su espacio en el nuevo Gobierno. Nabuco vio que precisaba hacer lo mismo. Al electo, Afonso Pena, le pidió apoyo para su política americanista, de lo contrario, «tal vez sea mejor no tener aquí a un monroísta como yo [...]» (*Carta de Joaquim Nabuco a Afonso Pena, 2/12/1905, CP Nabuco, 1949*). En un borrador de carta en su diario fue más explícito: «si la política estadounidense no es resuelta allí, con la visita del Sr. Root, yo me sentiré mal en Washington» (*Diários de Joaquim Nabuco, 17/12/1905*).

En los preparativos de la Conferencia, prevista para julio de 1906, Nabuco definió el programa en aciertos con Root y Brasil –Rio Branco, los dos presidentes, el que asumía y el que salía, Rodrigues Alves– y consultas a los países participantes. Su intención era formar un bloque en el cual, además de Brasil y EE.UU., participaran México, Chile y Costa Rica. Por otro lado, prefería mantener la distancia del latinoamericanismo de Argentina, cuyo canciller, Luis María Drago, quería poner en discusión lo que se llamaría Doctrina Drago, la garantía de no intervención en países para cobranzas de deudas. Nabuco, que ya venía discutiendo con Oliveira Lima por causa del latinoamericanismo acerbo del amigo le pidió a Rio Branco que transfiriera el debate sobre la Doctrina Drago para La Haya. «Un acuerdo general de todas las naciones americanas es más imposible aún que entre las europeas» (Carta de Joaquim Nabuco al Barón de

Rio Branco, 10/3/1906 CI – Fundaj). En esto, Rio Branco estaba de acuerdo.

En contrapeso a los problemas con el programa, Nabuco se esmeró en el lado social del evento, en el cual invariablemente le iba bien. Comandó la decoración, hospedaje, programación, cenas paralelas, lista de invitados, manteniendo a la prensa siempre al tanto de todo, para que mejor informara. Recibir, por primera vez, al secretario de Estado de Estados Unidos en Brasil era un gran honor que Nabuco promovió lo que más pudo, encantando al estadounidense: «[...] el presidente [Roosevelt] me dijo que si yo no hubiera venido a Washington, el Sr. Root no iría a Brasil, porque la decisión de él, de ir, provino de la impresión que yo le causé» (*Diários de Joaquim Nabuco, 29/1/1906*). La visita por sí era una victoria de su panamericanismo.

Pero Brasil parecía no compartir la misma alegría. Le escribió a Rio Branco, preocupado con la «falta de calor monroísta en el Gobierno y en el país» en la recepción de Root (*Diários de Joaquim Nabuco, 21/12/1905*). Incluso la condición que al comienzo dio por sentado de ser él mismo el presidente de la conferencia no fue aceptada sin cierta duda. Nabuco presionaba por muestras de prestigio a sí mismo y a su política de aproximación preferencial con EE.UU. Rio Branco respondía con evasivas porque no tenían exactamente la misma convicción. Crecían en el país las voces latino-americanistas y la reserva en relación a la política exterior norteamericana. Rio Branco, por esto, prefería actuar con cautela y exhibía un americanismo mucho más moderado que el de Nabuco. Culpa de la boga antiimperialista, de que Oliveira Lima era el representante con más saña y eficacia, puesto que, además de la posición diplomática en Venezuela, escribía en el diario *O Estado de S. Paulo*. Sus artículos –que salieron compilados, al año siguiente, en *Panamericanismo (Monroe, Bolivar, Roosevelt*), defendían la unidad sudamericana y el rechazo del protectorado «imperialista» de Estados Unidos (Oliveira Lima, 1907, p. 78-9; 44)–.

Nabuco le pidió a Rio Branco providencias para moderar el tono de Oliveira Lima y a esto, que fuera hasta entonces su amigo personal, escribió: «el Sr. parece interesado en que la Conferencia naufrague, toma el partido de Venezuela, condena a los que me ayudan (...)» (Carta de Joaquim Nabuco a Oliveira Lima, 1/3/1906 In: Nabuco, org., 1949). Explosivo como era su talante, Oliveira Lima reaccionó de forma violenta, según Nabuco le contó a Graça Aranha «[...] que mi actitud de excesivo americanismo era muy mal vista por todos en América Latina, en Brasil y en el propio Gobierno; que se admiraba por enojarme con él y no con Rio Branco que hablaba mal de mí a mis espaldas, etc. [...]» (Carta de Joaquim Nabuco a Graça Aranha, 2/4/1906. In: NABUCO, org., 1949). Por todo esto, al embarcar hacia Brasil, Nabuco temía un naufragio, «tanto en lo personal como en relación al Sr. Root y a la Conferencia» (Carta de Joaquim Nabuco a Evelina Nabuco, 19/6/1906 CI – Fundaj).

La Conferencia no fue el desastre que pensó, pero tampoco la reiteración del panamericanismo que anhelaba. El evento, que duró un mes, comenzó el día 23 de julio de 1906, bajo la presidencia de Nabuco y la presencia de representantes de 19 países –Venezuela y Haití boicotearan–. La prensa cubrió a diario, un éxito social. En su discurso del 19 de julio, en el Cassino Fluminense intentó calmar el clima, basando su panamericanismo en la tradición brasileña y tranquilizando a los que acusaban al imperialismo de EE.UU.: «¡no hay *peligro americano!*», dijo. Pero la receptividad de los políticos fue menos de lo que esperaba. Rio Branco era uno de los presidentes de honra de la conferencia –el otro era Root– y las dos veces que discursó, decepcionó a Nabuco. Frente al latinoamericanismo creciente, por un lado, la posibilidad de estrechar alianzas con EE.UU., por el otro, Rio Branco prefirió mostrar equilibrio. Aunque señalase el vínculo con Estados Unidos, no dejó que él ofuscara los lazos con las naciones del viejo mundo (LINS, 1995, p. 336ss).

Así fue que sin declaración panamericanista perentoria del Gobierno brasileño, Nabuco tuvo un evento grandioso, coronado con un gesto simbólico: el edificio en el que se realizó el evento fue bautizado «Palacio Monroe». El resultado práctico fue parco. Por vetos mutuos de varios países, parte de la pauta no prosperó. Se aprobaron pocas resoluciones: indicación de reorganización de la Oficina de las Repúblicas Americanas; institución de un comité de debate de códigos de derecho internacional entre países americanos: intercambio de información sobre recursos naturales; incentivo al comercio continental; ideas de un ferrocarril panamericano y un nuevo evento para discutir solamente asuntos relativos a la economía del café[16]. Después de la Conferencia, Nabuco recibió múltiples y variados homenajes, en Rio, en Minas Gerais, en Recife y en Salvador. Era aún un ícono, capaz de suscitar el amor multitudinario, que aún lo veían como la estrella de la vieja campaña abolicionista, poco interesados en la nueva, panamericanista.

El éxito y la presencia de público en Brasil cuando se organizaba el ministerio de Afonso Pena, que recibió calurosamente a Nabuco, estimuló especulaciones de que se podía convertir en ministro (Carta de Joaquim Nabuco a Evelina Nabuco, 10/08; 16/08/1906 CI – Fundaj). Una carta del propio presidente dio pie a esto: «por algún motivo, dispensaría su cooperación durante mi Gobierno, al punto en que Ud. crea mejor poder servir a nuestra patria» (Carta de Afonso Pena a Joaquim Nabuco, 30/8/1906 CI – Fundaj). Nabuco suponía que se acabaría el «reinado de Rio Branco» –«tiemblo al pensar que él pueda ser su propio sucesor» (Carta de Joaquim Nabuco a Graça Aranha, el 17/12/1905 In: NABUCO, org., 1949)– y que podría, quizás, comenzar el suyo. Nabuco, sin embargo, asistió a la reconducción de Rio Branco en el cargo y a su propia reconfirmación como embajador en Washington.

16 Además de esto, « The conference, in terms of concrete policy development, was of little importance » (Dennison, 2006, p. 169).

De vuelta en Washington, se vio más o menos como antes de ir a Brasil. Con el Gobierno americano, la relación seguía excelente, en particular la sociedad con Root en la reorganización de la Oficina de las Repúblicas Americanas, que pasó a llamarse «Unión Panamericana» –y que vendría a ser, más adelante, la Organización de los Estados Americanos. La relación con Rio Branco no se alteró. Nabuco le pidió que retribuyera la visita del secretario de Estado estadounidense a Brasil, yendo él, Rio Branco, a Washington, cosa que el barón no hizo. Este estado desintegrado de relaciones definió el perfil de la delegación brasileña en la Segunda Conferencia de la Paz, en La Haya, programada para junio del año siguiente.

En los preparativos para la nueva conferencia, Nabuco creyó natural que, habiendo presidido la Panamericana, debiese tener la jefatura de la delegación brasileña[17], más aún porque había ítems sacados de pauta en una conferencia que reaparecerían en la otra, como el caso de la Doctrina Drago. Rio Branco, sin embargo, indicó a Rui Barbosa. Nabuco compondría la comitiva, pero sin comando. Se sintió desprestigiado: «[...] yo no puedo ir a La Haya como segundo y él [Rui Barbosa] solamente puede ir como primero [...]. Ninguna nación mandó a La Haya en la Primera conferencia un embajador como segundo delegado» (*Diários de Joaquim Nabuco, 28/2/1907*). La salida que encontró fue pedir licencia médica. Aceptó después solución de compromiso: su nombramiento en «misión extraordinaria en Europa», preparatoria de la participación brasileña en La Haya –de lo que intentó después volver atrás–. El hecho es que partió para Europa en una posición indefinida y allí intentó articular preparativos para La Haya.

Su relación con Rui Barbosa tenía altibajos. Se conocían hacía más de tres décadas, militaron juntos en el Partido Liberal y en la campaña abolicionista, pero se habían alejado desde el golpe

17 «Yo seré nombrado para La Haya» (Carta de Joaquim Nabuco a Evelina Nabuco, 25/6/1906 CP – Nabuco 1949).

republicano. Nabuco quiso acercarse. Le envió *Notas Confidenciais,* en las cuales mapeaba a los diplomáticos que posiblemente participarían en La Haya y sus posibles estrategias –ya que «Ud. no es diplomático de carrera» (Carta de Joaquim Nabuco a Rui Barbosa, 13/7/1907), (Carta de Joaquim Nabuco a Rui Barbosa, 13/6/1907. In: ALENCAR & SANTOS, 1999). Fue difícil que hablaran personalmente, en la ocasión, le comunicó a Rui Barbosa «el gran interés del Gobierno estadounidense en que de la Segunda Conferencia de La Haya resulte por lo menos algún progreso del Derecho Internacional en cuanto a la limitación del empleo de la fuerza en la cobranza de reclamaciones pecuniarias entre naciones» (*Diários de Joaquim Nabuco, 21/7/1907*). Este ítem, el derecho de captura en altamar en guerras y la organización de un Tribunal Arbitral Permanente, estaban en discusión. Nabuco quería influir en la formulación de la posición brasileña sobre tales asuntos, Rui, sin embargo, no dejó espacio. Casi no respondía sus cartas –«Mándeme alguna cosa que le concierne respecto a la Conferencia para no enterarme de lo que más me interesa en este momento solamente por los diarios» (Carta de Joaquim Nabuco a Rui Barbosa 29/6/1907. In: NABUCO, org., 1949). Alejado del centro de las decisiones, Nabuco se refugió en las aguas medicinales de Vittel. Ya cogitaba su retiro (*Diários de Joaquim Nabuco, 25/6/1907*).

Fue así que en la Conferencia de La Haya, informaciones y opiniones de Nabuco tuvieron un peso relativamente bajo en la definición de la estrategia brasileña, que quedó concentrada en manos de Rio Branco y Rui Barbosa. Al contrario del acercamiento franco con EE.UU., que Nabuco defendía, Rui y Rio Branco condujeron la negociación hacia la dirección opuesta. Esto también tuvo que ver con el posicionamiento de los norteamericanos que tampoco demostraron por Brasil la atención que Nabuco esperaría en la organización del Consejo de las Naciones que entonces se discutía. Se alinearon con Alemania, el Imperio Austrohúngaro, Francia, Inglaterra, Italia, Japón y Rusia, reivindicando para este

grupo principal asientos permanentes, mientras los demás países tenían mandatos temporarios. Ante lo que Rio Branco instruyó a Rui (LINS, 1995) a obstruir en nombre de América Latina. En cartas de la época, se ve que Nabuco, si fuera el delegado brasileño, hubiera intentando actuar en otra dirección, la de aceptar el acuerdo que le ofereció al embajador estadounidense, de alzar a Brasil a la categoría de países con asiento fijo en el Tribunal. La retórica de Rui fue la de la igualdad de todas las naciones, pero su grupo de apoyadores eran los delegados de Latinoamérica. En este sentido, la posición brasileña apareció, al fin, más próxima del latinoamericanismo. Nabuco juzgó que así se podía perder la relación privilegiada de Brasil con EE.UU., sin atentar contra los principios de *realpolitik*. La demanda por igualdad entre las naciones, aunque buena como principio, no tuvo eficacia –«no [la] podemos imponer al mundo» (Carta de Joaquim Nabuco a Graça Aranha, 2/9/1907 CP Nabuco, 1949)–, porque la desigualdad económica y bélica entre los países era un hecho. Y, ante éste, Nabuco prefería alinear a Brasil con los que estaban encima en esta jerarquía, que dejarse nivelar por debajo. Se pensó en algún momento en esta dirección, Rui Barbosa prefirió otros aliados en el plano de arriba, como el caso de Japón y Alemania. La estrategia Rui-Rio Branco fue la de, con la coalición latinoamericana, no firmar la convención. Rui salió exaltado como el «genio de La Haya», pero Estados Unidos salió, al menos momentáneamente, de la cartera brasileña de aliados preferenciales. En la opinión de Nabuco, Rio Branco «se sirvió de La Haya para hacer política sudamericana, popularidad y leyenda nacional» (*Diários de Joaquim Nabuco, 10/10/1907*), mientras que Rui Barbosa «deshizo todo lo que yo había conseguido» (Carta de Joaquim Nabuco a Evelina Nabuco, 30/9/1907 CI – Fundaj)[18], en la relación bilateral Brasil-Estados Unidos.

18 «Preferiría mil veces no haber ido a La Haya que salir de allí con nuestra inteligencia abalada con EE.UU. […]» (Carta de Joaquim Nabuco a Graça Aranha, 2/9/1907, CP – Nabuco, 1949).

Así, la posición de Nabuco fue minoritaria tanto en la Panamericana, cuando no obtuvo de Rio Branco la declaración perentoria a favor de la alianza con Estados Unidos, cuanto en La Haya, donde no consiguió ser el delegado de Brasil, ni tampoco influir decisivamente sobre la posición del Gobierno brasileño.

De regreso a Washington, Nabuco quiso corregir el daño en la no tan bien construida aproximación con Root. Administró los daños. Intentó que Rui fuera a EE.UU., en un gesto de amistad entre ambos países (Carta de Joaquim Nabuco a Rui Barbosa, 22/10/1907). Rui se negó. Intentó con otras autoridades brasileñas apoyo a su panamericanismo, insistía en que «no podemos dudar entre Estados Unidos y la América española» (Carta de Joaquim Nabuco a Alexandre Barbosa 7/7/1907, Nabuco, 1949). Nabuco creyó que el péndulo se inclinaba para el segundo lado: el alineamiento en La Haya fortalecía a latinoamericanistas y defensores de la alianza ABC, de Brasil con Argentina y Chile, lo que le sonó como cambio de eje de la política externa brasileña, en sentido contrario a aquel en el cual trabajaba. Por esto que pasó a pensar en dejar su puesto: «[...] vaya pensando en buscarme un sustituto, si nuestra política exterior brasileña pasa por esta transformación de cambiar su eje de seguridad de Estados Unidos para el Río de la Plata» (Carta de Joaquim Nabuco a Rio Branco, 18/1/1908).

Pero la alianza ABC no prosperó, por causa de un malentendido entre Argentina y Brasil, causado por el ministro argentino Zeballos. Pero, incluso ahí, Estados Unidos no fue rehabilitado como amigo preferencial, como Nabuco quería. Root intentó calmar los ánimos entre Brasil y Argentina, y Rio Branco vio en este gesto un intervencionismo, otra prueba de que la estrategia panamericanista no traía tantos beneficios como Nabuco suponía (*Diário de Joaquim Nabuco, 8/12/1908*). También en la economía, en 1909, el Congreso norteamericano amenazaba con tasar el café brasileño en EE.UU. En esta ocasión Nabuco trabajó al unísono

con Rio Branco, siempre movilizando a Root y a su sustituto como secretario de Estado, Philander Chase Knox, como a diplomáticos estadounidenses, parlamentarios y a gente de mercado. Ganó apoyos, hasta conseguir, finalmente, lo más importante, el del presidente, que ahora era William Taft. El resultado fue la entrada libre en el mercado estadounidense del café, con cacao, caucho y pieles de Brasil (Dennison, 2006, p. 187).

Eventos como éste hicieron que Nabuco se pusiera un poco menos optimista en cuanto al éxito de su americanismo enfático. Veía con preocupación el crecimiento de los imperialismos, sospechando un desenlace, en la forma que de hecho tuvo, de guerra mundial. Por esto, en sus últimos años de vida, se empeñó en evitar conflictos propios al continente, con un rol decisivo, aún en 1909, en incidente diplomático entre Chile y EE.UU. –la Cuestión Alsop–, para el cual negoció la salida a través del nombramiento de un árbitro. El episodio, en el cual Rio Branco lo apoyó, renovó el prestigio de Nabuco en los medios norteamericanos. Pero no había más espacio para las relaciones privilegiadas que planeó al asumir la embajada en 1905. Rio Branco no le daba el apoyo decisivo y la autonomía completa que tanto anhelaba -«Él quisiera un autómata» (Carta de Joaquim Nabuco a Graça Aranha, 1/12/1908. In: NABUCO, org., 1949). Nabuco se quejaba de las dificultades de trabajar de cara al desgaste en la relación entre ambos:

> *Él [Rio Branco] debe ir pensando en sustituirme. Además de nuestra orientación diferente (él confía en Alemania, Francia, Inglaterra, Chile, Argentina, no sé en quién más, y yo sólo confío en Estados Unidos), estoy cansado y desilusionado con mi misión aquí sin acuerdo completo con él (Carta de Joaquim Nabuco a Hilário de Gouvêa, 19/1/1909. In: NABUCO, org., 1949).*

Nabuco quería migrar de puesto y terminar –ya gravemente enfermo de la policitemia que lo mataría al año siguiente– en el Vaticano. Rio Branco negó la transferencia.

Panamericanismo cultural

Los últimos años de Nabuco fueron de pérdida de influencia. Incapaz de definir la línea dominante de la política externa brasileña, preso en EE.UU., sin poder hacer la política americanista como quería, envejecido y enfermo, esperaba el retiro o el cambio de ministro. Pero, a pesar de un cambio más de presidente, permanecía Rio Branco. Entonces, si la definición de la línea política de la diplomacia brasileña no estaba a su alcance, lo que le quedaba hacer, pensó, era una diplomacia cultural.

Fue cuando, brilló, en una campaña panamericanista, con la cual recorrió clubes y universidades norteamericanas. Rescató su exitosa estrategia de juventud en la campaña abolicionista, cuando buscó persuadir a la opinión pública, al encontrar al Gobierno refractario a cambios. En la vejez, pensó en hacer lo mismo con el panamericanismo, persuadir la opinión pública norteamericana de las ventajas de una alianza preferencial con Brasil, usando sus atributos, su inteligencia, su erudición, su carisma.

En los escritos cortos, oportunos, que produjo durante el ejercicio del cargo en Washington, fundamentalmente en los tres últimos años, migró entonces para un panamericanismo cultural, subrayando la especificidad brasileña en lengua, cultura y tradición política en relación a los demás países de América Latina. Ideas que difundió en conferencias por universidades norteamericanas. Su panamericanismo apareció más polivalente, unificador de las Américas. En la Universidad de Yale, en 1908, ante hispánicos, dijo: «*on behalf of Latin America*» (NABUCO, 1909, p. 166); en dos eventos

de 1909, en homenaje al escultor Saint Gaudens y en la inauguración del nuevo edificio de la Oficina de las Repúblicas Americanas, citó la unidad de las Américas: «*we are all sons of Columbus [...], all sons of Washington [...]*». La misma frase apareció dos años antes, en un discurso, en el Club Liberal de Buffalo, Nueva York: «*(...) we, the peoples of all America are as much the children of Washington as we are the children of Columbus [...] [sharing a] common inheritance and the hope of a common destiny*» (NABUCO, 1907, p. 8).

Unidad bajo liderazgo –no imperialismo–. Estados Unidos, dijo en la Universidad de Chicago, en agosto de 1908,

> *with your high civilization, can do no wrong to any nation. Intimate contact with you will, therefore, under whatever conditions, bring only good and progress to the other part. The only certain effect I can see of a permanent and intimate intercourse of Latin America with you is a slow Americanization (NABUCO, 1908c, p. 3).*

La defensa de las posiciones norteamericanas quedó explícita en la ceremonia de restauración del Gobierno nacional en Cuba, en el año siguiente: «*[...] the [North American] intervention had no other purpose than to establish the independence of this people on an unshakable base [...]*» (NABUCO, 1909, p. 1). En «*The share of America in civilization*», preparado para la Universidad de Wisconsin, atribuyó la paz continental a la Doctrina Monroe (NABUCO, 1909, p. 4).

Nabuco le hablaba al público universitario o a un público culto en general, insistiendo en apartar a Brasil de las otras naciones de «América Latina». Incluso al tratar de temas sin relación directa con la diplomacia, era esto lo que transmitía: «Llamando la atención a la grandeza de Camões y de *Os Lucíadas*, quiso mostrar a los estadounidesnese que nuestra lengua no es un dialecto de la española» (Carta de Joaquim Nabuco a Rui Barbosa 11/04/1908, CP Alencar & Santos, 1999). Lengua, cultura, tradición política,

todo lo que diferenciaba a Brasil de América Latina y lo acercaba a Estados Unidos.

Tales discursos reavivaron el encanto que Nabuco ejercía sobre la gente. Siempre muy apreciado. Su panamericanismo cultural, sin embargo, no afectaba los rumbos de la política diplomática brasileña. Menos de dos meses antes de morir en Washington, Nabuco vislumbró que para la Cuarta Conferencia Panamericana, prevista para Buenos Aires, en 1910, irían pocos como él, partidarios de la relación privilegiada con EE.UU., al paso que comparecerían muchos latinoamericanistas (*Diários de Joaquim Nabuco, 2/12/1909*). La tesis de la aproximación preferencial con EE.UU. no contaba con la acogida calurosa en tierra patria.

En enero de 1910, la enfermedad lo venció. Tenía 60 años. Pero no desapareció. Se hicieron visibles los efectos de sus cinco años como embajador. Los funerales dieron medida de la grandiosidad de su figura. El presidente americano, William Taft, el secretario de Estado, Philander Knox, lo acompañaron, con parlamentarios, miembros de la Corte Suprema, diplomáticos, en exequias solemnes con honras de estado, repetidas cuando su cuerpo llegó, en mayo, a Rio de Janeiro. Allí le tocó al Barón de Rio Branco, siempre ministro, saludarlo. Fue velado en el edificio de su apoteosis durante la Tercera Conferencia Panamericana, que él mismo bautizó como Palacio Monroe. Pero en los extensos homenajes que le rindieron, fue más recordado como líder abolicionista e intelectual monárquico que como diplomático panamericanista. Nabuco fue celebrado como *Primus inter pares*, criatura de una red de relaciones sociales, la sociedad aristocrática monárquica, y de un contexto sociopolítico, el del fin del siglo XIX. Mundo que, como él, ya no existía.

Referencias bibliográficas

ALENCAR, José Almino & SANTOS, Ana Maria Pessoa dos (1999). *Meu Caro Rui, meu Caro Nabuco.* Rio de Janeiro, Casa de Rui Barbosa.

ALONSO, Angela (2007). *Joaquim Nabuco: os salões e as ruas*. São Paulo, Companhia das Letras.

ALONSO, Angela. «A década monarquista de Joaquim Nabuco». In: Alonso, Angela e Jackson, David K (orgs). *Joaquim Nabuco na República*. São Paulo: Editora Hucitec/Fapesp, 2012.

ARDAO, Arturo. (1986) «Panamericanismo y latinoamericanismo». In: ZEA, Leopoldo (coord.). *América Latina en sus ideas*. México: Siglo XXI, UNESCO.

BONFIM, Manuel (1905). 1993. *América Latina. Males de origem*. Rio de Janeiro: Topbooks.

BUENO, Clodoaldo (2003). *Política Externa da Primeira República: os Anos de Apogeu (de 1902 a 1918)*, São Paulo: Paz e Terra.

BURNS, Bradford (1966). *The Unwritten Alliance, Rio-Branco and Brazilian-American Relations*. New York: Columbia University Press.

Dennison, Stephanie (2006). *Joaquim Nabuco: Monarchism, Panamericanism and Nation-Building in the Brazilian Belle-Epoque*. [S.l.]: Peter Lang.

ELIAS, Norbert (1995). *Mozart, sociologia de um gênio*. Rio de Janeiro: Zahar.

LINS, Alvaro (1995). *Rio Branco (Biografia)*. São Paulo: Ed. Alfa-Omega.

MORSE, Richard (1988). *O Espelho de Próspero - Cultura e Idéias nas Américas*. São Paulo: Companhia das Letras.

NABUCO, Carolina (org.) (1949). *Joaquim Nabuco*. *Cartas a Amigos*, vol I (1864-1898), vol II (1899-1909), Obras Completas. São Paulo: Instituto Progresso Editorial.

NABUCO, Joaquim (1897-9). 1997 *Um Estadista do Império*. Vol. I. Rio de Janeiro: Topbooks.

NABUCO, Joaquim (1900) 1949. *Minha Formação*. Clássicos Jackson. São Paulo: W. M. Jackson Inc. Editores.

NABUCO, Joaquim (1906). «*Lincoln's world influence: remarks of the Brazilian ambassador, Mr. Joaquim Nabuco, at the Fourteenth Annual Banquet of the Lincoln Republican Club and the Young Man's Republican club of Grand rapids, on February 12th, 1906*». Disponible en: <www.dominiopublico.gov.br>.

NABUCO, Joaquim (1907). «*Lesson and prophecies of the Third PanAmericam Conference: address delivered by Mr. Joaquim Nabuco, ambassador from Brazil, before the Liberal Club of Buffalo, on February 20, 1907*». Disponible en: <www.dominiopublico.gov.br>.

NABUCO, Joaquim (1908). «*Address of the Brazilian ambassador, Senhor Nabuco, at the lying of the corner-stone of the new building of the American Republics in Washington, on May 11th, 1908*». Disponible en: <www.dominiopublico.gov.br>.

NABUCO, Joaquim (1908). «The approach of the Americas: convocation address delivered before the University of Chicago, August 28, 1908». Disponible en: <www.dominiopublico.gov.br>.

NABUCO, Joaquim (1908). «*The place of Camoens in the literature: address delivered before the students of the Yale University on the 14th May, 1908*». Acervo Digital Fundaj.

NABUCO, Joaquim (1909). «*Mr. Root and peace: speech at the dinner given by the Peace Society of New York in honor of Mr. Root on February 26*». Disponible en: <www.dominiopublico.gov.br>.

NABUCO, Joaquim (1909). «*The restoration of national government in Cuba: speech of the Brazilian ambassador, Joaquim Nabuco, at the dinner he offered to the vice-president of the Republic and the members of the Cuban Cabinet, at Havana*». Disponible en: <www.dominiopublico.gov.br>.

NABUCO, Joaquim (1909). «*The share of America in civilization: baccalaureate of the University of Wisconsin*». Disponible en: <www.dominiopublico.gov.br>.

NABUCO, Joaquim (2005). *Joaquim Nabuco. Diários*, (ed. Evaldo Cabral de Mello) volume 1 (1873-1888), volume 2 (1889-1910). Rio de Janeiro/Recife: Bem-Te-Vi Produções Literárias/Editora Massangana.

NABUCO, Joaquim. (28/03/1871) «A viagem do Imperador». *A Reforma*. apud GOUVÊA, Fernando da Cruz. (1989) *Joaquim Nabuco entre a Monarquia e a República*. Recife: FUNDAJ/ Ed. Massangana.

NABUCO, Joaquim. *O Erro do Imperador*. Rio de Janeiro: Typ. Leuzinger & Filhos. 1886.

OLIVEIRA LIMA, Manuel. (1907) 1980 *Panamericanismo (Monroe, Bolivar, Roosevelt)*. Brasília: Senado Federal/Casa de Rui Barbosa.

PEREIRA, Paulo. «Idealismo continental e pragmatismo nacional na diplomacia de Joaquim Nabuco». In: Alonso, Angela e Jackson, David K (orgs). *Joaquim Nabuco na República*. São Paulo: Editora Hucitec/Fapesp, 2012.

PREUSS, Ori. *Bridging the Island. Brazilians' views of Spanish America and themselves, 1865-1919.* Iberoamericana, Vervuert, 2011.

RICUPERO, Rubens. «Um doce crepúsculo: a diplomacia de Joaquim Nabuco». In: Alonso, Angela e Jackson, David K (orgs). *Joaquim Nabuco na República*. São Paulo: Editora Hucitec/Fapesp, 2012.

TOPIK, Steven (1996). *Trade and Gunboats. The United States and Brazil in the Age of Empire*. Stanford: Stanford University Press.

José Maria da Silva Paranhos Júnior

José Maria da Silva Paranhos Júnior nació en Rio de Janeiro el día 20 de abril de 1845, hijo del Vizconde de Rio Branco, importante político del Partido Conservador y jefe del gobierno de más larga duración del Segundo Imperio. Luego de estudios secundarios en el Liceo Dom Pedro II, realizó la mayor parte del curso de Derecho en São Paulo, continuando el último año en la Facultad de Recife, como era costumbre en la época. Los tiempos iniciales de su carrera pública fueron difíciles, no logró fijarse en ninguno de los dos caminos que intentó como profesor de historia, promotor público y diputado por la provincia de Mato Grosso en dos legislaturas.

Habiendo establecido una relación amorosa con la actriz franco-belga Marie Philomène Stevens, de la cual nació Raul, su primer hijo, optó por razones personales y familiares tornarse Cónsul General de Brasil en Liverpool, considerado entonces uno de los empleos más rentables de la Corona (1876). Permaneció en Europa hasta fines de 1902, un total de 26 años, la mayor parte en

Liverpool, habiendo ejercido al final de ese periodo funciones junto a los servicios brasileños de inmigración en París y, por corto periodo, en Berlín, como Ministro de Brasil.

Aprovechó el largo exilio voluntario para dedicarse a los estudios de historia diplomática y militar, geografía colonial, de los mapas y documentos de archivos sobre Brasil y sus vecinos, acumulando en dichas áreas conocimiento excepcional, erudición de experto y competencia de primer rango. Escribió en esos años varias obras de ceremonia, casi siempre encomendadas para algún evento especial. Entre ellas, los abundantes y pormenorizados comentarios sobre la *História da Guerra da Tríplice Aliança,* de Ludwig Schneider, mandada a traducción y publicación por el Ministerio de Guerra, las *Efemérides Brasileiras,* redactadas para *O Jornal do Brasil*, buena parte del artículo sobre Brasil de la *Grande Encyclopédie,* de Levasseur, preparada por la Exposición Universal de París de 1889, el magistral *Esquisse de l'Histoire du Brésil,* incluido en el libro informativo *Le Brésil,* la biografía del emperador D. Pedro II, firmada por el rabino Benjamin Mossé pero seguramente de su labra, además de cantidad de artículos para *O Jornal do Comércio, A Nação* y otros periódicos.

Aunque haya recibido el título de Barón de Rio Branco, en 1888, en el crepúsculo de la monarquía, paradójicamente fue tarea de la República, en la etapa jacobina de Floriano Peixoto, proporcionar a ese Monárquico convicto la oportunidad de emerger de la oscuridad, al nombrarlo principal defensor de los intereses brasileños en la cuestión de arbitraje contra Argentina, sometida al Presidente Grover Cleveland, de EE.UU. y referente al territorio de Palmas (a veces incorrectamente denominado Misiones), en el sudoeste del país. Su victoria plena e indiscutible en el laudo emitido en 1895 lo transformó, de un día para el otro, en una personalidad conocida y admirada en todo Brasil, convirtiendo su nombre irrecusable como juez en otro litigio, el del arbitraje confiado al Presidente de la Confederación Helvética, de la cuestión de límites entre Brasil

(Amapá) y la posesión francesa de Guayana. Una vez más, el éxito completo en asegurar para el país la totalidad del territorio en disputa consolidó el mito de su invencibilidad (1900).

Dos años después, el Presidente Rodrigues Alves lo eligió como ministro de Relaciones Exteriores y su asunción se dió en diciembre de 1902. En esa posición permaneció durante el periodo completo del cuadrienio de Rodrigues Alves, manteniéndose igualmente en los periodos de gobierno de su sucesor, Afonso Pena, de Nilo Peçanha, luego de Hermes da Fonseca, falleciendo en pleno ejercicio del puesto el día 10 de febrero de 1912.

De hecho, se había convertido en figura casi más indispensable que los jefes de gobierno, gracias a las victorias que acumuló en prácticamente todos los problemas diplomáticos con los cuales lidió, que no fueron pocos, ni fáciles. Ya al llegar tuvo que ocuparse de la crisis más grave de la diplomacia de la Primera República: la rebelión contra la soberanía boliviana de los brasileños pobladores de Acre bajo el liderazgo de Plácido de Castro. Consiguió, a duras penas, evitar que el conflicto desembocara en guerra abierta entre Brasil y Bolivia, logrando incorporar a Acre al territorio brasileño luego de negociaciones y concesiones, incluso financieras y territoriales, que culminaron en la firma del Tratado de Petrópolis (1903).

A partir del episodio, se dedicó a la solución definitiva de todas las cuestiones limítrofes pendientes, siempre sirviéndose de negociaciones directas o arbitrajes. Además de la contribución personal que había dado a la solución de las divergencias de frontera con Argentina (1895); Francia (1900); Bolivia (1903); se deben a su trabajo sistemático los tratados con Ecuador (1904); Perú, primero de forma provisional (1904), después definitiva (1909); el parecer arbitral con Gran Bretaña-Guayana Inglesa (1904); el protocolo con Venezuela (1905); el acuerdo con Países Bajos-Surinam (1906); con Colombia (1907); y la enmienda del tratado con Uruguay (1909).

Muy temprano percibió la emergencia de EE.UU. como potencia global y creó en Washington la primera embajada brasileña (1905), nombrando como embajador a Joaquim Nabuco, sin ninguna duda la personalidad más brillante e ilustre de la diplomacia nacional. Así como declaró haber «construido el mapa de Brasil», sostuvo que, con esa decisión, había «trasladado desde Londres a Washington el eje de la diplomacia brasileña». Estableció con EE.UU. lo que el historiador norteamericano E. Bradford Burns llamaría de «alianza no escrita», arreglo pragmático por medio del cual el país apoyaba las posiciones diplomáticas americanas en el surgente panamericanismo, en Panamá, en el Caribe, en América Central, a cambio del apoyo de Washington a Brasil en las cuestiones con los países hispanoamericanos limítrofes y en los eventuales problemas con sus tres vecinos europeos, dos de los cuales, Francia y Gran Bretaña, en el apogeo de la fase agresiva del imperialismo y expansión.

Se empeñó en mejorar las relaciones de Brasil con los países latinos y, en particular, con los sudamericanos, habiendo sido pionero en la propuesta del Pacto A.B.C., es decir, Argentina, Brasil y Chile, que recién sería firmado luego de su muerte (1915). No obstante el incidente grave del telegrama n° 9 con Argentina, en la época en que la cancillería argentina era ocupada por su rival y enemigo, Estanislao Zeballos, continuó esforzándose en disipar las prevenciones y desconfianzas surgidas del plan brasileño de modernización de la Marina de Guerra. Alcanzó genuina popularidad y elevado prestigio en la mayoría de los países del continente. Obtuvo para Brasil el nombramiento del primer cardenal de América Latina y demostró firmeza y discernimiento en el serio conflicto con Alemania en torno a las desobediencias practicadas en el sur del país por el comandante de la cañonera alemana *Panther*. De la misma forma, en la Segunda Conferencia Internacional de la Paz de La Haya (1907), actuó en estrecho entendimiento con el delegado

brasileño Rui Barbosa en no aceptar para Brasil una clasificación que no correspondiera a la de la igualdad con las demás potencias.

Ningún otro diplomático o ministro de Relaciones Exteriores obtuvo, ni antes ni después, victorias diplomáticas comparables ni alcanzó la admiración generalizada que hizo de él, en su época, el hombre más popular de Brasil. Cuando murió, el diario *A Noite* resumió en el titular el sentimiento del país «La muerte de Rio Branco es una catástrofe nacional». Por la obra diplomática y el trabajo de modernización que realizó en el Ministerio de Relaciones Exteriores, fue oficialmente designado Patrono de la Diplomacia Brasileña y el día de su nacimiento se festeja en Brasil como el día del Diplomático.

José Maria da Silva Paranhos Júnior (Barón de Rio Branco): la fundación de la política exterior de la República

Rubens Ricupero

La posición excepcional que el Barón de Rio Branco tiende a ocupar en cualquier estudio sobre diplomacia brasileña se origina no tanto de la larga e ininterrumpida duración del tiempo físico en que estuvo a cargo de la dirección de las relaciones exteriores de Brasil; más bien, es la naturaleza rara del tiempo histórico y espiritual en que actuó y sus características personales fuera de lo común que se conjugaron para permitirle realizar obra difícil de ser igualada por los que le sucedieron.

Se experimentaba entonces una coincidencia poco habitual de paz y prosperidad internas asociadas a un efímero momento internacional de creencia en el arbitraje, en la negociación, en la solución jurídica de los conflictos. Se abría la oportunidad, a lo mejor única desde el Tratado de Madrid (1750) para solucionar el desafío de aumentar y consolidar el territorio creando, de este modo, las condiciones de posibilidad para llevar adelante una política externa más constructiva con los vecinos.

La definición de las fronteras se hizo normalmente de una vez por todas. Ninguna otra realización de la diplomacia es tan concreta o valorada a los ojos del público. Ésta tendió así a ofuscar las demás contribuciones diplomáticas de naturaleza menos tangible del Barón, como la de haber concebido y ejecutado posiblemente el primer intento intelectual capaz de abarcar la totalidad del universo de las relaciones internacionales de Brasil, articulando las diversas dimensiones en un sistema completo y coherente.

El pensamiento de Paranhos en referencia a esto y a la política externa en general no se encuentra en su obra intelectual. Como historiador fue, fundamentalmente, un erudito empeñado en la reconstitución exacta de los acontecimientos, raramente demostrando en los escritos tendencia a la teorización y a las abstracciones. Aquello que podríamos llamar «paradigma Rio Branco de política exterior» tiene que ser extraído especialmente de los escritos inclinados a la acción: discursos, conferencias, artículos, entrevistas, exposiciones de motivos, despachos, memorias sobre fronteras y cartas.

Antes de su gestión, se imaginaba la relación externa de modo parcial, fragmentario. En la visión de los políticos y diplomáticos del Imperio, la orientación principal de atención seguía orientándose, como en los tiempos coloniales, hacia el círculo de los países platenses, Argentina, Uruguay y Paraguay. Era ese el escenario de nuestro *great game*, el de la rivalidad con Buenos Aires, el de los temores de la reconstitución del Virreinato del Río de la Plata bajo hegemonía porteña. Allí se esbozaron los únicos y frustrados intentos brasileños de conseguirse el apoyo del poderío de los grandes europeos, ingleses o franceses, para concurrir en los intentos nacionales contra Rosas.

Aparte de eso, se mantenían aisladas y separadas las distintas esferas de la relación con el mundo. A partir del segundo Rio Branco

es como si la política exterior se metamorfoseara en un doble movimiento de universalización y de integración.

Por un lado, ésta se globaliza y suplanta los límites iniciales del Plata, como se ve en el artículo *O Brasil, os Estados Unidos e o Monroismo* que el ministro firmó en el diario *Jornal do Comércio* (12/5/1906) con el seudónimo de J. Penn:

> *Hace mucho que nuestra intervención en el Plata terminó. Brasil no tiene nada más que hacer en la vida interna de las naciones vecinas [...]. Su interés político está en otra parte. Desinteresándose de las rivalidades estériles de los países sudamericanos, [...], Brasil entró firmemente en la esfera de las grandes amistades internacionales a la que tiene derecho por la aspiración de su cultura, por el prestigio de su grandeza territorial y por la fuerza de su población (apud LINS, 1945, v. 2, p. 491, letra cursiva nuestra).*

Al mismo tiempo en que alzaba vuelo del Plata a las alturas de las «grandes amistades internacionales», la diplomacia pasaba a vincular sus diversos escenarios de acción y estructurarlos en un conjunto en el cual los diferentes elementos interactuaran unos sobre otros. Los tres principales ejes que proporcionaron la estructura del paradigma fueron la política internacional, la relación asimétrica de poder con las grandes potencias y las relaciones de relativa simetría con los vecinos sudamericanos.

La política territorial

El pragmatismo realista de Paranhos lo condujo a abordar cada problema fronterizo en su especificidad propia. Sin preocuparse por principios absolutos. En el primer y mayor desafío que enfrentó, la cuestión de Acre (1903), no dudó en romper (palabras de él) con la

interpretación invariable del gobierno brasileño durante 35 años en el Imperio y en la República. En el último de sus actos limítrofes, la rectificación de la frontera con Uruguay (1909), tomó la iniciativa de abandonar un tabú que favorecía a Brasil: el de la perpetuidad de los tratados de frontera y de los actos jurídicos «perfectos».

La variedad de los abordajes caso a caso no impide, sin embargo, discernir algunas tendencias generales. La *primera* reside en el *criterio metodológico* de preferir la negociación a otros medios de solución. En relación, por ejemplo, a la «conquista disfrazada» que podría haber ocurrido en Acre, si se hubiese aceptado la incorporación del territorio dominado por los insurgentes sin negociar compensaciones con Bolivia. En ese caso se hubiera adoptado «procedimiento en contraste con la lealtad que el gobierno brasileño nunca dejó de guardar [...] con las demás naciones [...] (ingresando) en una aventura peligrosa, sin precedentes en nuestra historia diplomática» (RIO BRANCO, 2012).

La posición asumida al inicio de su ministerio reaparece al final del mismo, cuando escribe, a respecto de la disputa entre Chile y Perú: «es más prudente ceder que ir a guerra. El recurso a la guerra es siempre desgraciado [...]. Fue acordando con nuestros vecinos que conseguimos terminar con todas nuestras cuestiones de límites» (Despachos a las Legaciones en Santiago y Buenos Aires apud LINS, 1945, v. 2, p. 683).

Su preferencia por la negociación era calificada por el sentido práctico de la realidad. No aceptó la pretensión de Perú de transformar en proceso negociador tripartito las tratativas de Brasil con Bolivia con respecto a Acre. Tampoco creyó viable la fórmula tratada por Uruguay y Colombia de una negociación colectiva de frontera, reuniendo, del lado contrario al brasileño, a todos los hispánicos herederos del Tratado de San Ildefonso. Recordó, a propósito de la primera propuesta, que el intento de negociar colectivamente

las fronteras de Paraguay con los miembros de la Triple Alianza provocó tensiones que casi llevaron a nuevo conflicto entre Brasil y Argentina.

A pesar de las victorias personales en los arbitrajes contra Argentina (Palmas) y Francia (Amapá) y de los más de treinta acuerdos del tipo que firmó, nunca más recurrió a ese método luego de la decepción en el caso de la frontera con la Guayana Inglesa, confiado al rey de Italia. Opinó entonces en un artículo sin firma que

> *el arbitraje no siempre es eficaz. La causa puede ser magnífica, el abogado, inigualable, y, como es el caso, tener una sentencia desfavorable [...] solamente debemos recurrir (al arbitraje) cuando fuera del todo imposible llegar a un acuerdo directo con la parte adversa (Recortes de diarios apud LINS, 1945, v. 2, p. 402).*

Como dejó claro en las instrucciones enviadas a Joaquim Nabuco, en Washington, en la preparación de la IIIª Conferencia Internacional Americana que se celebraría en Rio de Janeiro (1906), rechazaba «el arbitraje incondicional, alcanzando cualquier cuestión que pueda surgir», no aceptaba «un árbitro previamente designado para resolver todas las cuestiones que surjan» porque «árbitro que conviene hoy puede no ser conveniente en algunos años después» (Despacho a la Embajada en Washington, 10/3/1906 apud LINS, 1945, v. 2, p. 758), lo que debería hacerse con infinita atención a las menores particularidades personales y nacionales. Creía que se debía dedicar igual o mayor cuidado en definir con precisión el objeto de la disputa y circunscribir minuciosa y restrictivamente el margen de discreción del árbitro.

Al igual que Nabuco, estaba convencido de que los principios empleados en el reparto de África por las potencias imperialistas europeas reunidas en el Congreso de Berlín (1880) ponían en grave riesgo la integridad de la dispersamente poblada Amazonia

brasileña. Excepto en relación a lo que denominaba «hombres de la vieja escuela», dudaba de los árbitros europeos, influenciados por ese abordaje, prefiriendo a los norteamericanos (su primera gran victoria, la de Palmas, se debía al presidente Cleveland).

Con mayor razón, sospechaba de los juristas de América Latina: «Para resolver cuestiones entre naciones de Sudamérica, árbitros elegidos en América del Norte y en Europa ofrecen mayor garantía de imparcialidad». Y, más adelante:

> *Ante árbitros hispanoamericanos estaríamos siempre mal [...] Tenemos cuestiones territoriales pendientes con Perú y Colombia, y también cuestiones de navegación fluvial [...] Siempre defendemos la nulidad del Tratado preliminar, o provisional, de límites de 1777. Todos nuestros vecinos, como ahora, Colombia y Perú, opinaron sobre su validez. No podrían, por lo tanto, ser jueces aceptados por Brasil (Despacho a la Embajada en Washington, 10/3/1906 apud LINS, 1945, v. 2, p. 759).*

La *segunda* característica de su política era el rechazo en aceptar la validez de los ajustes coloniales anulados por guerras o por ejecución incompleta, a no ser como elemento secundario y auxiliar en la ausencia de clara identificación de la toma de posesión concreta. Tal convicción contrariaba a los vecinos hispánicos, que defendían como única base legítima para las fronteras entre los sucesores de Portugal y España el Tratado de San Ildefonso (1777), expresión jurídica del apogeo del poder militar español en Sudamérica.

El rechazo de San Ildefonso se complementaba por el *tercer* y decisivo principio de la política territorial del Barón: el *uti possidetis* (*de facto*), es decir, la ocupación efectiva, con o sin títulos. En memoria a la defensa del derecho de Brasil presentada al árbitro de la cuestión de Palmas, esos *dos criterios de sustancia* se expresan de manera taxativa:

> *El gobierno brasileño mantuvo siempre que el uti possidetis de la época de la independencia [...] y las estipulaciones del Tratado de 1777 que no contrarían ese uti possidetis son las únicas bases sobre las cuales deben asentar los ajustes de límites entre Brasil y los Estados sus confinantes de origen español (RIO BRANCO, 2012, v. I, p. 63).*

Armado con esos principios y alertado por la gravedad de la crisis de Acre, Rio Branco tuvo éxito en resolver de manera conclusiva todos los casos limítrofes pendientes de solución con los vecinos. Llegó a decirle al diplomático argentino Ramón J. Carcano que había «construido el mapa de Brasil». De hecho, le definió el perfil territorial en relación al contexto físico exterior, utilizando exclusivamente la negociación directa o el arbitraje. Recurrió, para esto, a medios legítimos de poder, pero en ninguno de los casos hubo imposición unilateral por la fuerza.

La declaración hecha a Carcano y otra frase atribuida al Barón –«territorio es poder»– indican su comprensión de que, si no equivale al poder, el territorio constituye la condición para tornarlo posible. Por consiguiente, al trazar los límites dentro de los cuales se ejercía soberanía y al hacerlo de forma consensual, sin traumas, el canciller pensaba haber establecido las precondiciones para que Brasil pudiera tener una política externa a fin de lidiar, en primer lugar, con las relaciones asimétricas de poder.

Las relaciones asimétricas de poder

Casi todos los temas fronterizos eran parte del eje de las relaciones con países de los cuales no nos alejaba una insuperable desigualdad de poder. Pertenecíamos, nosotros y ellos, a la misma categoría, podíamos jugar el mismo juego. En esa área de relativa igualdad, Rio Branco supo dosificar con moderación el poder limitado

de que disponía. Al fin y al cabo, eran cuestiones heredadas del pasado que debían ser resueltas con métodos y conceptos elaborados en el siglo XIX.

La capacidad del ministro de crear e innovar encontrará su mejor expresión en dominio distinto: en la manera de reaccionar a un problema de aquel presente de comienzos del siglo XX. Se trataba de aprender a lidiar con potencias de las cuales nos separaba tal diferencial de poder que no podíamos aspirar a jugar con ellas el mismo juego o en la misma categoría. En ese eje de desigualdad y asimetría, las naciones europeas aparecían como amenazas potenciales. Brasil era el único sudamericano limítrofe a tres potencias de Europa, dos de las cuales ejemplos acabados del agresivo imperialismo de la época, el Reino Unido, que aprovechó la confusión de los primeros días de la República para ocupar la isla de Trinidad y Francia, con la cual tuvimos los sangrientos incidentes del Calçoene, en Amapá.

En la transición de la Colonia a la independencia, la preponderancia inglesa nos impuso los «tratados desiguales» de 1810, reconducidos más tarde como precio por la mediación en el reconocimiento del país independiente. La jurisdicción especial del «juez conservador de la nación inglesa», las preferencias comerciales, la interferencia inhibidora en las operaciones luso-brasileñas en Uruguay, la violencia en la represión del tráfico de esclavos se conjugaron gradualmente para liquidar la influencia política británica, llevando, finalmente, a la ruptura de las relaciones en la Cuestión Christie (1863).

Aunque había perdido la capacidad de pesar decisivamente sobre las decisiones diplomáticas de Rio de Janeiro, Londres seguía como la principal plaza financiera, comercial y de atracción de inversiones para el país. En este escenario internacional, todavía marcado por el apogeo victoriano y el amenazante ascenso de la

Alemania del Káiser, Rio Branco fue de los primeros contemporáneos en percibir que un nuevo poder comenzaba a afirmarse. Como dijo en un despacho a Washington: «[...] sólo había grandes potencias en Europa y hoy éstas son las primeras en reconocer que hay en el Nuevo Mundo una nueva y poderosa nación con la que deben contar» (Despacho a la Embajada en Washington, 1905 apud LINS, v. 2, p. 496).

El despacho es de 1905, época que para los historiadores diplomáticos americanos coincide con los dos eventos anunciadores del inicio del compromiso global de Estados Unidos en asuntos más allá de los límites hemisféricos. El primero fue la mediación impuesta por el presidente Theodore Roosevelt para dar fin a la guerra ruso-japonesa; el segundo, la participación norteamericana en la conferencia de Algeciras, luego del incidente de Agadir entre Francia y Alemania con respecto a Marruecos.

La aparición de una gran potencia que comenzaba a proyectar sombra inhibidora sobre el continente representaba un hecho nuevo imposible de ignorar. En el pasado, las potencias europeas, enmarañadas en su interminable juego de poder, poco afectaban la diplomacia sudamericana del otro lado del Atlántico. Surgía, ahora, un poder próximo, cuya fuerza gravitacional pasaba a hacerse sentir de forma creciente. No querer ver la realidad sería conceder una ventaja a adversarios potenciales. De hecho, según observó Paranhos en el referido artículo *O Brasil, os Estados Unidos e o Monroismo*: «Washington fue siempre el principal centro de las intrigas y de los pedidos de intervención contra Brasil por parte de algunos de nuestros vecinos, rivales permanentes o adversarios de ocasión».

Además de los *rivales permanentes* (obviamente los argentinos) o *adversarios de ocasión* (peruanos, bolivianos), le preocupaba la amenaza de los europeos. El ejemplo de la interferencia de Cleveland a favor del arbitraje entre el Reino Unido y Venezuela lo convenció

de que Francia no ocupó militarmente Amapá solamente por temor a la reacción americana. A la hora de la negociación del acuerdo sometiendo a arbitraje la cuestión con París, escribió a la Secretaría de Estado:

> *Pienso [...] que lo que concierne principalmente al gobierno francés es el temor de complicación con Estados Unidos [...] y con Inglaterra y tal vez, incluso la desconfianza de que ya tuviéramos alguna inteligencia secreta con los gobiernos de estas dos grandes potencias. (Letra cursiva nuestra).*

Por lo tanto, aconsejó «a Estados Unidos le interesa la cuestión de la Guayana Francesa» (RIO BRANCO apud JORGE, 2012, p. 93-94).

Ecos de la vieja herencia portuguesa de una diplomacia consciente de la debilidad militar y necesitada de aliado poderoso, esas palabras preanunciaron la búsqueda de lo que Bradford Burns llamó «alianza no escrita con EE.UU.». Tal idea, se consustanciaría, fundamentalmente, en dos momentos decisivos: la creación de la embajada en Washington y la realización de la IIIª Conferencia Interamericana en Rio de Janeiro.

La creación de la embajada se debe exclusivamente a la iniciativa de Rio Branco y el mismo Joaquim Nabuco, elegido para ser embajador, la juzgó prematura. En 1905, fecha de la decisión, eran raras las embajadas, consideradas características de las grandes potencias. Sólo existían siete misiones de este nivel en Washington, (las seis potencias principales de Europa y el vecino México), y no había ninguna en Rio de Janeiro. El ascenso de legación a embajada no podía ser medida unilateral, requería negociación previa entre los gobiernos interesados.

De este modo, la decisión expresó por el simbolismo el gesto diplomático el cambio de énfasis que pasaba a ocurrir en la relación brasileño-americana. Consciente de la importancia de la medida,

el Barón declaró explícitamente que había trasladado el eje de la diplomacia brasileña de Londres a Washington. Al año siguiente, gracias al esfuerzo de Nabuco, Rio de Janeiro sería sede de la IIIª Conferencia Interamericana con la presencia del secretario de Estado Elihu Root, evento raro en la época. Se configuraba, de esta manera, una alianza tácita por la cual cada uno se disponía a dar apoyo al otro con planes de servir su propio interés.

Había en esto, mucho de cálculo, por lo que merecía ser visto como el *elemento pragmático* del paradigma. Brasil tenía condiciones de proporcionarle a EE.UU. algo que no sería capaz de ofrecerle a las potencias europeas: un apoyo diplomático en el continente a favor de las posiciones de Washington en cuestiones hemisféricas, en lo que se refería a México, a Panamá, a América Central, al Caribe, esforzándose por obtener de la parte de los latinoamericanos mayor aceptación de la Doctrina Monroe.

En compensación, esperaba de los americanos soporte con relación a los europeos en eventuales dificultades limítrofes o políticas, como en el incidente de la cañonera *Panther* con Alemania. Contaba, además de eso, con el activo compromiso de EE.UU., al menos con su neutralidad benevolente en los problemas fronterizos con los vecinos, como sucedió en las negociaciones sobre Acre con el *Bolivian Syndicate*, Bolivia y más tarde Perú.

Lo fundamental no era que existiese efectivamente una alianza en el sentido estricto entre los dos países, con expresión eventualmente militar (como sucedería mucho más tarde, en la Segunda Guerra Mundial). La verdadera naturaleza de la relación encontró perfecta definición en uno de los discursos de Root en Rio de Janeiro, en el cual afirmaba: «que los Estados Unidos de América del Norte y los Estados Unidos de Brasil junten las manos, no en tratados formales y escritos de alianza, pero en la universal simpatía,

confianza y estima de sus pueblos»[1]. Por sobre todas las cosas, importaba la percepción diseminada en los medios internacionales de que Brasil, más que cualquier otro país latinoamericano, había logrado establecer vínculos estrechos con EE.UU.

En otras palabras era lo que aseveraba Nabuco al decir que la política de aproximación con Washington equivalía al «mayor de los ejércitos, a la mayor de las marinas, ejército y marina que podríamos tener»[2]. Al escribir que la vacilación de Francia en Amapá derivaba de la «desconfianza de una inteligencia secreta» de Brasil con EE.UU. (ver arriba), el Barón aludía al mismo fenómeno: la importancia de la percepción y de la imagen, ingredientes del prestigio diplomático, por su parte componente apreciable del poder.

Lejos de representar un gesto voluntarista motivado por consideraciones exclusivamente políticas, la decisión de intensificar la relación con EE.UU. reflejaba la transformación que se realizaba en la relación económica. El traslado del eje diplomático acompañaba el de la economía, que derivaba cada vez más de Europa en dirección a Norteamérica, esperando que en nuestros días se moviera de nuevo con rumbo al Pacífico.

En la época del Paranhos ministro, el mercado norteamericano adquirió más de la mitad del café brasileño, 60% del caucho, la mayor parte del cacao. En la época del establecimiento de la embajada, Brasil era el sexto socio en el intercambio americano con el mundo, después de Inglaterra, Alemania, Francia, Canadá y Cuba. Llegamos a ser el tercer mayor proveedor de EE.UU.; en el año de la muerte del Barón (1912) el mercado norteamericano absorbía nada menos que el 36% del total de nuestras exportaciones.

Por esta situación privilegiada, el trigo y otros productos americanos gozaban de reducción tarifaria de 20%, idéntica a la

1 Citado em Burns, 1966, p. 164.

2 La opinión de Joaquim Nabuco figura en carta transcripta por COSTA, 1968, p. 107.

concedida por Washington al café brasileño. Habiendo la Argentina disputado, en 1907, un tratamiento similar, Rio Branco rechazó el pedido, afirmando que los argentinos compraban solamente 120 mil bolsas de café, contra las 6,1 millones importadas por el mercado estadounidense. En despacho a Buenos Aires, argumentaba:

> *No basta que un país suprima los derechos sobre el café para que estemos obligados a tratarlo en el mismo pie de igualdad con EE.UU. Es necesario que tal país nos compre café en cantidad que al menos se acerque a lo que nos compra EE.UU (Despacho a la Legación en Buenos Aires apud LINS, 1945, v. 2, p. 586).*

La respuesta brasileña confirma que las consideraciones comerciales pesaban ya de manera expresiva en el acercamiento a los americanos. Al mismo tiempo, señala cómo distaba, en una era en que ni siquiera se soñaba con integración latinoamericana, el abordaje de las relaciones de relativa igualdad o simetría.

Relaciones de relativa igualdad o simetría

Efectivamente, continúa el despacho:

> *Somos y queremos ser siempre buenos amigos de Argentina, pero cuestiones de intercambio comercial no son cuestiones de amistad, y para nuestra exportación Argentina está muy lejos de ser lo que es EE.UU. No es Brasil que tiene que compensar al frágil comprador que es para nosotros la República Argentina; es ésta que debe compensar al gran comprador de productos argentinos que es Brasil (Despacho a la Legación en Buenos Aires apud LINS, 1945, v. 2, p. 587).*

No pasaba por la cabeza de los políticos de entonces conceder preferencias o ventajas en función de la contigüidad o de la común

identidad latinoamericana. En el eje de relativa igualdad de poder, se exigía estricta reciprocidad. Fundamentalmente cuando se trataba de lidiar con *rivales permanentes*.

En términos rigurosos, la relativa simetría o igualdad de poder de Brasil se medía solamente con Argentina, en continuo ascenso de riqueza, prosperidad, estabilidad y prestigio mundial desde el inicio de la era de «las vacas y del trigo», alrededor de 1880. Se registró hasta cierta inversión en la correlación de fuerzas entre los dos rivales. El Brasil del tumultuoso comienzo de la República, convulsionado por conflictos civiles, afectado por el *Encilhamento* y la crisis del endeudamiento, parecía disminuir. Al menos hasta que la presidencia Rodrigues Alves inaugurara, junto con el cuatrienio siguiente, el mejor período de la Primera República.

Ya en 1882, cuando era cónsul en Liverpool, Rio Branco se inquietaba con la desatención por el Ejército y la Marina luego de la Guerra del Paraguay. Se quejaba en cartas porque, a diferencia de Argentina, Brasil ya no tenía ejército, ni escuadrones, ni torpedos. Más tarde, ya ministro, su empeño por la modernización del Ejército y, en particular, por la renovación de la flota, contribuyó para intensificar las tensiones y desconfianzas con Buenos Aires.

Defendiéndose de las acusaciones de militarista y promotor de la carrera armamentista, dijo en un discurso en el Club Militar (15 de octubre de 1911):

> *Nunca fui consejero o instigador de armamentos formidables [...] Me limité a recordar [...] la necesidad de, luego de veinte años de descuido, tratar seriamente de reorganizar la defensa nacional, siguiendo el ejemplo de algunos países vecinos, los cuales, en poco tiempo, habían conseguido equiparse con elementos de defensa y ataque muy superiores a los nuestros (apud LINS, 1945, v. 2, p. 774).*

El plural de «vecinos» no engañaría a su auditorio: era clara la referencia a Argentina.

El telón de fondo de rivalidades, falta de confianza y simpatía, de cuestiones limítrofes aún en pleno desarrollo, ayuda a entender el carácter predominantemente problemático de las relaciones de vecindad en el inicio de la gestión de Paranhos. Éste heredó el residuo emotivo y estereotipado de siglos de antagonismo. Llegó a escribir en un despacho a la embajada en Washington:

> *[...] Su Excelencia no ignora que contra Estados Unidos y contra Brasil hay en la América Española antiguas prevenciones que sólo el tiempo podrá tal vez modificar. Verdaderamente, sólo no las hay en Chile, Ecuador, en México y en América Central. (Despacho a la embajada en Washington, 10/3/1906 apud LINS, 1945, v. 2, p. 524).*

Lo curioso en ese texto es la identificación de Brasil con Estados Unidos como objetos comunes de antipatía hispánica, sentimiento hoy difícil de imaginar. Más significativo, sin embargo, es que en ese mismo momento (el despacho trataba de la preparación de la llegada del secretario de Estado Root a Rio de Janeiro), el canciller se esforzó en convencer a Washington de extender la visita a Montevideo, Buenos Aires y Santiago. Así, insistió, «... disipará celos y prevenciones. El mejor medio de obtener el concurso de los hispanoamericanos es alentar su amor propio, y eso no queda mal a una nación poderosa como América» (Despacho a la embajada en Washington, apud LINS, 1945, v. 2, p. 521).

Es preciso recordar que a comienzos del siglo XX y de la gestión Rio Branco, el panorama de las relaciones de vecindad merecía aún la siguiente descripción del despacho principal de instrucciones a Washington antes referido:

> *Mirando el mapa, somos vecinos de muchos países, pero vecinos a la moda americana, como decía el Conde de Aranda*

> *en el siglo XVIII, separados estos pueblos, unos de otros, por desiertos inmensos. Sólo nos comunicamos con algunos de nuestros vecinos a través de Europa o Estados Unidos. En lo que dice respecto a Brasil, nuestra influencia y buenos oficios de amistad sólo se pueden ejercer con alguna eficacia sobre Uruguay, Paraguay y Bolivia; buscando operar de acuerdo con Argentina y Chile (Despacho a la embajada en Washington, apud LINS, 1945, v. 2, p. 760).*

Exceptuadas las cuestiones limítrofes, se admitía así, de modo explícito que la densidad de la relación con la mayoría de los vecinos era superficial, carente de la sustancia de comercio, vínculos económicos, de cooperación e intercambio cultural. Llevaría décadas para comenzar a llenar ese vacío y lo que sorprende es que el Barón haya comenzado a intentar construir una estructura más sólida de colaboración política, luego de la solución de los problemas fronterizos. Al declarar a Carcano que había construido el mapa de Brasil (ver arriba), el ministro añadió: «Ahora mi programa es contribuir con la unión y la amistad entre los países sudamericanos» (apud LINS, 1945, p. 681).

La expresión más audaz que encontró ese plan fue, en 1909, el proyecto de «Tratado de cordial inteligencia política y de arbitraje entre los Estados Unidos de Brasil, la República Argentina y la República de Chile», redactado personalmente por Paranhos. El foco del tratado residía en el artículo 1°, en el cual las partes declaraban que buscarían «proceder siempre de acuerdo entre sí en todas las cuestiones que se relacionen con sus intereses y aspiraciones comunes y en las que se *encaminen a asegurar la paz y a estimular el progreso de Sudamérica*» (letra cursiva nuestra).

Se trataba, por lo tanto, de crear en el subsistema del Cono Sur un equivalente regional del Concierto de las Grandes Potencias en Europa. No se pretendía nada más ambicioso como vendría a ser en

nuestros días la UNASUR. «Un acuerdo general de todas las naciones americanas», observó el Barón en el mismo despacho diplomático, «es más imposible aún que entre las naciones europeas». En América, la viabilidad de tal acuerdo dependería de su composición restricta a los países de mayor poder, Estados Unidos, México, Brasil, Chile y Argentina. «Entrando muchos, seríamos reemplazados por el número siempre que se tratase de tomar cualquier resolución» (Despacho a la embajada en Washington apud LINS, 1945).

A pesar del realismo de limitar el entendimiento a los tres mayores poderes del sur del continente, la propuesta se reveló prematura. Argentina justificó la reticencia con el argumento de que el arreglo despertaría la desconfianza de Perú y, significativamente, podría ocasionar reacciones negativas por parte de EE.UU. Retomado tres años después de la muerte de Rio Branco, el proyecto encontraría su cenit en la firma del tratado en Buenos Aires (mayo, 1915), pero la idea se mostraría nuevamente inejecutable, pues solamente Brasil ratificaría el instrumento.

Para el Barón, no era más que una quimera pretender contraponer a EE.UU. una alianza general de sentido hostil. Según le escribió a Nabuco:

> *La tan famosa liga de las Repúblicas hispanoamericanas para hacer frente a EE.UU. es pensamiento irrealizable, por la imposibilidad de acuerdo entre pueblos en general separados unos de otros, y hasta ridículo, dada la conocida debilidad y falta de recursos de casi todos estos (Despacho a la embajada en Washington, apud LINS, 1945, v. 2, p. 502).*

Ante esta indiscutible evidencia, existían únicamente dos posibilidades de introducir algún contrapeso a la concentración de poder en EE.UU.: la de arreglos subregionales como el ABC o acuerdos multilaterales de la Doctrina de Monroe. Con el malogro del tratado, se frustró una de las hipótesis para hacer contrapeso

de forma relativa el excesivo poder norteamericano mediante la formación de un eje entre los tres países más influyentes de Sudamérica.

Más o menos en la misma época, Brasil intentó un esfuerzo para multilateralizar la Doctrina de Monroe, retirándole el carácter de política unilateral de Washington e introduciéndola en la aplicación un elemento de control y supervisión del conjunto de los gobiernos hemisféricos. La escasa receptividad por parte de Argentina, Chile y otros latinoamericanos obligó a la desistencia de la iniciativa en la Cuarta Conferencia Interamericana (Buenos Aires, 1909).

No deja de ser sugestiva la dificultad de construir consensos entre los gobiernos de América Latina de aquel tiempo que dos de los raros fracasos del Barón hayan ocurrido en ese dominio. Le cabe, sin embargo, el mérito indiscutible de haber intentado articular el eje de las relaciones de Brasil con Latinoamérica y el eje de las relaciones preferenciales con EE.UU.

A los ojos críticos, algunas decisiones de la política exterior brasileña daban la impresión de subordinar el primero de esos ejes, el latinoamericano, al de preferencia por Washington. Pertenecen, sin duda, a esa categoría el rápido reconocimiento de Panamá, la aprobación del Corolario Roosevelt y de la intervención en Cuba (1906), el rechazo de la Doctrina Drago sobre la reprobación de cobro a la fuerza de deudas internacionales, el silencio delante de las maniobras intimidatorias del ejército norteamericano en la frontera con México (1911).

No obstante, Rio Branco creía que no existía incompatibilidad inconciliable entre la amistad estrecha de Brasil con EE.UU. y vínculos cada vez mejores con los vecinos. Se veía en términos idealizados como capaz de servir de puente para aproximar y armonizar la política norteamericana y la de los hispanoamericanos. Para esto, el panamericanismo podría servir como instrumento para

«sustituir la desconfianza y el resentimiento infundados por una creciente amistad entre todos los pueblos americanos» (Despacho a la embajada en Washington). No tardaría mucho, sin embargo, en descubrir los límites del paradigma pro Estados Unidos.

Límites del paradigma pro Estados Unidos

Aunque fuera sincero el deseo del gobierno de Brasil de «poder estar de acuerdo en todo con EE.UU.» (Telegrama de instrucciones de Rio Branco a Rui Barbosa apud LINS, 1945, v. 2, p. 565), la Segunda Conferencia de Paz de La Haya (1907) reveló los límites insuperables de la orientación y existencia de alternativas posibles. Conducida por Rui Barbosa, la delegación brasileña terminó votando contra la americana en tres de las cuatro grandes cuestiones que dividieron la conferencia, demostrando la falta de sustancia de la acusación de alineamiento automático. Las divergencias tuvieron origen en la aspiración de reconocimiento a una posición internacional de destaque, por parte de Brasil, negada por los criterios de clasificación de potencias de la época. Para decepción del Barón, la delegación norteamericana, lejos de los foros del panamericanismo, se comportó de la misma forma que las grandes potencias europeas.

Agotados los diversos intentos con el objetivo de que el país obtuviera la posición más prestigiosa, el ministro evolucionó en el sentido de finalmente apoyar el principio de la estricta igualdad jurídica de los Estados sustentado desde el principio por Rui Barbosa, a quien comunicó:

> *Los países de América Latina fueron tratados [...] con evidente injusticia. Es posible que, renunciando a la igualdad de tratamiento [...] algunos se resignen a firmar convenciones en que sean declarados y se confiesen naciones*

> *de tercer, cuarto o quinto orden. Brasil no puede ser de esa categoría [...] Ahora que no podemos más ocultar nuestra divergencia, nos toca tomar allí, francamente, la defensa de nuestro derecho y del de las demás naciones americanas (Telegrama de instrucciones de Rio Branco a Rui Barbosa apud LINS, 1945, v. 2, p. 565).*

El choque con la postura de EE.UU. llevó a Brasil a asumir en la conferencia el liderazgo del grupo empeñado en la igualdad jurídica, formado por los latinoamericanos y países europeos de menor porte. El historiador americano Bradford Burns comenta en su *The Unwritten Alliance* (1966, p. 126): «[...] esa alternativa a la cooperación con EE.UU. no le desagradaba a Rio Branco, que aspiraba a hacer de Brasil un líder de América Latina».

El episodio no produjo grandes consecuencias prácticas, ni fue capaz de cambiar la relación estrecha con Washington. Sirvió, sin embargo, para disipar ilusiones de que podía contar siempre con la asistencia de EE.UU. para elevar a Brasil a la «esfera de las grandes amistades internacionales» a las que creía tener derecho. El hecho de descubrir que ya en la época la prioridad americana obedecía a consideraciones de poder y favorecía a los europeos, fue registrado por Rio Branco en el siguiente despacho a Nabuco:

> *La verdad [...] es que (el jefe y miembros de la delegación americana) buscaron siempre trabajar de acuerdo con las grandes potencias europeas, sin darle importancia alguna a Brasil y a las demás naciones americanas, contrariando así, la política panamericana seguida por el gobierno de Estados Unidos [...] (Despacho a la Embajada en Washington apud LINS, 1945, v. 2 p. 569).*

No siempre en el futuro los sucesores y herederos del paradigma tendrían presente la lección.

Más de cien años transcurrieron desde esa época. Dos guerras mundiales, el nazifascismo, la Revolución Rusa, el comunismo, la Guerra Fría, la Liga de las Naciones, la Organización de las Naciones Unidas, las armas de destrucción en masa, transformaron profundamente las relaciones internacionales y destruyeron para siempre el mundo de Rio Branco. Sin embargo, nada de eso elimina la sensación de que muchos de los dilemas enfrentados por el pensamiento y acción del canciller reaparecen bajo otras formas.

La búsqueda de papel principal en el centro de las decisiones mundiales –el puesto permanente en el Consejo de la Liga o en el Consejo de Seguridad de la ONU–, la sustitución de la Política Externa Independiente al envejecido paradigma preferencial por EE.UU., la articulación de foros cada vez más abarcadores con los BRICS, África, Medio Oriente, la opción por el Mercosur y la América meridional, cada etapa evoca, de algún modo, los desafíos de un siglo atrás. Subyacente a esas cuestiones se percibe la permanencia de un condicionamiento más profundo, lo que se podría llamar tensión dialéctica entre aspiraciones y capacidades.

La tensión dialéctica entre aspiraciones y capacidades

Al discursar en el III Congreso Científico Latinoamericano que se realizaba en Rio de Janeiro (1905), Paranhos aludía a una de sus constantes preocupaciones, la seguridad del continente, que tal vez otros puedan a juzgar como menos ocupado. Para garantizar la seguridad, afirmaba que era

> *indispensable que, antes de la mitad del siglo, cuatro o cinco, por lo menos, de las mayores naciones de América Latina, por noble estímulo, lleguen, como nuestra gran y querida*

> *hermana del Norte, a competir en recursos con los más poderosos Estados del mundo. (CARVALHO, 1998, p. 249-250).*

Delgado de Carvalho (1998, p. 250), que recordó la cita al caducar el plazo señalado para esa transformación, observa con un poco de melancolía: «A cincuenta años de estas palabras, vale la pena recordar esta sentencia [...] que nos lleva a meditar». Con mejores motivos podríamos repetir el comentario ahora que casi ciento ocho años puntuados de constantes recaídas luego de ilusorias ambiciones de progreso se pasaron.

A pesar de haber subestimado el tiempo necesario para alcanzar a los desarrollados, Rio Branco nunca participó de las ilusiones recientes sobre cuánto nos faltaba para alcanzar el poder en la aceptación convencional. En otro pronunciamiento, especulaba: «cuando por el trabajo de años, *muchos años*, han conseguido igualar *en poder y riqueza*, a nuestra gran hermana del Norte y las más adelantadas naciones de Europa [...]» (CARVALHO, 1998, p. 250, cursiva nuestra). Lo que Nabuco así describía, en términos un tanto prosaicos, en su Diario[3]: «No se hace grande por dar saltos. No podemos parecer grandes, si no lo somos. Japón no precisó pedir que lo reconocieran como una gran potencia, ya que demostró serlo».

El Barón no se aseguró por la fugacidad de nuestros periodos de auge. Tuvo la suerte de que la mejor parte de su gestión coincidió con los dos mandatos presidenciales de Rodrigues Alves y Afonso Pena, el punto alto de la Primera República. Así y todo, el final de sus años de gobierno fue oscurecido por la *Revolta da Chibata*, el bombardeo de Bahía, el comienzo de la larga agonía que se intensifica en la presidencia Hermes da Fonseca y que encuentra su ocaso en la Revolución de 1930.

3 Volumen II, p. 408, entrada relativa al día 25 de agosto de 1907.

Sabedor de la debilidad heredada y recurrente, no obstante los avances y conquistas, se daba cuenta de que esas condiciones requerían otro tipo de abordaje al poder además del convencional. Era lo que anticipaba a finales del siglo XIX, antes del arbitraje de Amapá, en carta al ministro Carlos de Carvalho: «Los medios persuasivos son, a mi modo de ver, el único medio por el cual una nación como Brasil, que aún no dispone de fuerza suficiente para imponer su voluntad a una gran potencia militar para bien conducirse en negociaciones delicadas como ésta, puede utilizar» (Carta a Carlos de Carvalho, 23/7/1896 apud VIANA FILHO, 1959, p. 234). Partiendo de esta constatación, buscará, en primer lugar, suplantar la distancia entre aspiraciones y capacidades recurriendo a las variedades de poder que, al revés de la «fuerza para imponer la voluntad», estaban y están a nuestro alcance, que hoy denominamos de poder blando o suave.

El poder blando o suave y el poder inteligente o de conocimiento

El tipo de poder referido por el Barón equivale justamente al poder duro o *hard power*, la capacidad de efectuar coacción militar o económica. Ya los «medios persuasivos» corresponden al poder blando o suave, el *soft power*, en la nomenclatura actual. Convendría unir a éste el *smart* o *clever power*, el poder inteligente u originado de la inteligencia, del conocimiento, de la capacidad de persuadir con argumentos traídos de la historia, la geografía, la cultura en general. Todas, duras, blandas, inteligentes, son diferentes modalidades de una misma realidad, el poder, que no puede reducirse solamente a la fuerza y a la coacción. El profesor Joseph Nye, de Harvard, que popularizó las expresiones, admite haberse inspirado en las concepciones del marxista italiano Antonio Gramsci, el cual mostró

con claridad que la hegemonía puede derivar no de la fuerza coactiva, sino del liderazgo moral e intelectual.

Mucho antes de la aparición de esas doctrinas modernas sobre el poder, Rio Branco ya las comprendía por intuición y las anticipaba en la práctica. En la carta-programa que escribió desde Berlín al ser invitado como ministro de Relaciones Exteriores (7/8/1902) mostraba comprender que una cancillería debe ser una institución basada en el conocimiento:

> *Se necesita [...] restablecer la sección del Archivo [...] porque ese es el arsenal donde el Ministro y los funcionarios inteligentes y habilitados encontrarán las armas de discusión y combate. Se necesita crear una biblioteca y una sección geográfica en la Dirección del Archivo, como en Francia, Inglaterra, Alemania y Estados Unidos (Carta a Frederico de Abranches, 7/8/1902 apud LINS, 1945, v. 2, p. 748-749).*

Trazaba un programa que él mismo había cumplido en su carrera al acumular la extraordinaria erudición en historia y geografía coloniales de las Américas, en cartografía, viejos libros y papeles de archivo, profundo conocimiento especializado al que debió parte considerable de sus éxitos, especialmente en los arbitrajes de Palmas y de Amapá. Todo ese acervo reunido a lo largo de la vida, más de 6 mil libros, algunos de los cuales de extrema rareza, junto con la colección de cartas geográficas y documentos, muebles, cuadros, adornos, fue adquirido por el Itamaraty por 350 *contos de réis* que la familia tuvo impacientemente que esperar que el gobierno pagara después de siete años.

En las cuestiones esencialmente políticas como la de Acre, en que la erudición servía sólo como complemento, reveló notable maestría en la dosificación con que supo usar la amplia gama de medios legítimos de poder, incluso la ocupación militar del territorio en reacción preventiva a la amenaza de expedición represiva

boliviana. Recurrió al limitado poder económico brasileño para comprar con indemnización el desistimiento del *Bolivian Syndicate* y a título de compensación al gobierno boliviano. Aplacó también a este último con la cesión de parcela pequeña de territorio brasileño a fin de conservar la apariencia de que se trataba de una permuta y no meramente compra de territorio. Reforzó el atractivo de la transacción con la garantía de libre navegación por ríos brasileños y utilización de nuestros puertos.

El conflicto sobre Acre fue el momento en que Brasil llegó más cerca de la guerra contra una vecino, interrumpiendo la tradición iniciada en 1870 con el fin de la Guerra de la Triple Alianza y hoy con más de 143 años. El problema dominó por completo los primeros meses del Barón como ministro y lo marcó decisivamente, determinando tanto la prioridad de concentración en las cuestiones limítrofes como la determinación de siempre dar solución a los conflictos por medios pacíficos. En la Exposición de Motivos del Tratado de Petrópolis expone la preferencia por la transacción, como le gustaba decir, o negociación, con fórmula lapidaria: «(Las) combinaciones en que ninguna de las partes pierde, o, mejor, en que todas ganan, serán siempre las mejores» (RIO BRANCO, 2012). Afirma en el mismo texto que «las mayores ventajas de las adquisiciones territoriales que resultan de ese tratado no son las materiales. Las *de orden moral y político son infinitamente superiores*» (RIO BRANCO, 2012, letra cursiva nuestra). Es explícita y consciente la convicción de que los valores éticos deberían orientar la acción diplomática, elemento decisivo de la construcción idealizada de un Brasil pacífico, amante del Derecho y de la moderación.

Un Brasil pacífico, amante del Derecho y de la moderación

Rio Branco contribuyó más que todos con la elaboración del concepto de un país fiel a la paz y al Derecho no por imposición de las circunstancias, sino por una especie de espontánea manifestación de la esencia profunda del carácter nacional. Poco antes de su muerte, aseveró en el discurso en el Club Militar (octubre de 1911):

> *Toda nuestra vida [...] demuestra la moderación y los sentimientos pacíficos del gobierno brasileño en perfecta consonancia con la índole y la voluntad de la nación. Durante mucho tiempo fuimos indiscutiblemente la primera potencia militar de Sudamérica, sin que esa superioridad de fuerza, tanto en tierra como en mar, hubiese mostrado nunca un peligro para nuestros vecinos (apud LINS, 1945, p. 774, letra cursiva nuestra).*

Para esto, es menester releer la historia con una visión, si no apologética, al menos benevolente, para poder declarar: «sólo nos lanzamos a luchas en el exterior cuando provocados o cuando invadido nuestro territorio» (apud LINS, 1945, v. 2, p. 685-686). La frase obedece a la misma intención de justificativa indirecta de las intervenciones en los países platenses del artículo referido al inicio del estudio, donde, luego de afirmar que nuestra intervención en el Plata estaba terminada, se explicaba que Brasil no tenía nada más que hacer en la vida interna de aquellas naciones porque «está seguro de que la libertad y la independencia internacional no sufrirán allí un desequilibrio violento»[4].

Retomando el argumento de condena constitucional de la conquista utilizado, ocho años antes, en el caso de Acre, el discurso

4 Artículo *O Brasil, os Estados Unidos e o Monroismo* firmado con el seudónimo de J. Penn en el *Jornal do Comércio* (15/5/1906) apud LINS, 1945, v. 2, 491.

en el Club Militar sigue: «[...] jamás nos empeñamos en guerras de conquista. Y mucho menos podríamos tener planes agresivos ahora que nuestra Constitución política prohíbe expresamente la conquista [...]» (apud LINS, 1945, v. 2, p. 774). El imperativo constitucional, sin embargo, traduciría algo más innato y profundo, según se desprende del discurso en el Instituto Histórico (1909), en el cual aclara la motivación de la decisión unilateral de rectificar la frontera en la Laguna Merín y en el Río Yaguarón a favor de Uruguay sin aceptar las compensaciones ofrecidas: «Si queremos hoy corregir parte de nuestra frontera meridional en provecho de un pueblo vecino y amigo, y principalmente porque este testimonio de nuestro amor al derecho le *queda bien a Brasil y es una acción digna del pueblo brasileño*» (apud LINS, 1945, v. 2, p. 674-675, letra cursiva nuestra).

Por consiguiente, el amor al Derecho, la generosidad, la moderación serían como atributos de una cierta idea de Brasil y de los brasileños. Como tales, serían atemporales, casi independientes de las circunstancias. Al punto de pretender que incluso si algún día «alguno de estos países latinoamericanos piensa en entregarse a la locura de las hegemonías o al delirio de las grandezas por la prepotencia» (¿alusión indirecta a los argentinos?)

> *estoy convencido de que el Brasil del futuro seguirá invariablemente confiando por encima de todo en la fuerza del Derecho y, como hoy por su cordura, desinterés y amor a la justicia, conquistando la consideración y el afecto de todos los pueblos vecinos en cuya vida interna se abstendrá de intervenir (Discurso en el Club Militar, 15/10/1911 apud LINS, 1945, v. 2, p. 774).*

Todos los fragmentos citados son parte de discursos, conferencias, artículos, exposiciones de motivos, documentos que proponen explicar y «vender» la política externa. En este sentido, participan del esfuerzo sistemático de edificación del que se podría

considerar una «ideología de la política exterior». Ideología en el sentido de conjunto de valores y padrones supuestamente objetivos, pero que disfrazan o maquillan intereses. No sería difícil así criticar o destruir desvendando los objetivos que esconderían.

Aceptando que la construcción intelectual del ideario diplomático del Barón pertenece a esa categoría de ideologías, se debe reconocer, sin embargo, no ser indiferente elegir como contenido de construcción la paz, el Derecho, la moderación, la transacción y no sus alternativas. No faltan, efectivamente, ideologías similares que pusieran énfasis en la idea de la «grandeza», con fuertes evocaciones de la gloria militar pasada. O en el «destino manifiesto», en la superioridad de raza necesitada de espacio vital, o en la expansión del imperio eslavo y ortodoxo como otras innumerables expresiones más o menos agresivas. Al elegir distinguir las aspiraciones diplomáticas brasileñas más específicamente «diplomáticas», Rio Branco fue justamente apuntado por Gilberto Freyre como responsable por la conversión del Itamaraty en un sistema de organización y definición de valores supremamente nacionales.

Sistema de organización y definición de valores sumamente nacionales

La afirmación aparece en «Orden y Progreso», pasaje en el cual se describe

> *la idealización del Itamaraty, dirigido por el Barón de Rio Branco, como órgano supremo de irradiación o afirmación del prestigio de Brasil en el continente en particular y en el exterior en general, [...] del Itamaraty que fue también, en el Brasil de la época del Barón, una especie de Ministerio como de Educación y Cultura disputando para que vinieran*

> *a Rio de Janeiro intelectuales europeos eminentes, artistas, médicos reconocidos; y Ministerio también de Información o Propaganda [...] (FREYRE, 1959, 1º tomo, p. CXLVI).*

Freyre observa que el canciller se interesó incluso por la instalación en el país de colegios de monjas francesas para perfeccionamiento de la cultura femenina. Podría añadirse que su influencia se hizo notar en los más diversos sectores, comenzando por la modernización de las Fuerzas Armadas. Y concluye que, bajo su dirección, el Itamaraty había dejado de ser institución netamente diplomática para transformarse en sistema de «organización y definición de *valores sumamente nacionales:* sistema al que el Barón *comunicó su imagen de sobreprotector de una patria* a su modo ver necesitada del respeto de los europeos y de los anglosajones, para creciente afirmación de su prestigio» (FREYRE, 1959, 1º tomo, p. CLI, letra cursiva nuestra).

No explicita claramente lo que serían esos «valores supremamente nacionales». Una interpretación plausible sugeriría que Paranhos no se engañaba con el «país real» del atraso económico, de la Revuelta de la Vacuna, del analfabetismo de más del 80%. No había cómo engañarse, ya que el país real insistía en perturbar la imagen idealizada. Carlos Laet comentó que la *Revolta da Chibata* liderada por el marinero João Cândido había sido para él «una agitación tremenda. Soñaba con un Brasil fuerte y capaz de, por su unión [...] dominar los destinos de esta parte sur del Continente». Al mirar la bahía amenazada, «hubiera tal vez comprendido cuán lejos nos encontrábamos de su ideal [...]» (apud LINS, 1945, v. 2, p. 691).

No bastaba, por lo tanto, vender al extranjero la imagen idealizada de Brasil, en conflicto con los hechos y acontecimientos. Era necesario transformar la propia realidad para aproximarla al modelo ideal, por medio de un esfuerzo para organizar y definir «valores supremamente nacionales».

Esos valores coincidían obviamente con aquellos que el Barón heredó del Segundo Imperio: el liberalismo jurídico, el conservadurismo moderado para «poner término a las agitaciones y a la anarquía, y asegurar, por sobre todas las cosas, la unidad nacional» (Carta a Joaquim Nabuco, 30/8/1902 apud VIANA FILHO, p. 317). Un proyecto de desarrollo así descripto:

> *La Nación brasileña sólo ambiciona engrandecerse por las obras fecundas de paz, con sus propios elementos, dentro de las fronteras en que se habla la lengua de sus líderes, y quiere ser fuerte entre vecinos grandes y fuerte por honor a todos nosotros y por la seguridad de nuestro continente [...] (Discurso en el Congreso Científico Americano apud CARVALHO, 1998, p. 249-250).*

Esos valores clamaron por lo que de mejor había en la consciencia cívica y moral del público. Además de su calidad ética intrínseca, ellos se vieron confirmados y reforzados por los éxitos diplomáticos del Barón. Las victorias en los arbitrajes, en Acre, en las demás negociaciones de frontera, en el incidente de la *Panther*, en el del telegrama n°9 con Argentina, de cierta manera ayudaron a legitimar la república del *Encilhamento*, de Canudos, de la Revolución Federalista. Restituyeron, por otro lado, la autoestima a los brasileños humillados por los desatinos y desencuentros de gobiernos que parecían empeñados en hacer del país una *republiqueta* latinoamericana más.

No sorprende, por lo tanto, que los contemporáneos se identificaran con el ministro y lo confundieran con la encarnación del país ideal, como observó el diplomático argentino José María Cantilo (1935) al escribir: «Rio Branco tenía una popularidad extraordinaria. *Era el propio Brasil*» (letra cursiva nuestra).

Gran parte de esa popularidad se debía al papel que tuvo como «definidor de valores sumamente nacionales». No existían

obviamente condiciones de credibilidad entre nosotros para crear un «ideal republicano» como lo hicieron Jefferson y Lincoln en EE.UU. o como la Revolución de 1789 le dio a Francia. Tampoco existía la posibilidad de compensar la ausencia de un ideal político con una extraordinaria demostración de progreso material.

A ese vacío moral y político el canciller trajo un conjunto de principios y valores que hicieron de la política exterior el único dominio de indiscutible éxito de Brasil, ratificado no sólo por los resultados concretos y palpables en fronteras, sino también valorado por el prestigio y respeto del mundo exterior. Se produjo un fenómeno de virtual unanimidad en torno a la diplomacia, facilitado por el cuidado del ministro de abstenerse de la tentación de la política interna o partidaria y de sus inevitables divisiones.

Según explicó, prefirió dedicarse solamente a las relaciones exteriores, pues «ocupándome [...] de asuntos o causas indiscutiblemente nacionales, me sentiría más fuerte y podría habilitarme a merecer el concurso de las animaciones de todos mis conciudadanos» (Discurso de Rio Branco el 20/4/1909 apud VIANA FILHO, 1959, p. 409-410). En otra ocasión, sería más explícito al justificar por qué no había querido ser candidato a presidente (en la campaña que eligió al mariscal Hermes da Fonseca):

> *Candidato o Presidente me lanzaría en las ondas de la política militante, me involucraría en la vorágine de todas las pasiones e intereses humanos. Sería discutido, atacado, disminuido, desautorizado por el choque de las ambiciones inmanejables, y no tendría como Presidente la fuerza que hoy tengo como Ministro para dirigir las relaciones exteriores (apud VIANA FILHO, 1959, p. 418, letra cursiva nuestra).*

Tal vez sea en esos factores –el éxito constante, el alejamiento de partidos y facciones, el sistema de valores– donde debamos buscar la explicación de la larga valorización de la tradición diplomática por

la sociedad brasileña. En contraste con lo que se suele encontrar en muchos países, en Brasil la gloria del pasado es más frecuentemente asociada a la diplomacia que a los hechos militares o a realizaciones en otros sectores.

Mucho ha contribuido para el envejecimiento en el paradigma Rio Branco, comenzando por la aproximación preferencial por EE.UU. Sin embargo, el sistema de valores éticos y políticos al que dio expresión tuvo la mayor consagración que se puede desear para un objetivo intelectual: de innovación, se convirtió en un lugar común.

El concepto de un Brasil no expansionista, satisfecho con su territorio, confiado en el Derecho Internacional, en las soluciones negociadas, fiel a la no intervención, se incorporó de tal manera al discurso diplomático brasileño que se tornó atemporal, como si siempre hubiera existido. La consolidación por parte del Barón del ideario externo nacional en términos de objetivos y métodos fue internalizada de forma tan completa y profunda que pasó a ser impensable imaginar un Brasil de personalidad internacional diferente.

Además, si no todo ese ideario se transformó hasta ahora en realidad, el propio programa esbozado hace más de un siglo ya marcaba el camino para allí llegar. Al fijar como meta la «esfera de las grandes amistades internacionales» a la que Brasil tenía derecho, Rio Branco presentaba como razones de ese derecho el prestigio de la grandeza territorial y la fuerza de la población, dos factores que ya se daban y existían en la época. No aludía ni al poderío militar, omisión significativa en un hombre apasionado por la historia, ni se refería a la pujanza económica.

Antecedía la «aspiración de la cultura» a la numeración del territorio y de la población por fórmula curiosa. No la cultura en sí, que no podría invocar cuando más del 80% de la población era

analfabeta, sino la aspiración por la cultura. Casi un elemento ausente, se trataba de un «venir a ser», algo que lo conecta a Antonio Cândido, que describía su obra *Formação da Literatura Brasileira* (1964, v. 1, p. 27) como «la historia de los brasileños en su deseo de tener una literatura».

Con la misma inspiración se puede, igualmente, afirmar que el paradigma heredado del fundador de la diplomacia republicana no es tanto un repositorio de cosas pasadas y vividas, un museo de trofeos del pasado, sino un reto dirigido a los brasileños de hoy para desempeñar una política externa que dé abasto para las cualidades soñadas por el Barón de Rio Branco.

Referencias bibliográficas

BURNS, E. Bradford. *The Unwritten Alliance Rio-Branco and Brazilian-American Relations*. New York: Columbia University Press, 1966.

CANDIDO, Antonio. *Formação da Literatura Brasileira*. São Paulo: Martins, 2ª ed. rev., 1º vol., 1964.

CANTILO, José Maria. Conferencias (años 1932-1933). *Recuerdos de mi vida diplomática*. Buenos Aires, 1935.

CARVALHO, Carlos Delgado de. *História Diplomática do Brasil*. edição fac-similar, Brasília: Senado Federal, 1998.

COSTA, João Frank da. *Joaquim Nabuco e a Política Exterior do Brasil*. Rio de Janeiro: Record, 1968.

FREYRE, Gilberto. *Ordem e Progresso*. Rio de Janeiro: J. Olympio, 1959.

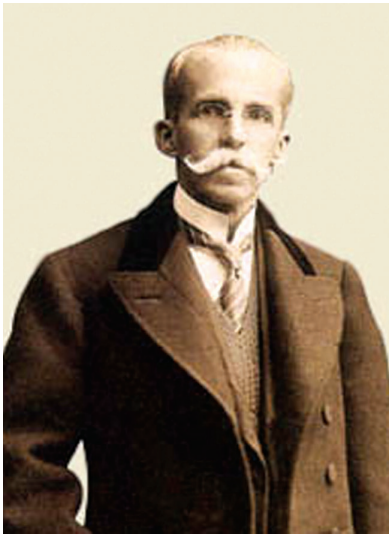
JORGE, A. G. de Araujo. *Introdução às Obras Completas do Barão do Rio Branco.* Brasília: FUNAG, 2012.

LINS, Álvaro. *Rio-Branco.* (O Barão do Rio Branco: 1845-1912). Rio de Janeiro: J. Olympio, 1945, 2 v.

MELLO, Evaldo Cabral de. *Joaquim Nabuco – Diários*: 1873-1910. Rio de Janeiro: Bem-Te-Vi, 2006.

RIO BRANCO, Barão do. *Obras do Barão do Rio Branco*. Brasília: FUNAG, 2012.

VIANA FILHO, Luiz. *A Vida do Barão do Rio Branco*. Rio de Janeiro: J. Olympio, 1959.



Rui Barbosa

Intelectual y político, fue uno de los organizadores de la República, actuando, principalmente en la defensa de la Federación y en la promoción de los derechos y garantías individuales. Primer ministro de Hacienda del nuevo régimen, marcó su breve y discutida gestión por las reformas modernizadoras de la economía. Fue diputado y senador, y candidato dos veces a la presidencia de la República. Fue importante, también, como periodista y abogado. Delegado de Brasil en la «II Conferencia de la Paz en La Haya» (1907), donde se volvió notable por la defensa del principio de igualdad de los Estados. Tuvo un papel decisivo en la entrada de Brasil en la Primera Guerra Mundial. Rui Barbosa nació en Salvador, el día 5 de noviembre de 1849, hijo de João José Barbosa de Oliveira y de Maria Adélia Barbosa de Oliveira. Licenciado en Derecho en la Facultad de Derecho de São Paulo (São Francisco). Compañero de Afonso Pena, Rio Branco, Rodrigues Alves y Joaquim Nabuco, Rui inicia su vida pública ya en la academia al participar de los debates sobre la extinción del trabajo esclavo. De regreso a Bahía, comienza la vida profesional de abogado y periodista.

La raíz de las cosas – Rui Barbosa: Brasil en el mundo

Carlos Henrique Cardim

> *La cuestión que entonces se suscitó en la Conferencia (III Conferencia de la Paz de La Haya, 1907; cuestión motivada por la propuesta norteamericana de creación del tribunal arbitral internacional con desigualdad entre las naciones) era uno de estos grandes problemas políticos que surgen cada tanto para poner a prueba el coraje y desafiar el discernimiento de la humanidad. Es raro que surja una cuestión política tan vital, de repente, con un aspecto tan nítido, y sin el estorbo de cuestiones colaterales. Y no será resuelta en un año, quizás tampoco en una generación, porque llega a la raíz de las cosas, interesa a los más sólidos principios que gobiernan la acción humana. Su esencia consiste en esto: si la Fuerza o el Derecho debe ser el factor dominante en los asuntos del hombre.*
>
> William T. Stead, in: O Brazil na Haia, Rio de Janeiro, Imprensa Nacional, 1925.

Rui y la política interna

En 1878, a los 29 años, es elegido Diputado General y se traslada a Rio de Janeiro. Rui es reelegido Diputado en 1881 y permanece

en la Cámara hasta 1884 cuando es derrotado en las elecciones. En el periodo de 1878 a 1889 produce importantes propuestas sobre métodos pedagógicos y presenta una idea de reforma del sistema educativo. Considera que la instrucción es el factor decisivo para el progreso real del país, defiende el establecimiento de escuelas superiores no estatales, el incentivo a la enseñanza técnico-industrial y el acceso de las mujeres a las facultades. Además de combatir la esclavitud, Rui promueve la idea de la federación y de la reforma de la monarquía para atender a los reclamos de la descentralización.

La antevíspera de la caída de la monarquía coincide con artículos críticos de Rui al régimen decadente, que llaman la atención de líderes republicanos. Proclamada la República el 15 de noviembre de 1889, Rui es en seguida invitado a ocupar el Ministerio de Hacienda. Desempeña, también, las funciones de vice jefe del Gobierno Provisional hasta 1890. Propone la separación de la Iglesia del Estado y, por su gran conocimiento del sistema político norteamericano, se transforma en una de las referencias sobre el funcionamiento de las instituciones republicanas.

Rui, desde los estudios académicos y por su vida en el exterior, siempre fue un estudioso sistemático de la bibliografía de los temas que le interesaban. Dedicaba gran parte de su tiempo a la lectura de dichas obras en sus versiones originales. Así, por ejemplo, cuando surge la República, él es uno de los pocos intelectuales y políticos en Brasil que domina la lengua inglesa y la literatura política y jurídica anglosajona, en particular, la de Estados Unidos, modelo entonces de la naciente República brasileña.

Asume el Ministerio de Hacienda con un programa de incentivo a la industrialización, a la diversificación y ampliación de la actividad económica. Interpreta los anhelos de progreso y protección de los derechos de la clase media en ascenso, como señaló San Tiago Dantas en un notable ensayo titulado: «Rui Barbosa y la Renovación de la

Sociedad». Entre sus objetivos está la superación de la estructura agraria del Imperio, basada solamente en la exportación de café. Su mayor propósito era transformar Brasil en una nación industrial. La gestión de Rui (15 de noviembre de 1889 a enero de 1891) fue marcada por una desenfrenada especulación en la Bolsa de Valores que provocó un vuelo inflacionario, seguido de carencias, muchas de ellas fraudulentas. Ese episodio quedó conocido como *Encilhamento*. En las últimas décadas se verificó, en la academia, una reevaluación del *Encilhamento* y de la gestión de Rui como un todo en el Ministerio de Hacienda, que resultó en un saldo más positivo que negativo de ese esfuerzo pionero por la industrialización de Brasil.

La principal contribución de Rui en la elaboración de la primera Constitución republicana de 1891, además de la revisión del texto de la «Comisión de los Cinco», que ya consagraba el presidencialismo y el federalismo, fue la introducción de los controles de los actos de los poderes Ejecutivo y Legislativo por el Judicial. Es de Rui la iniciativa de atribuir al recién creado Supremo Tribunal Federal (STF) el control sobre la constitucionalidad de las leyes y de los actos del Legislativo y del Ejecutivo. Rui agrega, igualmente, en el proyecto constitucional el derecho al *habeas corpus* para garantizar la libertad individual en situaciones de abuso de poder. Convierte al STF, además de guardián de la Constitución, guardián de los derechos y de las libertades individuales.

Rui entra en el STF, el 18 de abril de 1892, con el primer pedido de *habeas corpus* sobre materia política, pedido a favor de oposicionistas arrestados por el gobierno de Floriano Peixoto.

Resultado de su campaña en favor de las víctimas de la «dictadura florianista», Rui es acusado de ser uno de los mentores de la *Revolta da Armada* (septiembre de 1893), y amenazado de prisión, parte para el exilio, primero en Buenos Aires, luego en Londres. Regresa del exilio recién en 1895, en el gobierno Prudente de Morais.

Un punto alto de la trayectoria de Rui en la política interna fue su candidatura presidencial en 1910 contra Hermes da Fonseca. Lanza en esa oportunidad la «campaña civilista». Critica no sólo al militarismo, sino también al proceso político comandado por las oligarquías. Defiende los cambios constitucionales, entre ellas la introducción del voto secreto.

Derrotado, Rui protesta contra los fraudes ocurridos en el pleito. Continúa con su actividad política, periodística y como abogado, concentrado en la protección de los derechos individuales contra los abusos de poder, como es el caso de la defensa que hace en el senado de marineros presos en la *Revolta da Chibata*, en 1911.

Elegido presidente del Instituto de Abogados de Brasil, en 1914, Rui había sido electo presidente de la Academia Brasileña de Letras en 1908, cargo que ocupó hasta 1919.

En 1918, se conmemoró el «Jubileo Cívico» de Rui. Esa fecha tiene como referencia su saludo a José Bonifácio, el *Moço,* en 1868. Recibe muchos homenajes nacionales e internacionales. En la inauguración de su busto en la Biblioteca Nacional, Rui resalta su condición básica de un «constructor», en la cual «las letras entran solamente como una forma de la palabra que reviste el pensamiento», para dar «claridad a las opiniones».

En noviembre de 1918, con la muerte de Rodrigues Alves, se convocan nuevas elecciones, y Rui, a los 70 años, se candidata, esta vez compitiendo contra Epitácio Pessoa. En este pleito, la posición de Rui de intransigente defensa de la reforma constitucional debilitó bastante su apoyo en el medio político.

Una pieza oratoria destacada en esa campaña es la conferencia que Rui dio el 20 de marzo de 1919 sobre La Cuestión Social y Política en Brasil. En la misma agrega a su ideario liberal los temas de la desigualdad, de las relaciones entre capital y trabajo y del atraso secular de amplios sectores de la población brasileña, expresado

en la figura creada por Monteiro Lobato del «Jeca Tatu», que es citada por Rui al inicio de su conferencia. Entre los temas que trata, de forma pionera para la época, para su plataforma de candidato están: construcción de casas para obreros; protección al trabajo de menores; limitación de horas, en especial en trabajos nocturnos; igualdad salarial para ambos sexos; amparo a la madre obrera y a la embarazada, licencia por maternidad; indemnización por accidentes de trabajo; legalización del trabajo agrícola; y aporte jubilatorio.

Rui sufre una nueva derrota electoral, pero esta vez registra gran apoyo en las capitales de los Estados. Lo que demuestra el eco que sus ideas encontraron en el Brasil urbano y progresista. Aún en 1919, participa activamente de la campaña del candidato oposicionista, Paulo Fontes, al gobierno de Bahía. Emprende largos viajes por el interior del Estado, que le afectan la salud. En 1920, como paraninfo de los egresados de la Facultad de Derecho de São Paulo, redacta la conocida «Oración a los Jóvenes», que la lee el profesor Reinaldo Porchat.

Aún débil de salud, Rui continúa actuando en la vida pública nacional como senador. Su principal tema en ese momento es la necesidad imperiosa de la reforma constitucional de 1891. El presidente Artur Bernardes le ofrece el puesto de ministro de Relaciones Exteriores. La gravedad de su estado de salud, le impide aceptar la oferta. Rui Barbosa muere el 1° de marzo de 1923.

Rui Barbosa, perfil diplomático

Las contribuciones de Rui Barbosa a la teoría y la práctica de la política externa brasileña aparecen, principalmente, en ocho temas y momentos:

1) Defensa de la igualdad entre los Estados en la II Conferencia de la Paz en La Haya, en 1907.

La participación de Brasil en la II Conferencia de la Paz en La Haya en 1907, con Rui Barbosa como delegado, marca la entrada del país en la política internacional. Nótese que Brasil fue invitado a presenciar la I Conferencia realizada en 1899, pero el presidente Campos Sales rechazó la invitación del zar ruso.

En el cónclave mundial de 1907, que contó con la presencia de 44 Estados, Rui asume el papel relevante al oponerse a la propuesta de EE.UU., que contó con la adhesión de Alemania, de la creación del Tribunal Permanente de Arbitraje. Por dicha propuesta el Tribunal contaría con 17 jueces, de los cuales 8 serían permanentes, señalados por las grandes potencias, y los otros nueve serían designados por las otras 36 naciones, en forma rotativa. Rui –con sus discursos en La Haya– y Rio Branco –con sus instrucciones y articulaciones con las cancillerías de la región– construye la posición brasileña de oposición a ese tratamiento diferenciado solamente por el criterio de poder. Obtienen el apoyo de las naciones latinoamericanas, y logran vaciar la propuesta estadounidense de su contenido discriminatorio.

2) Critica la noción antigua de neutralidad, en conferencia en Buenos Aires, en 1916.

Rui Barbosa da una conferencia en Buenos Aires en 1916, en la cual critica la noción vigente de neutralidad entendida, según su visión, como pasividad y omisión frente a acciones arbitrarias y agresivas por parte de algún Estado. Lo normal en la época era la determinación, por decreto publicado en el respectivo diario oficial, de la neutralidad de países no involucrados directamente en un conflicto bélico, dejando esos gobiernos completamente silenciosos en cuanto a las atrocidades que podrían ocurrir en los campos de batalla o fuera de estos. Rui rechaza esa noción pasiva de neutralidad y propone una nueva noción de neutralidad, fundada

en la responsabilidad internacional de las naciones, que sí deben interesarse por conflictos distantes de sus territorios. Entre la justicia y la injusticia no puede haber omisión: esa es su divisa.

3) Debate sobre la Primera Guerra Mundial y el cambio de posición de Brasil.

De mayor importancia fue el debate ideológico registrado entre anglófilos y germanófilos en Brasil en el periodo de 1914 a 1918. Rui participa activamente de esta discusión, critica duramente a la política alemana y defiende la entrada de Brasil en la guerra al lado de los aliados. El 27 de octubre de 1917 el gobierno del presidente Venceslau Brás revoca el decreto de neutralidad y reconoce «el estado de guerra, iniciada por el Imperio Alemán contra Brasil».

4) Rui, el primer defensor de Dreyfus.

En un artículo publicado, el 7 de enero de 1895, titulado «El proceso Dreyfus», Rui Barbosa fue la primera voz en levantarse en defensa del oficial francés de origen judío acusado falsamente de traición por razones de prejuicio como quedó demostrado al final de su proceso. Destaquemos que la famosa serie de textos de Émile Zola comenzó en diciembre de 1897.

Dreyfus, en la obra autobiográfica *Souvenirs et Correspondance*, publicada por su hijo en 1936, califica a Rui Barbosa de «le grand homme d'État Brésilien», dotado de «un jugement remarquable et une grande liberté d'esprit».

Alberto Dines, en la presentación de la obra *Rui Barbosa – o processo do capitão Dreyfus*, comenta las diferentes biografías literarias y cinematográficas dedicadas a Dreyfus y a Zola, y lamenta que

> *nuestro precursor de Zola, Rui Barbosa, no tuvo la misma suerte. Ni fue contemplado por la reciente onda biográfica. Cosas de Brasil. Cosas de un Brasil minimizado, sin nobleza, incapaz de desenrollar existencias por el placer*

> *de admirarlas, cultor de cuentos y anécdotas, nostálgico y perplejo, desgarrado del mundo, sin disposición para situarse en él.*

Corresponde, además, agregar el conocido prejuicio de autores europeos y norteamericanos con relación a la participación de países anti *statu quo* como Brasil en la política internacional.

5) Rearme naval.

Rui Barbosa le adjudicó alta prioridad al tema del poder naval. Dedicó al asunto tres importantes artículos: *Lição do Extremo Oriente* (1895), *A lição das esquadras* (1898) e *O aumento das esquadras* (1900). En una carta del 7 de mayo de 1908 al presidente Afonso Pena, gobierno que hizo las encomiendas de tres acorazados, Rui recuerda que

> *volviendo a Brasil, cuando fundé A Imprensa, bajo el gobierno Campos Sales, tomé mi idea fija, aprovechando todas las ocasiones de mostrar la urgencia de medidas que reconstituyeran nuestra Marina y abastecieran nuestro Ejército, en organización, educación y aptitud con nuestros vecinos más poderosos.*

La Marina brasileña aprovechó su vínculo con Rui al colocar, en el auditorio de la Escuela de Guerra Naval, en Rio de Janeiro, una frase de su artículo *A lição das esquadras*: "O mar é o grande avisador. Pô-lo Deus a bramir junto ao nosso sono, para nos pregar que não durmamos".

El párrafo continúa así: "(...) As raças nascidas à beira-mar não têm licença de ser míopes; e enxergar no espaço corresponde a antever no tempo. (...) O mar é um curso de força e uma escola de previdência. Todos os seus espetáculos são lições: não os contemplemos frivolamente".

6) «Dos formidables volúmenes», según la opinión de Clóvis Bevilaqua.

Así se refiere el gran jurista a los volúmenes, en los cuales Rui Barbosa defiende el derecho de Estado del Amazonas al Acre Septentrional. Vicente Marota Rangel, renombrado internacionalista brasileño, considera esta obra uno de los momentos más altos de la elaboración teórica de Rui Barbosa sobre las relaciones internacionales.

Se trata de un trabajo cuidado sobre conceptos clave del Estado, como territorio, modalidades de adquisición y mantenimiento del territorio, teoría e historia del *uti possidetis*, soberanía, ejercicio de la soberanía, etc.

Rui declara un capítulo de su pieza jurídica a la exposición acerca del principio del *uti possidetis*, en el cual hace un histórico de esa institución que viene del Derecho Romano y que constituye, a su entender, en el «principio director» de la diplomacia brasileña en el Imperio y en el inicio de la República.

7) Elección para la Corte Permanente de Justicia, en 1921.

Según resalta Afonso Arinos de Melo Franco, en el libro *Um Estadista da República,*

> *por la elección de los primeros jueces integrantes de la Corte, en 1912, Brasil, por el nombre de Rui Barbosa, consiguió una gran victoria. Cuarenta y dos países habían firmado el protocolo referente al estatuto del tribunal. Ochenta y nueve candidatos, juristas de todo el mundo, se presentaron en la elección. Entre ellos, Rui y Clóvis. Realizado el pleito, se verificó que, de todos los candidatos electos, Rui fue el más votado, obteniendo 38 votos sobre 42. Como se sabe el ilustre brasileño nunca llegó a tomar asiento en el tribunal de La Haya.*

8) La cuestión de Acre, en 1903.

Gilberto Amado considera a Acre uno de los problemas diplomáticos más serios hasta hoy enfrentados por Brasil. Según sus palabras: «El Tratado de Petrópolis representa el más alto momento de la inteligencia brasileña aplicada al servicio de la construcción de Brasil». El mismo Rio Branco, en la Exposición de Motivos del Tratado de Petrópolis, enviada al presidente de la República resalta que esta cuestión ha sido la que más le exigió:

> *Con sinceridad afianzo a Vuestra Excelencia que para mí vale más esta obra, en que tuve la suerte de colaborar bajo el gobierno de Vuestra Excelencia, y gracias al apoyo decidido con que me honró, que las otras dos, juzgadas con tanta bondad por nuestros ciudadanos, y que pude finalizar en condiciones, sin duda, mucho más favorables.*

Al asumir el Ministerio de Relaciones Exteriores, en 1902, Rio Branco priorizó la solución de la cuestión acreana, para la cual sólo veía un camino: tornar nacional, por adquisición, el territorio ya habitado por brasileños, considerando la situación de hecho y la imposibilidad de lograr laudo favorable en arbitraje, teniendo en vista el tratado de 1867, cuya interpretación dada por Brasil había sido beneficiosa para Bolivia.

Según narra A. G. de Araújo Jorge, secretario particular de Rio Branco, en un ensayo introductorio a las *Obras Completas de Rio Branco*

> *El 17 de octubre de 1903, es decir un mes antes de la firma del tratado, el Senador Rui Barbosa, que desde julio de ese año venía colaborando con el prestigio y la autoridad de su nombre en las negociaciones como uno de los Plenipotenciarios brasileños, junto con Rio Branco y Assis Brasil, creyó que debía solicitar el retiro de esa comisión. Le repugnaba compartir la responsabilidad de conclusión*

> *de un acuerdo en que las concesiones de Brasil a Bolivia le parecían extremamente costosas y, al mismo tiempo, no deseaba, por escrúpulos no compartidos por los compañeros de misión, ser obstáculo a la coronación pacífica de un litigio que amenazaba eternizarse con peligro inminente del orden interno y quizás, de la paz americana.*

Araujo Jorge transcribe, en la citada obra, las dos cartas intercambiadas entre Rui Barbosa y Rio Branco sobre la cuestión acreana que revelan también el grado de amistad y recíproca admiración entre estos dos hombres públicos. Son documentos importantes no sólo por la disputa Brasil-Bolivia sobre Acre, sino también por mostrar dos estilos distintos, aunque no antagónicos, de tratar un tema internacional. El de Rio Branco marcado por la paciencia y cierto grado de optimismo. El de Rui, por el tono dramático y cargado de hipótesis pesimistas; ambos, sin embargo, con un punto en común: el patriotismo y la sinceridad en la defensa del interés público.

El desenlace de la cuestión acreana demostró el acierto de la estrategia de Rio Branco y la no realización de las hipótesis pesimistas de Rui Barbosa.

La entrada de Brasil en la política internacional: Rui Barbosa en La Haya

> *Vi todas las naciones del mundo reunidas, y aprendí a no avergonzarme de la mía.*
>
> *Rui Barbosa*

Rio Branco, en un artículo publicado el 26 de septiembre de 1908, en el *Jornal do Commercio,* cuyo tema eran las relaciones brasileño-argentinas, aconsejaba, claramente, y de forma

precursora, la evolución de nuestra política externa de un antiguo y estrecho *continentalismo*, dominado por disputas arcaicas de origen luso-español, para una relación mundial y para un acercamiento creciente entre Brasil y Argentina. Subrayaba que Brasil tenía su agenda externa gravemente desactualizada y en divergencia con sus potencialidades y las posibilidades del escenario internacional. Por otro lado, señalaba, en el mismo texto, que el país comenzaba a salir de esa situación y se proyectaba, decididamente, en el escenario internacional. Así, se expresaba en dos trechos del referido artículo:

> *Vivimos fuera de la realidad de la política internacional de hoy, en total ilusión, a la que el pasado nos habituó [...].*
>
> *[...] Brasil entró decididamente en la esfera de las grandes amistades internacionales, a la que tiene derecho por la aspiración de su cultura, por el prestigio de su grandeza territorial y por la fuerza de su población.*

Rui Barbosa, actor principal del cambio

La nueva perspectiva de Rio Branco se torna realidad por primera vez con el pensamiento y acción de Rui Barbosa en la II Conferencia de la Paz en La Haya, en 1907. Es en ese cónclave que Brasil entra en la política internacional como actor trayendo para sí mismo derechos y deberes de pronunciarse y actuar en los temas mundiales. La sociedad entre Rio Branco y Rui Barbosa inaugura una nueva etapa de la diplomacia brasileña, y marca el inicio de la construcción de un nuevo paradigma para la inserción internacional del País.

El nuevo sentido general de la política externa brasileña se define con la participación de Rui en la asamblea de La Haya. Las relaciones exteriores de Brasil, en el siglo XIX e inicio del siglo XX, se

orientaron, exclusivamente, a las cuestiones regionales, con énfasis sobre los temas de la cuenca del Plata.

Rui Barbosa, al defender el principio de igualdad de las naciones, en La Haya en 1907, coloca la política externa en otro eje, abre una visión más amplia. Critica al sistema internacional vigente en ese entonces, pero también asume responsabilidades para reformarlo. Es una crítica de quien se reconoce miembro de la comunidad mayor, y no se puede omitir, al contrario, se abre con generosidad para contribuir, pero que ve claramente las iniquidades de la escena presente.

Las Conferencias de Paz de La Haya

Los temas convocatorios de las Conferencias de Paz de La Haya de 1899 y de 1907, eran básicamente los de control de la competición armamentista y el Derecho de la Guerra. Dos asuntos de dimensiones universales, y de fuertes contenidos propositivos de reforma y de organización del sistema internacional.

El gobierno de Campos Sales, cometió un error de política exterior al no aceptar la invitación hecha por el zar ruso para, junto con México, ser los únicos representantes de América Latina en el cónclave de 1899. México aceptó y marcó posición. Brasil retrasó más aún, casi una década, su inserción en la política internacional.

La Primera Conferencia, según lo previsto, se realizó en La Haya del 18 de mayo al 29 de julio de 1899, con la presencia de 26 países: veinte representando a las naciones europeas de ese momento, Estados Unidos, México y cuatro Estados asiáticos (China, Japón, Persia y Sion).

Oliveira Lima se expresa así sobre el hecho, al referirse a la representación brasileña para la Conferencia de La Haya de 1907:

> *[...] se espera que el gobierno de Brasil no repita el error diplomático de 1899 y acepte presenciar esta asamblea, por tantos títulos respetables. Dejamos entonces de aceptar la invitación que siendo los únicos a recibirla en América del Sur por una razón un poquito extraordinaria, a la cual declaramos alto y bueno como si no fuera lo mismo que pasar un recibo de desorden: que estábamos anarquizados en crisis demasiado conocidas, precisando que Brasil se refugiara para juntar fuerzas... lo que espero, en todo caso, es que no me ocurra lo que me sucedió este año en París. Aprovechaba mi tiempo yendo a diario al Ministerio de Negocios Extranjeros a revolver papeles viejos. El muy amable director de la sección histórica, mientras subíamos juntos la escalera, me iba haciendo comentarios sobre los cuadros que representaban varios congresos y personajes ilustres. Al indicarme la enorme tela de la Conferencia de La Haya (de 1899), agregó: "Cherchez là-dedans les délégués brésiliens". Lancé uma mirada hipócrita hacia la tela y le respondí con la diplomacia que me pueden haber inculcado quince años de carrera: "Ils n'étaient pas encore arrivés".*

Rui, un parlamentario en La Haya: defensa del principio de igualdad de las naciones y crítica del principio de graduación de las soberanías

Rui Barbosa dirigió la Delegación de Brasil a la Segunda Conferencia de la Paz en La Haya, realizada del 15 de junio al 18 de octubre de 1907, que, «por los resultados obtenidos y por el número de países representados (44), se destaca entre las que más contribuyeron con el progreso del Derecho Internacional

contemporáneo», según señaló el embajador Rubens Ferreira de Mello.

La agenda de la reunión internacional de La Haya era bastante especializada examinando varias cuestiones diplomáticas y militares. Sin embargo, a pesar de esa dimensión formal del enfoque al tema mayor que convocaba al congreso –la Paz– Rui Barbosa se desempeñó bien en varios pronunciamientos sobre temas técnicos y complicados, sin descuidar el contenido especializado de los temas, y enfatizó la cuestión ideológica de fondo: la visión y acción discriminatorias de las grandes potencias contra los países más débiles y menores.

Como el mismo Rui describió más adelante, sobre el ambiente de la Conferencia: «Allí, no caía muy bien la libertad, asumida por un gobierno remoto, desconocido e inerme, de interponer con imparcialidad su juicio en las principales cuestiones ofrecidas por el Derecho de Gentes a los debates de aquella asamblea».

El ambiente diplomático de la Conferencia de 1907 de La Haya, dentro del cual debería moverse Rui Barbosa, estaba, igualmente, contaminado por la rigidez de las posiciones de las grandes potencias que, para Pierre Renouvin, tornaban imposible la obtención de un acuerdo para la cuestión de desarme: las delegaciones entienden que los «casos particulares» son muy diferentes para que puedan ser regulados por una fórmula general. Imposible la adhesión de los gobiernos a la idea de un arbitraje obligatorio, que se ejercía incluso en las cuestiones en que están implicadas la honra y los «intereses vitales».

Cabe mencionar que, aunque sin saberlo, Rui Barbosa, tenía a su favor, en ese majestuoso y rígido ambiente de la Conferencia de La Haya de 1907, su amplia experiencia de más de dos décadas de oratorias en la Cámara y en el Senado.

La actuación de Rui en la Conferencia de La Haya

En dos principales momentos en la Segunda Conferencia de Paz –el incidente con el delegado ruso Martens y la cuestión de la creación de un tribunal arbitral permanente– la competencia diplomática de Rui Barbosa se manifestó en defensa de la vigencia de principios democráticos para el orden internacional.

El Incidente Martens

Así presenta el hecho el embajador Hildebrando Accioly, en el prefacio del volumen de las «Obras Completas de Rui Barbosa» sobre la Segunda Conferencia de Paz:

> *fue en la primera fase de los trabajos de la Conferencia, cuando parece que se encubría cierta antipatía para con él (Rui Barbosa) que se produjo, ante una de las comisiones, el siguiente incidente, luego sumamente divulgado. Rui acababa de dar un gran discurso sobre la cuestión de la transformación de los navíos mercantes en barcos de guerra, durante el cual, de paso, hizo algunas incursiones en la esfera de la alta política, cuando el presidente de la comisión, Señor Martens, delegado ruso, observó que la política debía ser excluida de las deliberaciones de aquella comisión, porque la política no era de incumbencia de la Conferencia.*
>
> *A nuestro primer delegado, eso le pareció una censura de su discurso, y a la cual no podía dejar de contestar. Lo hizo, inmediatamente, improvisando, para demostrar que semejante especie de recriminación –si esa era realmente la idea del Sr. Martens– no era merecida. Y demostró exuberantemente que, si se le prohibía a los delegados*

> *estrictamente el contacto con la política, se estaría impidiendo el propio uso de la palabra porque –afirmó: «la política es la atmósfera de los Estados, la política es la región del derecho internacional». En las deliberaciones, en las concesiones recíprocas, en las transigencias– dijo además, era siempre la política de los países, la política de los gobiernos, que inspiraba los actos o actitudes.*

Dada la relevancia del denominado «Incidente Martens» vale la pena traer el testimonio completo de uno de los miembros de la Delegación brasileña en La Haya, Rodrigo Otávio, que es la fuente primaria documental del referido sobresaliente hecho en la actuación diplomática de Rui. De esta manera lo narra Rodrigo Otávio en su importante libro *Minhas memórias dos outros*:

> *Ese día se discutía la palpitante cuestión de la transformación de los navíos mercantes en barcos de guerra y Rui Barbosa dio al respecto uno de sus memorables discursos. Cuando terminó el delegado de Brasil, el Presidente Martens, malhumorado y con aspereza, declaró que «el discurso sería impreso y colocado en el acta de los trabajos». Recordaba, sin embargo, que la política había sido excluida de la competencia de la Comisión. El Sr. Martens, en su irritación, no calificó como discurso la presentación de Rui Barbosa, sino como un relato y a esa calificación comenzó refiriéndose a Rui, en su réplica:*
>
> *Aplausos generales cubrieron esta impertinente observación de quien dirigía los trabajos [...]. Con el incidente toda la Asamblea se alertó y se hizo un profundo silencio que Rui Barbosa, estimulado por una fuerza incoercible, se levantó y pidió la palabra.*
>
> *Yo estaba en la sala, sentado en un banco contra la pared. Me levanté, también, y fue ese uno de los momentos de más*

viva emoción de mi vida. Sentí que iba a ocurrir una gran escena, y era el nombre de Brasil, el prestigio de Brasil, la honra de Brasil, que estaban en juego. Todos prestando mucha atención, todos, con la expectativa de un escándalo, por lo menos de un estallido, miraron al orador, que, como Presidente honorario de la Primera Comisión, tenía lugar en la propia mesa, a la derecha del Presidente, circunstancia que le daba, al momento, mayor realce aun.

Martens, al lado de Rui, mantenía la cara fruncida y mostraba nerviosismo.

Y Rui, pequeño, humilde, con voz distante, que luego se elevó y se tornó clara, comenzó a dar ese discurso que fue, por cierto, la pieza oratoria más notable que la Conferencia oyó, y le proporcionó su momento de mayor brillo intelectual.

Provocado por una circunstancia de ocasión, esa oración expresada, improvisada, en lengua extranjera para el orador, en una Asamblea en que todos los discursos eran leídos, asombró a todos los presentes. Rui enfrentó al Presidente de la Comisión y, haciéndole saber al representante de la Rusia autocrática que él había envejecido en la vida parlamentar, y fuera, para esa Conferencia, traído de la Presidencia del Senado de su país, donde las instituciones parlamentares ya tenían sesenta años de práctica regular, sabía bien cómo comportarse en una Asamblea como esa. Observó que las palabras con que el Presidente recibió su discurso parecían involucrar una censura que él no podía dejar de responder inmediatamente. Y, continuó con su oración, mostrando, con grandilocuencia el argumento más preciso y convincente, la improcedencia de la observación.

Y dijo: "Pour sûr la politique n'est pas de notre ressort. Nous ne pouvons faire de la politique. La politique n'est pas l'objet de notre programme. Mais est-ce que nous pourrions le remplir si nous nous croyons obligés de mettre une muraille entre nous et la politique, entendue, comme il faut l'entendre ici dans le sens général, dans le sens supérieur, dans le sens neutre du vocable? Non, Messieurs.

"Nous n'avons pas oublié que Sa Majesté l'Empereur de Russie, dans son acte de convocation de la Conférence de la Paix, a éloigné nettement de notre programme les questions politiques. Mais cette défense évidemment ne visait que la politique militante, La politique d'action, et de combat, celle qui trouble, qui agite, qui sépare les peuples dans leurs rapports internes et dans leurs rapports internationaux, jamais la politique envisagé comme science, la politique étudiée comme histoire, la politique exploré comme règle morale. Car, du moment qu'il s'agit de faire des lois, domestiques ou internationales, pour les nations, il faut tout d'abord examiner, en ce qui regarde chaque projet, la possibilité, la nécessité, l'utilité de mesure en face de la tradition, de 1'etat actuel des sentiments, des idées, des intérêts qui animent les peuples, qui régissent les gouvernements. Et bien: est-ce que ce n'est pas de la politique tout çà?

"La politique dans le sens le plus vulgaire du mot, celle-ci, personne ne le conteste, celle-ci nous est absolument interdite. Nous n'avons rien à voir avec les affaires intérieures des Etats, ou, dans les affaires internationales, avec les querelles qui divisent les nations, les litiges d'amour propre, d'ambition ou d'honneurs, les questions d'influence, d'équilibre ou de prédominance, celles qui mènent au conflit et á la guerre. Voici la politique interdite.

"Mais dans l'autre, dans la grande acception du terme, la plus haute et pas a moins pratique, des intérêts suprêmes des nations les unes envers les autres, est-ce que la politique nous pourrait être défendue? Non, Messieurs".

Y con ese mismo tono, siguió cada vez más seguro de sí mismo.

Causó enorme impresión en los presentes con tal improvisación. Rui, desde el inicio de los trabajos, venía mostrando quién era. La Asamblea, sin embargo, no quería saber nada con eso y no oía sus discursos. El Incidente Martens, que provocó curiosidad en la Asamblea, la forzó a prestar atención al discurso del Delegado brasileño. Y Rui Barbosa, pequeño de estatura, modesto, casi tímido en el trato, fue haciéndose grande ante los presentes, al punto que, con gran coraje, con toda la seguridad de sí mismo, con grandilocuencia, presentaba su discurso, y continuó, después del Incidente, creciendo de tal modo que todos sus pares terminaron admirándolo.

Rui acabó su discurso y se sentó. Martens, sin ningún comentario, pero evidentemente avergonzado, hizo lectura del orden del día –para el día siguiente– y suspendió la sesión. En la sala del buffet, sin embargo, a donde todos se dirigieron, Martens se acercó a Rui y, durante unos minutos, conversaron, lo que, dado el carácter autoritario del viejo jurista ruso, coronó el prestigio de Rui Barbosa, conquistado de repente en ese memorable día.

La creación de un Tribunal Arbitral Permanente

Las delegaciones de EE.UU., Alemania y Reino Unido presentaron un plan completo para la creación de una alta corte de justicia arbitral. Según Accioly, por causa de este plan el nuevo tribunal estaría compuesto por diecisiete jueces, de los cuales nueve indicados por las ocho grandes potencias de la época más Holanda (seguramente en homenaje por ser el país sede de la Conferencia), y los ocho restantes serían nombrados por ocho grupos de naciones, uno de estos formado por las diez repúblicas de América del Sur. La desigualdad era flagrante –la delegación brasileña se manifestó en contra.

Rui Barbosa le sugirió a Rio Branco que el canciller brasileño gestionara junto con el secretario de Estado norteamericano, Elihu Root, modificaciones en la mencionada iniciativa, propensa a la evidente asimetría de tratamiento que humillaba y hería a naciones soberanas. El jefe de la diplomacia norteamericana, según Accioly, propone que aunque se adoptara el sistema de grupos para el nombramiento de los jueces, Brasil, por su situación o por el prestigio del cual gozaba en el continente, debería tener derecho a poseer, en el tribunal, un árbitro suyo. Aún así, ni Rio Branco ni Rui se quedaron plenamente satisfechos. El primero estaría dispuesto, así y todo, a aceptar una solución transaccional, que no perjudicara ni ofendiera a nuestro país y se presentara sobre la base más aceptable. Rui, sin embargo, insistía en la necesidad primordial de mantener el principio de la igualdad de los Estados. La situación, para nosotros, no era favorable, porque las delegaciones de las grandes potencias no cambiaban de actitud. Bajo esa circunstancia, Rio Branco, con el apoyo de Rui, decidió que, ante la Conferencia, hiciéramos una firme declaración oficial, estableciendo que no cederíamos con respecto al referido principio –que no era de interés sólo para Brasil, sino también para las demás Repúblicas latinoamericanas.

En la declaración, hecha en sesión del día 20 de agosto, Rui resaltó que el proyectado sistema de rotación, para la composición de la Corte de Arbitraje internacional, «sería la proclamación de la desigualdad entre las soberanías nacionales». En dicha oportunidad, Rui Barbosa llevó a consideración de la Asamblea el proyecto del gobierno brasileño sobre la materia de la Corte Permanente de Arbitraje.

El Proyecto Brasileño

La propuesta elaborada de común entendimiento entre Rio Branco y Rui Barbosa era precedida por una serie de considerandos, que destacaban, entre otros, los siguientes principales argumentos :

- «fijar de antemano un número arbitrario de jueces para la Corte Permanente de Arbitraje, de acuerdo con ciertas ideas admitidas a priori sobre la magnitud de ese número, para asegurar que todos los estados se encuentren representados, es como sobornar cuestiones necesarias e inevitables de la cuestión»;
- «perturbar de este modo los términos naturales del problema es adjudicarse el arbitrio de designar a los diferentes Estados representaciones desiguales en la corte internacional»;
- «en la convención para la regulación pacífica de los conflictos internacionales, celebrada en La Haya el 29 de junio de 1899, las potencias signatarias, entre las cuales se encontraban todas las de Europa, junto con la de EE.UU., México, China y Japón, acordaron que los Estados contratantes, sin interesar su importancia, tendrían todos una representación igual en la Corte arbitral permanente»;
- Es un engaño entender que un derecho es igual para todos cuando en la práctica «para algunos se limita a períodos

más o menos breves, mientras que se reserva a otros el privilegio de ejercerlo continuamente»;

- «considerando que los intereses de la paz no se sirven creando entre los Estados, por medio de estipulación contractual, categorías de soberanía que humillen a algunos en ventaja de otros, debilitando las bases de la existencia de todos, y proclamando con una extraña carencia de lógica, el predominio jurídico de la fuerza sobre el derecho».

La propuesta brasileña estaba inspirada en los siguientes términos:

> *I) Para la composición de la nueva Corte Permanente de arbitraje, cada potencia designará, en las condiciones estipuladas por la convención de 1899, a una persona capaz de ejercer dignamente como miembro de esta institución las funciones de árbitro.*
>
> *Además, tendrá el derecho de nombrar a un suplente.*
>
> *Dos o más potencias pueden concordar en la designación en común de sus representantes en la Corte.*
>
> *La misma persona puede ser designada por dos potencias diferentes.*
>
> *Las potencias signatarias elegirán a sus representantes en la nueva Corte, entre los que componen la actual.*
>
> *II) Una vez organizada la nueva Corte, dejará de existir la actual.*
>
> *III) Las personas nombradas servirán por nueve años, y no podrán ser destituidas salvo en caso de que, según la legislación de los países respectivos, los magistrados inamovibles pierdan su mandato.*

IV) Ninguna potencia podrá ejercer su derecho de nombramiento sin comprometerse a pagar los honorarios del juez que designe, haciendo un depósito adelantado por año, en las condiciones que la Convención establecerá.

V) Para que la Corte delibere en sesión plenaria, se precisa por lo menos la presencia de un cuarto de los miembros nombrados. Con el fin de asegurar esa posibilidad, los miembros nombrados se dividirán en tres grupos, según el orden alfabético de las firmas de la Convención. Los jueces clasificados en cada uno de esos grupos estarán por tres años ejerciendo sus funciones durante los cuales tendrán que fijar residencia en punto donde puedan llegar a La Haya en veinticuatro horas, luego de la primera convocatoria telegráfica. Sin embargo, todos los miembros de la Corte tienen el derecho, si así lo desearan, de participar de las sesiones plenarias, aunque no pertenezcan al grupo llamado específicamente.

VI) Las partes en conflicto son libres, ya sea de someter su controversia a la Corte plenaria, o de elegir, para resolver su litigio, en el seno de Corte, el número de jueces que convenga adoptar.

VII) La Corte será convocada en sesión plenaria, cada vez que se deba juzgar litigios, cuya solución le sea confiada por las partes, o en los asuntos por éstas sometidos a un menor número de árbitros, siempre que estos hagan apelo a la Corte plenaria, con el fin de resolver una cuestión suscitada entre ellos durante el juicio de la causa.

VIII) Para completar la organización de la Corte sobre estas bases, se adoptará todo lo que no sea contrario y que parezca

> *conveniente adoptar en las disposiciones del proyecto anglo-germano-americano.*

En defensa de la propuesta brasileña, Rui Barbosa intentó aclarar varios malentendidos, particularmente las críticas del delegado norteamericano Choate, según las cuales él «estaría decidido a no considerar ninguna otra propuesta que no sea la brasileña». Rui responde de la siguiente forma:

> *No le doy ninguna importancia a la propuesta brasileña. Ni siquiera tuve esa intención. Y la prueba es que la presenté, en la sesión del 20 de agosto, bajo el título: «Sugerencias provisorias para servir a la discusión de la composición de una Corte permanente». Lo que sí me interesa, son los principios que engloba y en lo que se inspira.*
>
> *Ésta tiene tres ideas esenciales. Primero, su fundamento, el principio de la igualdad de los Estados. Segundo, éste otro, que consideramos el único medio de poner en marcha este principio: el derecho de cada Estado de nombrar a un miembro para la Corte. Tercero, la norma inseparable del arbitraje, la cual le asegura a los estados en litigio el derecho de elegir a sus jueces en el seno de toda la corte arbitral.*

En el terreno de la polémica, Rui Barbosa se siente, totalmente, a gusto, y no deja pasar ninguna oportunidad para rebatir críticas o insinuaciones negativas con respecto a la propuesta brasileña. A pesar de la vehemencia de algunas de sus intervenciones, Rui, como señala William T. Stead, «en la tribuna era frío, calmo e imperturbable. No hay nada de orador de *meetings* en su elocuencia. Es un vigoroso apelo a la razón, una dialéctica que prevé un auditorio inteligente, pero, a través de todo su argumento cerrado, se siente y se ve arder la llama de la pasión reprimida».

Siendo así, Rui volvió a ocupar la tribuna para aclarar los malentendidos, para objetar lo que a su entender sería el gran argumento e incluso el único que hasta aquí se empleó contra la propuesta brasileña,

> *[sea cual sea,] en su sistema las grandes naciones, los Estados superiores en extensión, en población, en riqueza y en cultura quedarían en la contingencia de ser juzgados ante un tribunal, en que sus representantes tendrían el mismo voto que el de Estados mínimos del mundo [...]. Pero el argumento es en sí inexacto. [...] en el sistema brasileño no se da nada de eso. Los jueces nombrados por los pequeños Estados, como por los grandes Estados, tienen el derecho de asiento permanente en la Corte; pero no ejercen la función de juzgar más que a los Estados, grandes o pequeños, por los cuales fueron nombrados. Y lo que establece la propuesta brasileña en su artículo VI: «Las partes en conflicto son libres, ya sea de someter su controversia a la Corte plenaria, o de elegir, para resolver sus litigios, en el seno de la Corte, el número de jueces que les convenga adoptar». En consecuencia, en el sistema de la propuesta brasileña, las potencias nunca correrán el riesgo de someterse, contra su voluntad, a los jueces nombrados por los pequeños Estados, o a un juez cualquiera en el cual no tengan la más mínima confianza. Son éstas mismas que elegirán a su manera, en la Corte, a todos los jueces, componiendo para la solución de cada asunto, un tribunal de tres, cinco, siete miembros, directamente, según la conveniencia de las partes.*

Rui Barbosa profundiza en las discusiones sobre las diferentes posibilidades de composición de la nueva Corte arbitral, y subraya nuevamente tres puntos básicos de la posición de Brasil, a saber:

> *1. Que no es necesaria esta institución, porque la Corte existente, mejorada, responde a todas las necesidades del arbitraje;*
>
> *2. Que si deseamos crearla, a pesar de todo, debe estar basada en el principio de la igualdad de los Estados, estrictamente observado; y que,*
>
> *3. Para realizar este principio de modo totalmente satisfactorio, la única solución posible sería la de la participación directa e igual de todos los Estados en la Corte, asegurando a cada uno la designación de un juez, según la fórmula adoptada en la propuesta brasileña.*

Rui llama la atención, reiteradamente, al artículo VI de la propuesta brasileña que le otorga el derecho a las partes en litigio de elegir a sus jueces. Señala que este derecho desempeña, además, un importante oficio en el mecanismo del arbitraje, el de conciliar la existencia de una Corte de 45 miembros, impuesta por el principio de la equivalencia jurídica de los Estados miembro, con la necesidad esencial en buena justicia, de hacer juzgar cada causa por un pequeño número de magistrados. Es lo que nunca se debe perder de vista en la apreciación de ambos sistemas.

Luego de largos y minuciosos debates, el cónclave de La Haya aprobó una fría y formal sugerencia de Lord Fly, según la cual «La Conferencia recomienda a las potencias signatarias que adopten el proyecto que fue votado para la creación de la Corte de Justicia Arbitral, y lo pongan en vigor en cuanto se llegue a un acuerdo con respecto a la elección de los jueces y la constitución de la Corte [...]».

Rui Barbosa, al retirar la propuesta brasileña, resalta que

> *su fin esencial [...] era dar una forma práctica al principio de la igualdad de los Estados, de definirlo sobre una forma concreta, en contra del principio de la clasificación de las*

> *soberanías por el mecanismo de la rotación, consagrado en la propuesta anglo-germano-americana. [...]*
>
> *Así, del momento en que nuestra propuesta prevaleció en sus ideas fundamentales, y del momento en que no la presentamos con la intención de crear una nueva Corte, aunque no veamos necesidad ni utilidad, pero con el fin de oponernos a la institución de esta Corte según principios contrarios a los nuestros, no tenemos ningún interés en que se discuta y vote nuestra propuesta. Ésta alcanzó todo lo que apuntaba.*

El último discurso de La Haya: despedida con gran estilo

En su último pronunciamiento sobre el nuevo tribunal permanente de arbitraje, Rui Barbosa acentúa que el voto del gobierno brasileño tiene implícito

> *[...] el reconocimiento del principio de igualdad de los Estados, y, en consecuencia, la exclusión absoluta, de cualquier negociación futura sobre la constitución de la nueva corte arbitral, ya sea del sistema de la periodicidad o de la rotación en la distribución de los jueces, o de lo que establece la elección de estos mediante electores extranjeros.*

Al continuar con su última alocución, Rui, a pesar de reconocer que tal vez fuera más indicado «dejar con mi silencio una buena impresión mía», prefiere explicar la razón de su resistencia en defensa de la igualdad de las soberanías en el debate sobre el Tribunal Permanente de Arbitraje.

> *Resistimos porque, lado a lado con la necesidad suprema de preservar ese derecho (de la igualdad entre los Estados soberanos), era nuestro empeño salvaguardar otro, no menos esencial, no menos inaccesible: el de asegurar siempre a la justicia internacional su carácter de arbitraje, con la facultad que le es inherente, para una u otra parte, de elegir a sus jueces.*
>
> *Añade aún que*
>
> *el buen juicio nos aconsejaba, pues, que aguardáramos la Conferencia siguiente. No era lo mejor, pero ¿por qué?¿De dónde viene esta prisa? De una tendencia cuyo carácter peligroso ya he señalado, la cual nos aleja, rápidamente, de la circunspección que presidió la obra de la Conferencia de 1899, sustituyendo el arbitraje, que constituye para las soberanías la forma de justicia por la jurisdicción, que nunca relacionamos con cuestiones internacionales, sólo en las huecas fantasías de la utopía. El peligro de este adulterio del arbitraje, de esa ilusión seductora, pero arriesgada, ya lo veía y denunciaba, en 1899, en la primera de estas Conferencias, una voz que se tornó el oráculo de la Segunda. Desnecesario sería nombrarles a nuestro ilustre presidente, el señor Léon Bourgeois.*

Rui Barbosa, una vez más utiliza el valioso recurso diplomático y político de evocar antecedentes históricos de una discusión a favor de su tesis. De esta manera, reproduce un trecho del pronunciamiento del ilustre hombre público francés, al inaugurar, el día 9 de julio de 1899, los trabajos de la tercera comisión:

> *Es con el mismo espíritu de profunda prudencia, y el mismo respeto al sentimiento nacional que, en otro proyecto, nos abstenemos de registrar el principio de la permanencia*

> *de los jueces. Imposible será, efectivamente, desconocer la dificultad que habría en instituir, en la actual situación política del mundo, un tribunal, anticipadamente, compuesto por cierto número de jueces, representando a las naciones y funcionando, permanentemente, en el transcurrir de los pleitos. Ese tribunal ofrecería, realmente, a las partes, no árbitros elegidos por éstas, respectivamente, con el necesario discernimiento y designados por una especie de mandato personal de la confianza de cada nación, sino jueces en la acepción del derecho privado, previamente, nombrados fuera de la libre elección de las partes. Un tribunal permanente, por más alta que fuese la imparcialidad de sus miembros, correría el riesgo de asumir, según la visión de la opinión universal, el carácter de una representación de los Estados, y los gobiernos, creyendo que es sujeto de influencias políticas o corrientes de opinión, no se acostumbrarían a tratarla como una corte totalmente desinteresada.*

A continuación, Rui, dentro de la mejor técnica dialéctica de exponer con crudeza las ideas del opositor para defender mejor su posición, inclusive mostrando su incoherencia, refiere un trecho de editorial del diario *The Times* de 21 de septiembre de 1907, donde se lee que

> *la suerte del proyecto de creación de un nuevo tribunal arbitral nos deja medir la incapacidad de los pequeños Estados en lo que se refiere a la práctica política. Ellos insisten en que cada Estado, sin importar su condición material, moral e intelectual, tenga en el tribunal común representación igual a la de los otros. Saber, carácter, experiencia, fuerza armada, nada de eso vale a los ojos de esos doctrinarios intransigentes. Haití y República Dominicana, Salvador y Venezuela, Persia y China, todos son Estados soberanos, por lo tanto, calculan,*

> *cada uno ha de ejercer la misma función que Gran Bretaña, Francia, Alemania, Estados Unidos, en la liquidación de las controversias más sutiles de hecho y derecho disputados entre los mayores y los más cultos Estados europeos. Dadas tales premisas, el argumento es indiscutible. Pues esas premisas constituyen las propias bases de la Conferencia. Jurídica y diplomáticamente el argumento es perfecto; pero, desafortunadamente, la conclusión no tiene sentido común. No se podrá atinar con un ejemplo que sacara a la luz los defectos de la composición de la Conferencia. Como resultado, sin resignarse las grandes potencias a poner encima de sí mismas, y con sus jueces, a los Estados más atrasados y corruptos de Asia y de Sudamérica, todavia ahora no veremos realizada la Corte arbitral.*

Rui eligió con mucha habilidad ese texto que refleja con dura claridad la ideología de las grandes potencias, en su visión fuertemente prejuiciosa y arrogante. Hay dos visiones nítidas de la política internacional, la de la *real politik* y la idealista. Es un ataque frontal a la doctrina de poder, como fuente de sabiduría y sentido común.

Para apoyar su tesis de la igualdad de las soberanías, Rui Barbosa, como buen idealista, transfiere para el ámbito internacional el modelo político ideal para el cuadro nacional, y quiere aplicar en él idénticos valores y mecanismos de la práctica doméstica de la democracia liberal. Así se expresa al continuar su discurso de despedida de La Haya para defender la identidad de lógicas de la política interna y de la política externa:

> *Es cierto que entre los Estados, como entre los individuos, hay diversidades de cultura, honestidad, riqueza y fuerza. Pero ¿de allí derivará, efectivamente, alguna diferencia en lo que se entiende como derechos esenciales? Los derechos civiles*

> *son iguales para todos los hombres. Los derechos políticos son los mismos para todos los ciudadanos. En la elección de ese augusto parlamento soberano de Gran Bretaña, Lord Kelvin o Mr. John Morley no dispone de otro sufragio que el mismo del obrero embrutecido por el trabajo y la miseria. Por acaso, ¿la capacidad intelectual y moral de ese mecánico, humillado por el sufrimiento y esfuerzo, se igualará con la del sabio, o con la del estadista? Pues bien, la soberanía es el derecho elemental por excelencia de los Estados constituidos e independientes. Pues la soberanía significa igualdad. Ya sea en teoría, o en la práctica, la soberanía es absoluta: no admite grados. Pero la distribución judiciaria del derecho es uno de los ramos de la soberanía. Ahora, si existe entre los Estados un órgano común de justicia, necesariamente, en ese órgano todos los Estados han de tener una representación equivalente.*

Rui vuelve, igualmente, al ataque de los así denominados criterios materiales (comercio marítimo, marina de guerra) para clasificar a los países, y muestra que incluso en ese terreno, aparentemente objetivo, se manifiestan injusticias, como ya demostró en el debate de la Corte de Presas, fruto de una percepción discriminatoria por parte de las grandes potencias. Indaga para cerrar sus argumentos en ese punto: «pues, si es esto lo que se dio en este campo, donde para ser justo, no sería necesario más que tener ojos, ¿qué sería si se tratara de clasificar a las naciones menos fuertes por el criterio vago y elástico de la inteligencia, de la moral y de la cultura?»

Tópico interesante en la oración final de Rui en La Haya es aquel en que él rebate artículo publicado en un diario –«cierto periódico transatlántico»– en el cual se afirmaba que las grandes potencias nunca recurren en sus litigios al arbitraje de países como Brasil, Haití y Guatemala. El Delegado brasileño muestra, en ese aspecto, que está atento a todo lo que pasa dentro y fuera de la Conferencia,

y sabe la importancia de la prensa en la creación de ambientes hostiles o favorables para la operación de la diplomacia. Al refutar esa afirmación, usa, nuevamente, los antecedentes y demuestra sus conocimientos de historia de la política externa nacional.

Así se expresa con respecto a la nota periodística mencionada:

> *Se anima a tal lenguaje contra Brasil, sólo quien desconoce la historia de las relaciones internacionales en el último periodo del siglo diecinueve. Aquel que no padezca de esa ignorancia, sabría que, entre todos los países de América Latina, Brasil es el único donde las grandes potencias elegirían árbitros. En lo más célebre de los arbitrajes, la cuestión de Alabama, entre Estados Unidos y Gran Bretaña, el tratado firmado por ambas partes, en Washington, el día 8 de mayo de 1871, creó el tribunal de Ginebra, en que uno de los árbitros fue un diplomático brasileño, el Barón de Itajubá. En el tribunal francoamericano de Washignton, constituido para deliberar sobre los reclamos de dos potencias en conflicto, de conformidad con la Convención del 15 de enero de 1880, la presidencia le tocó a Brasil, a cargo de uno de nuestros representantes diplomáticos, el Barón de Arinos. Por último, las cuatro comisiones mixtas que funcionaron de 1884 a 1888, en Santiago de Chile, para sentenciar los reclamos de Inglaterra, Francia, Alemania, Italia contra el Estado americano, fueron sucesivamente presididas por tres brasileños, los consejeros Lopes Netto, Lafayete Pereira y Aguiar de Andrade. [...] En 1870, en 1871, en 1880, y de 1884 a 1888, Alemania e Italia nos invocaron como árbitros una vez cada una, y Francia, Inglaterra y Estados Unidos, dos veces cada uno. Una distinción que no le correspondió a ningún Estado americano, salvo a EE.UU.*

Rui finaliza irónicamente preguntando:

> *Vaya sorpresa ahora quien se atreviera a reírse de los sudamericanos a costa nuestra, figurando como un nec plus ultra de extravagancia la hipótesis de que una gran potencia aceptara a Brasil como árbitro. ¿Quién se puede reír más que nosotros mismos?*

Termina fustigando el título de corrupción que *The Times* pretendió colocar sobre los países de Asia y Sudamérica:

> *Tampoco es exacto que, si no lograron dotar a las naciones con una Corte arbitral sobresaliente, fuera por causa de Asia o de Sudamérica, donde residen la ignorancia y la corrupción. No es que no sea el caso. Los hechos son un gran peso contra ese invento.*

Al hacer balance anticipado de los resultados de la Conferencia de La Haya, Rui Barbosa responsabiliza a las grandes potencias por no lograr solucionar el problema de la composición de la nueva Corte Arbitral. En síntesis, sobre ese *impasse* al que se llegó así, se manifiesta:

> *Apenas dos fueron las soluciones por éstas (grandes potencias) sugeridas en ese respecto. En primer lugar, la propuesta anglo-germano-americana. Pues bien, todas las grandes potencias, incluso las dos colaboradoras de EE.UU., es decir, Gran Bretaña y Alemania, la desampararon en el Subcomité de los ocho y en el Comité de Examen B. El propio Estados Unidos, viendo esa unanimidad, no insistió en su obra. Y de esa manera, acabó el sistema de rotación asentado en la clasificación de los Estados.*

La otra solución inventada fue la de componer el tribunal por elección. Ésta la presentó la delegación americana al Comité de examen 13, el 18 de septiembre, y en esa misma sesión cayó la propuesta, no habiendo obtenido más de cinco votos contra

nueve. Entre los nueve votos, aparte de cuatro Estados de segunda orden, Bélgica, Brasil, Portugal y Rumania, estaban cinco grandes potencias: Alemania, Austria, Gran Bretaña, Italia y Rusia. De las grandes potencias, el proyecto de Estados Unidos sólo tuvo el apoyo de Francia, aparte de Holanda, Grecia y Persia.

En un caso, fue la unanimidad de las grandes potencias, en el otro, su unanimidad menos solamente dos votos, lo que hizo naufragar, en este campo, la iniciativa americana.

Rui, como se puede observar, demuestra el grado de disgregación entre los mayores actores de la escena internacional que piden a los menores patrones de coherencia, responsabilidad y racionalidad que ni ellos mismos consiguen practicar. Pone en evidencia la paradoja de esa actitud con fina ironía y con números de votos.

La posición de Brasil: «moderada y circunspecta, pero firme y altiva»

Rui Barbosa, en un discurso en homenaje a la colonia brasileña, en París, concluida la Conferencia, el día 31 de octubre de 1907, resume así el sentido de su misión en La Haya:

> *Abajo de las ocho grandes potencias entre las cuales se reparte el dominio de la fuerza, ningún Estado se adelanta a Brasil en el conjunto de elementos cuya reunión señala superioridad entre las naciones. Considerados en un todo, ninguna, de entre las potencias de segundo orden, nos lleva ventaja. Incluso creo que ninguna nos iguala. Nuestras tradiciones diplomáticas nos colocaron, en ciertos respectos, en una gran altura, lado a lado con los gobiernos que habían ejercido la magistratura arbitral en grandes litigios entre las mayores*

> *potencias del mundo. Nuestra debilidad militar nos ponía a una distancia muy grande de esas potestades armadas.*
>
> *Esta situación, en su extrema delicadeza debía tener un lenguaje propio, moderado y circunspecto, pero firme y altivo, cuando fuera necesario. Se trataba de encontrarlo y de hablar, naturalmente, con seguridad, con calma, sin miedo, con tenacidad. No era fácil, pero tampoco imposible. Un sentimiento instintivo de ese deber se apoderó de mí, desde que atravesé los rígidos umbrales del Ridderzall. En los primeros pasos, me llenó de miedo. Los días de estreno, cuando entré, de mi silla, a enfrentar el círculo de grandezas que me cercaba, no le voy a decir el desaliento, la sensación de impotencia, de temor, de abandono total de mí mismo, que me entró y me aniquiló. Sin embargo, se dio la ocasión de acudir por el honor de nuestro puesto, las fuerzas, el coraje, la resolución, que saqué no sé de dónde, me vi de pie con la palabra entre los labios, y desde entonces me tracé a mí mismo la línea media y recta de nuestra actitud, observada hasta el final, a merced de Dios, con invariable perseverancia.*

«El nuevo descubrimiento de América»

En la Primera Conferencia de Paz de La Haya de 1899, estuvieron presentes 26 países, veinte de Europa, dos de América (Estados Unidos y México –Brasil era el tercer invitado, pero decidió no participar del cónclave) y cuatro de Asia. En la Segunda Conferencia de Paz de La Haya, en 1907, estuvieron presentes 44 países, 21 de Europa, 19 de América y cuatro de Asia, siendo la «gran asamblea internacional donde por primera vez se reunieron todos los Estados soberanos y constituidos del mundo», según Rui Barbosa.

Al responder el discurso del Dr. Virgílio de Leme, en la recepción popular realizada en el Palacio del Gobierno, en Salvador, Bahía, el día 29 de diciembre de 1907, Rui hace una importante evaluación del embate ocurrido en la Segunda Conferencia de Paz de La Haya, entre Sudamérica y Estados Unidos en torno a la propuesta de Washington de la creación de un tribunal mundial de justicia, donde ocho potencias tendrían asiento permanente y las demás tendrían asientos rotativos. Esta propuesta fue abandonada por EE.UU. al verificar, principalmente, la reacción de los demás países americanos, que fue iniciada por Brasil en las palabras de Rui Barbosa con la defensa del principio de la igualdad entre las naciones. La presencia expresiva de países de Sudamérica y Centroamérica no era solamente un dato cuantitativo, pero evidenciaba un grupo de naciones con personalidad propia, actores conscientes y responsables y de alto nivel como Saenz Peña en Argentina y Matte en Chile.

Rui señala que «la lección del drama de La Haya», está en «que la intuición de sus testimonios más directos inmediatamente clasificó, sin contestadores, como el nuevo descubrimiento de América, su descubrimiento político, la revelación del peso de ese gran factor, hasta entonces desconocido, en la vida internacional».

En la misma línea de observación, uno de los más brillantes entre los delegados norteamericanos, James Brown Scott, afirmó que la Segunda Conferencia de Paz de La Haya representó «la llegada de América del Sur en los destinos del mundo».

Euclides da Cunha, elegido por Rio Branco para saludar a Rui Barbosa en nombre del Itamaraty, luego de la Conferencia de La Haya, subrayó que veía en el «embajador Rui Barbosa, no un representante de Brasil, sino un plenipotenciario de América Latina, «el diputado del continente». Señala, sin embargo, que «no se puede atribuir el papel que desempeñó nuestro delegado únicamente a sus

cualidades personales. Su aparición es tan lógica, tan geométrica, como el resultado de un paralelogramo de fuerzas».

La fuerza de una nueva mentalidad

San Tiago Dantas defiende, en su ensayo *Rui Barbosa y el Código Civil*, que las primeras décadas de la República presentan

> *un contraste singular entre la economía y la inteligencia, entre la situación de debilidad material del país y la fuerza con que irrumpían los signos de una nueva mentalidad. [...] por uno de esos desacuerdos, que maravillan al espectador, se eleva a un nivel, hasta entonces nunca alcanzado, la vida intelectual del país. Se diría que toda una generación, captando los problemas agitados por la cultura europea de su tiempo, lanzaba, entre nosotros, en el espacio de un decenio, las bases de un gran movimiento de ideas, sin directriz común definida, pero abierto a la realidad histórica y actual del país, tanto como cuestiones universales.*

Rui Barbosa integra esta generación, de la cual también son parte en forma destacada, Machado de Assis, Rio Branco, Joaquim Nabuco, Euclides da Cunha, Farias Brito, Silvio Romero, Eduardo Prado, Alberto Torres, Olavo Bilac y Graça Aranha. Rui, que no obtuvo en vida las victorias en la política interna, encuentra en la política internacional su gran victoria en vida. Victoria de las ideas democráticas que defendió, en La Haya, al proclamar la igualdad de las naciones. Se aplica a la actuación de Rui en La Haya perspicaz observación de Hegel sobre la importancia de la teoría en la vida política: «Cada día me convenzo más de que el trabajo teórico logra más hechos en el mundo que el trabajo práctico. Una vez que el

campo de las ideas es revolucionado el estado actual de las cosas no se resiste».

El «campo de las ideas» fue revolucionado en las primeras décadas de la República, incluso en un estado de cosas tumultuoso, por nombres como Rio Branco y Rui Barbosa. Los resultados surgieron de forma imprevista y, a veces, atolondradas, pero firmes. Firmes en el coraje con que fueron sustentados, en la construcción institucional republicana, en la generación de paradigmas nuevos para la política externa, como fue el caso de los paradigmas de la participación activa y altiva en la política internacional y de la igualdad de las naciones, propugnados por Rio Branco y Rui Barbosa en La Haya, en 1907.

Los dos patronos

Rio Branco, como bien lo definió Gilberto Amado, es «el político de nacimiento, el que abre caminos, el iniciador», y así es, por haber hecho historia, el patrono de la diplomacia brasileña.

Rui Barbosa, según observó Alceu Amoroso Lima, «era el hombre cuyo sueño fue hacer de Brasil, por la fuerza del Derecho, una potencia mundial [...] soñaba con Brasil en el mundo», de esta forma puede ser considerado el patrono de la diplomacia multilateral brasileña.

Bibliografía

AMADO, Gilberto. *Rio Branco*. In: Franco, Álvaro Costa; Cardim, Carlos Henrique (org.). *O Barão do Rio Branco por grandes autores*. Brasília: FUNAG, 2003.

ARAUJO JORGE, A. G. de. *Rio Branco e as fronteiras do Brasil – uma introdução às Obras do Barão do Rio Branco*. Brasília: Senado Federal, 1999.

CARDIM, Carlos Henrique. *A Raiz das Coisas*. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira, 2007.

HEGEL, G. W. F. *Letters of January 23, 1807 and October 1805*. In: Avineri, Sholmo. *Hegel´s Theory of Modern State*. Cambridge: Cambridge University Press, 1992, p. 64 e 68.

LOPES, Mario Ribeiro. *Rui Barbosa e a Marinha*. Rio de Janeiro: Casa de Rui Barbosa, 1953.

VIANA FILHO, Luís. *A Vida de Rui Barbosa*. Rio de Janeiro: J. Olympio, 1977.

Euclides da Cunha

Nace en 1866, en el municipio de Cantagalo, Rio de Janeiro. Ingresa en la Escuela Militar en 1886, de donde es expulsado dos años después por protestar contra el ministro de Guerra. Su juventud está marcada por la adhesión al republicanismo y al positivismo. Es reincorporado a la Escuela Militar luego de la proclamación de la República. Entre 1892 y 1896 trabaja como ingeniero militar. En 1896, se desliga del Ejército y pasa a trabajar como ingeniero civil en el estado de São Paulo. En 1897, viaja a Bahía como corresponsal del periódico *O Estado de São Paulo* para cubrir la Guerra de Canudos. Su experiencia resultó en la publicación, en 1902, de su principal obra, *Os Sertões*. En 1903, es electo para la Academia Brasileña de Letras. Entre 1904 y 1909, trabaja en el Ministerio de Relaciones Exteriores como asesor del Barón de Rio Branco, habiendo dirigido la Comisión Brasileña de Reconocimiento del Río Purus, en cuya cualidad viaja a la Amazonia en 1905. En 1906 publica el libro *Peru versus Bolívia* y, en 1907, la colección de artículos y ensayos *Contrastes e Confrontos*. Deja el Itamaraty para asumir la cátedra de Lógica en el Colegio

Pedro II. Muere en seguida, en Rio de Janeiro, en agosto de 1909, luego de intercambiar tiros con el amante de su esposa, el soldado Dilermando de Assis. El libro póstumo *À Margem da História* se publica en este mismo año.

Euclides da Cunha: el escenario sudamericano

Kassius Diniz da Silva Pontes

Euclides da Cunha nació en 1866, en el interior de Rio de Janeiro. De origen humilde, desempeñó, durante sus 43 años de vida, actividades profesionales «bajo el manto protector del Estado»: fue militar, ingeniero de obras públicas, funcionario del Itamaraty y, durante un breve periodo, profesor de lógica en el Colegio Pedro II (VENTURA, 2003, p. 33). Su formación en la Escuela Militar de la Praia Vermelha, en la cual ingresó en 1886, se dio en un contexto de gran efervescencia política –los movimientos por la abolición de la esclavitud y a favor del establecimiento del régimen republicano ganaban fuerza– y bajo la influencia de pensadores como Benjamin Constant, uno de los principales responsables por la difusión del pensamiento positivista en Brasil, especialmente entre los jóvenes oficiales del Ejército. Se graduó, en aquella institución, en Matemática, Ciencias Físicas y Naturales e Ingeniería Militar. Esta formación en el campo de las ciencias naturales y exactas se refleja claramente en toda su obra literaria.

Luego de trabajar como ingeniero militar y civil en Rio de Janeiro y en São Paulo, Euclides viaja, en 1897, para cubrir la campaña militar de Canudos, en Bahía, atestiguando *in loco* el intento del régimen republicano de reprimir la rebelión campesina liderada por Antônio Conselheiro. El episodio fue retratado en su principal obra, *Os Sertões*, publicada en 1902. El libro se tornó, rápidamente, en una obra renombrada. A pesar de esto, siguió enfrentando dificultades financieras y frustraciones con la ingeniería. Como señala Francisco Venâncio Filho, «mientras la gloria y la fama del escritor llegaban a lo más alto, la vida del hombre era dura y penosa» (VENÂNCIO FILHO, 1995, p. 40). Decepcionado con el trabajo de ingeniero de obras públicas en el interior de São Paulo, decidió buscar una ocupación que le pudiera proporcionar mejores condiciones de vida. Con la ayuda de amigos que le indicaron su nombre al Barón de Rio Branco, entonces ministro de Relaciones Exteriores, pasó a trabajar, a partir de 1904, en el Itamaraty, dejando definitivamente de lado la ingeniería.

Durante sus cinco años en el Ministerio de Relaciones Exteriores, Euclides da Cunha fue observador privilegiado de las principales cuestiones internacionales de su época, en particular de los acontecimientos que se desarrollaron en Sudamérica. Como auxiliar de Rio Branco, actuó en el proceso de definición de las fronteras brasileñas con Perú y Uruguay. Yendo más allá del oficio de cartógrafo (para el cual estaba preparado por su formación en la Escuela Militar), pensó y desarrolló tesis sobre cuestiones de interés más amplio para la política externa, tales como las desconfianzas de los países vecinos con relación a Brasil y la disputa imperialista por la ocupación de espacios económicos en Sudamérica.

Euclides fue también un defensor de una mayor integración física entre los países de la región. Al igual que Rio Branco, de quien era admirador declarado, tenía visión realista y pragmática del juego de poder en la región: era fundamental que Brasil definiera

sus fronteras con países vecinos de manera negociada, buscando, al mismo tiempo, prevenir intentos de intervención europea en el continente americano. Preconizaba el desarrollo económico y la industrialización como principales instrumentos de defensa contra la codicia de potencias extranjeras. Fiel a sus convicciones positivistas, creía que la adopción de políticas específicas para la Amazonia y el establecimiento de infraestructura adecuada serían las únicas armas capaces de asegurar la soberanía brasileña sobre su extenso territorio.

El objetivo del presente estudio es trazar la trayectoria de Euclides en el Itamaraty y presentar sus principales textos sobre la política internacional. Como reflejo de su propia obra, el foco recae sobre el escenario político sudamericano de inicio del siglo XX. Una mejor comprensión del pensamiento de Euclides requiere, sin embargo, un breve análisis previo de la estructura conceptual e ideológica que permea toda su producción intelectual, lo que constituirá el primer paso de nuestro estudio. En seguida, recordaremos su pasaje por el Itamaraty, antes de analizar los textos que versan sobre política sudamericana, con foco en cuatro aspectos principales: la consolidación de las fronteras brasileñas; el libro *Peru versus Bolívia*; el análisis de la disputa entre Estados Unidos y Alemania por espacios de influencia en América del Sur; y el análisis de tres artículos dispersos, presentes en el libro *À Margem da História*, respectivamente sobre la integración física sudamericana, la Cuenca del Plata y el Pacífico respectivamente sobre la integración. Al final, pretendemos sintetizar la contribución de Euclides da Cunha al pensamiento diplomático brasileño. A pesar de la falta de sistematicidad, sus textos sobre política internacional reflejan fidedignamente muchas de las principales preocupaciones del Gobierno brasileño a principios del siglo XX, alineándose evidentemente con la visión que tenía el Barón de Rio Branco con relación a la inserción de Brasil en la región y en el mundo.

La estructura conceptual de Euclides da Cunha

Una mejor comprensión de los textos de Euclides da Cunha sobre política internacional debe ser antecedida por una breve revisión del conjunto de ideas que lo influenciaron en el paso del siglo XIX para el siglo XX. La Escuela Militar de la Praia Vermelha tenía en sus cuadros alumnos originarios mayoritariamente de la clase media, a diferencia de las Facultades de Derecho, responsables de la formación de los hijos de los grandes propietarios rurales (SODRÉ, 1995, p. 16). Es en este medio caracterizado por el estudio de las ciencias exactas que Euclides entra en contacto con el positivismo de Auguste Comte, cuya penetración en las huestes de la oficialía fue profunda. Benjamin Constant exponía a los jóvenes militares –muchos de los cuales eran de origen pobre– las «síntesis expositivas y formulaciones filosóficas» de Comte, conquistando amplio número de seguidores entre los jóvenes militares (VENTURA, 2003, p. 51). Euclides asumió, en este ambiente, el rol de un entusiasta de las propuestas de reformismo social, con foco en el cambio del régimen político y en la abolición de la esclavitud.

Un episodio emblemático de su inquietud con el sistema político de la época fue la protesta que protagonizó contra la visita del ministro de Guerra del Imperio, Tomás Coelho, a la Escuela Militar, en 1888. Durante la visita, Euclides lanzó su sable al suelo, un gesto político declaradamente a favor de la proclamación de la República. El acto resultó en su expulsión de la institución, a la cual fue reincorporado con el nuevo régimen político, al año siguiente. A lo largo de su vida, Euclides se mantuvo fiel a sus principios republicanos y a la defensa de la democracia y de la transformación social, valores que, en su opinión, no hubieran sido observados en los años inmediatamente posteriores a la caída de la Monarquía.

Es en este mismo periodo que el escritor inicia su colaboración con los órganos de la prensa. Además de su ideología reformista, los

artículos publicados en el periódico *O Estado de São Paulo* –entonces denominado *A Província de São Paulo*– explicitan su creencia en el pensamiento positivista y en el culto a las ciencias. Este cientificismo estará aún más presente en *Os Sertões*. Para escribir esta obra, Euclides profundizó el estudio de las diversas ideas en boga en las principales corrientes del pensamiento europeo, utilizando conceptos de raza, clima, evolución y civilización presentes en autores como Saint-Hilaire, Ludwig Gumplowicz, Hippolyte Taine y Herbert Spencer. No obstante la fuerte influencia del lenguaje científico en su obra, Euclides no se propuso escribir un estudio meramente descriptivo de la realidad que observaba. Al retratar la realidad de Canudos y la vida campesina, terminó por hacerse, según las palabras de Gilberto Freyre, en un «revelador de la realidad brasileña». A diferencia de otros pensadores imbuidos de espíritu científico, pero sin pretensiones literarias, su obra contempla también la interpretación de una parte de Brasil aún poco conocida para la época. Por esta razón, en sus textos «predominan las virtudes artísticas por sobre las científicas» (FREYRE, 1995, p. 30).

Este armazón conceptual estará reflejado también en la producción de Euclides sobre política internacional. Allí, una vez más, se hace presente la aspiración de explicar la realidad con base en presupuestos deterministas y evolucionistas. El recurso frecuente a autores extranjeros refleja una realidad de la época: en el inicio del siglo XX el estudio de las ciencias en Brasil aún era rudimentario. Su aplicación a una obra literaria, inédito. El hecho de eventualmente profesar un «darwinismo antropológico difuso, para no decir arbitrario» (LIMA, 2000, p. 35) se explica justamente por estas características de su pensamiento, orientado a la revelación e interpretación, en un estilo literario poco común, del Brasil distante del litoral, así como por la circunstancia de manejar conceptos típicos de un pensador inspirado por pretensiones científicas que vivió en la transición de los siglos XIX y XX.

De una forma más general, en el pensamiento de Euclides se ve reflejada la preocupación de la élite brasileña con la afirmación de la identidad nacional y la cuestión de la raza. Lo que se buscaba, con base en las ya referidas corrientes del pensamiento europeo, era establecer conexiones entre el proceso biológico de mestizaje y el proceso histórico de construcción de la nación (SKIDMORE, 2012, p. 165). La abolición de la esclavitud había ocurrido hacía poco –en 1888, apenas 14 años antes de la publicación de *Os Sertões*– y en el debate sobre temas raciales aún prevalecía la tentativa pura y simple de incorporar a la realidad brasileña ideas concebidas por autores extranjeros. Euclides no estuvo inmune a este proceso. En su pensamiento, la influencia del determinismo muchas veces resultó en una visión negativa del mestizaje, aunque sus textos estuvieran permeados de contradicciones: en muchos casos, Euclides también alabó la fuerza y el potencial del campesino, presentándolo como el «roble de la nacionalidad».

Al discurrir sobre el contexto político sudamericano, Euclides mantiene intacta la pretensión de conciliar ciencia y literatura. Son frecuentes las referencias a la etnia, al clima o a la geografía de los países sobre los cuales escribe, como también la ambición de establecer relaciones de causa-efecto entre los fenómenos naturales y aquellos de orden social y político. Los artículos publicados en *Contrastes e Confrontos, À Margem da História* y *Peru versus Bolívia* deben leerse a partir de este enfoque específico, teniendo en cuenta la formación intelectual y el contexto cultural prevaleciente en la época en que se escribieron.

Euclides da Cunha y Rio Branco

El ingreso de Euclides en el Itamaraty, donde trabajó como auxiliar del Barón de Rio Branco entre 1904 y 1909, es resultado de

la incertidumbre que caracterizaba su vida luego de la publicación de *Os Sertões*, en 1902. Después de actuar por breve interregno como ingeniero en el estado de São Paulo, en 1903 y principio de 1904, quedó desempleado y decidió abandonar su profesión. En la misma época, aumentaban las demandas peruanas por la negociación de las nuevas fronteras bilaterales, como consecuencia de la incorporación de Acre al territorio brasileño por medio del Tratado de Petrópolis, firmado con Bolivia en 1903. Perú no había tomado parte de las negociaciones entre Brasil y Bolivia, y se creía perjudicado por el acuerdo celebrado entre los países vecinos. En julio de 1904, los Gobiernos brasileño y peruano decidieron dar inicio a las negociaciones para la futura firma de tratado limítrofe. Como primer paso, se decidió establecer la Comisión Mixta para hacer el recorrido de los ríos Yuruá y Purús, y conocer *in loco* la región de frontera entre ambos países.

Euclides creía que una posición en el Itamaraty pudiera darle la tranquilidad que necesitaba para seguir con más comodidad sus objetivos intelectuales. Se resistía, sin embargo, a la posibilidad de pedir favores para obtener un cargo público. En una carta al amigo Luiz Cruls, se lamentó porque «en esta tierra, para todo es imprescindible el pedido y el empeño, dos cosas a las que me opongo» (GALVÃO; GALOTTI, 1997, p. 149).

Al negarse a buscar él mismo un cargo, el nombramiento de Euclides pasó a depender de la acción de amigos cercanos, que tenían buena relación con Rio Branco. Dos de ellos –el crítico José Veríssimo y el diplomático Domício da Gama– tuvieron un papel especialmente relevante en la intermediación del contacto de Euclides con el ministro. El Barón –que siempre tuvo interés en mantener un *entourage* de intelectuales de peso– terminó realizando una entrevista personal a Euclides, decidiendo en seguida designarlo jefe de la Comisión Brasileña de Reconocimiento del Alto Purús, función que ejerció entre 1904 y 1905. Durante este periodo viajó

a la Amazonia, lo que le propició la oportunidad, como veremos posteriormente, de escribir diversos textos sobre aquella región. Una vez terminadas las actividades de la Comisión, Euclides retornó a Rio de Janeiro y pasó a actuar como cartógrafo, asesorando directamente al Barón de Rio Branco.

El cargo de Euclides en el Itamaraty nunca fue creado oficialmente por ley. Todo indica que fue empleado y remunerado directamente por Rio Branco. Esta naturaleza precaria de su ocupación en el Ministerio fue fuente de angustias para el escritor, que continuó sin rumbo profesional definido. De 1906 hasta inicios de 1909, nutrió la ambición de asumir en otras funciones –entre otros, contempló puestos en la Comisión de Límites con Venezuela y en la Comisión del Ferrocarril Madeira-Mamoré–. Se cree, incluso, que se le habría cruzado por la mente la idea de ser designado para trabajar en el exterior, idea que no teria contado con el apoyo de Rio Branco (VENÂNCIO FILHO, 2002, p. 228). Aunque insatisfecho con su situación, terminó desempeñando funciones de prestigio en el Itamaraty. Además del ya mencionado papel en la negociación de límites con Perú, escribió, a pedido de Rio Branco, el libro *Peru versus Bolívia*, y trabajó en la elaboración del tratado con Uruguay que estableció el condominio sobre el Río Yaguarón y la Laguna Merín. El respeto que le tenían, en el Itamaraty, se demuestra, además, por el hecho de haber sido responsable de dar el discurso de salutación a Rui Barbosa en su regreso de la II Conferencia de Paz de La Haya, en 1907, ocasión en que enalteció la actuación del representante brasileño contra el «aplastamiento de la mayoría de los pueblos en provecho de cuatro o cinco naciones fuertes e imperialistas» (ARINOS FILHO, 2009, p. 35; CARDIM, p. 172-174).

Las razones de Rio Branco para no nombrar a Euclides a una función de carácter permanente en el Itamaraty no son claras. Lo que se puede desprender del epistolario de Euclides es que el mismo Barón habría insistido en que el escritor, a pesar de sus angustias,

siguiera trabajando en la institución. En carta al diplomático Oliveira Lima en noviembre de 1908 –cuando ya contaba, por lo tanto, con cuatro años de servicio prestado al Barón–, mencionó «los peligros de mi posición de Auxiliar *in partibus*», agregó: «Se van dos años de expectativas, y me sorprende la paciencia con que los he soportado, aunque esta paciencia se explique por la propia oposición manifestada por el Barón de Rio Branco a mis intentos de seguir nuevos rumbos». Continuar trabajando en el Itamaraty sin ninguna garantía lo transformaría, en sus propias palabras, «en el último de los románticos» (GALVÃO; GALOTTI, 1997, p. 362 e 392).

El hecho de no haber obtenido una posición estable en el Itamaraty no afectó la admiración que Euclides tenía por Rio Branco. Son diversas las demostraciones de afecto al entonces ministro. En carta a Domício da Gama, señaló que el Barón, con su «majestuosa gentileza», traería recuerdos de una «edad de oro, muy antigua, o acabada», confesando aproximarse a él «siempre imposibilitado y forzado por el mismo culto respetuoso». Afirma, además, que era inevitable no considerarlo «sin las proporciones de un hombre superior a su época». También se refirió al Barón como «caso virgen de un gran hombre justamente apreciado por los contemporáneos», «acaparador de las simpatías nacionales» y «el único Hombre que reúne el resto de las esperanzas del país» (GALVÃO; GALOTTI, 1997, p. 335, 421 e 423). Cabe destacar que Euclides, en su correspondencia personal, siempre fue parsimonioso en elogios, además de haber sido un notable crítico de los rumbos tomados por la República y de la postura de los hombres públicos de su época.

Es evidente la dualidad de su relación con Rio Branco, caracterizada por el respeto intelectual y por la formalidad, considerando el nivel de importancia que el entonces ministro ya había alcanzado en el escenario político brasileño. El Barón, por su parte, ya admiraba a Euclides incluso antes de que trabajara en el

Itamaraty, habiendo votado su nombre en la elección de la Academia Brasileña de Letras en 1903 (VENÂNCIO FILHO, 1946, p. 15-16). Cabe notar, además, las diferencias en sus orígenes. Euclides era hijo de un contador de haciendas en el interior de Rio de Janeiro y su madre falleció cuando él tenía tres años de edad. Por otro lado, Rio Branco era hijo de estadista del Imperio y diplomático que vivió varios años en Europa. Se aproximaban en deseo de trabajar en pro de la preservación de la integridad territorial brasileña y en el gusto por el estudio de los documentos históricos y cartográficos que podrían respaldar las pretensiones brasileñas en las disputas de frontera con países vecinos.

En su lucha permanente contra la insatisfacción profesional –reflejo de la «incómoda contradicción entre la fase pública de escritor consagrado y la búsqueda frustrada de empleo más propicio a la actividad literaria» (VENTURA, 2002, p. 76)–, Euclides terminó dejando el Itamaraty en julio de 1909, cuando fue nombrado profesor de Lógica del Colegio Pedro II, luego de un concurso marcado por controversias. El escritor obtuvo la segunda posición en el certamen, superado por el filósofo Farias Brito. En cartas a amigos, Euclides alegó haberse molestado con el tribunal examinador durante su examen oral. Aun así, fue nombrado por el presidente Nilo Peçanha, supuestamente en virtud de la decisiva interferencia del propio Barón de Rio Branco. El ministro, en carta a un pariente del entonces mandatario, alegaba estar moviéndose a favor de su amigo al tomar en conocimiento de la «escandalosa conspiración en su contra en el seno de la Congregación» y del recurso, por otros candidatos a «padrinos (o *pistolões* [contacto], como dice el pueblo)» (ARINOS, 2009, p. 40). Euclides ejerció el cargo apenas por un mes, ya que fue asesinado el 15 de agosto de 1909, en un tiroteo con el militar Dilermando de Assis, amante de su esposa.

La política sudamericana de la Primera República

a) La delimitación de fronteras con Perú

Nombrado jefe de la Sección Brasileña de la Comisión de Reconocimiento del Alto Purús en agosto de 1904, Euclides se prepara para viajar a la Amazonia. Ya había escrito sobre la región antes incluso de comenzar a trabajar en el Itamaraty. En artículos redactados en 1903 y 1904, posteriormente compilados en el libro *Contrastes e Confrontos*, adoptó los modelos de cientificismo (determinismo geográfico, evolucionismo y darwinismo social) ya usados en *Os Sertões*. Por esto, predominan las consideraciones sobre la relación entre el clima y la adaptabilidad del hombre y el empleo frecuente de expresiones como «selección natural de los fuertes» y «agrupamiento vital entre los pueblos» (BARRETO DE SANTANA, 2000, p. 904).

El artículo *Conflito Inevitável,* publicado el 14 de mayo de 1904 en el periódico *O Estado de São Paulo*, es un buen ejemplo de este uso de tesis deterministas y evolucionistas para explicar problemas de política internacional. Reflexionando sobre las invasiones de los peruanos en Acre en busca de caucho, Euclides afirma que este movimiento es «determinado» por «leyes físicas inviolables». La correcta comprensión del fenómeno debería tener en cuenta la «posición perjudicial» de Perú en los Andes. Confinado a un «litoral estéril» y separado, por la cordillera, de su «porción más vasta y exuberante», no le quedaba al país más que intentar buscar una salida en el Atlántico. Además de los aspectos geográficos, abundan, en el artículo, las referencias a cuestiones raciales. Euclides señala que a Perú le faltaría «un carácter predominante», «un trazo nacional incisivo», ya que el país se caracterizaría por una «numerosa galería etnográfica» resultando en un «mestizaje excepcional»: «del caucásico puro, al africano retinto, al amarillo desfibrado y al quechua decaído» (CUNHA, 1975, p. 94). Es particularmente frecuente la referencia

a la raza como factor determinante del comportamiento de un pueblo –en el caso de los países vecinos, el mestizaje y la ausencia de un carácter nacional único podrían engendrar desórdenes y una propensión natural al conflicto–.

Incluso al argumentar contra un eventual conflicto con Perú en la disputa por territorios fronterizos, como hace en el artículo *Contra os Caucheiros*, Euclides recurre a tesis geográficas y climáticas. Las características físicas de la región, permeadas por un «laberinto inextricable de esteros», dificultarían el movimiento de tropas regulares. El clima, por su parte, les presentaría a los soldados una tarea «difícil y penosa». De este modo, la defensa de los intereses brasileños en la región correspondería principalmente a los brasileños que allí vivían: los «valientes campesinos de los Estados del Norte» (CUNHA, 1975, p. 100-101). Luego en el artículo *Entre o Madeira e o Javari*, Euclides alude a ideas como «agrupamiento vital entre los pueblos» (expresión que se repetirá en otros textos) y a la «selección natural de los más fuertes» (CUNHA, 1975, p. 105).

Muchas de las perspectivas iniciales de Euclides serán modificadas por fuerza de su contacto con la realidad. Por esta razón, sus escritos sobre la Amazonia y los problemas de frontera de Brasil son especialmente complejos, ya que conviven, lado a lado, perspectivas apriorísticas (explicitadas por el uso de conceptos absorbidos del pensamiento europeo y por lecturas realizadas antes de su viaje) y el testimonio *in loco* del que pasaba en aquella región.

Aunque ansioso por iniciar sus trabajos, Euclides poco después viajaría a Manaos en diciembre de 1904, cuatro meses luego de su nombramiento. En esta capital, encontraría diversos problemas logísticos, que provocarían sucesivos atrasos en la partida de la expedición por el Purús. Iniciando su jornada en abril de 1905, los miembros de la comisión recorrieron todo el río, llegando hasta su cabecera, y volvieron a Manaos en octubre del mismo año. Euclides trazó un escenario negativo del apoyo recibido por la Comisión,

comentando, en carta a José Veríssimo, que hasta el explorador inglés William Chandless hubiera tenido mejores condiciones para realizar su trabajo, mientras que «nosotros, brasileños, revestidos de una comisión oficial, encontramos obstáculos indescriptibles» (GALVÃO; GALOTTI, 1997, p. 261-262).

El informe final de la Comisión de Reconocimiento fue publicado, en 1906, con el subtítulo «Notas complementarias del delegado brasileño». Euclides comenta, con más detalles, sus impresiones de la Amazonia y de los problemas de frontera con Perú. Critica al atraso en el recibimiento de instrucciones y habla sobre los caucheros peruanos (explorador del caucho, goma que no se renueva e impone, a sus extractores, el nomadismo) y los siringueros brasileños, explotadores del látex y sedentarios. La referencia a estas características se mostraría importante para confirmar la pretensión brasileña sobre el territorio acreano: en razón del nomadismo de los caucheros, sería difícil para Perú comprobar la ocupación efectiva del territorio en disputa.

Las negociaciones del tratado de límites con el país vecino se prolongaron por cinco años y su firma sólo ocurrió en 1909, menos de un mes después de la muerte de Euclides. Por insistencia de Brasil, el acuerdo consagró, una vez más, el *uti possidetis de facto* como principio para la definición de las fronteras bilaterales. El trabajo de la Comisión Mixta que recorrió el río Purús fue la base de la negociación y de la identificación de la faja de frontera. De la región en disputa, 403.000 km^2 quedaron para Brasil y aproximadamente 39.000 para Perú (LINS, 1996, p. 421). La negociación es vista por algunos como un «gran triunfo» de Brasil, ya que frustró las aspiraciones peruanas de incorporar la región al Acre y de hacer valer el Tratado de San Ildefonso, lo que podría, en la práctica, rediseñar todas las fronteras de la región (CUETO; LERNER, 2012, p. 58).

Es importante resaltar que el informe producido por Euclides después de la exploración del Purús fue más allá de la cuestión

limítrofe propiamente dicha. El escritor aprovechó la oportunidad para denunciar lo que consideraba como «abandono» de la Amazonia y de su población. Permea el texto su sensación de que el virtual olvido de la región podría seguir representando amenaza a los intereses brasileños. Llega a afirmar que, sin un trabajo efectivo de ocupación de la región, «la Amazonia, tarde o temprano, se apartará de Brasil, natural e irresistiblemente» (CUNHA, 1975, p. 106). Argumentos en este sentido se desarrollan también en su libro *À Margem da História*, constituido por una serie de estudios dispersos y concluido en vísperas a su muerte, en 1909.

Teniendo como asunto la posibilidad de un conflicto entre Brasil y Perú, Euclides volvió a defender, en otros artículos, que las dificultades enfrentadas por Brasil para convivir con las repúblicas vecinas vendrían de una serie de factores raciales y geográficos. En *Solidariedade Sul-Americana*, también publicado en el volumen *Contrastes e Confrontos*, insiste en la tesis evolucionistas para explicar el escenario geopolítico de inicio del siglo XX. En su opinión, la figura del emperador permitiría, hasta 1889, diferenciar a Brasil de la «actividad revolucionaria y dispersiva» que tipificaría a los demás países sudamericanos. El cambio del régimen político, con todo ello, hubiera peligrosamente equiparado a Brasil, a los ojos del observador extranjero, al desorden de los países hispánicos. Estima que prevalecería, «en la gente sudamericana», una «selección natural invertida: la supervivencia de los menos aptos, la evolución retrógrada de los débiles, la extinción en toda la línea de las bellas cualidades del carácter [...] y la victoria estrepitosa de los débiles sobre los fuertes incomprendidos» (CUNHA, 1975, p. 108).

Euclides enfatiza también las desconfianzas que los países vecinos nutrirían con relación a Brasil, a pesar del esfuerzo de Rio Branco en mantener buenas relaciones y solucionar, por la vía exclusivamente diplomática, eventuales litigios de fronteras. Aún en *Solidariedade Sul-Americana* considera que el Tratado de Petrópolis

sería el mejor certificado de la «irradiación superior de nuestro espíritu» (en el sentido de que Brasil, aunque ya ocupase de hecho, pero no de derecho, el territorio de Acre, se dispusiera a compensar financieramente a Bolivia) y llama la atención para los esfuerzos del Gobierno brasileño en evitar un conflicto armado con Perú, en una demostración de su interés en sacrificar «intereses transitorios» a favor del objetivo de que siguiéramos «al frente de las naciones sudamericanas como los más fuertes, los más liberales y los más pacíficos» (CUNHA, 1975, p. 109). La conclusión del artículo es claramente pesimista. Teniendo en cuenta la incomprensión de los países vecinos con relación al interés brasileño en mantener buena convivencia, deberíamos, si fuera necesario, aceptar «la lucha con la que nos amenazan». Termina asegurando que la solidaridad sudamericana (supuestamente basada en el compartimiento del mismo régimen político y del interés en protegerse del «agrupamiento formidable de otros pueblos») no pasaría de un «ideal irrealizable, con el efecto único de vincularnos a los desórdenes tradicionales de dos o tres pueblos irremediablemente perdidos» (CUNHA, 1975, p. 110).

b) Perú *versus* Bolivia

Terminado su trabajo como jefe de la Comisión Brasileña de Reconocimiento del Río Purús, Euclides volvió a Rio de Janeiro en enero de 1906 y se vio sin funciones claras en el Ministerio de Relaciones Exteriores. Actuó, durante este periodo, como cartógrafo y pensó, como señalamos anteriormente, en su nombramiento para el equipo que supervisaría la construcción del ferrocarril Madeira-Mamoré. La invitación para el cargo de fiscal de las obras se efectuó, pero fue posteriormente rechazada por Euclides como consecuencia de la oposición familiar, especialmente de su padre. La posibilidad de integrar la Comisión de Límites la Venezuela tampoco se concretizó (VENTURA, 2003, p. 245).

En este contexto, Euclides publica el libro *Peru versus Bolívia*. La obra habría sido elaborada a pedido del Barón de Rio Branco y versa sobre el litigio de fronteras entre ambos países vecinos. Se temía, en la época, que la disputa pudiese afectar a los intereses brasileños, especialmente sus derechos sobre el recién incorporado territorio de Acre. Perú quería restaurar las fronteras establecidas por el Tratado de San Ildefonso, de 1777, demandando que la frontera con Bolivia fuese impuesta por la línea media entre los ríos Madeira y Yavarí. Para esto, amparaba su pretensión en documentos que se remitían a la colonización española. El proceso había sido sometido al arbitraje del presidente argentino.

En el libro, Euclides, presenta argumentos favorables a la pretensión boliviana, ya que una eventual victoria peruana podía llevar a la impugnación del Tratado de Petrópolis. La obra fue rápidamente traducida al español por el representante boliviano junto al Tribunal de Arbitraje, Eleodoro Villazón. En el plano jurídico, Euclides señala que Perú no podría invocar, en su favor, textos que había rechazado en el momento de su proclamación de independencia. Los documentos y ordenanzas reales, serían, por lo tanto, «inválidas y contradictorias» (CUNHA, 1995, p. 811). Además de esto, el Tratado de San Ildefonso sería sólo un acuerdo previo a un Tratado de Límites entre Portugal y España, lo cual nunca llegó a elaborarse, ya que apenas Portugal indicó a los miembros de la comisión bilateral que lo negociaría.

Euclides resalta que tanto Perú como Bolivia habían celebrado acuerdos de límites con Brasil a lo largo del siglo XIX (en 1851 y 1867, respectivamente), en los cuales no se tuvieron en consideración las fronteras determinadas por el Tratado de San Ildefonso. La invocación del tratado al inicio del siglo XX representaría «un salto mortal de cien años flagrantemente violador de toda la continuidad histórica» (CUNHA, 1995, p. 811). La posición supuestamente contradictoria de Perú (utilizar, como país independiente, documentos de la

época colonial) llevó a Euclides a apodar al país como «República soñadora del Pacífico» (CUNHA, 1995, p. 814).

El escritor, recurre, una vez más, a argumentos raciales para explicar las diferencias entre las colonizaciones española y portuguesa de Sudamérica. Las fronteras originalmente establecidas en el Tratado de Tordesillas y en el Tratado de Madrid habrían sido superadas por el espíritu explorador de los precursores brasileños, al tiempo que la legislación española «aislaba a los colonos en el círculo impenetrable de los distritos». Por esta razón, la expansión territorial lusa en América del Sur configuraría el «triunfo de una raza sobre otra» (CUNHA, 1995, p. 815-816).

Al analizar específicamente las fronteras entre Perú y Bolivia, Euclides recurre a documentos históricos para sustentar que ya en la época del Virreinato la audiencia de Charcas (posteriormente Bolivia) tenía el dominio sobre el territorio correspondiente a Acre. No habría, por lo tanto, razón para impugnarse la validez del Tratado de Petrópolis. La separación entre Bolivia y Perú también habría sido dictada por otros dos factores geográficos, ya que la cordillera de los Andes establecería un límite natural entre ambas naciones; y geopolíticos, ya que la creación de la audiencia de Charcas se insertaba en la estrategia de la Corona española de hacer frente a la expansión portuguesa. Charcas pasó, incluso, a gozar de mayor autonomía frente a Lima y Buenos Aires (capitales de los Virreinatos de Perú y del Plata, respectivamente). De este modo, aunque Bolivia no hubiera ocupado de hecho el territorio de Acre, sería de ésta el derecho de posesión sobre la región, y no de Perú.

El informe arbitral del presidente argentino Figueroa Alcorta fue divulgado en julio de 1909 y determinaba la división del área en disputa entre Perú y Bolivia. Aunque haya reparado parcialmente en las pretensiones peruanas, la decisión no tuvo efectos negativos para Brasil.

La publicación de *Peru versus Bolívia* terminó involucrando a Euclides en polémica con el ex ministro de Relaciones Exteriores argentino, Ernesto Zeballos, que veía a Brasil como país rival y defendía, abiertamente, el fortalecimiento militar argentino, especialmente en el área naval. Además, era director del diario La Prensa, notable por su posición anti brasileña (BUENO, 2003, p. 254). Zeballos fue el titular del Ministerio de Relaciones Exteriores entre 1906 y 1908 e, inmediatamente después de dejar el cargo, divulgó un supuesto telegrama de Rio Branco a las representaciones diplomáticas de Brasil en Montevideo, Lima, La Paz, Santiago y Washington, con instrucciones para que llevaran a cabo una campaña contra Argentina. Los alegatos se revelaron falsos luego de la divulgación, en Brasil, del tenor original del expediente. Luego, Zeballos se apoyó en haber obtenido de Euclides (con quien se correspondía) «informaciones secretas» de la política externa brasileña. Destacó haber recibido, incluso, copia de *Peru versus Bolívia*, que veía como intervención de Brasil en la posible decisión a ser pronunciada por el mandatario argentino.

Euclides hizo publicar las dos cartas que había recibido de Zeballos y desafió a su interlocutor argentino a hacer lo mismo. Las correspondencias divulgadas contienen sólo elogios del argentino a las obras *Os Sertões* y *Castro Alves e seu tempo* y ni siquiera aluden a *Peru versus Bolívia*, aunque el libro en realidad se lo haya enviado Euclides. En carta a Zeballos, el escritor brasileño afirmó estar sorprendido en ver «nuestras relaciones exclusivamente intelectuales envueltas en la campaña solitaria que V. Excia. está comenzando con imaginarios antagonistas» (GALVÃO; GALOTTI, 1995, p. 387). Zeballos no publicó las correspondencias recibidas de Euclides y se limitó a enviar un telegrama lamentando la «molestia». El *Jornal do Commércio* resaltó que fue el único responsable, sin ninguna orden de Rio Branco, por el pago de la impresión de *Peru versus Bolívia* (TOCANTINS, 1968, p. 231).

Como destacamos anteriormente, el periodo 1906-1909 se caracteriza por la insatisfacción de Euclides con su trabajo en el Itamaraty. Aún sin posición estable y desempeñando básicamente la función de cartógrafo, su correspondencia personal revela constante frustración con la vida profesional y el deseo de buscar nuevas posiciones fuera del Itamaraty. En una carta al cuñado, señaló que no abandonaba su trabajo porque el Barón lo trataba con «la misma simpatía, y me falta ánimo para observarle la inconveniencia de esta posición» y también para no demostrar «inconsistencia o falta de persistencia» (GALVÃO; GALOTTI, 1997, p. 393-394).

Además de haber trabajado en la definición de las fronteras con Perú y publicado el libro sobre la disputa entre este país y Bolivia, Euclides colaboró también con la elaboración del Tratado de Límites con Uruguay, cuya exposición de motivos fue redactada por él un poco antes de morir, en 1909. También en este caso, sus conocimientos cartográficos fueron importantes para dar amparo al objetivo de Rio Branco de rever, voluntariamente, la línea de frontera con el país vecino. En el acuerdo, Brasil le cedió a Uruguay parte de la Laguna Merín y del río Yaguarón, con la condición de que sólo embarcaciones de los dos países navegarían en aquellas aguas y de que ninguna de las partes militarizara la región (ARINOS FILHO, 2009, p. 38-39; LINS, 1996, p. 427).

c) La disputa inter imperialista en América del Sur

La visión pesimista que Euclides tenía del ideal de fraternidad sudamericana nos ayuda a comprender mejor su análisis de la disputa imperialista entre Estados Unidos y Alemania para aumentar su influencia en el continente. En sintonía con la política de Rio Branco, que buscaba una mayor aproximación con Estados Unidos, incluso para asegurar, pragmáticamente, los intereses brasileños en Sudamérica, Euclides veía la codicia de potencias extranjeras sobre territorios en la región como resultado natural de la expansión

industrial de países del hemisferio norte. En el artículo *Temores Vãos*, alude a una supuesta «manía colectiva persecutoria» que caracterizaría a las naciones sudamericanas, teniendo como base el «terror del extranjero» y los espectros del «peligro alemán y del peligro yanqui». Además, opina que el imperialismo norteamericano no apuntaba a la absorción del territorio o a la «destrucción de nacionalidades débiles», representando apenas el «curso irresistible de un movimiento industrial incomparable» y la

> *expansión naturalísima de un país donde un individualismo aclarado, superando la iniciativa oficial [...] permitió el desdoblamiento desahogado de todas las energías garantizadas por un sentido práctico incomparable, un gran sentimiento de justicia y hasta por una idealización maravillosa de los más elevados destinos de la existencia (CUNHA, 1975, p. 116).*

Este punto de vista es corolario directo de la preocupación de Euclides da Cunha con la afirmación de la nacionalidad brasileña y con lo que consideraba como siendo una miopía de la élite económica y de la clase dirigente con la promoción del desarrollo. No consustancia lo que, a simple vista, puede parecer una admiración acrítica de los resultados de potencias extranjeras, pero sí lo que entiende ser la constatación de una realidad fática incuestionable: el hecho de que determinados países avanzaran «triunfante y civilizadamente hacia el futuro», mientras que las naciones sudamericanas lucharían para estabilizarse políticamente y progresar económicamente. Fiel al estilo hiperbólico presente en diversos momentos de su obra, trata irónicamente del peligro representado por el imperialismo para atacar lo que, en su opinión, es el único peligro «real»: el «peligro brasileño», caracterizado por el «ablandamiento en toda la línea de la fiscalización moral», por una «situación económica inexplicablemente abatida y caída sobre las mayores y más fecundas riquezas naturales» y por los «desvanecimientos de las antiguas

virtudes del trabajo y perseverancia». Evalúa, además, que parte de la crisis brasileña se debe al nuevo sistema político y al «federalismo incomprendido» (CUNHA, 1975, p. 119).

Una reflexión similar se encuentra en el artículo *O ideal Americano*, que versa sobre el libro, del mismo título, del entonces presidente norteamericano Theodore Roosevelt. Aunque considere al autor un «estilista mediocre» y a la obra una mera «sistematización de truismos», observa que el libro nos «dice todo sobre lo útil». Si las repúblicas sudamericanas le temen al imperialismo de la potencia del norte, Roosevelt llama la atención, al revés, del peligro representado por la «anarquía sudamericana». Euclides deja en claro su concordancia con las críticas del mandatario norteamericano al «localismo deprimente y dispersivo» que peculiarizarían al sistema federativo. Las reprimendas de Roosevelt al desorden de las repúblicas sudamericanas harían del libro una lectura necesaria para los hombres públicos brasileños, representando una alerta. Al final, la «absorción de Marruecos o de Egipto, o de cualquier otra raza incompetente, es antes que todo un fenómeno natural» o «el darwinismo rudamente aplicado a la vida de las naciones» (CUNHA, 1975, p. 115).

En otros dos artículos (*O Kaiser* y *A Arcádia da Alemanha*), Euclides se detiene en el análisis del imperialismo alemán. En ambos textos, se muestra más crítico que en la apreciación del imperialismo norteamericano. En el primero, afirma que Alemania «se despertó tarde para la expansión colonizadora». Su «industrialismo robusto» habría impuesto la expansión territorial como una «condición de vida». Así y todo, considerando que los «mejores bocados» ya estaban en manos de otros, hubiera pasado a dedicarse al «pillaje de los últimos restos de la fortuna de los países débiles» (CUNHA, 1975, p. 36). En *A Arcádia da Alemanha*, al analizar el supuesto intento del país europeo en conquistar el sur de Brasil, advierte que «Alemania no puede arrojarse, tan temprano, a empresa de tal porte». Además de

las dificultades intrínsecas a la competición con otras potencias, los países sudamericanos podrían contar con la protección ofrecida por el corolario Roosevelt a la doctrina Monroe, segun la cual los Estados Unidos deberían desempeñar el papel de «policía continental», con el propósito de asegurar que los países del continente americano se mantuviesen bajo su exclusiva órbita de influencia. El corolario Roosevelt, además de ser un «reflejo político de los intereses estrictamente comerciales del yanqui», tendría el don de propiciar a los países sudamericanos «una gran tregua» de la codicia de países europeos. Aunque la supuesta conquista de territorios en el sur de Brasil se conviniera, en aquel momento, improbable, Euclides advierte que la amenaza perduraría mientras Brasil se limitara a «contemplar [...] nuestras cuencas carboníferas vírgenes, nuestras montañas de hierro, nuestras cordilleras de cuarcita, nuestros litorales dorados por las arenas minerales, y el estupendo diluvio canalizado de nuestros ríos [...]» (CUNHA, 1975, p. 40).

El análisis que Euclides hace de la acción imperialista tiene, como se nota, una fundamentación realista. La codicia extranjera representaría un peligro real en aquel momento: los Estados Unidos no ambicionarían conquistar territorios en Sudamérica, sino ejercer el papel de gendarme; ahora los alemanes, que acudieron tarde a la corrida colonialista, no tendrían la capacidad de adoptar política más agresiva en el continente, incluso como consecuencia del papel desempeñado por el corolario Roosevelt a la Doctrina Monroe. En todo caso, nuestra vulnerabilidad resultaría de lo que denominó «peligro brasileño», caracterizado por la desorganización política, falta de planificación económica y de nuestra «vieja tontería metafísica». En este y en otros aspectos el pensamiento de Euclides se muestra plenamente en sintonía con la política de Rio Branco de establecer una alianza estratégica con los Estados Unidos (SEVCENKO, 1999, p. 142), principalmente con el propósito de asegurar la estabilidad en la región, evitar la codicia de países europeos y fortalecer la posición brasileña ante eventuales problemas con países vecinos.

d) La integración física en Sudamérica, la Cuenca del Río de la Plata y el Pacífico

Además de los artículos presentes en *Contrastes e Confrontos* y del libro *Peru versus Bolívia*, Euclides da Cunha también trató de cuestiones internacionales en tres estudios publicados en el libro póstumo *À Margem da História*. El primero de ellos, *Viação sudamericana*, adquiere particular relevancia el proponer mayor integración física entre los países de América del Sur. A diferencia de lo que se puede desprender de la visión pesimista que tenía de la asociación, en el plano político, entre Brasil y las repúblicas vecinas, en este artículo Euclides se muestra francamente a favor del establecimiento de vías férreas capaces de intensificar los intercambios comerciales entre los países de la región y de estos con el resto del mundo.

Para Euclides, el hecho de que Argentina tuviera, en 1902, una red ferroviaria más extensa que la brasileña demostraba «nuestra inferioridad económica». En su opinión, el progreso argentino vino directamente de los ferrocarriles; ya en el caso brasileño ocurriría el fenómeno opuesto: «nuestros ferrocarriles resultan, antes que todo, de nuestro progreso» (CUNHA, 2005, p. 115-116). En su esfuerzo por explicar esta realidad, recurre, una vez más, a argumento de naturaleza racial. En el caso brasileño, la conquista del territorio que está más allá del litoral habría dependido de la formación de un tipo específico de hombre (el *bandeirante*), mientras que en Argentina no hubiera sido necesario «adaptarse a las razas», ya que los ocupantes de su territorio habrían cambiado de hemisferio «sin cambiar de latitudes». Se trataría de la «cultura europea estirándose por el nivel de los mares» (CUNHA, 2005, p. 117).

Euclides alude, en seguida, a la inauguración de lo que sería la primera ferrovía entre dos países sudamericanos, entre La Quiaca, en Bolivia, y Buenos Aires. El tramo permitiría que fuera de la capital argentina a Bolivia en dos días y medio. Como resultado, predecía

que la economía boliviana caería «en la órbita avasalladora del país que le permite semejante desahogo» (CUNHA, 2005, p. 120). Además de esto, la conexión entre Bolivia y Argentina sería el paso inicial para una conexión ferroviaria más amplia en América del Sur, que permitiría, en pocos años, que se fuera de Lima a Buenos Aires en tres días. La capital argentina se tornaría una «casi capital hispanoamericana», lo que incluso podría, especulaba, facilitar la eventual formación de una confederación política incluyendo Perú, Bolivia, Chile, Argentina, Uruguay y Paraguay. La amenaza más tangible a los intereses argentinos sería la creación del canal de Panamá, ya que parte significativa del movimiento mercantil podría trasladarse hacia el norte.

Como forma de contener lo que vislumbraba como siendo una especie de «imperialismo ferroviario» argentino, Euclides proponía, entonces, la construcción del «Noroeste de Brasil», que conectaría São Paulo con Bolivia. Partiendo de Santos, el ferrocarril cruzaría el Mato Grosso y llegaría a Santa Cruz de la Sierra. Desde allí, podría conectarse con la red ferroviaria que iba a Argentina y Chile. La ferrovía brasileña podría tornar el puerto de Santos en «el puerto natural de Bolivia», por estar más cerca de Europa que de Buenos Aires. Además, ofrecía a Brasil una conexión con el Pacífico (CUNHA, 2005, p. 135).

Euclides habla, en el artículo «Martín García», sobre la disputa entre Argentina y Uruguay por la jurisdicción sobre el Río de la Plata. Como vimos, el escritor estaba familiarizado con la geografía de la región, ya que en el momento en que escribió el texto trabajaba, en el Itamaraty, en la elaboración del tratado de límites de Brasil con Uruguay. El escritor defiende la jurisdicción compartida de la Cuenca del Plata, impugnado las pretensiones argentinas de detener el control sobre el río. El pretexto para examinar la cuestión es la reseña que hace del libro «Martín García y la Jurisdicción del Plata», de Agustín de Vedia. Euclides inicia su análisis por el tratamiento

de la cuestión de la posesión de la isla Martín García, por mucho tiempo considerada de importancia estratégica para la navegación en aquella región. La pequeña isla había sido, incluso, demandada por Brasil en negociaciones sobre el *status* de la Provincia Cisplatina llevadas a cabo en los años 20, en Rio de Janeiro. En la narración de Euclides, la Argentina, para mantener el control Martín García, habría renunciado en aquel momento, a continuar compitiendo con Brasil por la incorporación de Uruguay. Se trataría de lo que evaluó como un caso de «daltonismo político» (CUNHA, 2005, p. 147). Además, creía que la posesión de la isla perdería poco a poco importancia, ya que, por fenómenos naturales, el territorio estaría propenso a «ahogarse», desapareciendo en algunos años.

El verdadero dilema a ser resuelto entre Argentina y Uruguay sería el de la jurisdicción sobre el Río de la Plata. La pretensión argentina de dominio exclusivo de la navegación en aquel área era vista por Euclides como una «quimera retardatoria» (CUNHA, 2005, p. 158), no sólo por no querer someter la disputa al arbitraje, sino también por contrastar con la postura anterior del propio Gobierno argentino, que a mediados del siglo XIX indicó como línea divisoria del río la mitad de su corriente. Euclides llama al «Gobierno crepuscular» de Juan Manuel de Rosas, según el cual Argentina no podría «alegarse título alguno, siendo comunes las aguas» (CUNHA, 2005, p. 159), y una serie de documentos y pronunciamientos de autoridades argentinas (todos descriptos por Agustín de Vedia en «páginas extraordinarias»), reconociendo la jurisdicción uruguaya sobre aguas del Plata. Citando a Domingo Sarmiento (a quien se refería como una «gloria sudamericana»), Euclides señala la necesidad de que todos los países de la región celebren acuerdo sobre la utilización de aguas comunes. En el caso del Río de la Plata, esta jurisdicción compartida habría sido siempre «norma en todos los tiempos asentada» (CUNHA, 2005, p. 161).

En el último de los artículos sobre temas internacionales presentes en *À Margem da História* –«O Primado do Pacífico»–, Euclides da Cunha trata, en lo que tal vez sea su análisis más abarcador de la geopolítica internacional, del creciente papel de Asia en la economía global. Este fenómeno estaría llevando a los Estados Unidos a despegar hacia el Pacífico lo «mejor de sus energías nacionales», ya que el Oriente ofrecería las mejores potencialidades del comercio. Esto explicaría su «expansionismo sin igual» ya que los países asiáticos constituirían no sólo una fuente de materias primas, sino también un amplio mercado consumidor de manufacturas. La construcción del canal de Panamá estaría dentro de esta lógica de penetración en el Oriente. El objetivo de los Estados Unidos (que Euclides ejemplifica con el caso de Filipinas, confirmando la misma visión que tenía del «imperialismo» de este país en Sudamérica), no sería el de colonización (en el sentido de conquista de territorios) o tutela, sino el del «primado mercantil», con vistas a crear bases que garantizaran la concreción de sus intereses comerciales. La creciente influencia norteamericana podría, de este modo, generar conflictos, un «encuentro entre dos mundos». Euclides especula que en Oriente deberá ocurrir el «embate entre de las dos razas enfrentadas [...], la forma inicial entre una lucha entre Estados Unidos y Japón» (CUNHA, 2005, p. 170). Las diversas islas en el sur del Pacífico serían escenario de dicho enfrentamiento, para el cual contribuiría el «rejuvenecimiento» japonés. El hecho de que el futuro norteamericano dependería de su «hegemonía plena» en el Pacífico terminaría llevando a un embate que «ningún arreglo político o diplomático logrará detener» (CUNHA, 2005, p. 173).

Los tres artículos de *À Margem da História* son de naturaleza dispar, pero demuestran el claro interés de Euclides por temas de política externa. Ninguno de ellos tiene relación directa con su trabajo en la cancillería brasileña ni tampoco constituyen un conjunto orgánico de textos. Resuenan, así y todo, varias de las

preocupaciones que marcaron la reflexión de Euclides sobre temas internacionales, entre ellos, la cuestión de la integración física en el continente, la rivalidad con Argentina y el ascenso de los Estados Unidos. *Viação Sul-Americana* tiene carácter propositivo y, como sería natural tratándose de un ingeniero, tiene sugerencias objetivas para el establecimiento de una red ferroviaria conectando Brasil, Bolivia, Paraguay y Argentina, bajo el pretexto de evitar que los países vecinos se tornasen cada vez más dependientes del puerto de Buenos Aires. Cabe notar que propuesta de integración similar en la región norte, representada por la construcción de la vía férrea entre Brasil y Perú (la Transacreana), es defendida por Euclides en el mismo libro. *Martín García*, por su parte, defiende los intereses uruguayos en la jurisdicción compartida de la Cuenca del Plata, objetando la pretensión argentina de tener dominio exclusivo de aquellas aguas. En ambos casos, se evidencia el temor (en un reflejo de la propia preocupación del Gobierno brasileño) con relación al ascenso de Argentina y su creciente capacidad de influenciar sobre los países vecinos. En el artículo *O Primado do Pacífico*, Euclides recurre nuevamente al análisis del fenómeno imperialista y del industrialismo estadounidense, tema que ya tratara, en artículos más cortos, en el libro *Contrastes e Confrontos*, con foco específico en sus impactos en Sudamérica.

La contribución de Euclides en el pensamiento diplomático brasileño

Euclides trabajó en el Itamaraty en la fase final de su vida, de 1904 a 1909, pero nunca fue nombrado en un cargo permanente ni tampoco tuvo, como foco central de su pensamiento, las grandes cuestiones de política internacional. Estas cuestiones están presentes en su obra en la medida en que afectan, directa o indirectamente,

sus reflexiones sobre la afirmación de la nacionalidad brasileña, pero no constituyen, –excepto, tal vez, en el libro *Peru versus Bolívia*–, un *corpus* autónomo dentro de su obra. La motivación principal del inicio de su colaboración con Rio Branco fue el deseo de viajar a la Amazonia y escribir sobre aquella región. La política internacional penetra en su obra, por lo tanto, a partir del desarrollo de sus reflexiones sobre lo que veía como las dos principales amenazas a la soberanía brasileña: la desconfianza de los países vecinos y la disputa inter imperialista en Sudamérica.

A pesar de este carácter subsidiario en su producción intelectual, los textos de Euclides sobre la política externa de la Primera República contienen formulaciones originales para la época y articulan una visión estratégica de lo que debería ser la presencia de Brasil en el escenario sudamericano. Entre sus preocupaciones, sobresalen la necesidad de medidas efectivas para integrar la Amazonia al territorio brasileño y la promoción del desarrollo económico. Esta sería la única manera de contrarrestar la codicia de potencias extranjeras sobre territorios y mercados en Sudamérica. Su visión pesimista de mayor aproximación política entre los países sudamericanos era atenuada por la defensa de mayor integración física y económica, tal como articulado, de manera original, en su artículo *Viação Sul-Americana*, en el cual propugnó por el establecimiento de una red ferroviaria que conectara puertos en el Atlántico y en el Pacífico.

Euclides analizó varios fenómenos internacionales teniendo en cuenta elementos como clima, raza y geografía, como un reflejo de su formación intelectual en el campo de las ciencias naturales y exactas. Por consiguiente, debemos situar su obra en la época en que fue escrita (en que la definición de la identidad brasileña, incluso la cuestión racial, era un tema pendiente), y, además, tener en cuenta la particular y problemática interacción que existe, en su pensamiento, entre literatura y ciencia. En su cargo en la cancillería

brasileña, Euclides fue observador y comentarista, en posición privilegiada, de los acontecimientos internacionales de la primera década del siglo XX, dejando, como legado, una serie de textos que, a pesar de su falta de organización, reflejan las principales preocupaciones del estado brasileño de la época: la defensa de la soberanía, la preservación de su integridad territorial por medio de la solución negociada de litigios fronterizos y la articulación de una visión realista y pragmática del escenario internacional de la época, marcado por la delimitación de nuestras fronteras y por la búsqueda de alianza estratégica con Estados Unidos. En la articulación de estas ideas, se mostró fiel defensor de la política de Rio Branco y uno de los intelectuales brasileños que mejor representaron dilema común a la *intelligentsia* de la época: servir al Estado, buscando, al mismo tiempo, mantener la independencia y la coherencia de su pensamiento.

Bibliografía

ARINOS FILHO, Afonso. «Euclides da Cunha e o Itamarati». In: *Revista Brasileira*, Fase VII, Ano XVI, n. 61, oct-nov. 2009.

BARRETO DE SANTANA, José Carlos. «Euclides da Cunha e a Amazônia: visão mediada pela ciência». In: *História, Ciências, Saúde*, Manguinhos, vol. VI, 2000.

BUENO, Clodoaldo. *A Política Externa da Primeira República:* os anos de apogeu (1902 a 1918). São Paulo: Paz e Terra, 2003.

CARDIM, Carlos Henrique. *A Raiz das Coisas – Rui Barbosa:* o Brasil no Mundo. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira, 2007.

CUETO, Marcos e LERNER, Adrián. *Indiferencias, tensiones y hechizos*: medio siglo de relaciones diplomáticas entre Perú y Brasil. Embajada de Brasil en Perú/Instituto de Estudios Peruanos, 2012.

CUNHA, Euclides. *À Margem da História*. Rio de Janeiro: Academia Brasileira de Letras, 2005.

_____. *Contrastes e Confrontos*. São Paulo: Cultrix/Instituto Nacional do Livro, 1975.

_____. *Obras completas*. 2v. Rio de Janeiro: Nova Aguilar, 1995.

FREYRE, Gilberto. «Euclides da Cunha – Revelador da Realidade Brasileira». In: *Obras completas*. v. 1. Rio de Janeiro: Nova Aguilar, 1995, p. 17-32.

GALVÃO, Walnice Nogueira; Galotti, Oswaldo (Org.). *Correspondência de Euclides da Cunha*. São Paulo: Edusp, 1997.

LIMA, Luiz Costa. *Euclides da Cunha – contrastes e confrontos do Brasil*. Rio de Janeiro: Contraponto/Petrobras, 2000.

LINS, Álvaro. *Rio Branco*. São Paulo: FUNAG/Alfa-Ômega, 1996.

SEVCENKO, Nicolau. *Literatura como missão: tensões sociais e criação cultural na Primeira República*. São Paulo: Brasiliense, 1999.

SKIDMORE, Thomas. *Preto no branco – Raça e nacionalidade no pensamento brasileiro.* São Paulo: Companhia das Letras, 2012.

SODRÉ, Nelson Werneck. «Revisão de Euclides da Cunha». In: *Obras Completas*. Rio de Janeiro: Nova Aguilar, 1995, v. 2, p. 11-59.

TOCANTINS, Leandro. *Euclides da Cunha e o Paraíso Perdido*. Rio de Janeiro: Record, 1968.

VENÂNCIO FILHO, Alberto. «O Barão do Rio Branco e Euclides da Cunha». In: CARDIM, Carlos Henrique; ALMINO, João (Org.). *Rio Branco – a América do Sul e a Modernização do Brasil*. Rio de Janeiro: EMC, 2002.

VENÂNCIO FILHO, Francisco. *Rio Branco e Euclides da Cunha*. Rio de Janeiro: Ministério das Relações Exteriores/Imprensa Nacional, 1946.

_____. «Estudo biográfico». In: *Obras completas*. v. 1. Rio de Janeiro: Nova Aguilar, 1995, p. 33-54.

VENTURA, Roberto. *Retrato interrompido da vida de Euclides da Cunha*. In: Carvalho, Mário César; Santana, José Carlos Barreto de (Org). São Paulo: Companhia das Letras, 2003.

_____. *Folha explica Os Sertões*. São Paulo: Publifolha, 2002.

Sugerencias de lecturas adicionales

ANDRADE, Olímpio de Souza. *História e interpretação de «Os Sertões»*. Rio de Janeiro: Academia Brasileira de Letras, 2002.

FREYRE, Gilberto. *Perfil de Euclides da Cunha e outros perfis*. Rio de Janeiro: Livraria José Olympio Editora, 1944.

SANTANA, José Carlos Barreto de. *Ciência e arte: Euclides da Cunha e as Ciências Naturais*. São Paulo: Hucitec; Feira de Santana: Universidade Estadual de Feira de Santana, 2001.

VENTURA, Roberto. «Memória Seletiva – À Frente da História». In: *Cadernos de Literatura Brasileira*, nos. 13 e 14. São Paulo: Instituto Moreira Salles, 2002.

Manoel de Oliveira Lima

Nació en Recife, el 25 de diciembre de 1867. Hijo de comerciante portugués, a los seis años se trasladó junto con la familia a Lisboa, donde realizó los estudios secundarios en la escuela de los lazaristas franceses y se licenció en la Facultad de Letras. Recibió la influencia de la intelectualidad portuguesa de fin de siglo y desde la juventud se inició en la actividad periodística y en la investigación historiográfica. Volvió por primera vez al país natal en 1890, al ingresar en la carrera diplomática como agregado de la Legación en Lisboa. Sirvió como secretario de Legación en Berlín, Washington y Londres, entre 1891 y 1900, periodo en el que consolida su trayectoria en los medios intelectuales brasileños, convirtiéndose en socio corresponsal del Instituto Histórico y Geográfico, y miembro de la Academia Brasileña de Letras. Sirvió como jefe de Legación en Tokio, entre 1901 y 1902, y fue trasladado al final de este año a Lima, puesto que nunca llegó a asumir, permaneciendo en disponibilidad informal en Rio de Janeiro, entre 1903 y 1904,

cuando inició conflicto público con Rio Branco. Fue transferido a Caracas y Bruselas concurrente con Estocolmo, entre 1904 y 1913, retirándose del servicio diplomático este año. Vivió un periodo en Londres y, entre 1916 y 1920, residió en Pernambuco. Este último año, se mudó definitivamente a Washington, luego de concluir una negociación con la Universidad Católica de América para transferencia y resguardo de su monumental biblioteca. Falleció el día 24 de marzo de 1928.

Manoel de Oliveira Lima: la reforma del servicio diplomático

Helder Gordim da Silveira

En Oliveira Lima, lo que se pueda llamar pensamiento diplomático es una de las expresiones de vasta producción intelectual dotada de múltiples facetas. Faceta de historiador, de diplomático, de periodista, de profesor, de coleccionador, de viajante, sin que se pueda afirmar que una sobresaliera de las demás, apareciendo siempre en cada una, el «singular y plural» pernambucano, y al mismo tiempo brasileño, americano, europeo, en sus influencias y posicionamientos.

Difícil inclinarse, aunque limitadamente, sobre cualquier aspecto de esta obra y de la figura individual de Oliveira Lima sin evocar la imagen del «Don Quijote gordo», consagrada por el amigo y, en ciertos sentidos discípulo, Gilberto Freyre. Es el sociólogo de Recife que afirma haber sido coterráneo

> *como individuo, diferente, de sus compatriotas y de sus compañeros de generación [...]. A veces, un cuerpo extraño entre ellos: un inmenso cuerpo extraño [...], singular, casi único, en tantos aspectos de la personalidad que, sin embargo,*

> *se afirmó en actividades diversas y hasta contradictorias (FREYRE, 1968, p. 37).*

Polémico y polemista, coleccionó roces y antipatías, en variadas esferas de su actividad política e intelectual, a lo largo de su vida e incluso luego de su muerte. Como diplomático, vivió prácticamente la mitad de la carrera «bajo la sombra» del gran Barón de Rio Branco (ALMEIDA, 2009, p. 97), que será tal vez, el más importante de los molinos de viento de D. Quijote de Paramirim.

Por lo tanto, es particularmente difícil, tratándose de Oliveira Lima, percibir la dimensión y los límites del pensamiento del diplomático en lo relacionado a lo que consideraba como una reforma necesaria en la estructura y en el funcionamiento del Ministerio, como también en el sentido primordial de la política externa brasileña, si tomamos su tesis independientemente de su trayectoria y de sus posiciones (contradictorias y conflictivas) en las esferas política y cultural en que actúa y se sitúa. Tomando, así, como fundamento a sus biógrafos y analistas clásicos (FREYRE, 1968; GOUVÊA, 1976; LIMA SOBRINHO, 1971) y contemporáneos (FORSTER, 2011; MALATIAN, 2001), propondremos, sin pretensiones de innovación, un examen de su visión sobre la reforma en el Itamaraty de su época, necesariamente como parte de un *pensamiento diplomático* más amplio y singular en su generación.

El niño pernambucano y el hombre europeo

Manoel de Oliveira Lima es el hijo menor de Luiz de Oliveira Lima, natural de la ciudad de Porto y comerciante exitoso radicado en Recife desde 1834, y de Maria Benedita de Miranda Lima, oriunda de familia pernambucana tradicional ligada al latifundio azucarero, sector económico en evidente decadencia en las décadas finales del siglo XIX. En 1873, Manoel, entonces con seis años de edad, se

muda junto a sus padres a Lisboa, donde el comerciante portugués de Recife, también por motivos de salud, pretendía disfrutar de la sólida y bien ganada fortuna que había acumulado en Brasil. Permanecieron en Pernambuco el hermano mayor, Luiz, y las dos hermanas, Amália y Maria Benedita, apodada Shiná, casándose ésta última, que era más próxima a Manoel, con el diplomático Pedro de Araújo Beltrão, que prestó servicio, inicialmente, en Londres, como secretario de Legación, siendo un contacto importante para la opción de Oliveira Lima por la *carrera*.

Con la llegada de la República en Brasil, Oliveira Lima, que en breve sería un aclamado historiador en los medios intelectuales brasileños, entonces con 22 años, se encontraba prestando servicio en carácter extraordinario en la Legación brasileña en Lisboa, a la cual muy precoz frecuentó desde la adolescencia. Profesaba entonces el joven intelectual luso-brasileño vigorosa simpatía por el ideario republicano, condimentado con alguna influencia comtiana (que, además, no sería profunda ni duradera), oriunda de algunos de sus profesores en la Facultad de Letras de Lisboa en que se graduó, luego de los estudios fundamentales realizados en el colegio de los padres Lazaristas franceses. Presta desde allí informaciones al Gobierno Provisional sobre la recepción política y periodística de la joven república en Portugal y en Europa, y organiza campaña de respuesta a los ataques que el nuevo régimen brasileño sufría, particularmente perpetrados por la prensa monárquica portuguesa.

Estudiante dedicado y amante de los libros desde la temprana adolescencia (para lo que fue, según él mismo, decisiva la influencia del padre, de formación autodidacta refinada, pese a la dedicación intensa de toda la vida a la actividad comercial), Oliveira Lima entró en contacto con figuras eminentes de la intelectualidad portuguesa de fin de siglo, de quien recibió las influencias más sobresalientes, particularmente en el ámbito de la Facultad de Letras, tales como Jaime Moniz, Adolfo Coelho, Vasconcelos Abreu, Pinheiro Chagas,

Teófilo Braga y de generaciones anteriores, como Alexandre Herculano. Se inició precozmente en el periodismo de la época, en la redacción de *O Repórter*, donde hizo contacto con Oliveira Martins. Desde los quince años hacía ediciones en el *Correio do Brasil*, órgano por el cual expresaba sus interés intelectual por la tierra natal y su conexión afectiva con Pernambuco, ciertamente alimentados por el ambiente doméstico en Lisboa (la casa de los Lima era punto de encuentro y recepción de brasileños en Portugal y los padres preservaban hábitos cotidianos que tornaban vivos, tal vez, los recuerdos de la infancia en Recife). A lo largo de esta primera juventud, Manoel de Oliveira Lima igualmente colaboraba permanentemente con el *Jornal do Recife*, en el que publicaba impresiones de viajes de vacaciones por las capitales europeas, particularmente Londres, desde siempre la preferida, y París, además de análisis del panorama político europeo y fundamentalmente de eventos culturales en el Viejo Mundo, y eventualmente, exámenes de cuestiones domésticas brasileñas en dichas esferas. Los viajes de la juventud y la frecuencia en la Legación en Lisboa son marcadas igualmente por los contactos con figuras eminentes de la intelectualidad y la diplomacia brasileña, destacándose, en esta fase, Eduardo Prado, de quien se tornó amigo, Carvalho Borges y el Barón de Penedo, cuya residencia frecuentaba durante sus estadías en Londres.

En 1890, año de la muerte de su padre, retornó por primera vez a Brasil para negociar su nombramiento definitivo en el servicio diplomático, un deseo alimentado desde hacía mucho y ahora fuertemente anclado en su profesión de fe republicana, en la reciente actuación en defensa del nuevo régimen desde la Legación en Lisboa, como también en los contactos indicados por el cuñado diplomático Araújo Beltrão y por otros amigos de la familia, de algún modo integrados al régimen recién instalado. Fue personalmente a Rio de Janeiro para efectuar los trámites necesarios para el deseado nombramiento, obteniendo entrevistas decisivas con el presidente

Deodoro, el vice Floriano y el ministro de Exteriores, Quintino Bocaiúva. Sobre estos encuentros con los próceres de la República infante, Oliveira Lima dijo en sus Memorias:

> *a Deodoro le gustaba sentarse en un gran sillón hamaca de la sala de cena del viejo Itamaraty de antes de la italianización por el comendador Betti, y lo que tenía para decir, le gustaba hacerlo* coram populo*, lo que no pasaba con Floriano y este pormenor da la nota de la diferencia de temperamentos (apud GOUVÊA, 1976, p. 172).*

Sobre Floriano, a quien fue presentado por el mariscal Pires Ferreira, diría que «fue amabilísimo conmigo: me habló sobre mis *servicios a la República*, como también a los mismos se refirió Quintino Bocaiúva cuando lo visité en su chalé en Cupertino». Al ministro (contacto decisivo para el nombramiento) Oliveira Lima había sido presentado por el Conde de São Salvador de Matosinhos, amigo de la familia y propietario del periódico *O Paiz*, entonces fuertemente relacionado a los intereses de la colonia portuguesa en Río. Sobre estos *demarches* para su nombramiento, recordaba, finalmente, Oliveira Lima:

> *el hecho es que yo había ganado mis espuelas de caballero de la república y cuando más tarde, delante de las desobediencias de esta dama, dije en voz alta lo que muchos decían por lo bajo, es decir, que la monarquía era mejor, Pinheiro Machado, que era intransigente como Robespierre pero no incorruptible como él, se refirió a mí como* nuestro compañero, el que nos abandonó *(apud GOUVÊA, 1976, p. 173. Letra cursiva en el original).*

Así, el día 10 de noviembre de 1890, se firmó el acto de nombramiento de Oliveira Lima a cargo del agregado de primera clase de la Legación de Brasil en Lisboa, entonces bajo el mando de José Coelho Gomes. Antes de volver a Europa para asumir el

cargo al que aspiraba desde la adolescencia, Oliveira Lima pasó una primera temporada en su tierra natal, cuando conoció a Flora Cavalcanti de Albuquerque, de familia tradicional ligada al latifundio azucarero, como su madre, y que entonces, a los 27 años, ejercía el magisterio en una escuela privada en Recife (algo fuera de lo común para mujeres de su clase social) de propiedad de la ex gobernanta de su casa paterna, la dama inglesa Mrs. Rawllinson, entonces su amiga próxima y con quien aprendió, además de los hábitos de comportamiento social en la primera infancia, un sólido inglés con acento británico que cargaría toda su vida. La practicante católica, Flora, le confesó, muchos años más tarde, al amigo de la familia y coterráneo Gilberto Freyre, que sólo sabía rezar en inglés (FREYRE, 1944, p. 82). El autor de *Casa Grande e Senzala* señaló que Doña Flora «parecía que había nacido y se había creado para ser esposa de embajador [...]. Su aire, sus modales, su elegancia de hidalga un tanto a la inglesa (que no perjudicaba la dulzura brasileña) eran el aire, los modales y la elegancia de una esposa de embajador» y que «no se imagina Oliveira Lima sin la colaboración de Doña Flora, que era para él más que preciosa: esencial. Completaba al Don Quijote» (FREYRE, 1944, p. 82-83). Algún tiempo después, en octubre de 1891, Manoel, en Europa, se casó por poderes con Flora, que fue esposa y compañera durante toda la vida, de personalidad femenina activa (MALATIAN, 2004), de sus muchas actividades (y batallas) intelectuales y político-diplomáticas.

Las experiencias formadoras de un pensamiento diplomático singular

Como diplomático en Lisboa, Oliveira Lima consolidó su ya asentado círculo de relaciones en los medios intelectuales y periodísticos portugueses y amplió sus contactos con muchos

representantes de la intelectualidad brasileña, además de diversificar su colaboración con varios periódicos importantes del país, en Recife y en Rio de Janeiro. Sin embargo, la hostilidad de los medios diplomáticos de la monarquía portuguesa para con el nuevo régimen brasileño, asociada al enfrentamiento con la secretaría de exteriores portuguesa, bajo el mando del Conde de Valbom, en que se involucró su cuñado, Araújo Beltrão (que fue nombrado primer ministro plenipotenciario de la República en Lisboa) determinaron su traslado, ya promovido a segundo secretario, a Berlín, en abril de 1892.

Asumiendo en el nuevo puesto en junio de este mismo año, bajo el mando del Barón de Itajubá, Oliveira Lima permaneció en la capital del Imperio alemán hasta 1895, periodo en que el diplomático-historiador se proyectó de forma definitiva en el medio intelectual brasileño. Un marco en esta trayectoria fue la publicación, en 1894, del primer libro, *Pernambuco –Seu Desenvolvimento Histórico*, en Leipzig–. La obra, que denotaba fuerte influencia de los maestros de la historiografía alemana, con los cuales el autor estaba familiarizado desde la época de la Facultad de Letras, recibió elogios unánimes en los círculos intelectuales brasileños, destacándose en este sentido las apreciaciones positivas de Capistrano de Abreu y José Veríssimo.

En julio de 1895, antes de ser transferido a Washington con nuevo ascenso en el cargo, Oliveira Lima goza de unas breves vacaciones en Pernambuco. De vuelta a su tierra, como siempre renueva y estrecha contactos en los medios intelectuales y políticos, llegando incluso a rechazar invitación del entonces gobernador, Barbosa Lima, de quien se hizo amigo y corresponsal, para candidatearse como diputado federal por el partido gobiernista. Sobre el episodio, recordaría años después el diplomático-historiador:

> *en 1895 resistí a la tentación política que más o menos todos nutren [...] y preferí continuar en la carrera diplomática,*

> *para lo que contribuyó el amparo benévolo que en Río se me otorgó de parte de Carlos Carvalho, sin dudas el titular más competente que ha tenido la secretaría de Exteriores del nuevo régimen, superior a Rio Branco si no en lo servicios efectivamente prestados en lo relacionado a la delimitación del país, por lo menos en la asiduidad, en la diligencia mantenida e ininterrumpida prestada a los asuntos de su departamento, en el método de trabajo que supo imprimir en el personal dependiente de su acción, en la aptitud jurídica para abordar los problemas internacionales sin perder de vista el aspecto político (apud GOUVÊA, 1976, p. 259).*

Más que el elogio a Carlos Carvalho, este extracto de las *Memórias* es de algún modo aclaratorio del tipo de crítica que Oliveira Lima le haría a Rio Branco, para además de las cuestiones personales y funcionales que hicieron deteriorar las relaciones entre ambos. A fines del siglo XIX, parecía ya sedimentado en el diplomático pernambucano una concepción moderna y modernizadora de la diplomacia y del servicio diplomático (en una era de sistemas imperialistas en choque y expansión neocolonial) fundada en la promoción sistemática y profesional del comercio y en la igualmente continuada divulgación científica y cultural del país –para lo que la influencia alemana y la presencia profesional en la capital del imperio germánico, entonces en pleno esplendor, fueron decisivas en muchos sentidos, incluso en el plano de las bases filosóficas de su pensamiento–.

Ascendido a primer secretario a principios de 1896, Oliveira Lima fue transferido a la Legación en Washington, entonces bajo la dirigencia de Salvador de Mendonça, republicano histórico con quien desarrolló sólidos lazos de amistad y de admiración moral e intelectual, además recíprocas, que perdurarían hasta la muerte de este diplomático. Américo Jacobina Lacombe señaló como «casi religiosa» esta admiración y que el hecho de que Salvador de

Mendonça haya sido trasferido al cuadro diplomático recién en 1889 (por necesidad urgente que tenía la nueva República de mudar la representación en Washington en vista al I Congreso Interamericano que allí se realizaría), luego de desarrollar un provechoso trabajo de propaganda brasileña y de creación de una red importante de contactos como cónsul general en Nueva York, habría tornado a Oliveira Lima, desde entonces, «un campeón de la fusión de las carreras, generando roces y levantando mala voluntad» (LACOMBE, 1968, p. 6). Volveremos a este punto más adelante.

Desde el puesto en la capital norteamericana, Oliveira Lima pasó a colaborar asiduamente en la *Revista Brasileira*, periódico bajo la dirección de José Veríssimo y en torno de cuyos fundadores sería creada la Academia Brasileña de Letras. El diplomático-historiador se aproximó a este círculo intelectual durante su estadía de pocos meses en Rio durante la referida licencia de 1895, cuando igualmente asumió como socio corresponsal del Instituto Histórico y Geográfico Brasileño (IHGB). Data de esta época el estrechamiento de relaciones y la sistematización de contactos por correspondencia con Machado de Assis (MALATIAN, 1999) y demás frecuentadores del círculo de la *Revista Brasileira*. Igualmente en este periodo en Washington se consolida la carrera periodística del ya renombrado historiador y diplomático pernambucano, destacándose las colaboraciones frecuentes en la *Revista de Portugal* y en los diarios cariocas *Jornal do Brasil* y *Jornal do Comércio*.

En 1896, apareció el segundo libro, *Aspectos da Literatura Colonial Brasileira,* que fue parcialmente publicado en la *Revista Brasileira*. La crítica en general fue positiva, aunque ya no con la unanimidad que se vio en la primera obra historiográfica de Oliveira Lima.

Al año siguiente, se fundó la Academia Brasileña de Letras, con treinta miembros iniciales, los cuales debían elegir a diez más. Entre ellos estaba Oliveira Lima, entonces con 29 años de edad,

venciendo, en la elección para ocupar la silla número 39, figuras del porte del Barón de Rio Branco y de Assis Brasil, futuros enemigos. En el grupo complementario electo figuraban, además de Oliveira Lima, Salvador de Mendonça, Domício da Gama y Clóvis Bevilacqua.

En 1899, apareció el primer libro de impresiones de viaje, *Nos Estados Unidos*, impreso igualmente en Leipzig y también parcialmente publicado en la *Revista Brasileira*. Este año, llegaría al clímax la deterioración de las relaciones entre Oliveira Lima y Assis Brasil, nuevo jefe de la Legación en Washington que sustituyó al amigo, admirado *casi religiosamente*, Salvador de Mendonça, alejado del puesto, según el juicio del diplomático pernambucano, por enredos políticos en Rio de Janeiro, luego de 20 años de servicio consular-diplomático en Estados Unidos. Oliveira Lima, además, criticó desde el principio al nuevo jefe *gaúcho*, al cual veía como evidentemente incompetente para las funciones diplomáticas, ya sea por la superficialidad de la formación intelectual, en la cual destacaba el desconocimiento de inglés, o por lo que veía como poco afecto al trabajo cotidiano. El conflicto profesional entre jefe y primer secretario termina afectando el ámbito personal y familiar (aunque hay quien crea que los hechos se dieron en sentido contrario) con las respectivas esposas alejándose de forma irreconciliable, lo que tendría finalmente llevado a Assis Brasil a solicitar radicalmente la remoción del subordinado, o de él mismo, de la legación americana. El viejo Vizconde de Cabo Frio, entonces dominador de la Secretaría de Estado, le sugirió irónicamente al ministro Olinto de Magalhães que fueran transferidas las esposas. A finales del año, así, Oliveira Lima fue transferido a Londres, lo que pareció, para ambos enemigos, más un premio que un castigo, habiendo Assis Brasil oficiado al Ministerio, acusando al secretario transferido de desidia en el trabajo y abandono del cargo, lo que resultó en advertencia formal.

A inicios de 1900, Oliveira Lima asumió las nuevas funciones en Londres, en la Legación dirigida por Souza Corrêa, principiando entonces el joven diplomático a ostentar en torno a sí mismo cierta imagen, establecida fundamentalmente por las voces crecientes de antipatías comandadas por Assis Brasil, de que era un subordinado a disgusto con la disciplina característica de la función. En las *Memórias*, Oliveira Lima relata haber sido recibido con frialdad por el nuevo jefe, estando éste ya envenenado por enredos de su predecesor, que lo tendría calificado como «secretario que se creía un literato».

Sin embargo, el fallecimiento de Souza Corrêa, en marzo de este año, llevó al primer secretario a asumir, en prolongada interinidad, como Encargado de Negocios en Londres, puesto de primera grandeza en el servicio, lo que debe haber provocado incomodidad en los enemigos, ya que Oliveira Lima contaba entonces con apenas nueve años de Itamaraty y 33 años de edad. En la condición de jefe interino de la Legación, el diplomático pernambucano representó a Brasil en los funerales de la reina Victoria, cuyo fallecimiento, según él, marcó el atraso del poder internacional de Inglaterra. Es igualmente en esta condición de jefatura interina que el diplomático-historiador encaminó las negociaciones iniciales y recibió a la Misión Especial para la cuestión de la Guayana Inglesa, dirigida por el coterráneo Joaquim Nabuco, que retornaba a la vida pública de la mano del presidente Campos Sales. Los rápidos desentendimientos con Graça Aranha y con el grupo de trabajo de la Misión, aunque limitados a algunos incidentes, contribuyeron con la consolidación de la imagen pública del diplomático-historiador, aunque ya había consolidado una excelente relación personal con Nabuco, de quien se tornaría corresponsal asiduo hasta la ruptura entre ambos, lo que fue bastante traumático para Oliveira Lima, dada la profunda admiración que tenía por el coterráneo ilustre.

De vuelta cerca de los Arquivos europeos, especialmente del Museo Británico, Oliveira Lima complementa la investigación de trabajos que estaban siendo realizados, algunos casi concluidos, haciendo, publicar, más tarde, en la revista del Instituto Histórico y Geográfico Brasileño, una excelente guía de investigación para manuscritos portugueses y brasileños resguardados en dicha institución. La breve presencia en Europa, termina a fines de 1900, con el nombramiento de Joaquim Nabuco en la jefatura de la legación en Londres y la transferencia de Oliveira Lima a Tokio, en la condición efectiva de jefe de la Legación, como Encargado de Negocios. El regreso al Viejo Continente, o al menos la transferencia para una legación de primera importancia en las Américas, se tornó, entonces, un objetivo en la *carrera* sistemáticamente perseguido por Oliveira Lima.

Durante el periodo en Oriente –cuando produjo el libro de impresiones *No Japão* (ABREU, 2006)– aparece *O Reconhecimento do Império – História Diplomática do Brasil*, en 1901, en que condena al célebre «pago» por parte del Imperio, del cual discordaba el historiador Rio Branco. En el campo diplomático, según el entendimiento de Américo Jacobina Lacombe, «el filósofo e historiador se reveló [en Japón] un hombre práctico como pocos lo fueron» (LACOMBE, 1968, p. 8). De hecho, los dos estudios sobre las relaciones con Japón, que Oliveira Lima incluiría en la polémica compilación *Cousas Diplomáticas*, son clásicos ejemplos del sentido predominantemente económico que el autor entendía que debía presidir sobre la actividad diplomática moderna. De cierto modo, la presencia en Japón occidentalizado e imperialista de la era *Meiji* reforzaba en Oliveira Lima la concepción pragmática y comercial de una diplomacia positiva, la cual delineó por lo menos desde que estaba en Berlín.

Siempre deseoso de volver a Europa, Oliveira Lima tenía buenas expectativas de la sucesión presidencial en 1902 y los anunciados

cambios en el Ministerio de Exteriores. En este sentido, recibió con optimismo la noticia del nombramiento de Rio Branco, con quien intercambiaba, desde la juventud en Lisboa, correspondencia personal, para dirigir al Ministerio en el gobierno Rodrigues Alves. Esperaba, fundamentalmente, que el antiguo compañero, colega historiador y nuevo ministro considerara su transferencia a Perú, promovido a Enviado Extraordinario y ministro plenipotenciario, por Olinto de Magalhães, publicada en noviembre de este año. Según las palabras de su mayor biógrafo, aquel puesto le parecía a Oliveira Lima «una pesadilla» (GOUVÊA, 1976, p. 525).

La misión peruana nunca asumida y la guerra con Rio Branco

Rio Branco no sólo confirmó el traslado, sino que, según parece, contó con Oliveira Lima para, en calidad de ministro en Perú, participar decisivamente en las negociaciones en torno a la cuestión de Acre, como era sabido de máxima importancia y urgencia para el Barón. En este sentido, desde enero de 1903, el nuevo canciller pasa a telegrafiar para su ministro en Lima aún en Japón, solicitando presentarse en Rio de Janeiro lo antes posible para recibir instrucciones relativas a las graves negociaciones linderas en curso.

Sin embargo, los Lima dejan Tokio poco después, en marzo de este año, para un largo viaje a Rio, por Europa. Alegando problemas de salud –los cuales, desde Italia, donde se encontraban, Joaquim Nabuco declaró al Barón (GOUVÊA, 1976, p. 525-6) que eran verdaderos– y cuestiones familiares por resolver, Oliveira Lima respondió vagamente a su superior que brevemente, a mediados de año, podría retornar a Brasil, lo que provocó el famoso ultimátum telegráfico del ministro:

> *ya han pasado cuatro meses y no sé cuándo Vuestra Excelencia podrá estar en el puesto que le fue designado o si podrá llegar a tiempo para intervenir en las graves cuestiones pendientes cuya negociación comenzará en breve [...]. Por lo tanto, le ruego que declare por telégrafo si su estado de salud u otras razones no le permiten acudir al apelo del Gobierno, para que éste pueda providenciar con urgencia enviando ya desde aquí a otro ministro y debo advertir a Vuestra Excelencia que de no ser ésta misión, el Gobierno no tendrá, por lo pronto, otra en la que pueda utilizar sus servicios (apud GOUVÊA, 1976, p. 530).*

Vale la pena reproducir, en este punto, las ponderaciones del gran biógrafo:

> *como Ministro de Estado, y ante la gravedad de la situación internacional, Rio Branco tenía motivos de sobra para proceder con aquella interpelación [...]. Por su parte, incapaz por temperamento de aceptar la disciplina y las contrariedades impuestas por el servicio público, el telegrama del Ministro provocó en Oliveira Lima un impacto que él jamás consiguió superar. Sin exagerar, se puede afirmar que sus sentimientos se alteraron a partir de la interpelación de Rio Branco: un Oliveira Lima indignado, a la defensiva ante el Barón, un hombre propenso a las críticas ásperas, negativas, comenzó desde entonces a tomar el lugar del intelectual independiente más optimista.*

Y sigue: «Oliveira Lima se creyó golpeado en su amor propio, y al no estar preparado para recibir órdenes, de ser parte de una corporación [...] exacerbó sus arrebatamientos de independencia, transformándole desde entonces en un hombre en cierto modo difícil» (apud GOUVÊA, 1976, p. 531).

Descontada, tal vez, la relativa exageración de la importancia del episodio telegráfico en sí, lo cierto es que la Misión peruana (que no sería asumida) representó un punto de inflexión profundamente negativo en la carrera y sobresaliente, seguramente, si no para el pensamiento del intelectual-diplomático, para la forma con que este pensamiento pasó a expresarse, como también para las razones de los enemigos que se multiplicaron. Tal vez se pueda afirmar que la «misión peruana» en Rio de Janeiro, a lo largo de 1903 y 1904, en la que Oliveira Lima estuvo al mismo tiempo presente y al margen del escenario que consagró a Rio Branco en la política nacional, haya sido uno de los principales condicionantes del conjunto de acciones y expresiones discursivas que serían relacionadas a la imagen futura del Don Quijote de Parnamirim.

De hecho, el Barón adopta una postura que coloca a Oliveira Lima en una situación funcional y política a lo mejor, embarazosa: recibe «amigablemente» en Rio a su ministro en Lima, sin darle, aún, orden o instrucción alguna para asumir el puesto y, principalmente, participar de las negociaciones en torno a la grave y *mediática* cuestión acreana, para las que solicita la ayuda del archienemigo Assis Brasil, para aún más incomodidad del diplomático-historiador y, nunca está de más recordar, de su siempre presente esposa.

Por lo tanto, es imposible disociar de este contexto original las críticas públicas que Oliveira Lima pasó a hacer a la política del Barón al frente del Ministerio y a su propia *carrera*, aunque parezcan éstas siempre difíciles por su profunda formación intelectual y por la significativa experiencia profesional de la cual disponía. Se distinguieron, en este sentido, los tres artículos que publicó, entre agosto y septiembre de 1903, en la primera página del oposicionista *Correio da Manhã*, por invitación de su director, Edmundo Bittencourt, titulados *Reforma Diplomática*, que fueron, luego, incorporados a la compilación, no menos polémica, *Cousas Diplomáticas*. Volveremos a este punto.

A la par de la delicada e incómoda situación funcional en Rio de Janeiro, Oliveira Lima aprovechó su nueva estadía en la capital de la República para intensificar acciones y contactos en la esfera intelectual. Adelantó la investigación del *Dom João VI no Brasil* en la Biblioteca Nacional y, finalmente, asumió en la Academia Brasileña de Letras. En la ceremonia en el Gabinete Portugués de Lectura, ofreció un provocativo discurso de apología al también diplomático e historiador Francisco Adolfo de Varnhagen, a quien eligió como patrono (ALMEIDA, 2009, p. 101-102), en el cual de muchos modos reafirma las críticas a la carrera que venía haciendo por la prensa e incluso a la propia actuación del canciller brasileño. Seguramente la ausencia más sentida por Oliveira Lima en la ceremonia fue la del Barón de Rio Branco. A juzgar por los códigos de sociabilidad y de reconocimiento que se entrecruzaban en las esferas políticas e intelectuales de la república, tuvo razón el diplomático pernambucano en interpretar la ausencia notable como señal de error de su alejamiento del círculo central del poder en el Ministerio.

Poco después, en agosto de 1904, Oliveira Lima recibió la designación para el nuevo puesto, como enviado extraordinario y ministro plenipotenciario en Venezuela. Como ya esperaba la transferencia a una Legación americana que consideraba aún de menor importancia que aquella de Perú, Oliveira Lima, según su correspondencia con el entonces amigo Nabuco, consideró seriamente negarse a asumir el nuevo puesto y ser colocado formalmente en disponibilidad, pasando a residir en Londres. Las ponderaciones del coterráneo y el gesto con algunas ventajas funcionales, como también el nombramiento, como secretario en Caracas, de su amigo íntimo, Luiz Lorena Ferreira, parecen haber contribuido con la reconsideración de Oliveira Lima, cerrándose así «el caso de lo que será uno de los más largos y tormentosos tránsitos de puesto de jefe en nuestra historia diplomática» (FORSTER, 2011, p. 40-41).

Los artículos en el Correio da Manhã y en el Cousas Diplomáticas – visiones de la Reforma a la sombra del Barón

Los analistas están generalmente de acuerdo al considerar las propuestas de Oliveira Lima de reforma en el servicio diplomático (expuestas en los referidos tres artículos del *Correio da Manhã*, en 1903, y más tarde, en 1908, reunidos con otros textos bajo el título *Cousas Diplomáticas*) como polémicas y contundentes para la época y, fundamentalmente, ante la situación funcional en que se encontraba el autor en 1903 y frente a su conflicto con Rio Branco que llegó a ser notorio de allí en adelante; pero, vistas desde una perspectiva histórica, constituyen un conjunto de críticas y sugerencias realistas y consistentes, en la estera del proceso de modernización que sufriría en breve el Itamaraty, aún bajo el mando del propio Rio Branco (ALMEIDA, 2009; FORSTER, 2011; LACOMBE, 1968; GOUVÊA, 1976).

Es así que Maria Theresa Forster argumenta: «sus ideas, muchas de ellas pertinentes y promisoras para la modernización de la estructura del Ministerio podrían perfectamente haber sido aprovechadas si no hubiesen sido lanzadas de forma tan inoportuna» (FORSTER, 2011, p. 157-158). Américo Jacobina Lacombe fue en la misma dirección cuando afirmó:

> *puede ser que en la época en que apareció* [Cousas Diplomáticas] *hubiera provocado irritación oculta de los tercos y rutinarios, pero la verdad es que hoy nos hace reír, porque los males que él apunta son exactamente aquellos que los responsables por esta casa [el Itamaraty] vienen combatiendo y venciendo con frecuencia (LACOMBE, 1968, p. 16-17).*

En esta perspectiva, la concepción de Oliveira Lima en lo que tiene que ver con la reforma del servicio diplomático y del sentido

predominante de la política exterior brasileña se fundamenta en una crítica severa de las condiciones en que encontraba estructurado este servicio, como también de los vicios e inadecuaciones históricas de los que era víctima en la llegada del siglo XX. Según el diplomático pernambucano, el núcleo de la solución residiría en la unificación de las carreras de Secretaría, Consular y Diplomática, lo que resultaría en real democratización del servicio, base para la efectuación futura de una política exterior fundada en la expansión de las relaciones mercantiles del país.

En el primero de los artículos famosos del *Correio da Manhã*, Oliveira Lima introduce la temática con cierta polémica (y seguramente, provocación) de su estilo de escritura periodística:

> *se habla invariablemente todos los años de reforma diplomática. Los* constas *(pendencias) aparecen con las brisas frescas de mayo y se pierden con los calores de noviembre. El corriente año no escapó a esta costumbre y, más aún se ha agitado la cuestión porque esperaban todos, dentro y fuera de la* carrera*, aspirantes y desilusionados, indiferentes y curiosos, que el actual ministro de Exteriores aprovechara el enorme prestigio en que luego de inolvidables servicios regresó a la patria para imprimir en este terreno, como en los demás de su departamento, el cuño de su notable individualidad. Una gaceta ya explicó que S.E. ha tomado, como es de notar, todo su tiempo con los asuntos de Acre, y que la reforma vendría después, de postre (CM, 25/08/1903, p.1).*

A esta introducción llena de picardía, Oliveira Lima agregó que «las ideas del señor Barón de Rio Branco sobre el asunto no llegan a ser hasta ahora conocidas, lo que en verdad me permite la presentación de estas ligeras consideraciones sobre la materia, sin que tengan, éstas, aires de crítica y constituyan un acto de indisciplina» (CM, 25/08/1903, p. 1).

En este sentido, el diplomático consideró que las dos reformas implantadas por la República, de Quintino Bocaiúva, en 1890, y de Carlos Carvalho, en 1895, habían tratado «mucho más de clasificación de legaciones y tablas de vencimientos que de servicios propiamente dichos» y, fundamentalmente, ambas habían sido «llevadas a cabo sin un pensamiento que las definiera, sin una orientación que las caracterizara» (CM, 25/08/1903, p. 1). Así:

> *Sin embargo, reformas para mejorar salarios, para aumentar retiros, para dificultar promociones o garantizar accesos, no son verdaderas reformas: son formas de trabajo, pormenores de la administración. La carrera diplomática se encuentra desde su organización en Brasil llena de un mal que empeoró con el cambio de régimen y del cual es imperioso librarla: es una carrera privilegiada, como tal suscitando envidias y antipatías. A su lado crecen dos desprotegidas, la carrera consular y la jerarquía de la Secretaría; la primera sin vistas de grandeza, la segunda sin la realidad siquiera de la fortuna (CM, 25/08/1903,* p. 1*).*

El remedio para este mal de origen es, según Oliveira Lima, «simple, depurativo y tónico al mismo tiempo»:

> *mientras las tres carreras no se fundan, mientras exista la actual separación, provocadora de celos y destructora de la eficiencia del servicio, tendremos una situación falsa y dañina. Se da con ésta el caso inicuo del empleado consular, más habilitado por la naturaleza, extensión y variedad de su trabajo, que alcanza actos del notariado, estudio de cuestiones económicas y comerciales [...] se ve limitado a un consulado general, a un puesto siempre subalterno, a sus legítimas ambiciones, mientras que el empleado diplomático, que como secretario nunca fue generalmente más que un copista, sube repentinamente a jefe de una Legación (CM, 25/08/1903, p. 1).*

La separación de las carreras condiciona aún otras dos iniquidades desastrosas en la visión del autor-diplomático: por un lado,

> *un brote de diplomáticos que [...] ignoran su lengua, sus compatriotas y las propias costumbres e ideas de su tierra, gastan la vida por las capitales del Viejo Mundo (pues las del Nuevo Mundo no merecen estas figuras de cosmopolitismo) sin siquiera aprender a respirar en su ambiente moral.*

Y por otro lado,

> *un funcionario de la Secretaría [que] pasa toda la vida [sujeto] a la implacable disciplina burocrática, [...] a los vencimientos parcos, sin ninguna distracción, un placer de la inteligencia, un desvendar de nuevos horizontes, sólo porque nació pagano y nunca encontró padrino (CM, 25/08/1903, p. 1).*

Puestos así los males y su origen, puede el autor proyectar las ventajas del remedio que apunta. Vislumbra, en este sentido, la imagen de un futuro ministro de Exteriores ideal, fruto de un servicio unificado:

> *el ministro realmente preparado para su cargo sería aquel que, habiendo comenzado como amanuense de la Secretaría, transitara como canciller por un consulado y como secretario por una legación, para después ocupar un puesto consular de responsabilidad, llegar a jefe de sección en el Ministerio y finalmente subir a jefe de misión diplomática (CM, 25/08/1903, p. 1).*

y, además, proyectando ventajas futuras:

> *si el diplomático estuviera familiarizado con el departamento del cual está a cargo, teniendo conexiones y relaciones, no viviría en el constante terror de incurrir en el fácil*

> *desagrado [...]; así como, habituado a cuidar como cónsul de cosas prácticas, inspeccionar cargas de cebolla, recaudar bienes y rotular frascos de café, no consideraría un quiebre de dignidad [...] el ocuparse de las pequeñeces de nuestros intereses impostergables, sólo porque son positivos (CM, 25/08/1903, p. 1).*

El autor aún sostiene la necesidad de pasar por experiencias profesionales diferenciadas para el cónsul diplomático ideal, afirmando que «no se aprenden [...] idiomas extranjeros con la simple lectura de pasaportes, ni se diseminan caucho, azúcar, algodón, café, usando medias de seda para ir a conciertos [...] o por usar una chaqueta irreprensible». Así, «el cónsul carece de ocasiones de moverse en la alta sociedad, como el diplomático de aprender el camino de las bolsas de comercio» (CM, 25/08/1903, p. 1).

De esta forma, Oliveira Lima puede concluir con una indagación:

> *¿Por qué no democratizar verdaderamente la* carrera, *sin rebajarla, conservando toda la tradición, cercándola de todas las garantías, y dándole más prestigio, como también infiltrarle nuevas y más serias preocupaciones, equivalente a inocularle sangre nueva? (CM, 25/08/1903, p. 1).*

Sustentadas así las bases de su pensamiento en cuanto a la reforma, Oliveira Lima trató de proponer contrastes legitimadores entre lo que consideraba situaciones positivas que se presentaban en los países «avanzados» y la situación en Brasil. Así, informa el autor que

> *la República Francesa disfruta de una organización similar [a su propuesta] y fue esta diplomacia de cónsules y empleados de secretaría que obtuvo Taiwán y se la pasó a Inglaterra para defender Corea de los rusos [...].El Gobierno japonés nombró como director general de la secretaría de extranjeros a su*

> *ministro de Rusia, un ex cónsul en Shanghái. Y al contrario: «nosotros pensamos que una práctica en las secciones del Itamaraty inhabilita a astucias diplomáticas, y que un cónsul sirve solamente para elaborar mapas estadísticos y autenticar procuraciones» (CM, 25/08/1903, p. 1).*

El segundo artículo está predominantemente dedicado a desarrollar este contraste entre los servicios diplomáticos que el autor considera modelos en países avanzados y progresistas, y los del Brasil de entonces. En este sentido, sostiene que, a merced del nefasto aislamiento de la carrera, «los nuevos secretarios de legación llegan a ministros ignorando absolutamente lo que ellos valen: son billetes de lotería que pueden salir premiados o blancos». Y, en contraste: «en Inglaterra esto ya no acontece», pues «el secretario trabaja por sí mismo, produce obra personal, no se reduce a copiar lo que elabora un jefe que algunas veces vale menos que él». Y «cada nuevo idioma que aprende, estas lenguas que pocos cuidan, como ruso, árabe, persa, japonés, *chim* (sic), traen al secretario una sustanciosa gratificación adicional por año» (CM, 28/08/1903, p. 1).

Ejemplificando con el caso de un cierto Sr. Elliott, segundo secretario en Washington, que ya había recibido tres gratificaciones por tres lenguas exóticas que dominaba y por esto fue elegido por el *Foreign Office* para representar a los intereses británicos en la cuestión de Samoa, Oliveira Lima puede concluir que Inglaterra «cuenta muchos diplomáticos de este tipo, que cultiva con esmero». Y nuevamente contrastando: «entre nosotros, el secretario, para sobresalir, tiene que escribir libros, lo que no prueba todo, porque ser un buen literato no siempre es sinónimo de ser buen diplomático» (CM, 28/08/1903, p. 1).

En este segundo artículo, Oliveira Lima también trató de sostener, basado en una perspectiva histórica, la mayor relevancia para Brasil de su tiempo de una diplomacia económica frente a una diplomacia política, siendo imposible no ver aquí una nueva crítica

a Rio Branco. En esta dirección, apunta que las últimas marcas del imperialismo luso-brasileño de la época colonial habían sido perpetradas con la presencia de la corte *joanina* en Rio de Janeiro, con la conquista de Cayena y Montevideo. Sin embargo, «el congreso de Viena e Ituzaingó nos hicieron volver a los límites primitivos». A partir de entonces,

> *nuestro imperialismo pasó a consistir más modestamente [...] en velar por nuestra supremacía en el Río de la Plata, situación que el gran progreso de la República Argentina transformaría más tarde en equilibrio, y nuestro buen derecho en las discusiones de fronteras.*

Y, en cuanto a éstas, «lo que el Imperio obtuvo [...] fue preparar la solución de las cuestiones de límites que la República ha sido bastante feliz en dirimir con ayuda del conocimiento y de la habilidad del actual ministro de exteriores». Interesante que, al comentar tal «conocimiento y habilidad», Oliveira Lima no mencionó el caso de Acre, entonces en curso, refiriéndose a Washington y Berna y al «buen Derecho» allí propuesto por el Barón. Tal vez para sustentar la afirmación:

> *un país como Brasil, que no debe tener ambiciones territoriales, porque el territorio que ocupa es enorme para su población y para las perspectivas próximas de su inmigración, ni puede aspirar a representar ahora un gran papel en el escenario mundial [...], no precisa tanto de una diplomacia política como de una diplomacia económica (CM, 28/08/1903, p. 1).*

Y continúa:

> *Si el periodo de la hegemonía pasó, si ya no podemos ser preponderantes y tenemos que contentarnos con ser influyentes, visto que otros crecieron con nosotros; si por otro lado hemos ido liquidando, sin recelo del arbitraje,*

> *porque éramos conscientes de que nos asistía la razón, viejas disputas que preocuparon a nuestro país y a nuestros abuelos portugueses [...], por ello nuestra acción diplomática no permanece sin objetivo ni actividad. Conservar en estos casos ya es mejorar, y el fundamento de las buenas relaciones internacionales es hoy más que todo mercantil, como también es la base de las desconfianzas y hostilidades [...]. El deber primordial de nuestros gobernantes es tratar de colocar y tomar así remuneradora la producción nacional, pues sin fortuna no hay vigor y sin vigor no se puede imponer respeto (CM, 28/08/1903, p. 1).*

Resulta fácil percibir allí, más allá de una propuesta realista y bien articulada, una crítica al Barón y a lo que vendría a ser la «compra de Acre», quedando ésta, leyendo entrelíneas, opuesta al buen Derecho.

En el tercero de los artículos, Oliveira Lima básicamente retoma sus tesis para enriquecerlas con lo que llama de algunos pormenores y casos especiales, como por ejemplo, el hecho de que, para legaciones en cortes como Rusia o Austria, de alto refinamiento y protocolo complejo en la esfera diplomática, no sería estiloso, ni mucho menos productivo, enviar un funcionario de formación consular, mucho más útil en Japón o en Suiza, según ejemplifica.

Por último, el autor trata de justificar parcialmente el vacío de la función consular como herencia del Imperio, para encaminar el cierre de sus proposiciones:

> *los consulados eran cargos, no de trabajo, sino de reposo. Se distribuían en hombres políticos o letrados, enfermos o cansados o simplemente ansiosos por vivir en otros medios [...]. Nuestro cónsul, por su parte, era un funcionario cuya actividad se cifraba en firmar manifiestos y repatriar brasileños desvalidos, además de andar por los museos y negocios con los compatriotas amigos y conocidos que lo*

> *buscaban. Nuestros artículos daban mucho dinero: el café era una riqueza, el azúcar se vendía a altos precios, el algodón, el caucho, el tabaco, todo se vendía. En casa, los hacenderos y señores de ingenio, disponían de sus esclavos para alimentar de forma barata la rica fuente del comercio de exportación. No necesitaban más que plantar, cosechar, empaquetar y embarcar. Los mercados estaban listos y prestos los pagos en buenas libras esterlinas (CM, 1/09/1903, p. 1).*

Sin embargo, así descrito el pasado reciente, de forma algo nostálgica, afirma el pernambucano, relacionado familiarmente al mundo del negocio azucarero en decadencia:

> *sabemos cuánto todo esto cambió, con qué dificultades lucha actualmente la agricultura, cómo busca consumidores de sus productos con ansias, cómo para ésta, los clientes son ahora una cuestión de vida o muerte, cómo se refleja son ahora miseria de aquella clase sobre toda la economía nacional, generando desánimo, provocando pesimismo, nutriendo el descontento, ¡fomentando la rebeldía! La solución del problema económico reside, no en la restricción de la producción, sino en la ampliación de las relaciones mercantiles (CM, 1/09/1903, p. 1).*

Así,

> *la función de nuestros diplomáticos y cónsules, además de ser práctica, pasó a esencial, significando esforzarse para sacar bloqueos aduaneros, alcanzar reducciones de tasas de importación y al mismo tiempo abrir nuevos mercados y ganar mayor aceptación en los artículos, para esto proclamando la procedencia y haciendo valer la superioridad del género.*

En resumen, sostiene Oliveira Lima que no «deben avergonzarse los diplomáticos por que sean rebajados de cortesanos a representantes de sus países, cuando los monarcas no tratan de

igual a igual a los dictadores de *trusts*», pues finalmente, «la época es del mercantilismo» (CM, 1/09/1903, p. 1).

Con el lanzamiento de *Cousas Diplomáticas* ya se conocían los primeros resultados de la reforma implementada por Rio Branco, consustanciada por el Reglamento de 1906. Oliveira Lima reveló alguna satisfacción en ver implementadas, no formalmente pero al menos en la práctica, algún grado de fusión en las carreras, no sin hacer referencias irónicas, como al uso de las máquinas de escribir en el Ministerio, que había sugerido apenas al pasar en uno de sus artículos de 1903. Sin embargo, a fines de la primera década del siglo XX, continuaba lejos, según el diplomático, la efectuación de un sentido económico para la política exterior del país.

En América Latina y en Europa: contra Roosevelt y por una diplomacia cultural

El periodo en Venezuela del *caudillo* Cipriano Castro, que se extendió hasta junio de 1906, marca la aproximación de Oliveira Lima a diversos intelectuales del mundo hispanoamericano y a la sedimentación, en el pensamiento del diplomático-historiador, de una bien fundada imagen de esta porción del continente, la cual se expresaría en diversos artículos, muchos de los cuales al *Estado de São Paulo* (que pasó a ser su periódico preferido en Brasil), más tarde reunidos bajo el título *Impressões da América Espanhola*, de lanzamiento póstumo.

En el plano de la actividad diplomática, Oliveira Lima, además de los servicios de rutina y de la elaboración de informes considerados excelentes, llevó a término la Misión Especial de la cual era encargado en torno a problemas fronterizos, gracias, en buena medida, a las relaciones cordiales que logró establecer con el presidente Castro, que llegó incluso a condecorarlo con el Busto del

Libertador. El diplomático pernambucano se quejó de que su éxito en la única cuestión de límites en que actuó fue completamente desconsiderado e ignorado en Rio de Janeiro. Según él, pese a haber actuado boicoteado por su jefatura y a que las ganancias territoriales obtenidas, aunque pequeñas, hayan sido las únicas que, en la corta historia republicana, no habían generado gasto alguno al erario público, era una nueva mención a lo que acostumbraba a calificar como «compra de Acre» por el Barón.

La acción imperial intervencionista de Estados Unidos en Venezuela, en el célebre caso de la deuda pública de este país, y las respectivas innovaciones contradictorias del neomonroísmo constituyeron el contexto a partir del cual Oliveira Lima pasó a condenar públicamente y con vehemencia el *big stick* de Theodore Roosevelt, ya habiéndose, además, pronunciado desde 1903 a favor de la célebre doctrina del argentino Luis María Drago en cuanto a la cuestión. Esta convicción extremadamente anti Roosevelt y, en alguna medida, anti monroísta (SILVEIRA, 2003), que Gilberto Freyre llamó «panamericanismo crítico», así como Paulo Roberto de Almeida calificó como «principista» (ALMEIDA, 2009, p. 99), condujo a una nueva ruptura personal, que parece el más traumático de todos, para Oliveira Lima: aquel con el primer embajador en Washington, Joaquim Nabuco, confirmando la interpretación según la cual el diplomático pernambucano no dudaba en arriesgar amistades por una cuestión polémica que le resultara cara (MOTA, 2002).

A principios de 1906, ya proyectada la III Conferencia Panamericana para realizarse en Rio de Janeiro este año (para cuya delegación brasileña Oliveira Lima, sorprendentemente, llegó a solicitarle a Nabuco que lo indicara) con la presencia espectacular del secretario de Estado, Elihu Rooth, que Nabuco creía directamente relacionada a su acción en Washington, Oliveira Lima, además de dirigirse en una carta al amigo condenando lo que consideraba un

monroísmo excesivo e inconveniente, aunque fundado en buenas intenciones (GOUVÊA, 1976, p. 689), publica en el *Estado de São Paulo*, una serie de artículos condenando el espíritu que presidía el futuro cónclave y renovando sus posturas contra el intervencionismo y el imperialismo norteamericano en el continente. La *incontinencia de pena* del coterráneo y amigo, según la calificó Nabuco entonces, asociada al temor de todo lo que perjudicara *su* Conferencia, llevó al embajador a interrumpir definitivamente la correspondencia con Oliveira Lima, que jamás dejó de hacer menciones, para bien y para mal, al antiguo confidente y, de muchos modos, ídolo en los campos de la política, de la cultura y de la diplomacia.

Esa serie de artículos contra los peligros de lo que calificaba como subordinación a Washington de la política brasileña, serían reunidos, en 1907, bajo el título *Pan Americanismo*, dedicado al Barón de Rio Branco, justificadamente por el discurso de apertura en la Conferencia, enalteciendo las relaciones tradicionales del país con Europa, que mucho le agradó a Oliveira Lima. El Barón hubiera apreciado la posición de equilibrio que entonces ostentó entre los exponentes pernambucanos de la diplomacia brasileña.

El año 1906 es igualmente marcado para Oliveira Lima por el deterioro de sus condiciones de salud ante el agravamiento del cuadro de nefritis. Enfermo y profundamente insatisfecho con el puesto, en muchos sentidos la materialización de la «pesadilla» que previó en Perú, el diplomático resuelve presentar un pedido formal de quedarse funcionalmente disponible al Ministerio, luego de perder la esperanza de obtener licencia reglamentaria. El Barón, sin embargo, demostrando, como en otras oportunidades, efectiva consideración por el subordinado (de quien parecía esperar siempre que no incomodara tanto por la prensa) ignoró aquella solicitud y le concedió licencia de seis meses para el tratamiento de salud. Así, en junio de 1906, los Lima dejaron Caracas rumbo a Londres.

Después del tratamiento en balnearios alemanes y franceses y una visita a la hermana *Sinhá* en Madrid, Oliveira Lima regresó una vez más a Rio de Janeiro, en octubre, siempre con la esperanza de obtener una designación en Europa. Su situación funcional se puso otra vez delicada y, de nuevo, pensó en quedarse disponible, y se lo llegó a comunicar, quejoso, directamente al presidente Afonso Pena. El Barón nuevamente ignoró el pedido y renovó la licencia, aprovechando Oliveira Lima para finalmente concluir su obra mayor, *Dom João VI no Brasil*, cuya primera edición salió en 1908. Es de la época de esta nueva estadía en Brasil una visita triunfal a São Paulo para una serie de conferencias sobre el papel de José Bonifácio en la Independencia, donde fue recibido, según comentarios provocativos en la prensa, con honores de ministro de Estado.

En diciembre de 1907, en la estera del movimiento diplomático del periodo, el diplomático pernambucano fue finalmente lotado en Bruselas, concurrente con Estocolmo, lo que sería su último puesto en la carrera.

En Europa, Oliveira Lima representó a la intelectualidad brasileña en innumerables eventos científicos, a veces en misión especial designada por Rio Branco, como la conferencia organizada por la *Societé Royale Belge de Geographie*, que contó con la presencia de la familia real, y el Congreso de los Americanistas, de Viena, con amplia cobertura de *O Estado de São Paulo*, donde aparecieron publicadas sus comunicaciones, entre 1908 y 1909. El diario paulista, además, tradujo y publicó prácticamente todas las conferencias de Oliveira Lima en Europa durante el periodo en la Legación en Bruselas. Es el caso, por ejemplo, de la serie de conferencias en la *Sorbonne*, reunidas en un libro, en 1911, bajo el título *Formation Historique de la Nationalité Brésilienne*. La intensa actividad en el campo del que hoy sería denominado diplomacia cultural le hizo en este entonces recibir a Oliveira Lima del poeta sueco Björkman el famoso epíteto de «embajador cultural de Brasil». En el ámbito

privado, Oliveira Lima se quejaba de lo que consideraba indiferencia e incluso envidia de su jefe de la repercusión en Europa de su actividad cultural, como en la correspondencia al amigo Joaquim de Souza Leão: «el Barón desdeña las conferencias [en la Sorbona], ¡pobre! Esto sólo prueba su decadencia. No hay nada peor que la envidia senil» (apud GOUVÊA, 1976, p. 902).

En el campo de la actividad diplomática padrón, concluyó, en 1909, las negociaciones con Suecia para un Convenio de Arbitraje bilateral, el cual creyó, dentro del espíritu de su concepción de la diplomacia, perfectamente útil, dada la ausencia de un tratado de naturaleza económico-comercial entre ambos países. Pasó igualmente a condenar en público la corrida armamentista con Argentina, en el célebre enfrentamiento de Rio Branco con Estanislao Zeballos, refiriéndose al Barón irónicamente como «nuestro Bismarck».

Al año siguiente, Oliveira Lima se involucró con intensidad y entusiasmo, inéditos en su vida pública hasta entonces, en la política interna brasileña, lo que trajo nuevos y graves desdoblamientos negativos para su carrera diplomática. Se trata del apoyo al candidato presidencial y líder del movimiento civilista, Rui Barbosa, en la famosa campaña contra el mariscal Hermes da Fonseca, apoyado por el Barón y por la articulación oligárquica comandada por Pinheiro Machado. Se comentaba entonces que, electo Rui, Oliveira Lima sería el sucesor de Rio Branco en el Itamaraty.

Fatales para el afastamiento definitivo de la carrera serán su entusiasmo civilista, que más tarde Rui Barbosa llamó «mi credo político», asociado poco después al princípio de rumores sobre su monarquismo, provocados por un artículo en el que elogia a la figura de D. Luiz de Orleans e Bragança, considerado articulador de un movimiento virtual restaurador, con quién se había encontrado por ocasión de la Exposición Universal en Bélgica. Además, en dicha Exposición, el jefe de la Legación brasileña tuvo igualmente que aceptar la visita del presidente electo, Hermes da Fonseca, la cual

condujo dentro del mejor protocolo, sin escapar, sin embargo, de acusaciones en Brasil en cuanto a una posible frialdad inadecuada, e incluso irrespetuosa, para con el mariscal.

Para complicar aún más su situación en la carrera, Oliveira Lima, y su pena incontinente, se involucró en un nuevo choque con el Barón, a mediados de 1911, cuando el historiador-diplomático salió en defensa, a través de la prensa, del colega Gabriel de Piza, ministro en París, que se había involucrado en un enfrentamiento con el canciller. Piza, sin embargo, al poco tiempo hizo las paces con el Barón, cargándole las consecuencias más duraderas del *affair* sobre la gran espalda de D. Quijote de Parnamirim.

Es así que, según las palabras de Maria Theresa Forster, «en un momento particularmente sombrío de la relación con el canciller» (FORSTER, 2011, p. 48), Oliveira Lima recibió la noticia de la muerte de éste, en febrero de 1912. Le dedicó entonces un artículo elogioso, aunque sobrio y sin olvidarse de las discordias pasadas (GOUVÊA, 1976, p. 940).

Enfermo, y tal vez, ya sin esperanza de obtener un puesto de primera grandeza en la carrera, el diplomático de Pernambuco recibió la noticia del nombramiento del amigo de Santa Catarina, Lauro Müller, para la jefatura del Itamaraty, pero consolidó la decisión de pedir el retiro por motivos de salud, lo que le facultaba entonces la ley, ya habiendo alcanzado los veinte años de carrera. El nuevo ministro, planeando finalmente recompensarlo con la siempre deseada Legación en Londres, ignoró los términos del pedido, concediéndole una nueva licencia para el tratamiento. Es así que, en septiembre de 1912, los Lima dejan Bruselas rumbo a Estados Unidos.

Oliveira Lima fue invitado por el amigo John Casper Branner, vicepresidente de la Universidad de Stanford, para una serie de conferencias en aquel país, las cuales desdoblaronse en varias otras universidades norteamericanas de primera importancia, como Yale,

Harvard, Cambridge y Columbia, lo que fue la base para la inserción del historiador brasileño en la vida universitaria norteamericana. En *O Estado de São Paulo*, Oliveira Lima publicó en la ocasión las *Cartas dos Estados Unidos*, una serie de artículos con impresiones de su regreso al país de Washington. El trabajo de las conferencias aparece reunido en 1914, bajo el título *Evolução Histórica da América Latina Comparada com a da América Inglesa*.

Un último paso escandaloso por Rio, retiro y exilio voluntario

Al final de 1912, Oliveira Lima retornó a Rio de Janeiro, para otra agitada estancia en la capital de la República, la última como diplomático. Al llegar, el historiador se sorprendió con la cantidad de periodistas, de prácticamente todos los grandes diarios cariocas, que, a la americana, en el muelle del puerto, lanzaban preguntas y exigían respuestas ágiles de un Oliveira Lima que ya se consideraba retirado, sin conocer las intenciones de Lauro Müller que, además, contaba con su voto para ingresar en la Academia Brasileña de Letras.

En medio de la recepción, tan calurosa como atribulada, que Oliveira Lima dio la célebre respuesta a la *Gazeta de Notícias*, periódico de estilo americanizado de João do Rio, declarando su simpatía por el sistema monárquico comparativamente al republicano y confirmando sus relaciones personales con D. Luiz, como también las apreciaciones positivas hacia el príncipe, lo que cayó como una bomba en los titulares cariocas. Inmediatamente estallaron los rumores de que Oliveira Lima retornaba al país para, en nombre de D. Luiz, reorganizar el partido monárquico y liderar el movimiento de restauración. El desmentido dato al diario *O Imparcial*, negando las conexiones partidarias con el monarquismo, pero confirmando su

simpatía teórica, como también las antiguas convicciones civilistas, no apagó el fuego lanzado en torno al D. Quijote, sino que avivó las llamaradas. Tenía razón Américo Jacobina Lacombe al afirmar que «todo rumor contra Oliveira Lima se hace en torno a dos puntos: su monarquismo y sus ataques a la *carrera*» (LACOMBE, 1968, p. 14).

En medio de este fuego, Lauro Müller se arriesgó a lanzar al senado de Pinheiro Machado (entonces prevenido contra una posible candidatura a la presidencia del ministro) la apreciación de la transferencia de Oliveira Lima a Londres. Ante el escándalo periodístico, el senador *gaúcho* exigió una declaración formal de lealtad republicana del diplomático, que se negó a hacerlo. Se siguió una campaña extremadamente agresiva contra la designación, que alcanzó duramente el plano personal –irónicamente liderado por el diario de Edmundo Bittencourt, que, años antes, había publicado, a pedido, los célebres artículos sobre la Reforma Diplomática.

Fue así que, en sesión secreta, el día 4 de julio de 1913, el Senado de la República desaprobó la indicación de Manoel de Oliveira Lima para la Legación londinense. En agosto, el diplomático-historiador, con parte médico que apuntaba obesidad y litiasis renal, solicitó el retiro por invalidez. Oliveira Lima publicó sus impresiones con respecto a este último *affair* en la carrera en el folleto *O Meu Caso*, aún en 1913.

Retirado a su vida privada, Oliveira Lima residió inicialmente en *su* Londres, donde se encontraba entonces la mayor parte de la vasta biblioteca que coleccionó a lo largo de toda su vida, viendo el principio de la Primera Guerra en Alemania, bajo tratamiento médico. No escapó entonces el D. Quijote Gordo de un nuevo rumor en torno a su germanofilia que, alimentada por los artículos de ardorosa defensa del pacifismo que venía publicando, acabaron inviabilizando su residencia en la capital del imperio británico, de donde salió, para no regresar más, en septiembre de 1915,

nuevamente en dirección a Estados Unidos para un nuevo ciclo de conferencias en Harvard.

Estuvo en su Pernambuco entre los años 1916 y 1920, y allí entró en contacto con los jóvenes estudiantes y la nueva generación de intelectuales de su estado, destacando al adolescente Gilberto Freyre y Assis Chateaubriand. Realizó un exitoso ciclo de conferencias en Argentina, en 1918-19, que fue la base para el nuevo libro de impresiones, *Na Argentina*, lanzado en 1919.

En 1920, tomó la decisión de la mudanza definitiva a Washington, aceptando la invitación de la Universidad Católica para una cátedra en el curso de Derecho, que pagaba el traslado y el amparo, negociado desde 1916, de la biblioteca y de la colección monumentales de Oliveira Lima (LEÃO FILHO, 1968; LEAL, 2004), que se tornó referencia mundial para estudios ibéricos y brasileños en la capital norteamericana.

Según palabras de Ângela de Castro Gomes (GOMES, 2005), la casa de los Lima en Washington, magistralmente descripta por el genio antropológico Gilberto Freyre (FREYRE, 1968), constituiría «una dirección que se convierte en un salón brasileño en Estados Unidos durante los años 1920, siendo frecuentado por intelectuales americanos y de otras nacionalidades, además de ser lugar de hospedaje para brasileños» (apud FORSTER, 2011, p. 56). En muchos sentidos, si retenemos la visión de Oliveira Lima sobre diplomacia como medio de la difusión cultural, la casa de la 3536 13th Steet hubiera sido una verdadera embajada de Brasil en Estados Unidos.

«Aquí yace un amante de los libros» el D. Quijote de Parnamirim, fallecido durante la mañana de 24 de marzo de 1928, pidió esculpir en lápida anónima de tumba rasa del cementerio de Mount Olivet, Washington, hecha de buena piedra traída de Pernambuco. El diplomático brasileño igualmente dejó expresado en testamento el deseo de no tener su cuerpo retirado en un viaje

más, el último, así como el rechazo a cualquier distinción póstuma por parte del Gobierno brasileño. Doña Flora, «la viuda trágica», según la expresión de Gilberto Freyre, permaneció hasta su muerte, en 1940, cuidando la casa y los manuscritos del siempre *su* Lima. Los esfuerzos de la gran dama victoriana-pernambucana permitieron la publicación póstuma de *D. Miguel no Trono*, en 1933, y de las inacabadas *Memórias – Estas Minhas Reminiscências*, en 1937.

Bibliografía

ABREU, Bernardino da Cunha F. «O Japão na Visão de Oliveira Lima». *Revista Intellectus*. Ano 5, Vol. II, 2006.

ALMEIDA, Paulo Roberto de. «Oliveira Lima e a Diplomacia Brasileira no Início da República». *Historia Actual Online*, num. 19, 2009.

CORREIO DA MANHÃ. Rio de Janeiro. Biblioteca Nacional. Hemeroteca Digital Brasileira. Ago-Set 1903.

FORSTER, Maria Theresa D. *Oliveira Lima e as Relações Exteriores do Brasil:* o Legado de um Pioneiro e sua Relevância para a Diplomacia Brasileira. Brasília: FUNAG, 2011.

FREYRE, Gilberto. *Perfil de Euclides e Outros Perfis*. Rio de Janeiro: José Olympio Editora, 1944.

_____. *Oliveira Lima, Don Quixote Gordo*. Recife: Universidade Federal de Pernambuco, 1968.

GOMES, Ângela de Castro. *Em Família: a Correspondência de Oliveira Lima e Gilberto Freyre*. Campinas: Mercado de Letras, 2005.

GOUVÊA, Fernando da Cruz. *Oliveira Lima: uma Biografia*. Recife: Instituto Arqueológico, Histórico e Geográfico de Pernambuco, 3 Vs., 1976.

LACOMBE, Américo Jacobina. «Oliveira Lima: o Diplomata». In: MINISTÉRIO DAS RELAÇÕES EXTERIORES. *Centenário de Oliveira Lima*. Imprensa Nacional, 1968.

LEAL, Maria Angela. «'Longe da pátria, mas sem a esquecer': print and non-print collections at the Oliveira Lima Library». Campinas, *Remate de Males*, num. 24, 2004.

LEÃO FILHO, J. de Souza. «Oliveira Lima, o Colecionador». In: MINISTÉRIO DAS RELAÇÕES EXTERIORES. *Centenário de Oliveira Lima*. Imprensa Nacional, 1968.

LIMA SOBRINHO, Barbosa. «Oliveira Lima: sua Vida e sua Obra». In: OLIVEIRA LIMA. *Obra Seleta*. Rio de Janeiro: Instituto Nacional do Livro, 1971.

LIMA, Manoel de Oliveira. *Pernambuco, Seu Desenvolvimento Histórico*. Leipzig: F. A. Brockhaus, 1894.

_____. *Aspectos da Literatura Colonial Brasileira*. Leipzig: F. A. Brockhaus, 1896.

_____. *Nos Estados Unidos*. Impressões Políticas e Sociais. Leipzig: F. A. Brockhaus, 1899.

_____. *O Reconhecimento do Império*. História Diplomática do Brasil. Paris, Rio de Janeiro: H. Garnier, 1901.

_____. *No Japão*. Impressões da Terra e da Gente. Rio de Janeiro: Laemmert & Cia., 1903.

_____. «Relação dos Manuscritos do Museu Britânico de Interesse para o Brasil». *Revista do Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro*, 1 vol., 1903.

_____. «Elogio de F. A. Varnhagen». Discurso pronunciado na Academia Brasileira de Letras. Ed. do *Jornal do Comércio*, 1903.

_____. *Pan-Americanismo*. Bolívar-Monroe-Roosevelt. Paris, Rio de Janeiro: H. Garnier, 1907.

_____. *Dom João VI no Brasil*. Rio de Janeiro: Tip. do *Jornal do Comércio*, 1908.

_____. *Cousas Diplomáticas*. Lisboa: Comp. Editora, 1908.

_____. *Formation Historique de la Nationalité Brésilienne*. Paris: Librarie Garnier Frères, 1911.

_____. *Evolução Histórica da América Latina Comparada com a da América Inglesa*. Paris: H. Garnier, 1914.

_____. «O Meu Caso». Rio de Janeiro, folheto, 1913.

_____. *Na Argentina*. Impressões de 1918-19. São Paulo: ed. Weiszflog Irmãos, 1919.

_____. *Dom Miguel no Trono (1828-1833)*. Coimbra: Ed. da Imprensa da Universidade, 1933.

_____. *Memórias*. Estas Minhas Reminiscências. Rio de Janeiro: Liv. José Olympio Editora, 1937.

_____. *Impressões da América Espanhola (1904-1906)*. Rio de Janeiro: Liv. José Olympio Editora, 1953.

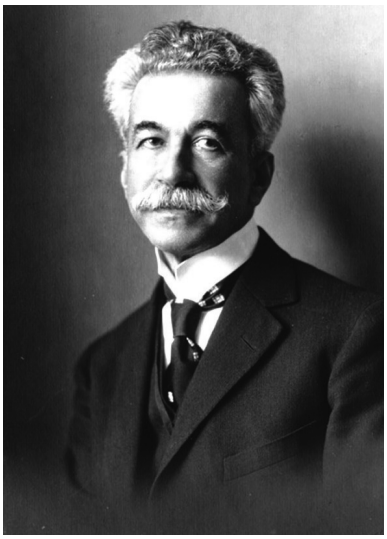
MALATIAN, Teresa. *Oliveira Lima e a Construção da Nacionalidade*. Bauru, São Paulo: EDUSC-FAPESP, 2001.

_____. «O Diário de Flora». Campinas, *Remate de Males*, num. 24, 2004.

_____. «Diplomacia e Letras na Correspondência Acadêmica: Machado de Assis e Oliveira Lima». *Estudos Históricos*, num. 24, 1999.

MOTA, Carlos Guilherme. «Oliveira Lima e a Nossa Formação». In: COSTA E SILVA, Alberto da (org.). *O Itamaraty na Cultura Brasileira*. Rio de Janeiro: Francisco Alves Editora, 2002.

SILVEIRA, Helder Gordim da. *Joaquim Nabuco e Oliveira Lima*. Faces de um Paradigma Ideológico da Americanização nas Relações Internacionais do Brasil. Porto Alegre: EDIPUCRS, 2003.



Domício da Gama

Domício da Gama nació el 23 de octubre de 1861 en Maricá y falleció en Rio de Janeiro, el 8 de noviembre de 1925. Hijo de Domingos Affonso Forneiro y Mariana Rosa de Loreto, fue escritor, periodista, miembro fundador de la Academia Brasileña de Letras. Fue amigo de Raul Pompéia, João Capistrano de Abreu, Eça de Queiroz, Eduardo Prado y del Barón de Rio Branco. Con éste último inició los trabajos diplomáticos a través del Servicio de Inmigración del Ministerio de Agricultura. También fue secretario de Rio Branco en las misiones de Palmas, Guayana Francesa y Acre. Sirvió en las Legaciones de Bruselas y Londres. A partir de 1903 sirvió en el Gabinete de Rio Branco hasta ser ascendido y enviado a Lima. De allí sirvió en la Legación de Buenos Aires y representó a Brasil en la 4ª Conferencia Internacional Americana. Fue el segundo embajador nombrado de la historia del Itamaraty y siguió para Estados Unidos de América donde sirvió entre 1911 y 1918. En dicho país, además de ser un servidor atento, participó de las mediaciones en el caso de la

Revolución Mexicana. Nombrado a la cancillería en 1918, desarrolló un papel fundamental para la inclusión de Brasil entre los ocho miembros del Consejo de la Liga de las Naciones. En 1919 sustituyó a Rui Barbosa en la presidencia de la Academia Brasileña de Letras. En julio del mismo año se exoneró del trabajo de Relaciones Exteriores para dirigir la Embajada en Londres, donde permaneció hasta 1924 cuando fue puesto a disponibilidad. Falleció el 8 de noviembre de 1925, en el Copacabana Palace.

Domício da Gama: la diplomacia de la altivez

Tereza Cristina Nascimento França

Domício da Gama nació en Maricá el 23 de octubre de 1861[1]. Hijo del portugués Domingos Affonso Forneiro y de doña Mariana, tuvo seis hermanos: Maurício, Maria Agnelle, Antônio, Domingos, José y Sebastião. Su padre tenía tres creencias para sus siete hijos. La primera era que ellos deberían hacer su propio nombre a lo largo de la vida, de allí los diferentes apellidos: Forneiro, Faustino y da Gama. La segunda estaba relacionada a los estudios. Forneiro estableció que Maurício y Antônio serían médicos, «para ser respetados por los estancieros ricos»; Domingos y José, abogados, «para ganar siempre en las cuestiones de tierras e impuestos»; y Domício y Sebastião, ingenieros, pues de ellos «Brasil, tan grande, desnudo y atrasado, precisaba mucho»[2]. Por último, en caso de reprobación en la escuela,

1 La fecha de nacimiento citada tanto en las fichas del IHGB como en Alberto Venâncio Filho es del 23 de octubre de 1862. El diccionario bibliográfico de Argeu Guimarães señala 1863 como el año de nacimiento. Sin embargo, en la lápida del túmulo de Gama consta 23 de octubre de 1861, siendo así la más próxima a la certificada en el libro de Bautismo de la Matriz de Maricá, Libro nº 4, fojas 19 y 19º verso, según la cual él había nacido en octubre de 1861.

2 Diario de Maria Luiza Frederica Ave Precht de Mesquita, sobrina de Domício da Gama. In: GAMA, Domício da. *Contos*. Rio de Janeiro: Academia Brasileira de Letras, 2001. p. XIX.

tendrían una segunda oportunidad, pero de haber recurrencia, le cortaría la mensualidad y tendrían dos caminos: o volver a la casa paterna y a la azada, o hacerse camino solos en la vida.

A los 16 años, Domício tenía vocación para la literatura. Sus cuentos de 1878 retratan dudas religiosas, además de insatisfacciones con los deseos del padre para su destino. En la Politécnica, Domício «aguantó hasta terminar el primer año; el segundo año lo pasó raspando, y el tercero fue un fracaso completo y definitivo. Reprobación vergonzosa e inapelable»[3]. En su segundo intento, a los dieciocho años, poco apareció en la Politécnica, pues ya estaba entretenido con el Gremio Literario *Jardim de Academus*, una sociedad formada por veinte socios que hablaban de reformar el mundo y, para esto, estudiaban política, religión y arte, fisiología, gramática y poesía. Las reuniones semanales ocurrían en el fondo del segundo piso de un edificio que daba para las oficinas de la *Gazeta de Notícias*, diario carioca surgido en 1875. Domício, más tarde, afirmó que allí hizo un voto de pasarse de matemática a literatura. Al final de este año, a pesar de haber reprobado y sin tener mensualidad, consiguió librarse de la azada al conseguir, con Ferreira de Araújo, editor de la *Gazeta de Notícias*, un puesto como cuentista en la *Sétima Coluna*. Colaborando en aquel periódico, entró en contacto con dos grandes influencias en su vida personal y profesional: Raul Pompéia y João Capistrano de Abreu. Abandonó la Politécnica, pero no dejó los estudios. Se empeñó en la tarea de fichar autores clásicos, estudiar francés, participar de discusiones literarias, además de reflexionar sobre un método experimental de literatura y, además de cuentista, se convirtió en profesor de geografía en colegios particulares de Rio de Janeiro. A los 24 años, llegó a hacer concurso para el cargo de oficial de secretario de la Biblioteca Nacional, quedando en segundo lugar.

3 Ídem.

Elegido por Ferreira de Araújo para cubrir la Exposición Universal de París para su periódico, Domício salió en tren hacia París, llevando consigo cartas de presentación de Capistrano y del propio Ferreira de Araújo para Eduardo Prado y el Barón de Rio Branco. En escala en Londres, conoció a Eça de Queiróz. En París se presentó en la puerta de Eduardo Prado para entregarle las cartas de presentación. Éste, luego de leer la carta, gritó hacia la sala contigua: «Juca, quédate tranquilo, es un joven amigo de Araújo que llega de Rio». Apareció entonces Rio Branco que entró refunfuñando: «Pensé que podía ser algún pesado...»[4]. El primer encuentro fue rápido y ceremonioso. Mientras Rio Branco solamente observaba, Prado le pidió que apareciera de vez en cuando para dar noticias. Días más tarde, cuando Domício pasaba por los Champs Elysées camino a la Plaza de la Concordia, descubrió a Prado y a Rio Branco en medio de una multitud. Prado lo llamó para unirse a ellos y a partir de esta noche se hicieron amigos. Domício inició así un periodo de bohemia, estudios, librerías, restaurantes y charlas en la biblioteca de Eduardo Prado.

Cuando Eça de Queiróz y familia fueron a vivir a París, en la calle Neuilly, Domício pasó a frecuentar la casa y ver a la familia como su «asilo». Según él, si Rio Branco lo convirtió en diplomático, Eça lo hizo un escritor. Mientras la convivencia con los Queiróz lo inmergía en la literatura, la diplomacia entró en la vida de Domício por medio de una invitación de Rio Branco para desempeñarse como secretario en la Superintendencia General de Emigración, repartición del Ministerio de Agricultura cuya función principal era hacer propaganda de Brasil. Quedó en el cargo entre el 27 de agosto de 1891 y el 28 de febrero de 1893, cuando salió para componer la misión especial de arbitraje en Washington, también invitación de Rio Branco.

4 LYRA, Heitor. *Memórias da Vida Diplomática* – coisas vistas e ouvidas – 1916-1925. Secretaría de Estado y Embajada en Londres: Lisboa, Centro do Livro Brasileiro, 1972, p. 227 a 233.

Domício y las fronteras brasileñas

La República recibió del Imperio una nación prácticamente sin fronteras, excepto los acuerdos con Perú (1851) y Bolivia (1867). Todos los intentos de fijar límites con Argentina, ocurridos a partir de 1857, no encontraron una solución que ameritara un acuerdo. El último intento de negociación realizado en el Imperio, el 7 de septiembre de 1889, había previsto una decisión arbitraria en un plazo de noventa días. El primer canciller de la República brasileña, Quintino Bocaiúva, en el afán de resolver el problema rápidamente, firmó con su contraparte argentina, Estanislau Zeballos, un tratado por el cual el territorio disputado sería dividido al medio. La reacción negativa de la opinión pública y el consecuente rechazo del tratado por el Congreso brasileño llevó la controversia adelante, o sea, al arbitraje del presidente norteamericano Groover Cleveland.

La dirigencia de la comisión demarcadora brasileña quedó a cargo de Francisco Xavier da Costa Aguiar de Andrada, el Barón Aguiar de Andrada, que llegó a viajar a Washington e iniciar los preparativos para la misión, pero falleció inesperadamente el 28 de marzo de 1893. Al día siguiente, Rio Branco fue invitado a ser el negociador plenipotenciario de la misión. Rio Branco le solicitó al equipo, ya formado por el general Dionísio Cerqueira, como segundo plenipotenciario, Olinto de Magalhães y Domingos Olímpio, segundos secretarios, y el Almirante Cândido Guillobel como auxiliar técnico, agregar a Domício da Gama como tercer secretario y al profesor de inglés Charles Girardot como traductor.

Rio Branco impuso a la misión trabajar lentamente, lo que exigía dedicación absoluta al trabajo, y silencio sobre lo que se hacía. En vísperas a la entrega de la memoria, el equipo se dividió entre correctores y revisores del texto, mientras Rio Branco perforaba y unía las páginas. El ritmo de trabajo le causó serios problemas de salud a Domício, que sufrió ataques de uremia. Aun así, permaneció en la revisión de las pruebas desde las dos de la tarde hasta las

seis de la mañana del día siguiente. El 6 de febrero de 1895, se dio a conocer la decisión del informe arbitral, a favor de Brasil. El resultado repercutió en actos públicos por todo el país. La república había resuelto la disputa lindera que el Imperio no había logrado.

Domício da Gama había quedado encargado de organizar los libros, manuscritos y mapas de Rio Branco y aún estaba haciendo esta tarea cuando se dio otro problema de fronteras: la cuestión de la Guayana Francesa, o del Oiapoque. Luego de la victoria en Palmas, el nombre de Rio Branco fue naturalmente apuntado para la composición del equipo que cuidaría el nuevo desafío. Esta vez, sus pedidos de nombramiento de Domício da Gama y Raul Rio Branco para la misión endurecieron los trámites del entonces canciller Dionísio Cerqueira, que tenía resentimiento porque Rio Branco había firmado la memoria de Palmas y recibido todo el crédito. Con esto, el nombramiento de Domício salió recién el 22 de diciembre de 1898, ya bajo el mandato de Olinto de Magalhães.

El lado literato de Domício fue realzado en 1897, cuando fue electo silla 33 de la Academia Brasileña de Letras. Domício se dice avergonzado con le elección, hecha en detrimento de otros más viejos, como Ferreira de Araújo, Capistrano de Abreu y hasta el propio Rio Branco[5]. Comentó que los amigos que se acordaron de su nombre y lo votaron «se olvidaron de explicarme qué es lo que va a hacer la sociedad para cuya composición me hicieron el honor de elegir»[6]. Como patrono de su silla, eligió a Raul Pompéia, homenajeando así al amigo, que había acabado con su vida dos años antes.

5 Domício recibió trece votos mientras que Rio Branco sólo siete. FRANCA, Tereza Cristina Nascimento. *Self made nation*: Domício da Gama e o pragmatismo do bom senso. 2007. 408 f., il. Tese (Doutorado em Relações Internacionais) – Universidade de Brasília, Brasília, 2007, p. 91.

6 Carta de Domício da Gama a José Veríssimo, 27/2/1897. In: *Revista da Academia Brasileira de Letras*, vol. 41, Rio de Janeiro, 1933, p. 235.

El llamado de la Academia le hizo recordar del voto hecho cuando joven, en el Jardim Academus, sobre la importancia de la literatura en su vida. Pero ¿cómo conciliarla con la atribulada vida diplomática?

Durante los cinco años de la misión de la Guayana Francesa, Gama se repartió entre copias, traducciones y viajes. El ritmo de trabajo, así como la difícil relación de Rio Branco con el negociador plenipotenciario del caso, Gabriel de Toledo Piza, incidió negativamente en el ánimo de los miembros de la misión. Cerca de los cuarenta años, Domício se quejaba de que sus tareas no tenían utilidad y buscaba una razón de vida. En este estado de espíritu, Olinto de Magalhães lo llamó para hacer un examen escrito, para calificarse para la carrera diplomática.

Joaquim Nabuco y Rio Branco se preocuparon con la iniciativa de Olinto, que por cierto conocía un decreto, entonces siendo tramitado en el Congreso, que preveía la entrada de Rio Branco y sus auxiliares en el cuadro diplomático, sin concurso. Nabuco llegó a disputar junto con Olinto que Domício fuera nombrado para el cargo de primer secretario de la Legación en Londres, o fuera enviado a algún otro puesto como Encargado de Negocios. Argumentaba que sus servicios se diferenciaban de los demás secretarios, ya que había comenzado su carrera mucho antes. El decreto que se tramitaba en el Congreso preveía no solamente el reconocimiento del tiempo de servicio de los que se encontraban en la posición de Domício, sino también le daban preferencia para los primeros nombramientos.

A pesar de no sentirse cómodo con la situación, Domício partió para Rio de Janeiro. Allí, además de hacer el examen, aprovechó para articular apoyo al proyecto en tramitación en el Congreso, algo que Olinto no había hecho, y también para trabajar en la posibilidad de aumento de la ayuda del costo para Rio Branco, en la cuestión de la Guayana Francesa. Luego de los exámenes escritos, Olinto decidió dejar a Domício en aquella misión, manteniendo el puesto

en Londres. Sin embargo, no fue un ascenso a primer secretario como había sugerido Nabuco. Alegando falta de vacantes, lo nombró segundo secretario, sin reconocer sus siete años de antigüedad y, en la práctica, rebajándolo al cargo para el cual había sido nombrado en 1893.

Con el fin de la misión acercándose, Domício se preocupó con el incierto destino de Rio Branco e intercedió junto a Tobias Monteiro, que era próximo al presidente Campos Salles, por el nombramiento de Rio Branco en Lisboa, como éste deseaba, y pidió también que Nabuco hablase con José Carlos Rodrigues sobre la situación embarazosa en la que se encontraba el Barón. En contrapartida, Rio Branco le escribió a Olinto comunicando no solamente la finalización de los trabajos de la misión, sino también elogiando las cualidades personales de Domício y su trabajo.

Con la decisión arbitral favorable a Brasil, el congreso brasileño le concedió a Rio Branco un presupuesto anual de 24:000$000 y un premio de 300:000$000. Justo en este momento, la ley sobre la oficialización de la carrera diplomática fue aprobada. Por medio de ésta, Rio Branco, Joaquim Nabuco, Oliveira Lima y Magalhães de Azeredo entraron oficialmente en la carrera. Como la ley preveía el reconocimiento retroactivo del tiempo de trabajo en las misiones, Domício tenía esperanzas de ser ascendido a primer secretario. Pero Olinto lo exoneró del cargo en Londres y lo transfirió a la legación en Santa Sede, no como primero, sino como segundo secretario. Olinto aún se metió con él una tercera vez, viendo la posibilidad de enviarlo a Roma en agosto de 1901, y súbitamente enviándolo a Bruselas, aún como segundo secretario, no obstante su tiempo de servicio y el hecho de asumir las responsabilidades de aquella Legación de un Encargado de Negocios.

La situación paradójica aumentaba el disgusto de Domício con la carrera y le impedía mejorar su salario. En esta época llegó a pensar

en retirarse[7], pero resolvió invertir dos mil francos en la publicación de su libro *Histórias Curtas*, para ver si tenía retorno financiero. Quedó después profundamente aborrecido con la noticia de que la publicación no había tenido ventas, pues la *Gazeta de Notícias* lo distribuía gratuitamente.

Matices de una oferta

A inicios de julio de 1902, el presidente electo, Rodrigues Alves, le ofreció a Rio Branco la secretaría de Relaciones Exteriores. La oferta apelaba al patriotismo de Rio Branco, y Domício da Gama discordó de aquel tipo de apelo: «es la manera más pérfida de forzar la decisión de un hombre que, aunque no quiera, es figura nacional»[8]. Creía que la jefatura del ministerio sería para Rio Branco un acto de «puro sacrificio. De hecho, se arrepentirá muchas veces de haber aceptado el contrato, pero no dejará, por eso, de trabajar para llevarlo a cabo». Por otro lado, la aceptación no dejaría de ser «un gran bien, no solamente para todos nosotros, sino también para el servicio público», pues «es de esperar que se renueve la buena línea, que se defina el programa de la política del Itamaraty»[9]. Un mes después, Rio Branco aún estaba indeciso y Domício lo incitaba a tomar una decisión, sea cual sea: «sus agonías desaparecerían ante la necesidad de actuar»[10].

Luego de que Rio Branco aceptara la oferta de Rodrigues Alves, Domício continuó en Bruselas. Su deseo era poder colaborar con

7 GAMA, Domício da. Carta a Graça Aranha, Bruxelas, 21/1/1902. ABL, AGA 10.3.13.

8 GAMA, Domício da. Carta a Graça Aranha, Bruxelas, 16/7/1902. ABL, AGA 10.3.13.

9 GAMA, Domício da. Carta a Sylvino Gurgel do Amaral, Bruxelas, 28/07/1902. AHI, ASGC. Lata 346, Maço 3, Pasta 31.

10 GAMA, Domício da. Carta a Rio Branco, Bruxelas, 16/8/1902. AHI, APBRB. Parte III(34). Lata 824, Maço 2.

Rio Branco, pero desde lejos, «en Perú, en Bolivia, en Washington»[11]. Capistrano de Abreu lo alertó, sin embargo, de que Rio Branco deseaba no solamente ascenderlo, sino también buscarlo. Al recibir un telegrama de Rio Branco confirmando tal intención, Domício se sintió atraído por la posibilidad. Admitió que, «es mi pasión lo que me hace soñar a la noche, que me entretiene de día, tan absorbente como una pluma o un gran deseo guardado»[12]. Tenía miedo, sin embargo, que aceptar, en sus condiciones, fuera un error. En una carta, le expresó sus incertidumbres a Rio Branco: «Para aprovechar el impulso que Ud. me dio, sin arriesgarme a pasar por su protección, sería preferible que continuara colaborando desde aquí, tal vez más provechosamente para el servicio público y para nosotros dos»[13].

Terminó aceptando la invitación. Al día siguiente, salía la ansiada promoción a primer secretario. El Decreto Legislativo n° 754, del 31 de diciembre de 1900, determinaba la cuenta de su tiempo como segundo secretario de Legación desde el 31 de diciembre de 1895, como también el recuento de la antigüedad en el puesto de primer secretario a partir del 22 de noviembre de 1898. La expectativa de Domício era quedar al «pie del jefe», en la «posición de un hijo que tiene que esperar la mejor oportunidad para pedir un servicio al otro»[14], pero esperaría por la vacante «incluso dejando que se cubierta, si él continuara precisando de mí»[15].

11 GAMA, Domício da. Carta a Graça Aranha, Bruxelas, 5/10/1902. ABL, AGA 10.3.13.

12 GAMA, Domício da. Carta a Graça Aranha, Bruxelas, 13/1/1903. ABL, AGA, 10.3.13

13 GAMA, Domício da. Carta a Rio Branco, Buenos Aires, 3/8/1908. IHGB, CDG, Lata 646., pasta 12.

14 GAMA, Domício da. Carta a Joaquim Nabuco. Bruxelas, 25/1/1903. Fundaj, CP P107 DOC 2270.

15 GAMA, Domício da. Carta a Graça Aranha, Petrópolis, 19/3/1903. ABL, AGA 10.3.13.

De vuelta en Brasil

Rio Branco despachaba de vez en cuando, siguiendo el expediente de modo superficial. Domício decía que cuando se hablaba «otra cosa que no fuera Acre, él se escuda con la obligación más urgente: que tiene que terminar su informe anual, que así ha sido adelantado mes a mes, después de haber sido de una semana para la otra»[16]. Los planes iniciales de Domício da Gama eran de auxiliar a Rio Branco en el asentamiento de la máquina de la política exterior, ayudarlo a aceitar sus piezas y alejarse de él. Pero terminó permaneciendo en la función por cuatro años, dividido entre la rutina del Gabinete, el movimiento del medio diplomático y las negociaciones del Tratado de Petrópolis.

Su mayor desafío era alejarse de Rio Branco. Éste no consideraba los pedidos personales del movimiento, a no ser que le interesaran. Domício consiguió, en agosto de 1904, nombramiento para París. Fue al destino, pero un mes y medio después Rio Branco lo llamó de vuelta como agregado de apoyo del Gabinete, a pesar de continuar con base en París. Cuatro meses después, recibió del Vizconde de Cabo Frio el decreto presidencial que lo ascendía a ministro residente en Colombia. Aun así, Domício no fue desplazado a aquel puesto.

Había una vacante en Lima, puesto importantísimo para Rio Branco teniendo en cuenta la cuestión lindera con Perú. La jefatura de la legación fue concedida, el 14 de noviembre de 1903, a Manoel de Oliveira Lima, que no se apuró en asumirla. De hecho, al dejar Japón, Oliveira Lima hizo un viaje que Almeida llamó *the longest diplomatic transfer, ever*[17], aunque era consciente no solamente de la urgencia de la asunción como de la relevancia del puesto para el canciller. Finalmente, Domício da Gama fue designado para

16 GAMA, Domício da. Carta a Graça Aranha, Petrópolis, 28/1/1904. ABL, AGA 10.3.13.

17 CARDIM, Carlos Henrique, FRANCO, Álvaro da Costa. (orgs). *Rio Branco, a América do Sul e a modernização do Brasil*. Rio de Janeiro: EMC, 2002, p. 251.

Lima, adonde llegó el 13 de diciembre de 1906, o sea, al inicio del segundo mandato de Rio Branco.

Asumir un puesto

El 2 de abril de 1907, Domício da Gama aportó en Lima llevando órdenes de presentar al Gobierno local una propuesta de reconocimiento del límite oriental de Perú. Su actuación fue, sin embargo, más allá de las instrucciones, dedicándose a amenizar el duro tono de los diarios contra Brasil. Dos meses después de su llegada ya relataba a Rio Branco el resultado de su trabajo: «hace ya algunas semanas, ningún adjetivo amargo aparece manifestando rencor o simple malevolencia en nuestra contra». En las clases de español con un fraile agustiniano, se dio cuenta de que la sociedad peruana desconocía a los escritores brasileños. Tanto es que la Biblioteca Nacional de Lima aún se rehacía del robo producido por los soldados chilenos durante la ocupación de la ciudad. Él inició un trabajo de recuperación de la misma, pidiendo a amigos literatos que le enviaran libros.

Luego de observar un desfile militar, Domício le escribió a Rio Branco un oficio reservado, en el que recomendaba el nombramiento de agregados militares para las tres legaciones de Sudamérica «que más nos interesa conocer»[18]. El perfil de los agregados debería ser cuidadosamente evaluado, pues precisarían ser reservados sin parecerlo, y ser sociables sin ser intimidantes. Rio Branco anotó y prometió una respuesta, pero no lo hizo. La intuición de Gama, sobre la conveniencia de agregados navales y militares solamente vendría a materializarse como el reglamento Nilo Peçanha, en 1918[19].

18 GAMA, Domício da. Ofício reservado ao Barão do Rio Branco, Lima, 6/6/1907. AHI, MDB. Lima. Ofícios. 1906-1907, 212.4.05.

19 CASTRO, Flávio Mendes de Oliveira. *História da organização do Ministério das Relações Exteriores*. Brasília: Ed. da Universidade de Brasília, 1983, p. 242.

El ritmo de las negociaciones de las fronteras bajo Domício da Gama fue tranquilo. La finalización de la cuestión peruana recién ocurriría en 1909, cuando Gama ya estaba en Argentina. En un balance posterior sobre su estadía en Perú, Domício se dijo convencido de que conseguiría resolver las asperezas de la relación entre ambos países, pues durante su estadía no hubo ninguna hostilidad abierta o desinterés. El encanto de los peruanos fue comprobado por varios vehículos de la prensa limeña, como la Revista Actualidades, que llegó a considerarlo un «diplomático modelo».

En Buenos Aires

La transferencia de Domício a Buenos Aires fue publicada en diciembre de 1907, pero su traslado solamente ocurrió en mayo de 1908, y no fue tranquilo. Telegramas de Rio Branco, recibidos durante el trayecto, informaban a Domício que su destino sería Rio de Janeiro y ya no Buenos Aires. De modo concomitante, Rio Branco le dio instrucciones a la legación en Buenos Aires de consultar al Gobierno argentino sobre el nombramiento de un agregado naval. Estas insólitas instrucciones de Rio Branco se debían al aumento de la tensión en las relaciones diplomáticas entre Brasil y Argentina, luego del ascenso de Estanislau Zeballos, el negociador argentino en la cuestión de Palmas, a la dirigencia de la cancillería argentina, en noviembre de 1906.

Con este telón de fondo, el viaje de Domício da Gama para asumir el puesto en Buenos Aires, sería largo y agitado. Después de 34 días de viaje de Perú hacia Brasil, los veinte días pasados en Rio de Janeiro fueron de intensos estudios y trabajos junto al «jefe absorto, *rageur* y atormentado por ocupaciones dispersivas»[20]. No obstante, creía que la capital argentina sería un puesto interesante,

20 Carta a Joaquim Nabuco, Buenos Aires, 15/08/1908. Fundaj, CP P252 DOC 5163.

principalmente por el desafío de una «experiencia de acción personal y gradual de la propaganda de caballero brasileño en un medio francamente hostil».

El día 2 de agosto, llegó a Buenos Aires en medio de un ambiente de máxima desconfianza argentina para con Brasil. Por esto, en un primer momento, basado en conversaciones con Assis Brasil, a quien sucedía en el puesto, Domício sugirió la promoción de una triple entente Argentina-Brasil-Chile, pues «basta que no sea votada la autorización para los armamentos y un gesto amistoso nuestro (la entente) promoverá la *détente*»[21].

La recepción oficial recién ocurrió dieciocho días después de su llegada, pero el Diario de Buenos Aires lo entrevistó en el día de su llegada. El balance final del periódico fue que Brasil había hecho una buena elección, visto que las circunstancias que exigían a alguien recto y no contradanzas de espadín. Aun así el ánimo de la prensa no era amistoso. Domício le dijo a Rio Branco que el objetivo de Zeballos era trabajar para su candidatura a diputado y le aconsejó no alimentar la polémica, agregando que Zeballos tenía más amigos que enemigos. Mientras tanto, trató de mantener la sangre fría y de buscar los medios para una conciliación. Ante la continuación de la campaña alarmista de Zeballos, Gama le pidió a Rio Branco que intercediera junto a la prensa brasileña en el sentido de evitar el juego del argentino, cuya finalidad era provocar agitación en Brasil.

El aumento de desconfianza en el escenario argentino llevó a Domício a desaconsejar la continuación de la agregaduría del comandante de la marina brasileña Batista Franco, ya que él no había «podido cumplir con su misión de estudiar progresos navales de este país cuyo Gobierno le rechazó el permiso para visitar puertos y establecimientos militares»[22]. Para irritar más aún el escenario

21 GAMA, Domício da. Carta a Rio Branco, Buenos Aires, 3/8/1908. IHGB, CDG, Lata 646, pasta 12.

22 GAMA, Domício da. Ofício a Lauro Müller, 18/04/1912. AHI, MDB, Washington, Ofícios 1912, 234.1.13.

político, Estanislao Zeballos lanzó críticas en los periódicos argentinos sobre el tenor de un telegrama que el canciller brasileño habría emitido. Envidando esfuerzos en el sentido de descubrir el problema, Rio Branco asoció el telegrama de Zeballos como su telegrama enviado a la legación brasileña en Santiago de Chile cuyo número era nueve. A partir de allí los esfuerzos se hicieron en acción triangular: Rio de Janeiro, Buenos Aires y Santiago. La función de Domício da Gama fue la de buscar junto a Victorino de la Plaza tres copias del telegrama cifrado verdadero, contrastando su texto con el tenor de la denuncia hecha por Zeballos y con una de las supuestas copias que el canciller argentino circulaba. Una vez hecho esto, los documentos fueron publicados en los diarios platenses, y los debates se dividieron sobre la veracidad de tales instrucciones.

Domício interpretaba que los acontecimientos avanzaban favorablemente, pues los diarios se mostraban cansados del asunto, mientras los diplomáticos europeos admiraban la paciencia brasileña en el caso. Su expectativa era que el incidente se acercaba al fin y aguardaba un pronunciamiento del Gobierno argentino, o una palabra cordial de Victorino de la Plaza sobre el caso. Domício temía, sin embargo, que de la Plaza usara la estrategia del silencio para enterrar el incidente, y así evitar olas que pudieran molestar su proyecto de ser indicado a la presidencia. Durante una cena en el Jockey Club, Gama y de la Plaza tuvieron lo que Domício llamó una hora de discusión acalorada, «levantando varias veces la voz»[23]. Esta irritación pública, inédita en su carrera, provino de la inconformidad de Domício con la actitud del Gobierno argentino, que pretendía dar por terminado el incidente sin una explicación formal. Que fue realmente lo que ocurrió.

Para Domício da Gama el final del episodio del telegrama número nueve no fue satisfactorio. Sirvió para reforzar su argumento de

23 GAMA, Domício da. Carta a Rio Branco, Buenos Aires 4/12/1908. AHI, MDB. Lima. Ofícios. Julho-dezembro 1908, 206.2.04.

que la franqueza que él había utilizado era justificada, pues estaba seguro de que hablar alto y claro era una táctica que traería buenos resultados en aquel episodio. Para él, los argentinos eran impulsivos y cambiaban de opinión y de resolución muy rápidamente: «así los debemos tratar, gritando cuando es necesario, y bajando el tono cuando se sorprenden por haberse «pasado»». Domício no temía una ruptura, pues los intereses conservadores argentinos eran «indiferentes a todo lo que les pareciera un simple juego político, o incluso entretenimiento de ambiciosos y exhibicionistas», sin embargo se levantarían para «reprimir cualquier intento o amenaza de perjuicio para la vida material de la nación»[24].

Gama tampoco se conmovía con las sugerencias de reducción de los armamentos brasileños. «Al tercero que me tocó en la tecla», dijo, «ya respondí con impaciencia que aunque nos convenciéramos de que nos habíamos equivocado al construir navíos grandes, no cederíamos a una presión exterior malévola en materia de dignidad nacional, y que nadie puede creer que la ley de armamentos en Argentina sea una consecuencia de la nuestra»[25]. Ante rumores sobre una posible mediación extranjera, mantuvo que la única opción política posible sería no admitir la intervención en asuntos internos. Le preocupaba la posibilidad de que «el pacifismo o el americanismo de Nabuco pudiera dar mala suerte a una mediación americana»[26], en caso de que el nivel de la discusión alcanzara tales niveles.

Embajador en los Estados Unidos de América

Con la muerte de Joaquim Nabuco el 17 de enero de 1910, los periódicos en Argentina y en Brasil especularon ampliamente sobre

24 GAMA, Domício da. Carta a Rio Branco, 22/12/1908. AHI, APBRB. Parte III (34). Lata 824 Maço 2.

25 GAMA, Domício da. Carta a Rio Branco, Buenos Aires, 11/8/1908. IHGB, CDG, Lata 646 pasta 12.

26 GAMA, Domício da. Carta a Rio Branco, 22/12/1908. Op. Cit.

quién sería el sucesor en el cargo. Mientras el nombre de Domício da Gama era bien visto por los argentinos, la prensa brasileña se dividía. La carrera de Domício da Gama era analizada y sus cualidades desatacadas, pero al mismo tiempo surgían alusiones a la indicación de Rui Barbosa o de Oliveira Lima para el cargo.

El 18 de abril de 1911, Rio Branco le informó a Domício que su nombramiento como embajador en los Estados Unidos de América estaba firmado, aunque no publicado aún. La sanción por el Senado brasileño ocurrió un mes después, el 17 de mayo de 1911, sin debate y por votación unánime. A los 49 años, Gama se convertía en el segundo embajador (el primero había sido Nabuco) de la historia del Ministerio de Relaciones Exteriores. En una rara demostración pública de aprecio, Rio Branco saludó a Domício a causa de su partida a EE.UU., en aquel que terminó siendo el último encuentro personal entre ambos:

> *Lo conocí en su juventud, hace más de un cuarto de siglo, ya entonces querido por mis padres y por mis tíos, que eran viejos servidores de la patria. Desde aquella época pude apreciar la bondad de su espíritu y de su corazón, y acompañar con afectuoso interés su laboriosa y digna carrera tanto en Europa como en América, y también aquí en el Gabinete de Relaciones Exteriores. Con sus cualidades personales, y habiendo trabajado en los primeros años de su vida pública, sucesivamente, bajo la mirada inmediata de Antônio Prado, Rio Branco y Joaquim Nabuco, su carrera no podía dejar de ser lo que ha sido: un ejemplo de provechosa dedicación al servicio de la patria*[27].

Su partida a Washington le daba a Domício el placer de terminar su carrera diplomática en el mismo país en que la había

27 RIO BRANCO, Barão do. Saudação a Domício da Gama, Rio de Janeiro, 18/5/1911. APBRB. Lata 877 Maço, Pasta 12.

iniciado. Pero su visión de EE.UU. era diferente a aquella que tenía Joaquim Nabuco. A su modo de ver, el «americanismo de Nabuco» le hacía creer que Estados Unidos retribuiría la amistad con la misma intensidad. Monroísta asumido, Nabuco interpretaba la doctrina como un aviso de buena fe a los extranjeros, un interdicto posesorio que le aseguraba a Brasil la posibilidad de dormir profundamente mientras los americanos se quedaban «de guardia toda la noche»[28]. Para Domício, el sentido de hacer guardia era entendido de manera totalmente opuesta. Adoptaba lo que él mismo llamaba *psicología de centinela*, «pues quien vela está atento, y por fuerza, desconfiado». Veneraba el apego al hogar doméstico, que era para él la extensión del sentimiento de la patria, y creía que si «nosotros tuviéramos tiempo para tener paciencia, moralmente (Brasil) sería la tierra superior». Al contrario de Nabuco, él difícilmente dejaría que un extranjero vigilara su patria –su casa– desde tan cerca.

Domício estudió ampliamente lo que llamó espíritu del pueblo norteamericano, o sea, su tradición política, sus procesos gubernamentales, sus manifestaciones internas e internacionales. Llegó a la conclusión de que por haber sido un país formado por tantos pueblos diferentes, pasó a sentirse superior a los demás. Los negocios habían estimulado a los norteamericanos a privilegiar la vida material, ampliando individualmente el egocentrismo que se plasmó en el propio egoísmo nacional. Domício entendía que las alianzas o incluso las manifestaciones de amistad no les llamaban la atención más que por interés. En este sentido, cabía ser precavidos para «cuando el interés americano, ya sea nacional o simplemente particular, esté en conflicto con el nuestro»[29].

28 JORNAL DO COMMERCIO. O Sr. Joaquim Nabuco e a Doutrina de Monroe, 23/9/1905 apud in: CADERNOS DO CHDD. Fundação Alexandre Gusmão, Brasília: Ano IV - Número 7. 2º Semestre, 2005, p. 266.

29 GAMA, Domício da. Carta ao Marechal Hermes da Fonseca, Washington, 29/12/1911. IHGB, CDG, Lata 648 Pasta 5.

Entendía que el ánimo estadounidense estaba en plena expansión. La idea de poder intervenir «como hermano mayor (*big brother*) en la vida política de las hermanas intranquilas, para enseñarles cómo se vive» era una práctica incluso antes de firmarse como doctrina. «Ésta será la doctrina *Taft ou Knox*, si Roosevelt no reclama que le den su nombre»[30]. Para él, Estados Unidos no solamente estaba creciendo como nación, sino que también se mostraba cada vez más consciente de su peso en el mundo. Así, entendía como una necesidad y un deber nacional solamente ceder frente a EE.UU. en lo que fuera justo y valiera la pena. Su pensamiento era que Brasil debía relacionarse con los norteamericanos con base en las muestras de consideración efectivamente recibidas, y no anticipándose a éstas. Además del desprestigio, el hecho de ponerse cómodos podría llevar a un desequilibrio en las relaciones bilaterales entre ambos países, especialmente por la competición desigual, ya que, para Gama, Brasil era aún una nación pequeña en el sistema internacional.

El pragmático Domício no creía en amistades colectivas ni en ciertos tipos de cooperación, especialmente cuando eran entre potencias y países débiles. Entendía que, cuando se ponía a prueba, cuando se enfrentaban los intereses, la potencia abandonaba sus buenas intenciones y colocaba sus poderes en acción. De esta manera, la colaboración con la potencia debería estar claramente delineada, para evitar trampas o competencias inmorales que dejarían a los más débiles expuestos a la autoridad de los más fuertes. Tratar con independencia los asuntos de EE.UU. era aún más necesario en la medida que aumentaba el número de los que pensaban que las concesiones a aquel país deberían ser hechas indefinidamente. La tendencia al aumento de la importancia que se le daba al mercado norteamericano, ya consumidor de cerca del 40% de toda la producción brasileña de café y en activa expansión,

30 Ídem.

después de haber obtenido el *status* de socio comercial de Brasil y recibido beneficios aduaneros del 30% para una serie de productos, exigía la atención del Gobierno brasileño. Domício preveía que los norteamericanos siempre tendrían nuevas demandas, que creían que serían rápidamente atendidas. «Pues es aquí donde conviene poner un límite, si no queremos reducirnos a una simple provincia económica de Estados Unidos»[31]. Concesiones no deberían hacerse a cambio de intereses políticos, pues cuanto más se concediera, más concesiones serían demandadas y las exigencias no tendrían límites. A entender de Domício da Gama, un país, cualquier país, no debe asumir un comportamiento condescendiente que pueda confundirse con una puerta abierta a la intervención externa en sus asuntos internos. A su modo de ver, en política internacional no conviene de ninguna manera parecer débil. No comprender el propio interés es también demostrar debilidad. Decía que debíamos mostrarnos al mundo como una *Self Made Nation*, que se desarrolla sin perjudicar el derecho ajeno, entrelazando amistades en la misma línea de nivel, consciente de su responsabilidad, cuidando su soberanía.

El caso del café

En Estados Unidos, Domício da Gama se sumergiría inmediatamente en el problema que el café brasileño enfrentaba en el mercado local. El principal producto brasileño tenía una situación singular: internamente era prácticamente todo producido y financiado por los estancieros nacionales y el 90% de su exportación era realizado por exportadores británicos, norteamericanos y alemanes[32]. En este escenario, el Gobierno brasileño era rehén

31 Ibidem.

32 TOPIK, Steven. *A presença do Estado na economia política do Brasil de 1889 a 1930*. Rio de Janeiro: Record, 1987, p. 73 e 86.

de las exigencias y demandas de la burguesía de café, lo que se reflejaba en la política conocida como café con leche. Para sustentar su superproducción el excedente del producto era comprado por el Gobierno de los estados o el Gobierno federal. Sucesivas políticas de valorización eran dirigidas por los barones del café con el aval del Gobierno federal. La recesión mundial de 1907 afectó la promesa del Gobierno federal brasileño en ayudar en el levantamiento de fondos para el Gobierno de São Paulo que había iniciado unos acuerdos de un nuevo préstamo con banqueros alemanes. A fines de 1907 y con la oposición de los Rothschild, tradicionales banqueros brasileños, el esquema ya se mostraba predestinado al fracaso. Sin dinero, los paulistas apelaron a los importadores y exportadores de café.

> *En diciembre de 1908, el Gobierno de São Paulo llegó a un acuerdo por el valor de quince millones de libras con el Banco Schroder, del inglés Henry Schroder, y la Société Générale. Diez millones de Schroder y cinco de la Société; sin embargo, más tarde la Société vendió 2 millones a los banqueros norteamericanos J. P. Morgan y First National City Bank. El préstamo fue garantizado por la tasa especial de 3% oro sobre cada bolsa de café exportada a los precios del* Convenio de Taubaté *y por el valor del café comprado por el Gobierno paulista. Con el préstamo, el Gobierno de São Paulo repitió la acción de 1905, comprando grandes cantidades y reteniendo una parte para mantener el precio, vendiendo la otra para pagar el préstamo*[33].

De esta manera, de cerca de 11 millones de bolsas que fueron compradas por el estado brasileño, siendo que aproximadamente 7 millones estaban almacenadas, a disposición de la Comisión Ejecutiva del préstamo, que estaría compuesta por siete miembros:

33 FRANÇA, Tereza Cristina Nascimento. Op. cit., p. 282.

cuatro apoyados por Schroder, dos por la Société Générale y uno por el Gobierno de São Paulo, Paulo Prado, de la casa Prado Chaves. Las bolsas estaban dispuestas en Nueva York, Havre, Amberes, Róterdam, Bremen, Trieste y Marsella. *Pari passu*, los banqueros que financiaban las operaciones colocaron una sobretasa al café y crearon el Comité de la Valorización para coordinar la venta del producto, que era por su parte, controlada por el comerciante Herman Sielcken. En febrero de 1911, el diputado norteamericano George Norris, alegando peligro de explotación del consumidor norteamericano, entró con un pedido de informaciones, teniendo en vista la posibilidad de que Brasil tomase represalias, imponiendo impuestos aduaneros. Viendo esto, el Departamento de Justicia respaldó una serie de investigaciones por parte del Congreso[34].

Al iniciar las conversaciones con Philander Knox, el secretario de Estado norteamericano, Gama argumentó que la intención del Gobierno paulista había sido proteger a los estancieros contra la baja gradual de los precios del producto[35]. Resaltó que a pesar del aumento del precio de todos los artículos comerciales, los precios del café se habían mantenido, especialmente en EE.UU., estables por 25 años. Gama sabía que él y Knox no concordaban en los fundamentos de sus argumentos, pero defendía que era mejor que Knox supiera su postura política para no evitar exceso de «pretensiones con nosotros o, por lo menos, para ser cauteloso al presentarlas»[36]. Sin embargo, la mayor preocupación de Domício da Gama era con la posibilidad de que el Gobierno norteamericano apoyara oficialmente la causa, lo que sería contraproducente para Brasil, debido a «nuestra extrema susceptibilidad tratando con nación poderosa».

34 FRANÇA, Tereza Cristina Nascimento. Op. cit., p. 280-285.

35 Carta a Philander Knox, Washington, 19/6/1911. AHI, MDB, Washington, Ofícios abr/dez 1911, 234.1.12.

36 Ofício reservado ao Barão do Rio Branco, Lima, 18/6/1907. AHI, MDB. Lima. Ofícios. 1906-1907, 212.4.05.

Domício da Gama y Lauro Müller

Con el fallecimiento de Rio Branco el 10 de febrero de 1912, Lauro Müller asumió las funciones. Ya el 23 de febrero, solicitó que Domício indagase sobre la opinión de los norteamericanos, «con quien deseamos siempre marchar de acuerdo», sobre el caso de Paraguay. A pesar de no conocer a Lauro Müller personalmente, Domício respondió al día siguiente, aconsejándole mantener la libertad de acción que Brasil siempre había tenido. Propuso que el nuevo ministro evitara pedir consejos o buscar la aprobación de los norteamericanos para la política brasileña en Sudamérica, «para no abrir camino a pretensiones inadmisibles, en este y otros terrenos, como está siendo tendencia»[37]. Domício le consultó al ministro si concordaba con su manera de pensar y si lo autorizaba a continuar en esta línea. La respuesta a esta consulta, sin embargo, nunca llegó. La postura de Müller era de evitar asuntos relativos al café.

Gama informó a la cancillería brasileña que el Ministerio de Justicia norteamericano se preparaba para presentar un parecer sobre la cuestión del café. Intuía que el Gobierno norteamericano sería riguroso y temía la instauración de un proceso criminal, que llevaría a la opinión pública a reclamar contra el producto extranjero[38]. Temía que los rumores de venta judicial del café perjudicaran los negocios, y limitaran la acción de los poderes públicos brasileños, impidiéndoles retener los productos y mantener los precios. Tal acción podría tener una repercusión imprevisible en la plantación cafetera brasileña. El 30 de mayo de 1912 Müller le respondió a Domício da Gama autorizando la contratación de un abogado y definiendo una posición sobre el caso: impedir la venta judicial del café.

37 GAMA, Domício da. Ofício ao Barão do Rio Branco, Washington, 31/1/1912. AHI, MDB. Washington, Ofícios, 1912. 234.1.13.

38 GAMA, Domício da. Ofício a Lauro Müller, 18/1/1913. AHI, MDB, Washington, 234.2.01.

A pesar de un evasivo Knox, Domício consiguió sacarle la promesa de que hablaría con el ministro de Justicia. Dos horas después, Knox llamó a Gama afirmando que el ministro no aceptaba intervenir *ex officio* y que el proceso solamente podía decidirse por medio del tribunal. En una nueva visita al Departamento de Estado, Gama constató que las intenciones eran en el sentido de una prorrogación procesual y no supresión del mismo. De esta manera, le cuestionó a Knox por el tratamiento inamistoso e injusto y afirmó que trataría el asunto en el discurso a ser realizado en el banquete panamericano en el Waldorf Astoria. Knox concordó que la actitud del ministro de Justicia había sido imprudente y que él mismo había protestado frente al ministerio de Justicia.

Por su parte, Lauro Müller mantuvo el argumento según el cual solamente la cancelación del proceso le interesaría al Gobierno brasileño y, en caso de que no ocurriera, Brasil tendría derecho de reclamar formalmente. Suponiendo que Müller y él estaban trabajando de modo unísono, Gama partió para Nueva York, pasó la noche en Long Island y de allí siguió directamente para el banquete en el Waldorf Astoria. Con esto, no pasó por la embajada y no leyó los telegramas de Lauro Müller y Enéas Martins que lo instruían a no hablar sobre la cuestión del café.

El salón de baile del Waldorf Astoria estaba lleno de políticos, hombres de negocios, embajadores y ministros latinoamericanos. El discurso de cuatro páginas de Domício da Gama vino después del de Philander Knox y sorprendió a todos. Siguiendo el consejo de John Barrett, director de la Unión Panamericana, él hizo el discurso más memorable de su vida. Comenzó hablando sobre América del Sur, pasando por los sentimientos de justicia de los ciudadanos norteamericanos y retratando la existencia de un velo de ignorancia por parte de ellos sobre Sudamérica. De acuerdo con el *New York Times*, cuando la palabra «café» surgió *throughout the*

hall, there were heard whispered words 'coffee trust, coffee trust'[39]. Gama continuó llamando la atención refiriéndose a la necesidad del desarrollo del comercio llevase a las Am*éricas,* tanto del Sur como del Norte, a una nueva era de relaciones comerciales. Afirmó haber recibido un duro golpe ante el apoyo del Gobierno americano a «un tanto arbitraria y totalmente revolucionaria doctrina de pagar la mercadería de los otros no al precio que ellos piden, sino al que Estados Unidos de América, es decir, los negociantes americanos quisieran pagar por ella». Concluyó que, al inmiscuirse con propiedad de un Estado extranjero y al admitir que un tribunal de justicia americano determinara la pérdida de la soberanía de aquel Estado extranjero, el Gobierno de Estados Unidos cometía un «descuido de la consideración debida a un Gobierno amigo que toca los límites de la descortesía internacional»[40].

En cuanto llegó al hotel, Domício entró en conocimiento de la instrucción previa del canciller. Le respondió, entonces, pidiendo que no lo divulgara, que no debilitara el proceso del café. Al día siguiente Müller, le afirmó a Domício que su propósito era crear una situación desagradable para Estados Unidos. El discurso tuvo una enorme repercusión, y fue noticia no solamente en Estados Unidos, sino también el Buenos Aires y Londres[41]. Cinco días después, Knox le solicitó al presidente William Howard Taft que terminara el *coffee suit*, y un mes después del banquete, el Procurador General del caso fue exonerado. El discurso de Domício da Gama, sumado al debate interno alimentado por la prensa llevó a la procuraduría a reafirmar que el proceso era movido contra individuos y comerciantes, y no contra Brasil.

39 *New York Times*, 28/5/1912.

40 GAMA, Domício da. Discurso no banquete da União Pan-Americana, Washington, 27/5/1912. Anexo número 2. AHI, MDB, Washington, Ofícios 1912, 234.1.13.

41 FRANÇA, Tereza Cristina Nascimento. Op. cit., p. 293-297.

La reacción de Müller fue de silencio. No volvió a responder a los oficios de servicio de Gama. Éste le pedía a Enéas que convenciera a Müller a dejarlo pasar una Nota pidiéndole al Gobierno norteamericano una definición de su política comercial. El mutismo de Müller lo llevó a cuestionar: «¿cómo saber qué política estoy sirviendo, si no me escriben, ni para aprobar procedimientos anteriores?». Aun así, Gama insistía en su posición contra los excesos de Estados Unidos. En agosto, Müller hizo el primer intento de alejarlo de Washington sugiriendo que sería conveniente que fuera a Japón a los funerales del emperador, junto con Philander Knox. Gama le respondió que ya no era posible alcanzar el navío de Knox. Seis meses después del banquete, Müller aún mantenía el silencio. Gama recibía noticias de São Paulo vía Herman Sielcken y continuaba sugiriendo en sus correspondencias con la Secretaría de Estado que aquel era el momento de eliminar los beneficios tarifarios concedidos a los norteamericanos, pues la suba del precio del café les impedía tomar represalias tributando el producto. Argumentaba que la victoria de los demócratas en la elección de 1912, tornaría la situación más fácil para Brasil, ya que éste tenía entre sus mejores amigos a algunos próceres de aquel partido. En noviembre, Müller hizo el segundo intento de alejarlo de Washington, ofreciéndole la jefatura de la Legación Brasileña en Londres. Gama le retrucó que su salida en aquel momento traería pérdidas a la causa, agradeció la confianza pero dijo que nunca había deseado un puesto en Londres. Cabe resaltar que la propuesta, aunque honrosa, era para una Londres que recién tuvo nivel de embajada en 1918, cuando Domício da Gama se tornó ministro de Estado.

La firmeza de Gama se basaba en su convicción de que era preferible comprometer su posición personal antes que mostrar debilidad política o macular el carácter nacional. Con frecuencia, tuvo que desmentir, en Washington, rumores de que el café sería vendido por el Gobierno brasileño y oponerse a presiones que

Müller le dijo haber recibido de la embajada norteamericana en Rio de Janeiro. Habiendo Sielcken afirmado que el Gobierno norteamericano no continuaría con el proceso, Müller aseveró a Edwin Morgan, embajador norteamericano en Rio de Janeiro, que las declaraciones de Sielcken no eran el deseo del Gobierno brasileño. A esta altura, Gama aclaró que las indiscreciones no salieron de él, y sí del Ministerio de Justicia, que se había disculpado con la Embajada, y previno al canciller sobre las noticias tendenciosas que salían en los periódicos y que él trataba de desmentir. Argumentaba, además, que EE.UU. sería el mayor perdedor si la situación perdurase y, teniendo en cuenta la próxima asunción de la administración demócrata, el momento sería oportuno para asentar las relaciones entre ambos países.

No obstante los consejos de Gama, cuando, en noviembre, el embajador Morgan le propuso a la cancillería brasileña la venta de las bolsas en el mercado libre de restricciones y a corto plazo (antes o hasta el 1 de abril de 1913), Müller aceptó el arreglo, sin consultarle a Domício, y en enero el stock fue liquidado en Londres. Cabe además resaltar que un mes después de la negociación con Morgan, el Ministerio de Hacienda renovó la reducción de derechos a determinados productos de procedencia norteamericana «anteriormente concedida para los ejercicios de 1904, 1906, 1910, 1911 y 1913»[42]. Así, en la grave crisis financiera de 1914, conjuntamente con la guerra mundial, el café de Brasil sufrió graves pérdidas en el valor.

Gama además intentó llamar la atención del canciller para un probable efecto colateral de esta actitud en la región: Argentina, especialmente, podía sentirse perjudicada. Resaltó que la salida de Argentina de la Unión Panamericana podría ser un golpe al panamericanismo deseado tanto por los estadistas como también por negociantes americanos. Alertó a Müller de que el representante

42 BRASIL. Ministério das Relações Exteriores, *Relatório*, 1914, v. 1, parte I, p. XX.

argentino le había anticipado que la cuestión de las harinas también sería tema de debate. Delante del equipo, sugirió que Müller disputase junto a Morgan la exclusión de la harina de trigo de la lista de productos beneficiados por la tarifa brasileña, y que restableciera la reducción del 20% de otros artículos. Incluso sabiendo que no sería escuchado, reiteró su posición de que era necesario un tratamiento igualitario recíproco, de una amistad sin dependencia.

Con el ascenso del demócrata Woodrow Wilson, la política norteamericana pasó a priorizar el esfuerzo de reducir los precios del café. Esa postura contrariaba todo el esfuerzo de la embajada que, desde 1907, intentaba impedir una política especial sobre el café. Irritado, Domício da Gama se desahogó con el amigo José Veríssimo sobre la actitud de negociación de Müller y sobre la inhibición en reclamar contra la ofensa recibida: «ahora tenemos una ley especial contra la entrada del café de la valorización en Estados Unidos. Esto fue lo que consiguió el Sr. Lauro Müller con su negociación frustrada: un proceso provocativo aún pendiente y uno especial contra el Gobierno de São Paulo y su café. ¿No es esto una gran diplomacia?»[43].

En marzo de 1913, Domício recibió un telegrama en el que Müller solicitaba que éste aprovechara el inicio de la administración Wilson para exponer la situación del café y solicitar mayores facilidades comerciales[44]. Siguiendo las instrucciones, Gama buscó al nuevo secretario de Estado, William J. Bryan, que le pidió un memorando breve sobre el asunto. Hubo un pesado juego entre ambos Gobiernos acerca de la tasación sobre el café por razones fiscales, teniendo en cuenta el aumento de la renta del tesoro[45]. Gama insistió junto

43 GAMA, Domício da. Carta a José Veríssimo, Washington, 24 de fevereiro 1913. *Revista da Academia Brasileira de Letras*. V. 42, Rio de Janeiro, 1933, p. 120 e 121.

44 MÜLLER, Lauro. Telegrama a Domício da Gama, 7/3/1913. AHI. MDB. Washington, Telegramas Expedidos, 1911 a 1915. 235/4/2.

45 BUENO, Clodoaldo. *Política externa da primeira república e os anos de apogeu* (1902 a 1918). São Paulo: Paz e Terra, 2003, p. 377.

con Bryan que la acción obstaculizaría las relaciones entre ambos países. En abril de 1913, el proceso fue retirado por el procurador general Bryan y cerrado un mes después. La postura de Domício da Gama fue un contrapunto al servilismo en la diplomacia y en pleno momento de expansión de la diplomacia del dólar. Por lo tanto, la visión realista de Gama se contrapuso al servilismo de Lauro Müller. Y la acción de Domício en el caso del café pasó a ser vista como la voz disonante en el medio diplomático brasileño.

La Conferencia de Falls Niágara

La Revolución Mexicana no tuvo repercusiones profundas en Brasil. El Itamaraty seguía el caso a través de su consulado en la Ciudad de México y de su embajada en EE.UU. Con la ruptura de las relaciones diplomáticas entre Estados Unidos y México, el representante consular brasileño, Cardoso de Oliveira, pasó a representar los intereses norteamericanos en el país.

El 9 de abril de 1914, un oficial y nueve marineros norteamericanos desacataron autoridades mexicanas, entrando en zona prohibida del puerto de Tampico que estaba sitiado y fueron presos. El contra-almirante consideró la prisión un insulto y exigió el izamiento de la bandera norteamericana en suelo mexicano, acompañado de 21 tiros de cañón, acto que el entonces presidente mexicano Victoriano Huerta se negó a realizar. La reacción del presidente norteamericano Woodrow Wilson fue solicitar al congreso una autorización para el empleo de las fuerzas armadas contra México. Diez días después, los norteamericanos ocuparon el puerto de Vera Cruz antes que el tren alemán Ypiranga desembarcara con material bélico para Huerta. La tensión aumentó y tanto Huerta como el primer jefe del ejército constitucionalista, Venustiano Carranza, entendieron la acción norteamericana como un acto de guerra.

El 25 de abril, Domício da Gama junto con los ministros Rómulo S. Naón, de Argentina, y Eduardo Suárez Mujica, de Chile, enviaron una propuesta conjunta de buenos oficios al secretario de Estado norteamericano William Jennings Bryan. La propuesta de los llamados *A.B.C. Powers* fue cortejada por los diarios mexicanos como un medio capaz de restaurar la paz. La iniciativa salió de Suárez Mujica, que llamó a otros dos colegas para discutir con el Departamento de Estado sobre la crisis mexicana. Al día siguiente, las tres cancillerías apoyaron el esfuerzo conjunto de mediación. El historiador Frank H. Severance, coetáneo del caso, observó que con el bloqueo de los puertos mexicanos, el bombardeo de las ciudades e invasión del territorio por parte de Estados Unidos, «*an offer of mediation came like a ray of light through the storm clouds*»[46].

A pesar de que la mediación había sido aceptada por ambas partes inicialmente, el presidente Wilson cambió de idea. El verdadero problema, alegó, era el caos mexicano y así, antes de la negociación, México debería presentar un Gobierno digno de reconocimiento. Los mediadores pidieron cesar el fuego tanto a Carranza como a Huerta. Carranza objetó que el conflicto entre EE.UU. y México no dependía de la guerra interna y que la suspensión de las hostilidades solamente beneficiaría a Huerta[47].

En marzo de 1915, el Congreso norteamericano otorgó a los mediadores la Medalla de Oro, su mayor honor, por sus generosos servicios en la prevención del conflicto. De acuerdo con Stephen W. Stathis, solamente diecisiete ciudadanos no norteamericanos recibieron la condecoración[48]. Cabe resaltar además que la

46 SEVERANCE, Frank H., ed. *Peace Episodes on the Niagara*: Other Studies and Reports (including Severance's essay, «The Peace Conference at Niagara Falls in 1914»). Buffalo, N.Y.: Buffalo Historical Society, 1914, p. 6.

47 VINHOSA, Francisco Luiz Teixeira. «*A diplomacia brasileira e a Revolução Mexicana* (1913-1915)». In: Revista do Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro. Brasília/Rio de Janeiro: 1980, nº 327, abril/junho, p. 64.

48 STATHIS, Stephen W. *Congressional Gold Medals 1776-2002*. CRS Report for Congress Received through the CRS Web. The Library of Congress, 2002, p. 28.

mediación mostró a los países sudamericanos que era posible y era útil trabajar en conjunto. En mayo, los cancilleres de los tres países sudamericanos firmaron, en Buenos Aires, el tratado de paz del ABC, comprometiéndose a preservar la paz y a abstenerse de guerras, dejando cualquier controversia a una comisión imparcial[49]. Este tratado fue basado en los tratados bilaterales de paz de William Jennings Bryan con la intención de un «*cooling off period*» para disputas internacionales. Dos meses después, Domício da Gama, Naón, Suárez Mujica y Bryan firmaron tratados de paz bilateral entre los respectivos estados en Washington.

Los encuentros entre los mediadores, los representantes norteamericanos y los de Huerta en las Cataratas del Niágara se iniciaron el 20 de mayo de 1914 y se extendieron por cinco semanas. Carranza no envió delegados porque consideraraba inaceptable el ensanchamiento del objetivo de la conferencia, visto que, Estados Unidos no tenía el derecho de intervenir en asuntos internos de México. La posición de Domício da Gama era contraria a cualquier intromisión en los asuntos internos mexicanos, durante el encuentro y en los trabajos posteriores. Lauro Müller creía que Brasil debía seguir a Estados Unidos si éste reconociera un Gobierno en México, pero no debía influir en el establecimiento de dicho Gobierno. Gama creía que el Itamaraty debía tener una política independiente de aquella de Estados Unidos, pues por mayor que fuera la voluntad de ayudarlos, no «nos quedaría bien acompañarlos incondicionalmente como verdaderos satélites en acciones que sólo deben ser promovidas con total independencia de juicio y seguridad de motivos»[50]. Y la opinión interna de Brasil estaba más relacionada con la posición de

49 SMALL, Michael. *The forgotten peace*: mediation at Niagara Falls, 1914. Ottawa: University of Ottawa Press, 2009, p. 132.

50 GAMA, Domício da. Ofício a Lauro Müller, 29/9/1915. AHI, MDB, Washington, Ofícios 1914 a outubro 1915, 234.2.03.

Domício da Gama que con la de Müller, tendía a oponerse a cualquier atentado contra la soberanía mexicana[51].

Durante la reunión panamericana del 18 de septiembre de 1915, Domício asumió posición contraria a la aprobación del proyecto de resolución que, a su modo de ver, violaba la soberanía mexicana –postura, de acuerdo con Arthur Link, correcta y sensible[52]–. Quince días después, el 18 de octubre, se realizó una nueva conferencia entre el secretario de Estado Robert Lansing y los mediadores. Concluyó que el partido carrancista era el único que presentaba sustancialmente las características cruciales para ser reconocido como Gobierno *de facto*. Domício fue autorizado por el Gobierno brasileño a reconocer al Gobierno carrancista separadamente, pero en el mismo día de los demás. En el mismo día que recibió esta instrucción, le envió un oficio a Müller, aconsejándole no nombrar de inmediato a un ministro junto al Gobierno carrancista. Creía que el Itamaraty reconocería aisladamente el Gobierno de Huerta como un gesto de panamericanismo[53].

En los años siguientes, Domício continuó acompañando el caso a través de los diarios y también en conversaciones con políticos mexicanos, como Eliseo Arredondo. En sus oficios a Müller, devolvía la tesis de que la ruina de la República de México fue acelerada, si no determinada, por la vecindad de Estados Unidos de América, pero si la guerra explotase, la culpa sería del Gobierno carrancista[54].

51 VINHOSA, Francisco Luiz Teixeira. «*A diplomacia brasileira e a Revolução Mexicana* (1913-1915)». In: Revista do Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro. Brasília/Rio de Janeiro: 1980, nº 327, abril/junho, p. 70.

52 LINK, Arthur. *La política de los Estados Unidos en América Latina* – 1913-1916. México-Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1960, p. 212.

53 GAMA, Domício da. Ofício a Lauro Müller, 9/10/1915. AHI, MDB, Washington, Ofícios 1914 a outubro 1915, 234.2.04.

54 GAMA, Domício da. Ofício confidencial a Lauro Müller, 14/7/1916. AHI, MDB, Washington, Ofícios despachos políticos confidenciais reservados Expedidos 1914 a 1919, 451.4.05.

La Primera Guerra Mundial

Lauro Müller instruyó a Domício da Gama en el sentido de que el Gobierno brasileño defendiera la paz y, por eso, se reservaba el derecho de aguardar oportunidad de cooperar o actuar en cada caso que se presentara y que involucrase sus derechos soberanos. El 5 de febrero de 1917, dos días después de la ruptura de las relaciones diplomáticas entre Estados Unidos y Alemania, Gama le informó a Müller que había expuesto directamente al presidente Wilson porque Brasil adoptaba la posición de neutralidad: «la justicia de la historia diría que rompemos con Alemania por seguir incondicionalmente a Estados Unidos que sólo nos comunica actos consumados para que lo apoyemos»[55].

En junio, en correspondencia con el canciller Nilo Peçanha, Domício expresó su opinión sobre la guerra y sobre EE.UU. Él estaba seguro de que los norteamericanos apreciaban el valor moral de la cooperación brasileña en cualquier acto de política internacional. Reiterando que no criticaba las órdenes, ni dejaba de cumplirlas de la mejor manera posible, afirmaba que era su deber, como agente del Gobierno, decir confidencialmente lo que creía útil, en el sentido de contribuir con el éxito de la política internacional brasileña, que «ha sido siempre correcta y altiva, y como tal, me da orgullo servir. Pero Su Excelencia sabe que no basta ser, sino que también es preciso parecer, pues sobre las apariencias se fundan y deshacen las reputaciones»[56].

55 GAMA, Domício da. Ofício confidencial a Lauro Müller, 3/3/1917. Op. cit.

56 GAMA, Domício da. Ofício confidencial a Nilo Peçanha, 21/06/1917. AHI, MDB, Washington, Ofícios despachos políticos confidenciais reservados Expedidos 1914 a 1919, 451.4.05.

Ministro de Relaciones Exteriores

A mediados de 1918, Domício da Gama recibió la oferta de dirigir la cancillería brasileña. En calidad de ministro, estaba seguro de su participación en la Conferencia de la Paz en París ya que todos los cancilleres aliados irían a la conferencia. Ya había iniciado la organización de la misión cuando, veinte días después de su asunción en el Itamaraty, se enteró de que el presidente Rodrigues Alves deseaba que Rui Barbosa dirigiera la delegación brasileña. A pesar de haber quedado sorprendido con la noticia, Domício no se opuso y en seguida avisó al secretario de Estado norteamericano Frank J. Polk que no iría al Congreso, alegando razones políticas internas[57]. Mientras tanto, continuó instruyendo a la Legación brasileña en París sobre los preliminares de la Conferencia, confirmando, en el mismo documento, no solamente la oferta a Rui («vamos hoy a invitar al senador Rui Barbosa a ser jefe de la delegación») como también el hecho de haber telegrafiado a «Estados Unidos e Inglaterra valorando el buen efecto de la política interna porque nosotros también estamos representados también en las conferencias preliminares e insistimos en ser invitados».

Rui, por otro lado, al recibir las cartas directamente de las manos del hijo de Rodrigues Alves, alegó que la invitación era tardía, pues la prensa ya anunciaba al canciller como jefe de la delegación. Domício fue entonces a la casa de Rui y reiteró la oferta del presidente. En vano: Rui rechazó la invitación, a pesar de las «explicaciones leales del honrado ministro, no haber sido él quien suscitó su candidatura, y dio por cerrada su designación. Todo esto ocurre por causa de los periódicos».

Para Moniz Bandeira, apoyado en la lectura de Rui sobre el caso, hubo un sórdido rumor internacional de que EE.UU. vetó

57 Telegrama de Domício da Gama a Alberto Jorge de Ipanema Moreira. Rio de Janeiro, 3/12/1918. Conferência da Paz Versalhes. Dossiê fornecido pelo Ministério do Exterior. 1916-1919. AHI 273/2/11.

el nombre de Rui. Francisco Vinhosa mantiene que Rui no se quiso someter a las instrucciones de Domício da Gama. Jospeh Smith alega «*Domício feared, however, that Rui's selection would diminish his own authority as foreign minister*»[58]. Lo cierto es que, fue a partir de esta discusión, que surgió la indicación de Epitácio Pessoa para la jefatura de la delegación, que estaba compuesta por Raul Fernandes, João Pandiá Calógeras y Olinto de Magalhães, éste último ministro de la Legación brasileña en París.

En lo relacionado con la organización de la conferencia, Domício se esforzó para garantizar la participación de cuatro representantes brasileños en el evento y, para esto, recurrió al apoyo norteamericano. Woodrow Wilson apoyó la pretensión de Brasil, sustentando en la reunión del Consejo Superior de Guerra, el 14 de enero, el argumento de la densidad poblacional brasileña. Se decidió que las grandes potencias tendrían cinco delegados, mientras que Bélgica, Brasil y Serbia, tres, y las demás delegaciones uno o dos. Cabe resalta que tanto Bélgica como Serbia fueron, al contrario de Brasil, ampliamente afectadas por el conflicto. La decisión del Consejo Superior de Guerra demostraba el prestigio personal de Domício da Gama, que tuvo sus intereses defendidos por el propio secretario de Estado norteamericano Robert Lansing.

El 13 de enero, se aprobó la propuesta de dos delegados para «la comisión de representación de las pequeñas potencias en el Consejo Ejecutivo de la Liga de las Naciones, nombrados por la Asamblea Legislativa»[59]. Epitácio Pessoa protestó y propuso que fueran cuatro y, ante la posibilidad de que Brasil no figurara entre esos cuatro, activó a Domício y éste una vez más, apeló a los norteamericanos. Se dirigió no sólo al Departamento de Estado, sino también al

58 SMITH, Joseph. *Unequal Gian*ts – Diplomatic Relations between the United States and Brazil, 1889-1930. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 1991, p. 127.

59 VINHOSA, Francisco Luiz Teixeira. *O Brasil e a primeira guerra mundial* - A diplomacia brasileira e as grandes potências. Rio de Janeiro: Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro, 1990, p. 235.

presidente Wilson. De acuerdo con el subsecretario de Estado, Frank J. Polk, el difícil pedido fue atendido exclusivamente por la intervención personal de Domício da Gama[60]. Brasil ganó el lugar y un mandato de tres años.

Los intereses brasileños estaban relacionados con la venta del café paulista, que estaba almacenado en puertos europeos como garantía de dos préstamos y en posesión de los navíos alemanes que Brasil había capturado en abril de 1917, cuando el país rompió las relaciones diplomáticas con Alemania. Los intereses brasileños en la cuestión de la responsabilidad alemana por el pago fueron regulados por Epitácio Pessoa en el ámbito de la Comisión Financiera. El resultado fue favorable, en virtud del artículo 263 del Tratado de Versalles. Ya en el caso de la captura de los navíos alemanes la situación de Brasil era parecida con la de EE.UU., según lo señalado por Vinhosa. Ambos Estados habían capturado mayor tonelaje de lo que habían perdido. Al final prevaleció la tesis de no aceptar la repartición de los navíos en la proporción marítima, como pretendía Francia.

El 15 de enero de 1919, Rodrigues Alves falleció. Tres meses después, Epitácio Pessoa fue electo presidente de Brasil. A su regreso a Rio de Janeiro, Epitácio expulsó a Domício. Un año más tarde, justificó que su intención era reorganizar el ministerio con auxiliares de su elección, y que Domício deseaba ir a la Embajada en Londres. Pero Domício nunca supo la razón de su exoneración. Creyó que Epitácio le recriminaba la elección de los colaboradores que le agradaban, pero en verdad la delegación ya estaba prácticamente organizada cuando Epitácio fue elegido para dirigirla[61]. Para Heitor Lyra, una explicación más plausible es que el nuevo presidente no quería tener en su Gobierno a alguien de quien tanto había

60 LYRA, Heitor. Op.cit., p. 279.

61 VINHOSA, Francisco Luiz Teixeira. Op. cit., 1990, p. 198.

dependido durante su estadía en Europa, y sin el cual no hubiese sido posible conseguir los resultados que consiguió[62].

El mandato de Domício da Gama fue corto y obstaculizado, sin embargo, victorioso. Amparado en su prestigio personal, le dio a Brasil el resultado que posiblemente ningún otro diplomático en su posición le daría. Más allá de los éxitos, su destino quedó en suspenso por tres meses. En septiembre comenzaron a surgir indicaciones de su ida a Londres, cuando la legación fuese elevada a la categoría de Embajada. El anuncio oficial de su traslado a Londres ocurrió el 18 de octubre de 1919. Diez días después, asumió su última función diplomática.

De la Embajada en Londres a quedar a disposición

Durante su periodo como embajador en Londres, Domício da Gama volvió a cruzarse con la Liga de las Naciones. En ésta, él fue delegado, presidente del consejo durante la tercera asamblea de la 21ª Sesión, en 1922[63], y representó a Bolivia en la disputa territorial entre Bolivia y Perú contra Chile, sobre el territorio de Tacna y Arica. En 1923, Brasil consiguió su reelección como miembro provisorio. El Gobierno de Artur Bernardes, sucesor de Pessoa, se obsesionó en conseguir un lugar permanente. El 13 de marzo de 1924 se creó una Delegación Permanente en Ginebra con la categoría de Embajada, de la cual, el 19 de mayo, Afrânio de Melo Franco, sería nombrado jefe. Luego de intervenir en el Gobierno de Rio de Janeiro, Bernardes envió al recién electo gobernador carioca, Raul Fernandes, para coordinar la campaña brasileña en busca del asiento permanente. A mediados de septiembre, Domício le escribió a Melo Franco:

62 LYRA, Heitor. Op. cit., p. 100.

63 Sessão ocorrida entre 31 de agosto e 4 de outubro de 1922. Lista das reuniões do Conselho e da Assembleia, AHI, Lata 1271, maço 29.087.

> *Imagino que no tengas mucha esperanza de ver a Brasil como miembro permanente. Todo lo que sé, se opone a esta pretensión. Cuando, desde el cierre de la 3° asamblea, escribí y telegrafié sobre la conveniencia de que hiciéramos trabajos diplomáticos para asegurar votos en la Asamblea de este año, preví que no conseguiríamos convencer a nadie, a no ser teóricamente, de la ventaja de que Brasil ocupara permanentemente un lugar al que todos se creían con derecho… sin embargo, lo que se pudo haber esperado de un trabajo diplomático separado, no debíamos esperar de una delegación sobre una mayoría ya descontenta… Tyrrell me preguntó si, en caso de ser excluidos del Consejo, Brasil se retiraría de la Liga y respondí que no, pero que estaríamos muy decepcionados y perderíamos el entusiasmo para trabajar y para pagar. La amenaza de salir y la salida misma, no son gestos generosos, en tales casos*[64].

Esta carta se transformó en lo que vendría a ser el enfático telegrama que Franco envió al entonces canciller Felix Pacheco sobre la necesidad de «un trabajo anticipado, metódico y enérgico junto con las demás cancillerías por la causa del asiento permanente»[65].

El escenario de la Liga de las Naciones cambió con el alejamiento de EE.UU., especialmente por el aumento de la influencia de Francia y de Inglaterra[66]. Los diferentes intentos de Domício para crear una situación favorable para Brasil se topaban siempre con el desinterés y la arrogancia de Lord Curzon, ministro de Negocios Extranjeros de Inglaterra. Domício optó por trabajar con otros funcionarios del *Foreign Office*. Este hecho, aliado a sus diversos problemas de salud llevó al Itamaraty a considerar que él tenía poca entrada en el *Foreign Office*, «por descuido o desinterés», y por esto no obtenía

64 Carta de Domício da Gama a Afrânio de Melo Franco em 18/9/1923.

65 Telegrama de Melo Franco a Felix Pacheco, Genebra 29/9/1923, AHI, 274/2/3.

66 VINHOSA, Francisco Luiz T. Op. cit., 1990, p. 245.

el apoyo inglés[67]. El 17 de octubre de 1924, el Gobierno Artur Bernardes lo retiró en virtud de esta evaluación bastante cuestionable, ya que el Gobierno inglés jamás cedería a quien quiera que fuese, como quedó claro con los sustitutos de Domício da Gama, Raul Fernandes y Régis de Oliveira. Gama permaneció en la embajada londinense hasta el 12 de noviembre, fecha de su último oficio firmado. Al día siguiente, partió rumbo a París, en su camino a Brasil. Aún con esperanza de revertir su situación, enviaba cartas y telegramas que no recibían respuestas.

A pesar de la salud débil, Domício afirmaba no resignarse a la invalidez oficial. Su expectativa era que Brasil ganara prestigio en la Liga de las Naciones como consecuencia de la calidad de sus representantes, cuando estos entrasen en contacto con los representantes de otras naciones, haciéndose conocidos. Lo más importante para él era la distinción de los brasileños «en el Consejo, en las comisiones de la Asamblea, en las juntas especiales, emanaciones de la Liga, en la Corte de Justicia Internacional». Defendía el pago anual de cuarenta mil libras por el honor de figurar allí, y esperaba que el Itamaraty creara «una sección especial y técnica de *liaison* con la Delegación de Brasil en Ginebra, que la habilitara a cumplir su misión, transmitiéndole informaciones, esclareciendo instrucciones, ayudando desde adentro a los que trabajan afuera y utilizando aquí y divulgando allí afuera la obra realizada». Una visión un tanto profética de la diplomacia brasileña.

Heitor Lyra describió la salida de escena de Domício da Gama, registrando la falta de respeto con que fue tratado en el Palacio Itamaraty. Al ser ignorado por el presidente de la República y por el canciller, limitado a los pasillos y a las salas de los auxiliares del Gabinete, donde se sentaba en silencio a la espera de un llamado del ministro. No procuraba, ni era procurado:

67 LYRA, Heitor. Op. Cit., p. 331.

> *Una tarde como de costumbre, llegó al Itamaraty, subió a la sala de los auxiliares del Gabinete y fue a buscar su silla. Ya estaba. Había sido retirada. Entonces comprendió. Tomó, en silencio, su sombrero, y se retiró. Se retiró para no volver más. En verdad, para morir*[68].

Su muerte física ocurrió a las dieciocho horas y treinta minutos del día 8 de noviembre de 1925, a los 64 años, en un cuarto en el Copacabana Palace de frente a la playa de Ponta Negra, lugar de su juventud. El certificado firmado por el médico Oscar Clark certificó arterioesclerosis y uremia como causa de su fallecimiento, pero en realidad fueron las tristezas y la melancolía que incidieron decisivamente en él.

Conclusiones

La visión diplomática de Domício da Gama se ancló en tres dimensiones entrelazadas y fundamentales: el amor a la patria, el anti intervencionismo y la *self made nation*. Decía que comprometería su situación personal antes de ofender la defensa del país. Ésta fue una lección que aprendió con Rio Branco, que solía decir que el hombre público debe entregarse con todas sus fuerzas al servicio del país.

Anti intervencionista severo se colocó contra la Doctrina Monroe afirmando que América para los americanos equivaldría a la condena de pueblos infelices a la barbarie. Atento a todo lo que fuera de interés para Brasil, defendió intransigentemente los intercambios posibles, incluso cuando no parecía haber una real reciprocidad de intereses. Llevó sus convicciones al pie de la letra tanto en Buenos Aires como en Estados Unidos, en la defensa del café y del caso mexicano. Tal cuidado en defensa de la conciliación

68 Idem, p. 341.

internacional y de amistades sin dependencias era complementado por la franqueza en el trato y por un pragmatismo que lo hicieron defender tanto una postura sin retraimientos ante EE.UU. como a la aproximación de los países hispanoamericanos.

Se decía un agente del Estado. Su intención era contribuir con el éxito de la política internacional brasileña, que era correcta y altiva, y por ello, él se enorgullecía de servirla. Su noción de *self made nation* implicaba el derecho y el deber de un país al desarrollo, sin perjudicar a otros, y con plena conciencia de su responsabilidad para con el sistema internacional. Domício da Gama creía que trabajar con ahínco en la obra de la conciliación internacional era más provechoso que cualquier campaña de propaganda. Ésta fue la visión que él defendió durante todo su camino diplomático, una propuesta altiva y que suponía una necesaria densidad nacional como plataforma para poder alzar vuelos en el escenario internacional. Como dijo su amigo Rio Branco, la carrera de Domício da Gama fue un ejemplo de provechosa dedicación al servicio de la patria.

Bibliografía

Libros, artículos y cartas de Domício da Gama

GAMA, Domício da. *Atlas universal de geografia física e política* – publicado sob a direção de Domício da Gama. Paris: Garnier Irmãos Livreiros Editores, 1898.

_____. *Contos a meia tinta*. Paris: Imprensa Lahure, 1891.

_____. «Difficulties of Democratic Control of Diplomatic Negotiations». In: *Proceedings of the Academy of Political Science in the City of New York*, Vol. 7, No. 2, The Foreign Relations of the United States: Part I (Jul., 1917) , p. 159-163.

_____. *Histórias curtas*. Rio de Janeiro: Francisco Alves, 1901.

_____. «The neutrality rules adopted by Brazil, by his excellency the Brazilian Ambassador Domício da Gama». In: *The Annals of American Academy of Political and Social Science*, Philadelphia, July 1915. Publication nº 910.

_____. *Contos*. Rio de Janeiro: Academia Brasileira de Letras, 2001.

_____. Carta a Joaquim Nabuco. Buenos Aires, 15 de agosto de 1908. Fundaj, CP P252 DOC 5163.

_____. Carta a Joaquim Nabuco. Bruxelas, 25 de janeiro de 1903. Fundaj, CP P107 DOC 2270.

Arquivos utilizados en este artículo

Academia Brasileira de Letras (ABL), Arquivo Domício da Gama (ADG), 9.4.13.

Academia Brasileira de Letras (ABL), Arquivo Graça Aranha (AGA) 10.3.13.

Arquivo Histórico do Itamaraty (AHI). Arquivo Particular Barão do Rio Branco (APBRB). Parte III (34). Lata 824 Maço 2. Expedida e Recebida.

_____. Lata 811, maço 1, p. 7.

_____. Lata 877 Maço, Pasta 12 – 11 jun. 1908 a 15 out. 1911. Originais.

Arquivo Histórico do Itamaraty (AHI). Arquivo Sylvino Gurgel do Amaral (ASGA). Lata 346, Maço 3.

Arquivo Histórico do Itamaraty (AHI). Missões Diplomáticas Brasileiras (MDB). Buenos Aires, Despachos, 1905-1906, 207.4.9.

_____. Buenos Aires. Telegramas recebidos, outubro 1908 a junho 1909, 208.1.08.

_____. Lima. Despachos 1906 1909, 213.3.02.

_____. Lima. Ofícios. 1906-1907, 212.4.05.

_____. Lima. Ofícios. Julho-dezembro 1908, 206.2.04.

_____. Washington, Ofícios abr/dez 1911, 234.1.12.

_____. Washington, Ofícios, 1912. 234.1.13.

_____. Washington, Ofícios 1913, 234.2.01.

_____. Washington, Ofícios Julho 1914 a outubro 1915, 234.2.03.

_____. Washington, Ofícios 1914 a outubro 1915, 234.2.04.

_____. Washington, Ofícios despachos políticos confidenciais reservados Expedidos 1914 a 1919, 451.4.05.

_____. Washington, Telegramas Expedidos, 1911 a 1915. 235.4.2.

IHGB. Coleção Domício da Gama (CDG), Lata 645.

_____. Lata 646.

_____. Lata 648.

Artículos y libros

BRASIL. Ministério das Relações Exteriores, *Relatório*, 1914, v. 1, parte I, p. XX.

BUENO, Clodoaldo. *Política externa da primeira república e os anos de apogeu* (1902 a 1918). São Paulo: Paz e Terra, 2003.

CADERNOS DO CHDD. Fundação Alexandre Gusmão, Brasília: Ano IV - Número 7. 2º Semestre, 2005.

CARDIM, Carlos Henrique, FRANCO, Álvaro da Costa. (orgs). *Rio Branco, a América do Sul e a modernização do Brasil*. Rio de Janeiro: EMC, 2002.

CASTRO, Flávio Mendes de Oliveira. *História da organização do Ministério das Relações Exteriores*. Brasília: Ed. da Universidade de Brasília, 1983.

FRANÇA, Tereza Cristina Nascimento. *Self made nation*: Domício da Gama e o pragmatismo do bom senso. 2007. 408 f., il. Tese (Doutorado em Relações Internacionais) – Universidade de Brasília, Brasília, 2007.

LINK, Arthur. *La política de los Estados Unidos em América Latina* – 1913-1916. México-Buenos Aires: Fondo de Cultura Econômica, 1960.

LYRA, Heitor. *Memórias da Vida Diplomática* – coisas vistas e ouvidas – 1916-1925. Secretaria de Estado e Embaixada em Londres. Lisboa, Centro do Livro Brasileiro, 1972.

New York Times, 28 de maio de 1912.

Revista da Academia Brasileira de Letras, Rio de Janeiro, 1933, vol. 41.

Revista da Academia Brasileira de Letras. Rio de Janeiro, 1933, vol. 42.

SEVERANCE, Frank H., ed. *Peace Episodes on the Niagara*: Other Studies and Reports (including Severance's essay, «The Peace Conference at Niagara Falls in 1914»). Buffalo, N.Y.: Buffalo Historical Society, 1914.

SMALL, Michael. *The forgotten peace*: mediation at Niagara Falls, 1914. Ottawa: University of Ottawa Press, 2009.

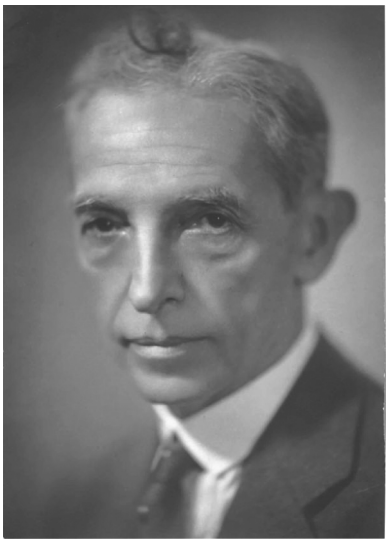
SMITH, Joseph. *Unequal Giant*s – Diplomatic Relations between the United States and Brazil, 1889-1930. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 1991.

STATHIS, Stephen W. *Congressional Gold Medals 1776-2002*. CRS Report for Congress Received through the CRS Web. The Library of Congress, 2002.

TOPIK, Steven. *A presença do Estado na economia política do Brasil de 1889 a 1930*. Rio de Janeiro: Record, 1987, p. 73.

VINHOSA, Francisco Luiz Teixeira. «A diplomacia brasileira e a Revolução Mexicana (1913-1915)». In: *Revista do Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro*. Brasília/Rio de Janeiro: 1980, nº 327, abril/junho, p. 19-82.

_____. *O Brasil e a primeira guerra mundial* – A diplomacia brasileira e as grandes potências. Rio de Janeiro: Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro, 1990.



Afrânio de Melo Franco

Miembro de tradicional familia minera, nació en Paracatu el 25/2/1870. Formado en la Facultad de Derecho de São Paulo en 1891, fue diputado estatal desde 1903 hasta 1906, iniciando este mismo año su larga carrera (1906-1930) como diputado federal, interrumpiéndola periódicamente para servir al Gobierno federal. Luego de misión diplomática en Bolivia en 1917, se hizo Ministro de Transportes durante 1918-1919, y representó al Brasil en la 1ª Conferencia Internacional del Trabajo en Washington en 1919. Dirigió la delegación brasileña en la V Conferencia Interamericana, en Santiago, en 1923, y en este mismo año embarcó para Ginebra como representante de Brasil en la Liga de las Naciones, teniendo que liderar (1923-1926) la frustrada y controvertida campaña para obtener un lugar permanente en el Consejo de la Liga. Reelecto diputado federal en 1927, tuvo un papel destacado en la formación de la Alianza Liberal bajo cuya bandera ocurrió la Revolución de 1930. De 1930 a 1933 fue ministro de Relaciones Exteriores en

el Gobierno Provisorio de Getúlio Vargas. Puntos altos de su actuación en la jefatura del Itamaraty fueron la «Reforma Melo Franco» (1931) de la administración ministerial y su esfuerzo mediador en el conflicto de Leticia entre Colombia y Perú; en 1934, después de renunciar a su cargo en Itamaraty, retomó el papel de mediador y consiguió negociar un acuerdo de paz en este mismo año. En 1938 encabezó la delegación a la 8ª Conferencia Interamericana y, durante los primeros años de la Segunda Guerra Mundial fue presidente de la Comisión Interamericana de Neutralidad. Murió el 1 de enero de 1943.

Afrânio de Melo Franco: la consolidación de la estrategia de la política externa

Stanley Hilton

La llamada en la noche del 24 de octubre de 1930, realizada en nombre del jefe del Estado Mayor del Ejército, puso fin al asilo voluntario de Afrânio de Melo Franco en la embajada peruana, donde se había refugiado para escapar de la persecución policial. Llamado al Palacio de Catete e invitado esta misma noche, por la junta militar que acababa de destituir al presidente Washington Luís, a asumir la cartera de Relaciones Exteriores, Melo Franco aceptó. Días después, Getúlio Vargas, líder de las fuerzas revolucionarias victoriosas, tomó el poder en Rio de Janeiro y, al formar su Gobierno Provisorio (1930-1934), le pidió que continuara en el cargo. Partidario declarado del movimiento que derrocó la República Vieja, Melo Franco aceptó la misión, convirtiéndose así en el «Canciller de la Revolución» con responsabilidad por la conducta de la política externa brasileña durante lo que sería uno de los más tumultuosos períodos de la Historia Contemporánea. No sería su primera experiencia con crisis diplomáticas –en la década que antecedió a la Revolución de 1930, había participado íntimamente en los momentos más dramáticos de la diplomacia brasileña, ganando reputación internacional por sus

conocimientos jurídicos y su talento como negociador y diplomático. Pero los problemas que enfrentaría en la dirección del Itamaraty, abarcan la época de la Gran Depresión durante la cual eclosiona la Guerra del Chaco, irrumpe el conflicto de Leticia, Japón lanza la conquista militar de Manchuria, desencadenando su programa de conquista en el Extremo Oriente, y Adolf Hitler llega al poder en Alemania, provocando una crisis política en el Viejo Continente, cuyo desenlace sería la guerra más catastrófica de la Historia moderna. Complicando más aún la conducta de la diplomacia, las divisiones políticas internas en Brasil llevaron a la rebelión del Estado de São Paulo contra el Gobierno Provisorio en 1932. Todo esto, más el desafío de modernizar el servicio diplomático brasileño, Melo Franco lo enfrentó con tacto, firmeza, y habilidad descomunal. Sus servicios a Brasil no terminaron cuando puso fin a su gestión en el Itamaraty. En la inminencia de la nueva conflagración global al final de la década, fue convocado para representar al país en la 8ª. Conferencia Interamericana en Lima; y, cuando la Segunda Guerra Mundial estalló y se esparció por el mundo entero, Melo Franco se encontraría como presidente de la Comisión Interamericana de Neutralidad. Murió en 1943, habiendo contribuido, con su larga vida pública, de manera fundamental a la consolidación de las ideas y de los valores que servían de fundamento para la estrategia de política externa seguida por Brasil[1].

Diplomático de la Primera República

Fue en julio de 1917, en plena Guerra Mundial, que Melo Franco, a pedido del presidente Venceslau Brás, emprendió su primera misión diplomática independiente y de significado político específico. Esta

1 El autor desea agradecer la cooperación amigable y valiosa prestada por el Dr. Paulo Roberto de Almeida en la preparación de este ensayo.

misión parecía ser apenas ceremonial –representar al Gobierno en la investidura del nuevo jefe del Ejecutivo de Bolivia– pero tenía una dimensión política mucho más amplia. La situación del Hemisferio en aquel momento era tensa a causa del conflicto en Europa. Desde el inicio del año, Estados Unidos, con la colaboración de Brasil, venían intentando, de frente a la fuerte oposición de Argentina y de México, movilizar el apoyo latinoamericano contra Alemania. Con la entrada de EE.UU. en la guerra, en abril, luego de ataques de submarinos alemanes a navíos mercantes norteamericanos, y la ruptura de las relaciones entre Berlín y Rio de Janeiro, esta campaña naturalmente ganó intensidad. Argentina, por su parte, inmediatamente redobló sus esfuerzos para forjar un bloque neutro hispanoamericano[2]. La batalla diplomática, sumada a la beligerancia de varios Estados americanos, generaba múltiples problemas políticos y jurídicos para los países latinoamericanos, y Melo Franco, según instrucciones recibidas del Itamaraty, debía conversar sobre esta situación con sus colegas hispanoamericanos en las capitales por donde pasaba. Más específicamente, debía intentar fortalecer el diálogo bilateral con Bolivia frente a la presión argentina sobre éste último[3].

Durante el viaje, Melo Franco en entrevistas y discursos, dejó explícita su simpatía personal, y la de Brasil, por la causa de los Aliados –y también proclamó sus convicciones en cuanto a la unicidad moral y ética de una América unida en torno a los ideales americanos–. «Este admirable espectáculo de solidaridad panamericana», declaró en un discurso de bienvenida al presidente boliviano, «es tan alentador y lleno de esperanzas cuanto mayor es el contraste que presenta con el cuadro siniestro que se ofrece a nuestros ojos estupefactos en los campos de batalla del Viejo Mundo»[4]. Con sus pronunciamientos

2 Emily S. Rosenberg, «*World War I and 'Continental Solidarity'*», p. 313-327.

3 Afonso Arinos de Melo Franco (de ahora en adelante Afonso Arinos), *Estadista*, II, p. 881-882.

4 Ibídem, p. 885.

públicos, Melo Franco no sólo expresaba sus sentimientos íntimos, sino que cumplía con sus instrucciones, recordándoles a los otros pueblos americanos que había una alternativa a la política neutralista y anti-Estados Unidos de Argentina –la de la solidaridad en torno al país hermano agredido–. En cuanto a su tarea junto al Gobierno boliviano, consiguió crear una atmósfera de cordialidad que se reflejaría en beneficio de Brasil durante negociaciones bilaterales posteriores. En un sentido más amplio, sus contactos con varios diplomáticos y líderes sudamericanos –el presidente argentino, Hipólito Yrigoyen, por ejemplo– le dieron una comprensión más profunda de la América Española, dejándolo convencido de que el *détente* con Argentina era imprescindible. De vuelta a Brasil, en sesión secreta de la Cámara de Diputados, luego de la declaración de guerra a Alemania, Melo Franco usó su influencia para calmar pasiones oriundas de la actitud vacilante de Argentina en relación al movimiento panamericano liderado por EE.UU. El objetivo de la sesión era examinar la situación militar nacional brasileña frente al estado de guerra y de las crecientes tensiones en el Cono Sur. Melo Franco fue designado para hablar sobre la posición de Brasil ante a la América Española, principalmente, Argentina. Para contrabalancear el alarmismo de algunos de sus colegas, defendió vigorosamente la necesidad de esfuerzos aún mayores para fortalecer la solidaridad interamericana[5].

Melo Franco se encontraría en el centro de los dos episodios más polémicos de la política externa brasileña en los años 20[6] –el de la V Conferencia Interamericana en Santiago en 1923 y el de la salida de Brasil de la Liga de las Naciones en 1926–. El congreso de Santiago fue el más controvertido de la historia del movimiento panamericano hasta entonces a causa del acalorado debate público trabado en torno a la cuestión del desarme, antes y durante la

5 Ibídem, p. 898.

6 Sobre la política externa de aquella época, ver Eugénio Vargas García, *Entre América e Europa.*

Conferencia. El canciller Felix Pacheco justamente para evitar roces, inadvertidamente se prestó a los enemigos de Brasil cuando propuso a los Gobiernos de Argentina y de Chile una reunión preliminar de los tres países con el fin de encontrar una actitud común sobre el desarme[7]. Para los estrategas brasileños, las fuerzas armadas de un país deberían ser conmensuradas con su extensión territorial; una nación como Brasil, con un litoral de más de 5 mil kilómetros, precisaba, así, de una Marina de Guerra mucho mayor que la que poseía. De hecho, el estado lamentable del aparato militar de Brasil era un secreto conocido en aquella época, siendo que el General Maurice Gamelin, jefe de la Misión Militar Francesa en Rio de Janeiro, había comentado en informe confidencial reciente que Argentina gastaba cuatro veces más que Brasil en sus fuerzas armadas[8]. Para los líderes brasileños por lo tanto, era impensable concordar con una reducción de armamentos y Pacheco, con buena fe y apoyado por Rui Barbosa, esperaba llegar a un acuerdo previo con Argentina y Chile con respecto a este asunto[9]. El intento de Pacheco, sin embargo, fue contraproducente: Chile aceptó la invitación a una reunión preliminar, pero, mientras la prensa porteña denunciaba el «armamentismo brasileño», el Gobierno argentino la rechazó, alegando que «países hermanos» podrían quedar resentidos. Así, Melo Franco invitado para dirigir la delegación brasileña, llegó a Santiago en medio de una tempestad diplomática[10].

Su tarea era delicada: impedir cualquier restricción al derecho de Brasil de adquirir los medios de defensa juzgados necesarios y, simultáneamente, deshacer maniobras y atenuar desconfianzas del

7 Afonso Arinos, *Estadista*, III, p. 1.113-1.119.

8 Citado en Stanley E. Hilton, «*Brazil and the Post-Versailles World*», p. 347- 348.

9 Felix Pacheco al Ministro da Guerra, 28/11/1922; Rui Barbosa a Pacheco, 30/11/1922, Arquivo Histórico del Itamaraty (de ahora en adelante AHI).

10 «Jamás, en ningún otro congreso internacional, Brasil se vio en situación más difícil», dijo el general Tasso Fragoso, miembro de la delegación en Santiago. Citado en Afonso Arinos, *Estadista*, III, p. 1.120-1.123.

supuesto armamentismo brasileño. Llegó en la capital chilena el día 24 de marzo e inmediatamente procuró al presidente Arturo Alessandri para subrayar las intenciones pacíficas de Brasil y prevenirlo contra lo que parecía ser un intento de sabotaje de la Conferencia por parte de ciertos sectores argentinos. Lo máximo que el enviado brasileño admitía era una declaración general de principios en los modelos ya aprobados por la Liga de las Naciones y que tenía en cuenta las necesidades de seguridad peculiares a cada nación[11]. En el foro de la Conferencia los debates fueron, en parte, animados, los roces frecuentes, y la tensión constante. Siendo Brasil el blanco de las «embestidas críticas» del jefe de la delegación argentina y dada la «campaña de virulenta hostilidad» contra Brasil por la prensa de Buenos Aires, la presión sobre la delegación brasileña era enorme, pero Melo Franco, por naturaleza un hombre paciente, cortés, y agradable, no perdió la serenidad, reaccionando, según las palabras del entonces mayor Estevão Leitão de Carvalho, uno de sus asesores militares en el momento, con «discernimiento, espíritu conciliador y firmeza»[12]. Para combatir las acusaciones de militarismo hechas a Brasil, les recordó a los representantes hispanoamericanos que la Constitución de 1891, entonces en vigor, prohibía guerras de conquista y que Brasil, igualmente, había firmado en el último cuarto de siglo treinta convenciones de arbitraje, destacándose las negociadas con los países hispanoamericanos limítrofes. Además de ello, como miembro de la subcomisión que elaboró el texto final del llamado Tratado de Gondra, que reforzaba el arbitraje como medio para evitar conflictos armados, Melo Franco fue quien más activamente se empeñó en mediar divergencias entre las delegaciones para poder llegar a un consenso en torno al Tratado. El documento terminó siendo aprobado por la Conferencia y Brasil fue el primer país en ratificarlo. Melo Franco, igualmente, tuvo

11 Afrânio de Melo Franco a Pacheco, 25, 30/3/1923, AHI.

12 Estevão Leitão de Carvalho, *Memórias*, p. 86-87.

la satisfacción de alcanzar el objetivo principal de su misión en Santiago: evitar la aprobación oficial de recomendaciones específicas sobre armamento[13].

Su experiencia en Santiago, dejó a Melo Franco más impresionado que nunca con la dicotomía luso-española en América, reforzando, así, en él lo que era la convicción central del pensamiento estratégico brasileño y profundizando sus temores de politización y fragmentación aún mayores del movimiento panamericano. «Es evidente [que] la constitución de un bloque hispanoamericano... nunca nos será favorable», advirtió en un telegrama a Pacheco el 20 de abril. ¿Cómo combatir esta tendencia? Componente clave de la estrategia nacional era el uso de la cordialidad diplomática como instrumento de contención de Argentina; Melo Franco era firme partidario de esta línea de acción, viendo en ella un medio de disipar el ambiente de prevención contra Brasil. Su apoyo entusiasmado al Tratado Gondra fue un paso feliz en aquel sentido; actuó también para impedir lo que podría haber sido interpretado como un gesto ostensivo de descortesía o de resentimiento en relación con el Gobierno argentino. Según Leitão de Carvalho, varios auxiliares de Melo Franco, temiendo que la delegación fuese víctima de desconsideración pública por parte de elementos hostiles en Buenos Aires durante el viaje de vuelta a Rio de Janeiro, llegaron a recomendar que el grupo no hiciera escala en la capital porteña; Melo Franco, sin embargo, no queriendo perder una oportunidad de tentar disipar cualquier animosidad causada por los debates en Santiago, insistió en la necesidad de regresar por Buenos Aires[14]. Allí conversó amigablemente con el presidente argentino, Marcelo Torcuato de Alvear, aprovechando el encuentro para demostrar

13 Melo Franco, *Brazil's Declaration of Principles [...] April 21st 1923* (Rio de Janeiro, 1923), 3,5; Afonso Arinos, *Estadista*, III, p. 1.148-1.151. El autor agradece la gentileza del Dr. Paulo Roberto de Almeida por proveerle esta referencia.

14 Afrânio de Melo Franco a Pacheco, 20 abril 1923, AHI; Leitão de Carvalho, *Memórias*, p. 89.

cordialidad fraternal hacia Argentina. La prensa porteña, sin embargo, durante todo el resto del año continuó atacando a Brasil, atribuyéndole impulsos expansionistas, mientras que el Gobierno de Alvear seguiría con su programa de rearme, los gastos militares argentinos llegando a niveles sin precedente en los años 20[15].

La batalla diplomática en Santiago fue un excelente ensayo para la próxima prueba de fuego de Melo Franco. Pocas semanas después de su regreso a Brasil, el presidente Artur Bernardes lo persuadió de aceptar la dirigencia de la delegación a la IV Asamblea de la Liga de las Naciones, que se reuniría en septiembre. Después de esta primera misión en Ginebra en 1923, Melo Franco volvió el año siguiente como embajador y ocupó este cargo hasta mediados de 1926. Brasil tomava parte activa en aquella organización, sirviendo como miembro temporario de su Consejo desde su fundación, y el principal objetivo del Gobierno de Bernardes era obtener un lugar permanente en éste al lado de las grandes potencias, lo que aumentaría enormemente el prestigio y la influencia de Brasil en el escenario internacional –y también fortalecería al Gobierno en el frente interno[16]–. Ese objetivo, sin embargo, era, en verdad, inalcanzable y la campaña emprendida para lograrlo carecía de realismo. Brasil era el mayor país de Latinoamérica y el único que había participado directamente, aunque no a gran escala, de la Gran Guerra al lado de los Aliados. Pero era militar y económicamente débil, hecho que prácticamente garantizaba que las grandes potencias europeas no lo aceptarían como socio diplomático en pie de igualdad. El hecho de que los Gobiernos hispanoamericanos se oponían tenazmente a la idea de que Brasil debía ser el portavoz

15 Afonso Arinos, *Estadista*, III, p. 1.158-1.159; Robert A. Potash, *Army and Politics in Argentina*, p. 8.

16 Afonso Arinos, *Estadista*, III, p. 1.173.

permanente de América Latina en la organización mundial debilitaba aún más la posición brasileña[17].

Melo Franco, sin embargo, batalló de manera sobrehumana para obtener votos para la candidatura brasileña. «Escribo poco porque no tengo tiempo, pues paso días enteros trabajando, hasta las 7 horas de la tarde y, a veces, hasta mucho más tarde...», observó cierta vez en una carta a su madre[18]. En la sesión de 1923 tuvo la idea de dirigir un memorando a sus colegas en el Consejo proponiendo que se crearan dos lugares permanentes más para ser ocupados eventualmente por EE.UU. y Alemania. Hasta que estos dos países ingresaran en la Liga, Brasil y España debrían ocupar los lugares provisoriamente. Previendo un rechazo de EE.UU. de ingresar en la Liga, el plan de Melo Franco sería una manera de que Brasil se hiciera efectivamente miembro permanente de facto. Cualquier modificación de la composición del Consejo, no obstante, exigiría una reforma del propio Pacto de la Liga de las Naciones, la cual por su parte dependería del voto unánime del Consejo –y el Gobierno británico dejaba clara su oposición a dicha reforma–. Melo Franco terminó consiguiendo la reelección de Brasil para otro mandato no permanente, pero una reunión especial de los jefes de las delegaciones latinoamericanas para debatir el asunto reveló que su oposición a la pretensión brasileña continuaba fuerte[19].

En los dos años siguientes Melo Franco lucharía, sin éxito, para convencer a sus colegas en Ginebra de la justicia de la reivindicación brasileña[20]. Por otro lado, las naciones europeas, que efectivamente controlaban la Liga, se preocupaban, principalmente, con problemas

17 Lectura indispensable sobre el esfuerzo de Brasil para conseguir un puesto permanente en el Consejo de la Liga es Eugênio Vargas Garcia, *O Brasil e a Liga das Nações, 1919-1926.*

18 Afonso Arinos, *Estadista*, III, p. 1.178-1.179, 1.215-1.221; Afrânio de Melo Franco a Ana Leopoldina de Melo Franco, 7 feb. 1925, Arquivo Virgílio de Melo Franco (de ahora en adelante VMF).

19 Afonso Arinos, *Estadista*, III, p. 1.173, 1.175.

20 Afrânio de Melo Franco a Pacheco, 9/9/1925, AHI.

del Viejo Continente, demostrando indiferencia hacia América Latina. «No tengo conocimiento de algún interés americano, de ninguna dificultad continental nuestra, que haya figurado en cualquier orden del día de las sesiones del Consejo o de la Asamblea», Melo Franco reclamó. Según él, la «ignorancia» de los líderes europeos con respecto a Latinoamérica era casi total[21].

De esta manera, las posibilidades de que Brasil pudiera ocupar un lugar más destacado dentro de la Liga eran casi nulas al comienzo de 1926, época en la que el Consejo se preparaba para una sesión especial para decidir sobre el pedido hecho por Berlín para entrar en la Liga y asumir un puesto permanente en el Consejo creado exclusivamente para Alemania. Este pedido formaba parte de un paquete combinado por las principales naciones europeas en un cónclave en Locarno, a fines de 1925, y que pretendía estabilizar la situación de Europa por medio de garantías de fronteras y el pleno reintegro de Alemania en la vida política del continente. De la creación de un lugar permanente para aquel país en el Consejo dependía la ejecución de los acuerdos de Locarno –y ésta era la preocupación central de las principales potencias europeas en aquel momento–. Artur Bernardes, sin embargo, juzgaba la cuestión del ingreso de Alemania en el Consejo como la gran oportunidad para insistir en la reivindicación brasileña; estaba dispuesto, incluso, si Brasil no fuera atendido por el Consejo, a ejercer el derecho de veto que le competía como miembro (no permanente) del Consejo y bloquear, aunque temporariamente, la entrada de Alemania. Melo Franco apreciaba el simbolismo del ingreso solitario de Alemania, pero comprendía también su significado político más amplio y su posible contribución para el mantenimiento de la paz en Europa. Por esto,

21 Afrânio de Melo Franco a Pacheco, 19/3/1925, Arquivo Afrânio de Melo Franco (de ahora en adelante AMF). Sir Robert Vansittart, jefe del Departamento Americano de *Foreign Office* en aquella época, indirectamente le daba la razón a Melo Franco, recordando que los diplomáticos británicos despreciaban a América Latina. Vansittart; citado en Stanley E. Hilton, «*Latin America and Western Europe, 1880-1945*», p. 5.

en vísperas de la reunión especial del Consejo, llamó más de una vez la atención de Pacheco para la gran inconveniencia de que Brasil interfiriera en este proceso. «El veto ahora ejercido tendría como efecto la caída del Tratado de Locarno, en el que tanta esperanza puso la humanidad...», declaró en telegrama del 20 de febrero. «Nos expondríamos a una situación muy desagradable y a la reprobación universal, si asumiéramos esta odiosa responsabilidad», argumentó una semana después[22].

Bernardes, sin embargo, fue intransigente, argumentando que Brasil perdería «autoridad internacional» si dejase que Alemania entrara sola en el grupo de los miembros permanentes del Consejo. Así, en los primeros días de marzo, mandó, por medio del Itamaraty, reiteradas instrucciones a Melo Franco en el sentido de ejercer el veto en caso de que se le negara a Brasil un puesto permanente[23]. El período de la sesión especial fue para Melo Franco tal vez el más arduo de su carrera diplomática. «Estoy cansadísimo de la dura batalla, que aguanté aquí durante 12 días, trabajando día y noche, no pudiendo descansar ni en los momentos en que me refugiaba en casa...», le escribió a un hijo a fin del mes. «Viví con una energía nerviosa, sin comer, sin dormir, sin poder aislarme, al menos, para cerrar los ojos y reflexionar». El embajador agotó en los debates e conversaciones con sus colegas en el Consejo todo argumento jurídico y ético, pero acabaran cerrando filas alrededor de la entrada únicamente de Alemania. Con la esperanza de conseguir una modificación de sus instrucciones, el día 12 de marzo apeló directamente a Bernardes, advertiendo que sería «un error funesto» recurrir al veto. «Defensores del arbitraje, haremos caer el sistema

22 Afrânio de Melo Franco a Pacheco (para Bernardes), 15/2/1926, Afonso Arinos, *Estadista*, III, p. 1.239; Afrânio de Melo Franco a Pacheco, 20/2, 28/2/1926, AHI.

23 Bernardes a Afrânio de Melo Franco, 5/3/1926; Pacheco a Afrânio de Melo Franco, 7, 9, 11 marzo 1926, AHI.

de pactos de esta naturaleza, contraídos en Locarno», exclamó, «y asumiremos la tremenda responsabilidad de la anulación de los tratados concernientes a la política y a la paz de Europa cuando todos los otros miembros del Consejo dan marcha atrás frente a tal gravísimo peligro...»[24]. El presidente, sin embargo, no hizo caso e insistió en el veto. La derrota brasileña fue aún más amarga por causa de la actitud de los delegados hispanoamericanos que, mostrando, según las palabras de Melo Franco, «mal disfrazada hostilidad hacia Brasil», enviaron un apelo colectivo a Bernardes pidiendo que retirara el veto y hasta manifestaron al Consejo su desacuerdo con la actitud adoptada por el Gobierno brasileño[25]. La humillación final vino cuando el Consejo, frente a la intransigencia de Rio de Janeiro, nombró una comisión para estudiar la reorganización del Consejo –o sea, para encontrar un medio para remover a Brasil. Uno de los miembros de esa comisión era Argentina, que acababa de reingresar en la Liga, cuya gran prensa venía criticando severamente a Brasil, despreciando sus argumentos en Ginebra, y cuyo representante en la comisión de reforma del Consejo públicamente negaba a Brasil títulos para servir de portavoz de América Latina en Ginebra. Viendo el aislamiento de Brasil en Ginebra, Bernardes en junio mandó avisar oficialmente que su país se retiraba de la Liga de las Naciones[26].

Su experiencia en Ginebra dejó marca profunda en Melo Franco. No se desinteresó de los trabajos de la Liga de las Naciones y de la política europea y quiso proteger lo que quedaba del prestigio de Brasil en Europa, recordando, así, a Otávio Mangabeira, canciller en el nuevo Gobierno de Washington Luís, que Brasil debía liquidar su representación en Ginebra «sin peleas

24 Afrânio de Melo Franco a Afrânio de Melo Franco Filho, 26 marzo 1926, Arquivo Afrânio de Melo Franco Filho (de ahora en adelante AMFF), particular, Rio de Janeiro; Afrânio de Melo Franco a Bernardes, 12 marzo 1926, Afonso Arinos, *Estadista*, III, p. 1.243.

25 Afrânio de Melo Franco a Pacheco, 17/3/1926, AMF; Afonso Arinos, *Estadista*, III, p. 1.246.

26 Embajador británico (Buenos Aires) al *Foreign Office*, 24/3, 3/5/1926, *Records of the Foreign Office* (de ahora en adelante RFO); Afonso Arinos, *Estadista*, III, p. 1.266-1.271.

de ningún orden con quien quiera que sea». También mantendría correspondencia esporádica con políticos europeos y creía que no era aconsejable que Brasil cortara toda y cualquier colaboración oficial con la Liga, recomendando a Mangabeira, en febrero de 1927, que Brasil participase en una conferencia económica que ésta estaba patrocinando. Pero guardó, de su misión en Ginebra, si no resentimiento, por lo menos sino mayor reserva, en relación a los políticos del Viejo Continente. En una carta a Pacheco en 1929, dijo estar convencido de que, con la ausencia de EE.UU. y Brasil, la Liga se convertiría en una institución cada vez más europea[27]. En general, el episodio de la retirada de la Liga en 1926 llevó a Melo Franco a la conclusión de que había realmente un abismo político entre Europa y América, que Brasil tenía que redoblar sus esfuerzos para promover la solidaridad panamericana, mantener una estrecha cooperación con EE.UU., y por consiguiente, evitar la intromisión europea en asuntos del continente americano.

Canciller de la Revolución

La Revolución de 1930, que puso fin a la República Vieja, fue el gran divisor de aguas de la Historia de Brasil, inaugurando una era de centralización político-administrativa y rápidos cambios económico-sociales. Además de su comprobada habilidad y experiencia en el sector diplomático, Melo Franco gozaba de inmenso prestigio en el medio «revolucionario» por haber sido el principal elemento en la negociación de la alianza política entre Minas Gerais y Rio Grande do Sul, que resultó en el lanzamiento de la candidatura oposicionista de Getúlio Vargas, gobernador *gaúcho*, a la presidencia y, después,

27 Afrânio de Melo Franco a Otávio Mangabeira, 10/5, 23/2/1927, Arquivo Otávio Mangabeira, particular, Rio de Janeiro; Afrânio de Melo Franco a Melo Franco Filho, 28/6/1926, 9/10/1927, AMFF; Afrânio de Melo Franco a Austen Chamberlain, 26/2/1927, AMF; Afrânio de Melo Franco a Pacheco, 4/2/1929, Arquivo Felix Pacheco, particular, Rio de Janeiro.

en la rebelión contra el Gobierno de Washington Luís. Su hijo mayor, Virgílio, además, era uno de los principales conspiradores y gran amigo de Oswaldo Aranha, el verdadero organizador de la Revolución. «[Melo Franco] vio la solución del problema a una gran distancia y para alcanzarla utilizó su consumada habilidad diplomática, su *savoir-faire*, su poder de persuasión, su íntimo pensamiento de democratizar nuestra República», recuerda João Neves da Fontoura, principal agente político *gaúcho* en Rio de Janeiro. «Los hombres de Octubre del 30 no lo consideraban un jefe o un líder, que él nunca quiso serlo, sino una inspiración, un árbitro, un consejo, y, a veces, un tribunal...», recordó Aranha, colega de Melo Franco en el nuevo ministerio. «Había mucho del impersonal en todas sus actitudes y opiniones». Vargas escribiría posteriormente que le había ofrecido el puesto de ministro de Relaciones Exteriores «por la proyección moral de su nombre en el escenario de la política internacional [y] por las funciones diplomáticas destacadas que había ejercido, siempre desempeñadas con brillo»[28]. Ahora con sesenta años de edad, Melo Franco, según la visión internacional, le prestó al nuevo Gobierno una dimensión de solidez moral que facilitó mucho la estabilización inicial del nuevo orden.

La Revolución, sin embargo, desencadenó una prolongada crisis política interna que, al tener lugar en medio del colapso del sistema económico internacional, agravó los problemas financieros del país. Todo ello significaba presiones, roces, y desafíos para la diplomacia brasileña y superarlos o controlarlos fue la tarea que Melo Franco enfrentaba. Para poder ejecutar un programa de reformas en el Itamaraty, uno de sus principales objetivos, Melo Franco era

28 João Neves da Fontoura, *Memórias*, p. 51; Afonso Arinos, *Estadista*, III, p. 1.305-1.355; Oswaldo Aranha a Afonso Arinos, 30/6/1955, Arquivo Oswaldo Aranha (de ahora en adelante OA); Getúlio Vargas a Afrânio de Melo Franco, 14/12/1931, Arquivo Getúlio Vargas (de ahora en adelante GV). Sobre la Revolución de 1930, ver Stanley E. Hilton, *Oswaldo Aranha*, y Luiz Aranha Corrêa do Lago, *Oswaldo Aranha*.

consciente de la necesidad de mantener una coherencia de conducta que colocara su autoridad moral encima de cualquier crítica. Dejó que su jefe de Gabinete, Hildebrando Acioly, organizara su equipo de auxiliares, pero intervino cuando Acioly propuso la inclusión de uno de los hijos diplomáticos del canciller. «He sentido mucho la falta de alguno de ustedes en mi Gabinete», les confesó algunas semanas después de la Revolución, «pero, para tener fuerza moral a fin de llevar a cabo la obra tremenda que me tocó en este cuadro difícil, fui obligado a dejar de lado aquella medida». Llegó a decirles que, si la reforma que pretendía implantar en el Itamaraty los perjudicaba en sus carreras, «tendrán en el nombre de la familia la recompensa del servicio que yo, talvez pueda haber prestado a nuestro país»[29].

Desde su época de jefe de misión en Ginebra, Melo Franco estaba convencido de la necesidad de un programa administrativo renovador en el Itamaraty, cuya necesidad preveía desde su experiencia como jefe de misión en Ginebra. «Es indispensable una reforma fundamental en el servicio diplomático, para que las funciones no sean un simple elemento decorativo y de gozo individual», escribió desde aquel puesto en 1925. La situación caótica e ineficiente que encontró en el Itamaraty en 1930 fue un estímulo decisivo. «Pretendo hacer reformas profundas en todos los servicios...», afirmó en carta particular el 2 de diciembre. «No permitiré excepciones porque sólo así seré respetado». Reconocía que la tarea sería ardua, pero estaba decidido. «No cometeré injusticias, pero no estimularé la popularidad, porque el momento que atravesamos exige de todos un sincero espíritu de sacrificio y de renuncia a cualquier interés material»[30].

29 Oswaldo Aranha a Afonso Arinos, 30/6/1955, OA; Afrânio de Melo Franco a Caio de Melo Franco y Afrânio de Melo Franco Filho, 8/12/1930, 1/2/1931; Afrânio de Melo Franco a Caio de Melo Franco, 29/3/1931, VMF.

30 Afrânio de Melo Franco (Ginebra) a Melo Franco Filho, 5/1/1925; Afrânio de Melo Franco a Zaide y Jaime Chermont, 11/12/1930; Afrânio de Melo Franco a Afrânio de Melo Franco Filho, 2/12/1930,

La finalidad de las medidas administrativas que Melo Franco pretendía adoptar apuntaban a mejorar la eficiencia del servicio externo del país, pero tenían que obedecer a las exigencias de la gravísima crisis presupuestaria. Preocupado constantemente con el desorden financiero general y queriendo evitar una suspensión del pago de la deuda externa, Vargas, en las primeras semanas del Gobierno Provisorio, recordó al canciller en más de una ocasión la importancia de restringir los gastos[31], y, así, Melo Franco, previendo que levantaría contra su persona «un océano de odios y de despechos»[32], se vio obligado a adoptar un programa de cortes dolorosos. Redactó, para la firma de Vargas, decretos exonerando «en masa» al personal extra y terminando con todos los cargos que no fueran indispensables para el funcionamiento de los consulados y misiones diplomáticas. En apenas dos meses consiguió hacer una reducción de casi el 21% en los gastos del Ministerio de Relaciones Exteriores en relación con el año anterior, e impuso «casi a costa de su propia sangre», nuevos cortes durante las semanas siguientes. Aun así, el Itamaraty, como los demás Ministerios, continuaría sufriendo la presión del Ministerio de Hacienda para restringir más todavía los gastos[33]. Melo Franco tuvo que luchar para convencer a Vargas a autorizar el envío de una delegación a la Conferencia del Desarme a ser realizada en Ginebra el año siguiente. Esta participación, el

AMFF. Según un informe elaborado por el secretario general del Itamaraty, 63% de los funcionarios no estaban en sus puestos cuando Melo Franco asumió la misión. Afonso Arinos, *Estadista*, III, p. 1.374.

31 Gregório da Fonseca (Casa Civil de la Presidencia de la República) a Melo Franco, 11/11, 12/11, 3/12, 8/12/1930, AHI 292/2/2.

32 Afrânio de Melo Franco a Zaide y Jaime Chermont, 8/12/1930, VMF.

33 Afrânio de Melo Franco a Vargas, 4/12/1930, Arquivo Presidencia de la República (de ahora en adelante PR); Afrânio de Melo Franco a Caio de Melo Franco, 12/1, 29/3/1931, VMF; ministro de Hacienda a Afrânio de Melo Franco, 10/4/1931, AMF.

canciller comentó con el embajador británico, sería el «único lujo» que el Itamaraty podía darse durante este período[34].

Fue, por lo tanto, en el contexto de una batalla constante para reducir gastos que Melo Franco procuró implantar la primera gran reforma estructural del Itamaraty desde mediados del siglo XIX. Para poner fin a la tradición de pequeños roces entre los funcionarios de la Secretaría de Estado y los que servían en los consulados y puestos diplomáticos, y entre el personal consular y el diplomático, el canciller planeaba la fusión de los tres cuadros de funcionarios en una sola categoría. Se divisaba la formación de un *servicio diplomático* unificado y formado por servidores del Nuevo Brasil, influenciados por un espíritu nacionalista saludable, equipados intelectualmente y entrenados para defender los intereses nacionales frente a los múltiples desafíos del mundo contemporáneo. En otras palabras, como le diría a Aranha más tarde, la reforma señalaba hacia la creación de «un semillero de jefes de misión para el futuro –jefes formados en la escuela realista de la competición industrial, económica y comercial de nuestros días»[35]–. El «saneamiento» preliminar de personal a través de las medidas financieras ayudó a preparar el terreno. La jubilación obligatoria una vez que un funcionario alcanzara un límite de tiempo de servicio o de edad sería otro medio de abrir espacio, jerárquicamente superior, para funcionarios más jóvenes y esta medida constaba del Decreto-Ley 19.592, del día 15 de enero de 1931, que implantó la «Reforma Melo Franco». Para completar la primera etapa de la fusión de los grupos, se crearon dos mecanismos. El primero era el de la rotación

34 Afrânio de Melo Franco a Vargas, 24/11/1931, PR; Afonso Arinos, *Estadista*, III, p. 1.374-1.375; Emb. William Seeds (Rio de Janeiro) al *Foreign Office*, 11/8/1931, RFO 371, W9794/8838/98.

35 Afrânio de Melo Franco a Aranha, 22 feb. 1935, OA. El texto del decreto-ley se encuentra en el Ministério das Relações Exteriores (de ahora en adelante MRE), *Relatório apresentado ao Chefe do Governo Provisório* [...] *1931*, II, Anexo C, pp. 25-32. Para análisis cuidadoso de la reforma, ver Flávio Mendes de Oliveira Castro, *Dois Séculos de História da Organização do Itamaraty*, pp. 315-321. Le correspondería al canciller Oswaldo Aranha completar la fusión total de los cuadros.

de personal entre servicio en el exterior y servicio en la Secretaría de Estado. Con ello el funcionario no sólo mejoraría su capacidad profesional, sino que además los roces sectoriales serían mínimos. Como el canciller esclareció en memorando a Vargas, «el espíritu de la Reforma es... dar la máxima rotación del personal y forzar su práctica en la Secretaría de Estado». Así, el texto del Artículo 16 declaraba que «la Secretaría de Estado, para todos los efectos, pasa a ser «puesto» para los funcionarios del Cuerpo diplomático y consular». Llamando los primeros elementos «de buena nota» de sus puestos en el exterior para servir en la Secretaría, explicó a un hijo suyo que esperaba formar «una especie de milicia cívica, bien pequeña, pero especializada en el servicio de la Patria en el exterior». El segundo mecanismo era el de la transferencia de funcionarios del grupo consular para el diplomático, y viceversa (Artículo 22). Esto representaba una fusión parcial, siendo que la unificación integral vendría en el futuro luego de la «depuración» del personal –tal fue la explicación que le dio a Vargas en informe oficial. Tenía plena consciencia de que la reforma no agradaría a todos, pero esto no afectó su determinación. «Estoy haciendo los mayores sacrificios para ser justo y ecuánime», comentó con su hijo. «No miro a amigos ni enemigos, miro solamente a Brasil y su servicio»[36].

En cuanto a la política externa propiamente dicha, una de las áreas de acción más significativas y características de Melo Franco fue su intervención conciliadora en los conflictos del Chaco y de Leticia. El objetivo de mantener a *détente* en la cuenca del Plata y la paz en las fronteras era inalcanzable debido, en parte, a la volatilidad de la situación política sudamericana. Cuando asumió el cargo, la disputa entre Bolivia y Paraguay por la región del Chaco ya amenazaba acabar en guerra, y el canciller inició en seguida la búsqueda de una solución conciliadora que evitara un conflicto armado entre

36 Afrânio de Melo Franco a Vargas, 19/1/1931, PR; Afrânio de Melo Franco a Caio de Melo Franco, 16/2, 1/2/1931, VMF; MRE, *Relatório* [...] *1931*, I, xiv-xv.

países limítrofes a Brasil[37]. El Itamaraty participó en conversaciones interamericanas en Washington sobre el problema, sugirió en más de una oportunidad el arbitraje, y aconsejaba a las autoridades bolivianas actuar con prudencia, garantizando que, de parte de Brasil, «haremos lo que esté a nuestro alcance para que la cuestión tenga solución conveniente y de agrado para ambas partes...»[38]. Los dos adversarios, sin embargo, recurrieron a las armas en junio de 1932. Melo Franco, aunque absorbido por sus responsabilidades como presidente de la comisión creada por Vargas para elaborar el proyecto de una nueva Constitución nacional, por las dificultades oriundas de la revolución paulista, y por las negociaciones de Leticia, hizo lo que pudo durante más de un año para promover el cese de hostilidad. En la atmósfera de sospecha y tramas que reinaba en el continente, su obra imparcial fue infructífera. El nuevo embajador norteamericano en Rio de Janeiro, Hugh Gibson, llegó en 1933 a comentar con el Departamento de Estado su admiración por la sinceridad de Melo Franco en intentar restablecer la paz en Chaco, pero reconocía que el canciller, en el medio sudamericano, venía trabajando casi solo en aquel sentido. Viendo la falta de apoyo desinteresado para sus esfuerzos, Melo Franco, luego de hacer un último intento por conseguir el arbitraje del conflicto en agosto de aquel año, los suspendió en octubre[39].

Con la esperanza de poner fin a la lucha sangrienta y a mejorar la posición estratégica de Brasil en el corazón del continente, Melo Franco activó programas de cooperación bilateral. Bolivia hacía tiempo se mostraba interesada en estrechar vínculos con Brasil, y,

37 Para un análisis cuidadoso basado en una extraordinaria riqueza de fuentes, de la actuación del Itamaraty frente a la crisis del Chaco durante el período de Melo Franco, ver Francisco Doratioto, *Relações Brasil-Paraguai*, p. 387-408.

38 MRE a la Legación Brasileña (La Paz), 11/4/1932, AHI.

39 Afonso Arinos, *Estadista*, III, p. 1.384-1.406; Hugh Gibson al Departamento de Estado, sep. 1933, *United States, Department of State, Foreign Relations of the United States* [de ahora en adelante *FRUS*], *Diplomatic Papers*, *1933*, V; Doratioto, *Relações Brasil-Paraguai*, p. 404.

debido a la profunda dependencia económica de Paraguay en relación con Argentina, había sectores influyentes también en aquel país que soñaban con mayores opciones internacionales. Basándose en el progreso modesto realizado por Gobiernos anteriores a 1930, en el sentido ambicionado, el canciller aprovechó la VII Conferencia Interamericana, realizada en Montevideo, en diciembre de 1933, para retomar el asunto. Siendo la falta de comunicaciones uno de los mayores obstáculos para la expansión de la influencia brasileña, el proyecto principal que tenía en mente era la construcción de ferrovías uniendo ambos vecinos a São Paulo. Ya existía un tratado con La Paz, de 1928, sobre la financiación de una línea férrea entre la provincia boliviana de Santa Cruz y el territorio brasileño; Melo Franco, en Montevideo, le propuso a su colega paraguayo, entre otros proyectos bilaterales, la construcción de un ferrocarril que uniera Paraguay y São Paulo. En la visión más amplia del Itamaraty, São Paulo vendría a ser, en el futuro, el centro abastecedor de productos industriales para los dos países limítrofes, con todo lo que esto significaría en términos no sólo comerciales, sino también políticos y, por lo tanto, estratégicos[40]. Aunque Melo Franco no haya conseguido la paz en el Chaco, sus esfuerzos desinteresados en este sentido y la retomada de la discusión de cooperación económica ayudaron a preparar el ambiente para los acuerdos bilaterales que Rio de Janeiro firmaría con La Paz y Asunción a fines de la década de los 30.

Simultáneamente con la cuestión del Chaco, el Itamaraty enfrentaba otra crisis militar en sus fronteras, esta entre Colombia y Perú. El episodio comenzó cuando un grupo peruano armado se apoderó del puerto fluvial de Leticia, perteneciente a Colombia, a fines de agosto de 1932. El Gobierno peruano terminó apoyando

40 Hilton, «*Brazil and the Post-Versailles World*», pp. 357-358, y Hilton, «*Vargas and Brazilian Economic Development, 1930-1945*», p. 769; Legación de Paraguay al MRE, 17/1/1934, AHI. Doratioto, *Relações Brasil-Paraguai*, capítulos 4 y 5, ofrece una discusión pormenorizada de las tentativas hechas por Brasil para estrechar las relaciones con Paraguay antes de 1930.

al grupo, provocando un choque armado con Colombia. Una vez más surgieron cuestiones de derechos de neutrales y de seguridad nacional. Las incursiones de combatientes en territorio brasileño eran frecuentes, Vargas desplazó tropas a la región, y una vez más Melo Franco entró en acción en busca de una solución conciliadora, insistiendo a cada paso en la necesidad de que Brasil se mantuviera equidistante de ambos lados en la batalla. Explicando a Vargas que era imprescindible «que tomemos medidas que nos dejen a salvo de cualquier sospecha de parcialidad por uno u otro de los litigantes», informó que pidió al alto comando del Ejército y al de la Marina que «tuvieran mucho tacto para no desagradarle a ninguno de los dos países beligerantes»[41]. Una comisión especial de la Liga de las Naciones, con la cual Brasil y EE.UU. colaboraban, finalmente consiguió, luego de nueve meses de guerra, un acuerdo preliminar estipulando que, mientras se esperaban las negociaciones formales entre los beligerantes, el territorio en disputa sería administrado por una troica compuesta por un oficial español, un norteamericano y un brasileño. Este último recibió instrucciones de Melo Franco para demostrar «perfecta imparcialidad» en sus trabajos[42]. Más tarde, los Gobiernos de Perú y de Colombia, concordaron en que la sede de las negociaciones de paz sería Rio de Janeiro y ofrecieron la presidencia del cónclave al canciller brasileño.

Melo Franco, a lo largo de su vida pública, sufrió una decepción tras otra en su relación con Argentina, pero incluso así, mantuvo siempre en vista los altos intereses de seguridad nacional y la necesidad, por lo tanto, de seguir empeñándose en crear un ambiente de más sintonía entre Brasil y el histórico adversario. Sus experiencias con los argentinos en Santiago y en Ginebra,

41 Sérgio Corrêa da Costa, *A diplomacia brasileira na questão de Letícia*; Afrânio de Melo Franco a Vargas, 10/3/1933, PR.

42 Afonso Arinos, *Estadista*, III, p. 1.448-1.463.

por lo tanto, no lo detuvieron en dicho esfuerzo. Llegó a enviar una carta a Hipólito Yrigoyen en 1928, en vísperas del pleito que llevaría al ex presidente argentino de vuelta a la Casa Rosada, en la cual hizo una profesión de fe en este aspecto. «Profundamente convencido de que Argentina es, de todas las naciones de América, aquella con la que debemos hacer la política continental...», declaró, «establecí como uno de los objetivos de mi vida parlamentaria y de mi actividad de ciudadano proclamar la necesidad de armonía y de confianza entre argentinos y brasileños...». Como canciller, procuró estrechar las relaciones bilaterales con Argentina, aprovechando cada oportunidad, por mínima que pareciera, para abrir grietas en la muralla de la prevención y sospecha que separaba a ambos países. Dio pleno apoyo, así, a la idea de realizar una exposición industrial brasileña en Buenos Aires, mandó negociar un nuevo convenio comercial bilateral[43], y convenció a Vargas para invitar al general Agustín Justo, presidente de Argentina, a visitar Brasil. Melo Franco reflexionó sobre esta iniciativa algún tiempo para «ayudar a disipar sospechas mutuas» –palabras suyas en carta particular. La elaboración de un tratado antibélico por su contraparte argentina, Carlos Saavedra Lamas, a quien Melo Franco elogió en telegrama circular a las misiones diplomáticas brasileñas, lo llevó a volver al asunto, sugiriendo al nuevo Gobierno argentino que una visita oficial sería una oportunidad perfecta para que Brasil firmara este tratado inocuo. «Siempre fui partidario de una larga política de entendimiento con Argentina...», explicó a la Embajada en Buenos Aires. En memorando al embajador porteño en Rio de Janeiro, Melo Franco dijo que sería, para los dos países, «un momento verdaderamente feliz de su historia política» suscribir el pacto. Saavedra Lamas no quería perder la oportunidad de generar

43 Afrânio de Melo Franco a Hipólito Yrigoyen, [?] abril 1928, Afonso Arinos, *Estadista*, III, p. 1.297; Afrânio de Melo Franco a la Embajada de Brasil (Buenos Aires), 11/6/1931, AHI; Afrânio de Melo Franco al embajador João F. de Assis Brasil, 25/1/1933, AAMF.

publicidad en torno de su tratado, y Buenos Aires aceptó la invitación. La firma del «Pacto Saavedra Lamas» fue, para el canciller argentino, el punto alto de la visita a Rio de Janeiro en octubre de 1933, ocasión en que también se firmaron el nuevo tratado de comercio y otros convenios. Vargas quedó más que satisfecho con la iniciativa de su canciller y con los preparativos hechos por el Itamaraty. «Todo fluyó perfectamente: el recibimiento afectuoso, el entusiasmo espontáneo del pueblo,... el brillo de los actos oficiales, la repercusión de los tratados y la buena impresión sobre los mismos», escribió en su diario[44].

Mientras Melo Franco procuraba mejorar las relaciones bilaterales con Argentina, crear condiciones para una intensificación de las relaciones con Bolivia y Paraguay, y restablecer la paz en las fronteras, se esforzaba por cultivar una relación especial con EE.UU. Fue justamente por ello que la necesidad, por motivos financieros, de desistir de la misión naval norteamericana le era tan penosa. El alto comando de la Marina objetaba que la educación naval sería gravemente perjudicada, y el canciller concordaba plenamente, pero, como informó al director de la Escuela de Guerra naval en diciembre de 1930, Vargas desafortunadamente se mantenía «irreducible» en cuanto a la necesidad de hacer esta economía. En carta apologética a Edwin Morgan, embajador norteamericano, Melo Franco citó que la crisis financiera constituía, por fuerza, «la preocupación esencial y primordial» del Gobierno[45]. Las circunstancias internacionales en aquella coyuntura no exigían iniciativas bilaterales de gran envergadura, pero el Itamaraty, a través de gestos diplomáticos y coordinación política, procuraba compensar la falla inesperada en el

44 Afrânio de Melo Franco a Caio de Melo Franco, 1/10/1933, VMF; MRE, Circular N. 741, 28/12/1932, «A Versão Oficial, Parte VI,», pp. 74-81; Afrânio de Melo Franco a Orlando Leite Ribeiro (Buenos Aires), 17/10/1932, GV; Getúlio Vargas, *Diário*, vol. I, p. 243.

45 Almirante José Maria do Penido (Escuela de Guerra Naval) al ministro de la Marina, 2/12/1930; Afrânio de Melo Franco a Penido, 3/12/1930; Afrânio de Melo Franco a Edwin Morgan, 4/12/1930, AHI.

sector naval. Melo Franco, por ejemplo, mantuvo contacto frecuente con el embajador Morgan y su sucesor, Hugh Gibson, durante la crisis del Chaco, para intentar coordinar su acción. El canciller aplaudía la inauguración de Franklin Roosevelt como presidente de EE.UU. en el inicio de 1933 y se hizo un profundo admirador del *New Deal*. «Sé bien que este puesto de Washington a todos sobrelleva de interés e importancia, principalmente ahora, en que se procesa el vasto programa de economía y finanzas...», observó. Gibson, sirviendo en su primer puesto sudamericano luego de varios años en Europa, quedó impresionado con la amabilidad demostrada por el Itamaraty y el Gobierno Provisorio en general, y rápidamente llegó a tener a Brasil como amigo dedicado a Estados Unidos. «Parece que realmente le gustamos a este pueblo extraño», comentó en carta a un amigo. Los signos de buena voluntad emitidos por el Itamaraty eran bienvenidos en Washington, y Roosevelt, en conversación con el embajador João Francisco de Assis Brasil, expresó «sincero interés» por Brasil, país que, naturalmente, ocupaba un lugar central en la política de «buena vecindad» y que también representaba un compañero clave en el programa de tratados comerciales liberales que Roosevelt pretendía emprender. Para corresponder al interés de Washington, Melo Franco mandó iniciar las negociaciones preliminares en torno a un nuevo acuerdo comercial[46].

En relación con Europa, la diplomacia brasileña se ocupaba principalmente de problemas comerciales y de la deuda externa, evitando cualquier enredo político. La serie de acuerdos comerciales que el Itamaraty comenzó a negociar en 1931 –terminaría firmando más de treinta– pretendían en gran medida resucitar el intercambio con el Viejo Mundo. Pero el único episodio político-militar vinculado

46 Afrânio de Melo Franco a Hildebrando Acioly, 10/4/1933, Arquivo Hildebrando Acioly (de ahora en adelante HA; Hugh Gibson a J. Phillip Groves, 25/9/1933, Caja 46, Colección Hugh Gibson (de ahora en adelante HG), Hoover Institute, Stanford University, EUA ; João F. Assis Brasil, informe, 9/6/1933, AHI; Gibson al Depto. de Estado, 21/8/1933, *FRUS*, *1933*, V, 13, 18; Stanley E. Hilton, *Brazil and the Great Powers*, *1930-1939*, p. 50.

a Europa del cual Brasil participó durante la gestión de Melo Franco fue la Conferencia del Desarme, en Ginebra, inaugurada en febrero de 1932. El canciller, con una visión realista del problema y conociendo bien el medio europeo, era bastante escéptico en cuanto a la contribución que ésta pudiese hacer para con la paz mundial. «No creo que se llegue a resultados considerables», le confesó a su hijo Afonso Arinos, que acompañó a la delegación como secretario, «pero nuestro deber era aparecer y colaborar». Melo Franco era consciente de la precariedad de los medios de defensa nacional y, así, *colaborar* significaba insistir en el derecho de adquirir armamento. Luego de consultar a los líderes militares, ya había declinado una invitación de la Liga de las Naciones para participar de una moratoria sobre compras de armamento, y fue *durante* la Conferencia en Ginebra que las autoridades brasileñas completaron sus estudios sobre un programa de rearmamento naval y Melo Franco inició el contacto con posibles proveedores en el exterior[47]. Además de la presencia en esta conferencia y la cooperación con la comisión de la Liga de las Naciones en el caso de Leticia, los contactos e interacción política con Europa eran mínimos. Melo Franco no sólo aclaró, en conversaciones con diplomáticos británicos, que Brasil no estaba interesado en reingresar en la Liga de las Naciones, sino que también se resistió a la intromisión de ésta en la cuestión del Chaco. Llegó a expresar, a mediados de 1933, a los Gobiernos boliviano y paraguayo su «tristeza» con la posibilidad de que el sistema interamericano no pudiera resolver un problema «peculiarmente americano» y tuviera que entregarlo a una entidad esencialmente europea. Le confesó también al encargado de negocios norteamericano su «profunda

47 Afrânio de Melo Franco a Afonso Arinos, 19/4/1932, AAMF; vice almirante Augusto C. De Sousa e Silva a Afrânio de Melo Franco, 7/1/1931, AMF; general Augusto Tasso Fragosos al ministro de Guerra, 29/10/1931; jefe, Estado-Mayor de la Armada, al ministro de la Marina, 6/11/1931, Arquivo José Carlos de Macedo Soares (de ahora en adelante JCMS); ministro de la Marina a Afrânio de Melo Franco, 24/11/1931; Afrânio de Melo Franco al embajador Raul Regis de Oliveira (Londres), 25/11/1931; Afrânio de Melo Franco a la Embajada Brasileña (Washington), 28/11/1931, AHI; Hilton, *Brazil and the Great Powers*, pp. 113-114.

decepción» con la posibilidad de que la Liga se involucrara en las negociaciones de la Cuestión de Chaco[48].

Había otra influencia política viniendo de Europa que el Itamaraty resistía tenazmente en este período: el comunismo. Las informaciones que llegaban de varios puntos del Viejo continente sobre las actividades de la III Internacional (Comunista), o Comintern, cuya sede estaba en Moscú, eran sombrías y, en Sudamérica, los comunistas parecían estar peligrosamente activos, fomentando huelgas y movimientos subversivos en diversos países del continente. Lo que era peor aún, la Comintern estaría canalizando agentes, armas y fondos para Brasil, su blanco preferido en la región. Sobre movimientos declarados de Luís Carlos Prestes, el antiguo líder tenentista que se convirtiera al marxismo y que, en aquel momento, estaba de hecho en Moscú haciendo planes para una revolución en Brasil, Melo Franco recibió noticias constantes de las misiones diplomáticas brasileñas en países vecinos. Dentro de Brasil mismo, había señales suficientes de agitación comunista que las informaciones del exterior parecían cada vez más creíbles. Melo Franco, por lo tanto, adoptó diversas medidas para fortalecer el «cordón sanitario» que Gobiernos en los años 20 habían intentado erigir alrededor del país frente a la amenaza oriunda de la Unión Soviética, con la cual Brasil rompió relaciones en 1918. El Itamaraty y la policía del Distrito Federal desarrollaron un intenso intercambio de informaciones sobre actividades subversivas, Melo Franco ayudó a establecer un entendimiento entre la policía brasileña y la argentina sobre la cooperación anticomunista, procuró interesar a las autoridades de Montevideo en un servicio semejante, y apoyó nuevas restricciones sobre la inmigración rusa. También se opuso

48 Afonso Arinos, *Estadista*, III, p. 1.397-1.405; Embajador de EE.UU. (Rio) al Departamento de Estado, 26/7/1933, *FRUS, 1933*, V, p. 350; *Foreign Office*, memorando, 29/11/1933, RFO 371/16515. Un oficial del *Foreign Office* llegaría a atribuirle al Itamaraty el propósito de querer sabotear la actuación de la Liga en América del Sur. Robert Craigie, memorando, 22/1/1934, RFO 371/17441.

firmemente al restablecimiento de relaciones diplomáticas con el Kremlin y al comercio directo con la URSS[49].

El episodio más arduo para Melo Franco como canciller fue sin duda el de la guerra civil desencadenada en julio de 1932, cuando el Estado de São Paulo, con ayuda de elementos militares disidentes, se rebeló en contra el Gobierno Provisorio, izando la bandera de la inmediata reconstitucionalización del país. El canciller creía sinceramente en la causa de la Revolución de 1930, en lo tocante a la promesa de sanear y democratizar el sistema político, y veía en la rebelión paulista un intento de restaurar los procesos oligárquicos de la República Vieja. Por lo tanto, no tuvo dudas en contribuir para suprimir la rebelión. Inevitablemente el conflicto creó diversos problemas entre las autoridades federales y misiones diplomáticas extranjeras, entre ellas la interrupción de comunicaciones, el bloqueo marítimo y aéreo, la participación de extranjeros en la lucha, y daños a la propiedad extranjera –todas provocando indagaciones, reclamos, y hasta amenazas veladas, exigiendo atención constante, paciencia y tacto por parte del canciller y sus auxiliares[50]–.

El servicio de Melo Franco en el Itamaraty terminó, inesperadamente, en diciembre de 1933. Se encontraba en Montevideo como jefe de la delegación a la VII Conferencia Interamericana cuando ocurrió el desenlace del llamado «caso minero», es decir, la disputa por el cargo de *interventor* federal, o sea, gobernador. Virgílio de Melo Franco, apoyado por Oswaldo Aranha y varios otros próceres de la Revolución de 1930, era candidato al puesto y Vargas había dado a entender que nombraría al hijo del canciller. Este, por lo tanto, quedó ultrajado cuando

49 Stanley E. Hilton, *Rebelião Vermelha*, capítulo 5; Hilton, *Brazil and the Soviet Challenge, 1917-1947*, cap. 2. Para las restricciones sobre inmigración, ver MRE, Circular Reservado N. 637, 10/10/1931, «*A Versão Oficial*», pp. 39-40. Sobre las actividades comunistas en Brasil y las de Luís Carlos Prestes en la Unión Soviética, ver también Paulo Sérgio Pinheiro, *Estratégias da Ilusão*.

50 Stanley E. Hilton, *A Guerra Civil Brasileira*, pp. 223-229.

Vargas inesperadamente nombró a un político de poca proyección en aquel momento. Sintiéndose desmoralizado, el canciller dejó la Conferencia, volvió a Rio de Janeiro, y presentó su pedido de renuncia. Vargas intentó convencerlo, pero Melo Franco no cedió. «Motivos morales, que solo a mí conciernen, pero que consideré imperativos de consciencia, me obligan a dejar el Gobierno», comentó en una carta a Acioly, su jefe de gabinete[51].

Acto final y legado diplomático

Irónicamente, Melo Franco prestó unos de sus mayores servicios a la paz continental luego de dejar el Ministerio. Atendiendo a repetidos reclamos, concordó poco después, en enero de 1934, en continuar como presidente de la conferencia reunida en Rio de Janeiro para resolver la cuestión de Leticia. El embajador británico, lamentando no poder contar más con la presencia de aquel diplomático «cortés, paciente y amigable» en el Itamaraty, llegó, en comunicación con el *Foreign Office,* a clasificarlo como el «jefe mediador de los países inquietos del continente» y la falta de progreso en las negociaciones sobre Leticia en la ausencia de Melo Franco parecía justificar este título. El embajador Gibson compartía esa opinión, explicando al Departamento de Estado que el ex canciller era «la única fuerza motriz» en lo que tenía que ver con la posibilidad de paz en la zona de Leticia. Por su parte, el Secretario de Estado Cordell Hull en Washington estaba de acuerdo, juzgando que solamente Melo Franco, con su «gran sentido de imparcialidad y justicia», podría llevar las negociaciones a buen término. Finalmente, en mayo el proyecto de acuerdo elaborado por Melo Franco fue aceptado por los Gobiernos de Colombia y Perú,

51 Afonso Arinos, *Estadista*, III, p. 1.503-1.507; Afrânio de Melo Franco a Hildebrando Acioly, 30/12/1933, HA; Afrânio de Melo Franco a Vargas, 10/1/1934, GV.

sus representantes en Rio de Janeiro expresando, según Gibson, «gran satisfacción» con la obra de Melo Franco, que fue aplaudida por todo el continente[52].

Luego de la feliz conclusión de las negociaciones, Melo Franco consideraba como terminada su larga carrera internacional. «El lugar, ahora, es de los más jóvenes, mi tiempo pasó», dijo en carta a su hijo Caio. Retirado, pero lejos de ser olvidado, se abría ahora la posibilidad de una coronación extraordinaria a su carrera: el Premio Nobel de la Paz. Nueve Gobiernos sudamericanos, entre ellos los de Colombia y Perú, anunciaron su apoyo al nombre de Melo Franco, que fue respaldado también por cinco Gobiernos de Europa y por numerosas entidades culturales, académicas y profesionales en varios países. El embajador Gibson, en carácter extra oficial, aprobó este movimiento e intentó persuadir al Departamento de Estado a actuar oficialmente. «Personalmente, creo que el viejo caballero merece el premio», Gibson dijo en carta al subsecretario de Estado, «y me gustaría que lo recibiera...». Las actividades a favor del ex canciller, sin embargo, terminaron no produciendo el resultado esperado por sus amigos y admiradores[53].

Melo Franco abandonó el servicio nacional en un momento en el que la crisis global estaba entrando en su fase crítica. En el Oriente Extremo, Japón continuaba con su expansión imperialista, iniciando una guerra brutal de conquista contra China en 1937; el régimen de Hitler comenzó a armarse abiertamente a partir de 1935, despreciando las restricciones impuestas por el Tratado de Versalles; Benito Mussolini desencadenó la guerra en África Oriental al invadir Etiopía en este mismo año; en 1936 la guerra

52 Afonso Arinos, *Estadista*, III, p. 1.466-1.484; Seeds al *Foreign Office*, 19/1/1934, RFO 371/17485; Gibson al Departamento de Estado, 29/1/1934; Cordell Hull a Gibson, 4/4/1934; Gibson al Departamento de Estado, 1/6/1934, *FRUS, 1934*, IV, p. 321, 332, 360.

53 Afonso Arinos, *Estadista*, III, p. 1.512-1.513; Afrânio de Melo Franco a Caio de Melo Franco, 18/10/1935, VMF; Gibson al subsecretario de Estado Sumner Welles, 27/9/1934, HG.

civil irrumpió en España, provocando la intervención de Alemania y de Italia a favor de los rebeldes; y, a fin de año, Berlín y Roma proclamaron la formación del Eje, completando la polarización ideológica de Europa. En marzo de 1938, Hitler realizó su primera conquista territorial, abruptamente anexando Austria e iniciando en seguida una campaña de presión sobre Checoslovaquia que terminó a fines de septiembre en la infame conferencia de Múnich, donde Francia e Inglaterra aprobaron el desmembramiento de aquel infeliz país centroeuropeo por Alemania. Aunque sin cargo oficial, Melo Franco acompañaba atentamente el desarrollo de los acontecimientos, notándose en sus cartas a familiares y amigos una profunda repugnancia hacia las dictaduras, creciente desilusión con las grandes potencias europeas en general, y la previsión acertada de que la política de apaciguamiento adoptada por Londres y París con respecto a Hitler terminaría siendo contraproducente[54].

Con las nubes de guerra acumulándose sobre Europa, Melo Franco fue llamado de vuelta al servicio del Itamaraty a fines de 1938, por el nuevo canciller, su amigo Oswaldo Aranha, que representaba la corriente liberal en el Estado Nuevo, el régimen dictatorial erigido por Vargas y el alto comando militar en noviembre del año anterior. La VII Conferencia Interamericana iba a realizarse en Lima en diciembre de 1938 para estudiar la cooperación en el caso de una guerra extra hemisférica y Aranha quería que Melo Franco dirigiera la delegación brasileña. A pesar de los rigores del viaje, el viejo diplomático aceptó y fue recibido magistralmente en Lima por el pueblo y por las autoridades peruanas, que, en una serie de banquetes, homenajearon al mediador de su riña con Colombia. Inaugurada la Conferencia, Melo Franco fue electo presidente de la comisión principal, la de la Organización de la Paz, encargada de elaborar el texto de la más importante resolución del cónclave, la

54 Afrânio de Melo Franco a Melo Franco Filho, 7/9/1935, 18/9/1938, 5/10/1938, AMFF; Afrânio de Melo Franco a Caio de Melo Franco, 5/10/1938, VMF. Melo Franco.

de la solidaridad continental en caso de una guerra fuera del hemisferio. Por causa del obstruccionismo argentino, las negociaciones sobre el texto fueron lentas, pero Melo Franco una vez más desempeñó con gran eficacia el papel de mediador. La resolución final sobre la consulta entre los Estados americanos en el caso de una amenaza al Hemisferio contenía, para apaciguar a los argentinos y poder mostrarle al mundo por lo menos una fachada de unidad hemisférica, una cláusula que convertía tal consulta en voluntaria, en lugar de obligatoria[55].

La tensión internacional aumentó durante los meses siguientes y, a medida que se profundizaba el pesimismo de Melo Franco en cuanto al liderazgo europeo –esta «media docena de tontos que ahora gobiernan el decrépito continente europeo» fue como lo describió en febrero de 1939– crecían sus convicciones panamericanistas, motivadas por el idealismo y las consideraciones de seguridad nacional. «Por todo ello», observó en una carta a Acioly, ahora el embajador en el Vaticano, «cada día me apego más a la idea del fortalecimiento de nuestra solidaridad en América, porque este Continente es el refugio de la paz»[56]. El conflicto temido hacía tiempo estalló en septiembre, cuando Hitler desencadenó la invasión de Polonia, provocando declaraciones de guerra a Alemania por Inglaterra y Francia. En el fin del mes, representantes de los países panamericanos se reunieron en Panamá, donde anunciaron la creación de una zona de neutralidad en torno al Hemisferio y establecieron una Comisión Interamericana de Neutralidad para examinar las múltiples cuestiones oriundas del conflicto en Europa. La elección lógica para representante de Brasil en dicha Comisión fue Melo Franco; la elección lógica para la sede de la misma fue Rio

55 Afrânio de Melo Franco (Lima) a Aranha, 20/12, 22/121938, AHI; Rosalina Coelho Lisboa Miller a Aranha, s.f., OA; Cordell Hull, *Memoirs*, I, p. 605; Afonso Arinos, *Estadista*, III, p. 1.569-1.587.

56 Afrânio de Melo Franco a Melo Franco Filho, 8/2/1939, AMFF; Afrânio de Melo Franco a Acioly, 13/5/1939, HA.

de Janeiro, por el significado estratégico de Brasil y su dedicación a la solidaridad hemisférica. En la sesión inaugural de la Comisión de la Neutralidad, en enero de 1840, Melo Franco fue electo presidente por aclamación.

Durante el período de neutralidad hemisférica (1939-1941) dos cosas dominaban el pensamiento íntimo de Melo Franco: la esperanza de que América pudiera escapar a la guerra, y sobre todo, la fe en la solidaridad panamericana. «Estoy absolutamente convencido de que la unión de América es la fuente de la felicidad de sus pueblos y el más poderoso factor de la paz universal», dijo en una carta a su hijo Afrânio en marzo de 1940, en vísperas del *Blitzkrieg* contra Europa Occidental[57]. Un año después, mientras la mitad del Viejo Continente se encontraba subyugado por el Tercer Reich, la *Luftwaffe* bombardeaba las ciudades inglesas, la guerra en el mar se hacía cada vez más destructiva, y Hitler abría un nuevo frente de batalla en el sudeste europeo, Melo Franco de nuevo expresó su convicción de que era en la unión de todas las naciones americanas que tendrían su salvación. «Europa está nuevamente bajo la tiniebla de la Edad Media...», expuso en carta a Acioly. «Dirijamos, pues, nuestra mirada hacia América, pues es sólo aquí que la paz podrá reinar»[58]. Las circunstancias internacionales acabarían no permitiendo el aislamiento permanente del Hemisferio de la guerra, pero, incluso durante la marcha acelerada de EE.UU. rumbo a la beligerancia en 1941, la cual eliminó progresivamente las opciones de los países latinoamericanos, Melo Franco trabajó asiduamente como presidente de la Comisión Interamericana de Neutralidad (luego de Pearl Harbor, la Comisión Jurídica Interamericana) para

57 Afrânio de Melo Franco a Melo Franco Filho, 20/3/1940, AMFF.

58 Afrânio de Melo Franco a Acioly, 1/3/1941, HA.

asegurar que la comunidad americana marchara lo máximo posible hombro con hombro[59].

El ataque japonés a la flota norteamericana en Pearl Harbor, el 7 de diciembre de 1941, trajo el desenlace que Melo Franco preveía desde hacía mucho tiempo. Hitler, en solidaridad con Japón, declaró la guerra a los EE.UU. el día 11, la mayoría de las naciones americanas o rompería relaciones con el agresor y sus aliados europeos o les declararía la guerra. A fines de enero de 1942, tuvo lugar en Rio de Janeiro una reunión especial de consulta interamericana para definir una posición hemisférica común frente a la beligerancia de EE.UU. Una vez más, el gobierno argentino consiguió bloquear una acción más decisiva y la Conferencia se limitó a *recomendar* que los países que aún mantenían relaciones con el Eje las cortaran. En el último día de la reunión, el canciller Oswaldo Aranha anunció dramáticamente que Brasil también estaba cortando los lazos diplomáticos con Tokio, Berlín y Roma. Melo Franco, elogiado por el plenario por los resultados de su Comisión, la vio transformada en Comisión Jurídica Americana con atribuciones mucho más amplias. En los meses siguientes, mientras Brasil marchaba a pasos acelerados en el sentido de la beligerancia, este diplomático por excelencia se dedicó a la coordinación de lo que sería el último trabajo jurídico que llevaría su sello: un estudio preliminar sobre los problemas del período posguerra, que quedó listo en septiembre de 1942. A mediados de diciembre sufrió un ataque cardíaco y, en las primeras horas del día 1 de enero de 1943, falleció. Getúlio Vargas le rindió su último homenaje, decretando luto oficial por tres días y concediéndole honras de ministro de Estado. Desde todos los puntos del continente llegaron expresiones de pesar por parte de las altas autoridades, destacándose las de Bolivia y Perú, además de las de todos los Gobiernos americanos –y también de autoridades y

59 Afonso Arinos, *Estadista*, III, p. 1.589-1.615.

entidades en países europeos que aún gozaban de libertad suficiente para permitir tales demostraciones[60]–.

Melo Franco, una de las grandes figuras de la diplomacia brasileña e interamericana, no era teórico de la diplomacia o de las relaciones internacionales, y no dejó un cuerpo de escritos sobre estos asuntos. Era gran conocedor del Derecho Internacional –esto sí, y su pericia en dicho campo era ampliamente reconocida por la comunidad internacional–. Pero ¿cuál fue su influencia sobre el conjunto de ideas que gobernaban y posteriormente gobernarían la diplomacia de Brasil? A través de su *actuación* que podemos sacar conclusiones en este sentido.

En el período Rio Branco, o sea, en la época en que Melo Franco iniciaba su carrera en la Cámara de Diputados, se adoptó una estrategia de política externa que se originaba de una percepción de amenaza externa, amenaza de intensidad fluctuante, pero permanente, de la cual Argentina era la principal fuente, aunque tendencias de la política europea también periódicamente habían representado, a los ojos de la elite brasileña, una amenaza real o potencial. La imagen de Argentina como país hostil a Brasil era ingrediente permanente en la visión brasileña del mundo y, a su vez, era consecuencia de la división histórica de Sudamérica en dos regiones: la América Española y la América Portuguesa. Para los líderes brasileños, lo que Argentina ambicionaba era la resurrección en forma moderna del antiguo Virreinato del Río de la Plata mediante la proyección de su influencia sobre los demás países hispanoamericanos del Cono Sur y el aislamiento progresivo de Brasil.

Para combatir esta amenaza general, la estrategia adoptada por Rio de Janeiro consistía básicamente en seis componentes:

60 Ver, por ejemplo, los telegramas a Vargas enviados por los presidentes de Bolivia, de Perú, y de Venezuela, PR. Ver también Afonso Arinos, *Estadista*, III, p. 1.623-1.624.

(1) la solución pacífica de las disputas, a través de la diplomacia o el arbitraje; (2) el fortalecimiento de la solidaridad panamericana; (3) la contención diplomática de Argentina mediante el uso de cordialidad oficial y de la intensificación del comercio bilateral; (4) la expansión de la influencia de Brasil en otros países de la cuenca del Plata, especialmente Bolivia y Paraguay, para contrarrestar la influencia porteña; (5) una relación especial con EE.UU. a partir de experiencias históricas semejantes frente a la América Española, la complementariedad económica y la dependencia comercial, y la asistencia potencial en caso de guerra; y (6) el aumento de la capacidad militar-industrial nacional[61]. Brasil no era un país imperialista, no tenía ambiciones territoriales y, por lo tanto, esta estrategia era altamente defensiva, buscando una meta fundamental: el mantenimiento de la paz en el Hemisferio Sur.

El desarrollo de una *doctrina,* sea militar o diplomática, comienza con un estudio del pasado, de la experiencia previa, y del examen de la situación del momento, para definir con claridad los problemas y desafíos. Puede haber una dosis de teoría en los cálculos, pero, generalmente, cuanto más pragmáticas sean las conclusiones sobre cómo se debería proceder o actuar, mejor. La estrategia formulada en el inicio del siglo XX era altamente pragmática, pero aún no poseía el carácter de doctrina. No constaba de un documento. No fue el resultado de un debate en torno al conjunto de sus componentes por un Consejo de Seguridad Nacional (que no existía en aquella época). Ésta emergió de la experiencia histórica, del examen de los problemas y vulnerabilidades nacionales, de la observación atenta de la política hemisférica y transatlántica –y del simple sentido común. Sería sólo en la *aplicación* de esta estrategia a situaciones concretas,

61 La formación y la consolidación de esta estrategia, en función de las percepciones que la elite de la política externa brasileña formaban de las condiciones internacionales y nacionales, son analizadas en Hilton, « *Brazil and the Post-Versailles World* »; « *The Argentine Factor in Twentieth-Century Brazilian Foreign Policy Strategy* »; y « *The Armed Forces and Industrialists in Modern Brazil: The Drive for Military Autonomy* (1889-1954) », *Hispanic American Historical Review*, 62 (nov. 1982), pp. 629-673.

y la evaluación y reevaluación de los resultados obtenidos, que los componentes de ésta irían solidificándose e institucionalizándose como doctrina. Fue en este proceso que Melo Franco contribuyó de modo importante al «pensamiento diplomático» brasileño.

Es importante subrayar que su carrera diplomática comenzó en el período en que los componentes de la estrategia nacional y su carácter de plan de acción integrado no habían adquirido un perfil solidificado. Así, el profundo conocimiento que Melo Franco poseía del derecho internacional, sus observaciones con respecto a la política internacional en general, su escrutinio de las posiciones tomadas por Gobiernos sudamericanos sobre varias cuestiones de interés para Brasil, y su experiencia personal en negociaciones, especialmente con diplomáticos hispanoamericanos, contribuyeron a la consolidación de dicha estrategia, antes de convertirse en ministro de Exteriores. Durante 1930-1933, gozando de cierta autonomía en la toma de decisiones, Melo Franco pudo aplicar esta estrategia en todo su vigor, entregándola consolidada a sus sucesores.

El historiador descubre en las actividades diplomáticas de Melo Franco el reflejo de esta estrategia, punto por punto, principalmente los de naturaleza política, y del pensamiento que constituía su fundamento. La dedicación de Melo Franco a la resolución pacífica de las disputas era una función de su profundo apego a la ley, de razones de Estado, y de su personalidad –factores ejemplificados en su actuación antes de 1930, especialmente en Santiago. Como canciller, hizo en relación a las cuestiones del Chaco y de Leticia un esfuerzo personal extraordinario para evitar la guerra, manteniendo la más estricta imparcialidad mientras buscaba soluciones aceptables de ambos lados en dichas disputas. Su actuación desinteresada y generosa aumentó enormemente el prestigio del Itamaraty y el concepto que Melo Franco personalmente gozaba en la comunidad internacional –a tal punto que, después de su salida del Itamaraty,

Melo Franco, como ciudadano particular concordó en volver a mediar la disputa colombiano-peruana, consiguiendo finalizar un acuerdo de paz celebrado por ambos beligerantes.

El interés de Melo Franco en la restauración de la armonía entre países vecinos formaba parte de una política mayor de promover la solidaridad interamericana siempre que fuera posible como mejor medio de asegurar la paz. El objetivo de su primera misión diplomática, en 1917, fue justamente intentar armonizar actitudes en torno a la idea de mayor cooperación panamericana. A pesar de las dificultades frecuentemente encontradas al buscar estrechar los lazos entre Brasil y los países hispanoamericanos, Melo Franco se dedicó de cuerpo y alma a esta tarea en los años siguientes. La experiencia desagradable en Santiago en 1923 no lo desanimó y el episodio decepcionante de Ginebra tampoco. Permanecería, a partir de 1926, un campeón de la política de aproximación interamericana, defendiendo siempre soluciones *americanas* para problemas *americanos*, sin la intromisión de Gobiernos o entidades europeos. Su oposición al envolvimiento de la Liga de las Naciones en las crisis político-militares en Sudamérica en los años 30 era la consecuencia lógica de esta actitud. Frente al tumulto global de aquella época, Melo Franco veía en la solidaridad interamericana el único medio de proteger el Hemisferio Occidental contra el contagio de la guerra. En la Conferencia de Lima, en diciembre de 1938, tuvo que emplear todo su talento como conciliador y mediador para mantener la unidad continental; y, con la eclosión de la guerra en 1939, su dedicación al panamericanismo se hizo aún más intensa.

Cultivar una relación cordial con Argentina como medio para mantener los roces dentro de límites manejables era una pieza absolutamente indispensable de la estrategia nacional. Melo Franco, en Santiago, en Ginebra, en el Itamaraty o en Lima, y a pesar de todos los contratiempos, procuró disipar sospechas, demostrar buena voluntad, y mantener, o establecer, pilares para una mayor

cooperación bilateral. Mantener la *détente* en la cuenca del Plata constituía una misión primordial y, sin duda alguna, si no hubiese existido la crisis financiera, la guerra del Chaco, y la rebelión paulista, Melo Franco, canciller, habría intentado hacer mucho más en el sentido de mejorar las relaciones Brasil-Argentina. Melo Franco y sus colegas en el Gobierno comprendían el valor del comercio como atenuante de divergencias políticas, lo que ayuda a explicar el apoyo dado a la idea de una exposición industrial brasileña en Buenos Aires y a la negociación de un nuevo convenio comercial. Durante la Segunda Guerra Mundial, se dio un tremendo ímpetu en las exportaciones de manufacturas brasileñas para Argentina[62], lo cual era fruto, en parte, de las modestas iniciativas tomadas por el Itamaraty en la época de Melo Franco.

Esfuerzos para estrechar las relaciones con Bolivia y Paraguay en parte obedecían, lógicamente, a un interés puramente comercial, pero representaban también una pieza lógica de la maquinaria estratégica –un complemento a la búsqueda de la solidaridad panamericana y a los esfuerzos para moderar los impulsos anti brasileños de la política argentina. Una vez más la crisis financiera y el conflicto del Chaco imposibilitaron iniciativas de mayor envergadura en el período en que Melo Franco comandaba en el Itamaraty, pero su esfuerzo personal para reconciliar las dos naciones vecinas y los planes para colaboración económica una vez terminada la disputa por el Chaco constituían una señal clara de interés de Brasil en crear las bases de una relación mutuamente provechosa en el futuro. Digno de reafirmación es el hecho de que el Itamaraty, en aquel momento, haya ayudado a trazar los contornos de la visión de Brasil como centro industrial del Cono Sur –visión que llevaría a varias iniciativas en los años siguientes apuntando a tornarla una realidad[63].

62 Hilton, « *Vargas and Brazilian Economic Development* », p. 769.

63 Ibídem, p. 769-770, 773-776.

En cuanto a la relación especial con EE.UU., existía mucho más en las cogitaciones brasileñas que en la realidad. El hecho es que Washington le atribuía importancia apenas en momentos de crisis –así, solamente durante la Segunda Guerra Mundial es que había una verdadera relación especial. Como componente de la estrategia nacional, sin embargo, perdería progresivamente su iniciativa en el período posguerra a medida que la frustración de Brasil crecía debido a la falta de una verdadera correspondencia por parte de Washington. Pero esto pertenecía a un futuro imprevisible; para la generación de Melo Franco, la necesidad de intentar forjar una relación especial con EE.UU. era artículo de fe. En las difíciles circunstancias que enfrentaba como canciller, Melo Franco hizo lo posible para mantener contactos especialmente cordiales con la embajada estadounidense, procuró trabajar tanto cuanto posible en armonía con los diplomáticos estadounidenses en los casos del Chaco y de Leticia; y, en vista del interés demostrado por el Gobierno de Washington, mandó abrir negociaciones en torno a un nuevo tratado bilateral de comercio que terminaría siendo firmado en 1935. La Conferencia de Lima, en 1938, proveyó una oportunidad especial para que Melo Franco les demostrara a los diplomáticos norteamericanos el valor de la estrecha colaboración con Brasil. El secretario de Estado, Cordell Hull, jefe de la delegación norteamericana, escribiría en sus memorias que las conversaciones en Lima con los argentinos habían sido «entre las más difíciles» de su carrera; por otro lado, Melo Franco, según palabras de Hull, «trabajó conmigo el 100%»[64].

Melo Franco ayudó a dar una definición a la estrategia nacional, consolidándola en todos sus componentes y, así, fijando los rumbos de la política externa brasileña para el próximo cuarto de siglo sin alteración. Ninguno de sus sucesores en la dirigencia del Itamaraty y ninguno de los jefes del Ejecutivo a quien servían pensarían

64 Cordell Hull, *Memoirs* (2 vols., Londres, 1948), I, p. 605.

seriamente en modificarla –hasta la segunda mitad del Gobierno de Juscelino Kubitschek (1956-1960). En este período los formuladores de la política externa finalmente llegaron a la conclusión, dictada por los hechos evidentes desde hacía mucho tiempo, y especialmente desde el final de la Segunda Guerra Mundial, de que Washington no estaba interesado en una relación especial con Brasil, tal y como este país pensaba, y no pretendía proveerle la ayuda económica y militar del tipo y en las dimensiones exigidas por las necesidades de Brasil y conmensurables con los servicios que prestara a EE.UU. Por lo tanto, se argumentaba, Brasil debería abandonar el esfuerzo en pro de esta relación especial, desistir del papel de intermediario entre Washington y los países hispanoamericanos de Sudamérica, y, al contrario, aliarse a estos países para formar un bloque sudamericano frente a EE.UU., buscando aumentar el poder de negociación de la región[65]. Irónicamente, los largos años de una diplomacia brasileña de fraternidad continental, como la adoptada por Melo Franco, facilitarían ese cambio extraordinario.

Las actividades diplomáticas de Afrânio de Melo Franco, especialmente durante el período en el que dirigía el Itamaraty, contribuyeron de manera significativa con la consolidación del «pensamiento diplomático» –la amalgama de ideas, de imágenes, de percepciones, de expectativas, de desconfianzas y de esperanzas que produjo una visión del mundo compartida por la elite de la política externa brasileña y que llevó a la formulación de una estrategia bien definida, pragmática y coherente que sirvió admirablemente a los intereses del país durante una época de peligrosas transformaciones internacionales. Al enfrentar en el sector externo los múltiples desafíos de su época, Melo Franco, como canciller, no olvidó el sentido funcional de la diplomacia. Emprendió, así, también en el frente interno una misión que juzgaba imprescindible: la de crear

65 Stanley E. Hilton, «*The United States, Brazil, and the Cold War, 1945-1960*».

diplomáticos de visión más amplia, con experiencias más variadas, e inspirados por un espíritu colectivo. Con sus miradas siempre en el futuro, comenzó su reforma del Itamaraty reuniendo a su alrededor a funcionarios de capacidad ya demostrada y de alto sentido del deber para que formara «una especie de Estado Mayor de nuestro futuro ejército pacífico al servicio de las relaciones exteriores», según dijo en 1931. La reforma implantada en aquel año apuntaba a formar una generación nueva de diplomáticos que estuvieran a la altura de las necesidades del mundo moderno, por más difíciles que fueran las circunstancias. Finalmente, para Afrânio de Melo Franco, los diplomáticos «deben ser considerados como una especie de militares, ya que a ellos también se les confía la defensa de la Patria en el exterior»[66].

Bibliografía

Fuentes inéditas:

ARANHA, Oswaldo G. Arquivo. CPDOC. Fundação Getulio Vargas. Rio de Janeiro.

ACIOLY, Hildebrando. Arquivo (particular). Rio de Janeiro.

BRASIL. Ministério das Relações Exteriores. Arquivo Histórico. Palácio Itamaraty. Rio de Janeiro.

GIBSON, Hugh. Papers. Hoover Institute. Stanford University. Palo Alto, California.

66 Afrânio de Melo Franco a Caio de Melo Franco, 16/2, 1/2/1931, VMF; Afrânio de Melo Franco a Pacheco, 6/9/1923, AHI.

GREAT BRITAIN. Foreign Office. Records. Public Records Office. Kew, Great Britain.

MACEDO SOARES, José Carlos de. Arquivo. Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro. Rio de Janeiro.

MANGABEIRA, Otávio. Arquivo (particular). Rio de Janeiro.

MELO FRANCO, Afrânio de. Arquivo. Biblioteca Nacional. Rio de Janeiro.

MELO FRANCO FILHO, Afrânio de. Arquivo (particular). Rio de Janeiro.

MELO FRANCO, Virgílio de. Arquivo. CPDOC. Fundação Getulio Vargas. Rio de Janeiro.

PACHECO, Felix. Arquivo (particular). Rio de Janeiro.

PRESIDÊNCIA DA REPÚBLICA. Arquivo. Arquivo Nacional. Rio de Janeiro.

VARGAS, Getúlio Dornelles. Arquivo. CPDOC. Fundação Getulio Vargas. Rio de Janeiro.

Fuentes impresas:

BRASIL. Ministério das Relações Exteriores. Circulares 1930--1939. In: «A Versão Oficial, Parte VI», *Cadernos do CHDD*, Ano V, Num. 9 (2° Semestre, 2006).

_____. _____. *Relatório apresentado ao Chefe do Governo Provisório* [...] *Anno de 1931*. 2 vols. Rio de Janeiro: Imprensa Nacional, 1934.

CARVALHO, Estevão Leitão de. *Memórias de um Soldado Legalista, Tomo II,* [...], *Atividades Diplomático-Militares* (Rio de Janeiro, 1962).

CORRÊA DA COSTA, Sérgio. *A diplomacia brasileira na questão de Letícia*. Rio de Janeiro: Imprensa Nacional, 1942.

CORRÊA DO LAGO, Luiz Aranha. *Oswaldo Aranha: o Río Grande e a revolução de 1930; um político gaúcho na República Velha*. Rio de Janeiro: Nova Fronteira, 1996.

DORATIOTO, Francisco. *Relações Brasil-Paraguai: Afastamento, Tensões e Reaproximação 1889-1954*. Brasília: FUNAG, 2012.

FONTOURA, João Neves da. *Memórias, Volume II, A Aliança Liberal e a Revolução de 1930*. Rio de Janeiro, 1963.

GARCIA, Eugênio Vargas. *O Brasil e a Liga das Nações, 1919-1926: vencer ou não perder.* Porto Alegre/Brasília: Editora da UFRGS/ FUNAG, 2000.

_____. *Entre América e Europa: a política externa brasileira na década de 1920*. Brasília: Editora UnB/FUNAG, 2006.

HILTON, Stanley E. *Brazil and the Great Powers, 1930-1939: The Politics of Trade Rivalry*. Austin, Texas: University of Texas Press, 1975.

_____. «Vargas and Brazilian Economic Development, 1930--1945: A Reappraisal of His Attitude Toward Industrialization and Planning», *Journal of Economic History*, 35 (dic. 1975): 754-778.

_____. «Brazil and the Post-Versailles World: Elite Images and Foreign Policy Strategy, 1919-1929», *Journal of Latin American Studies*, 12 (nov. 1980): 341-364.

_____. «The United States, Brazil, and the Cold War, 1945-1960: End of the Special Relationship», *Journal of American History* , 68 (dic. 1981), 599-624.

_____. *A Guerra Civil Brasileira: História da Revolução Constitucionalista de 1932*. Rio de Janeiro: Editora Nova Fronteira, 1982.

_____. «The Armed Forces and Industrialists in Modern Brazil: The Drive for Military Autonomy (1889-1954)», *Hispanic American Historical Review*, 62 (nov. 1982): 629-673.

_____. *Rebelião Vermelha: a intentona comunista (1935) da perspectiva de 50 anos*. Rio de Janeiro: Distribuidora Record, 1985.

_____. «Latin America and Western Europe, 1880-1945: The Political Dimension». In: Wolf Grabendorff e Riordan Roett, compiladores, *Latin America, Western Europe and the United States: Reevaluating the Atlantic Triangle*. Nova York, 1985.

_____. «The Argentine Factor in Twentieth-Century Brazilian Foreign Policy Strategy». *Political Science Quarterly* 100 (Spring 1985): 27-52.

_____. *Brazil and the Soviet Challenge, 1917-1947*. Austin: University of Texas Press, 1991.

_____. *Oswaldo Aranha: Uma Biografia*. Rio de Janeiro: Editora Objetiva, 1994.

HULL, Cordell. *Memoirs*. 2 vols., Londres, 1948.

MELO FRANCO, Afonso Arinos de. *Um Estadista da República (Afrânio de Melo Franco e seu tempo)*. 3 vols. Rio de Janeiro: José Olympio, 1955.

MELO FRANCO, Afrânio de. *Brazil's Declaration of Principles [...] April 21st 1923* (Rio de Janeiro, 1923).

_____. *Episódios da História Internacional Recente*. Rio de Janeiro: s.ed., 1941.

OLIVEIRA CASTRO, Flávio Mendes de. *Dois Séculos de História da Organização do Itamaraty (1808-2008), Volume I*. Brasília: FUNAG, 2009.

PINHEIRO, Paulo Sérgio. *Estratégias da Ilusão: A Revolução Mundial e o Brasil, 1922-1935*. São Paulo: Companhia das Letras, 1991.

POTASH, Robert A. Potash. *The Army and Politics in Argentina, 1928-1945*. Palo Alto: Stanford University Press, 1969.

ROSENBERG, Emily S. «World War I and 'Continental Solidarity'», *The Americas*, 31 (Janeiro 1975), 313-327.

TEIXEIRA SOARES, Álvaro. *Afrânio de Melo Franco: Diplomata e Internacionalista*. Brasília: Ministério das Relações Exteriores, 1970.

UNITED STATES. Department of State. *Foreign Relations of the United States: Diplomatic Papers, 1933*. 5 vols., Washington, D.C.: Government Printing Office, 1948.

_____. *Foreign Relations of the United States: Diplomatic Papers, 1934*. 5 vols. Washington, D.C.: Government Printing Office, 1951.

VARGAS, Getúlio Dornelles. *Diário*. 2 vols. Rio de Janeiro: Fundação Getulio Vargas, 1995.